MVNDO HISPÁNICO

NUMEROS: 43 - 44 - BARCELONA 1951 - 20 Pts.



MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL:
ALFREDO SANCHEZ BELLA

DIRECTOR:
MANUEL JIMENEZ - QUILEZ

REDACTOR-JEFE:
MANUEL SUAREZ - CASO

NUMS. 43-44-OCT.-NOBRE. 1951-AÑO IV-20 PTS.

SUMARIO

DIRECCION Y REDACCION

(a partir de 1.º de Diciembre)
PALACIO DE CULTURA HISPANICA - CIUDAD UNIVERSITARIA-MADRID - ADMINISTRACION: ALCALA GALIAÑO, 4 - DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS-APARTADO DE CORREOS NÚMERO 245

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.)
PIZARRO, 17 — MADRID

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN, MARSIEGA, S. A. (MADRID * HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRÁFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIÁN)

los LECTORES también escriben

Córdoba (Argentina), 17 de agosto de 1951.

Soy un asiduo lector de MVNDO HISPÁNICO, publicación que admiro por el excelente material literario y artístico que reflejan sus páginas; en su oportunidad leí los interesantes artículos que con motivo del Primer Centenario del Sello de Correo Español publicó (en junio del año p. pdo.), y desde entonces me constituí en *filatelista* exclusivo de sellos españoles y de sus colonias; cuento con un gran número de sellos; pero he aquí que considerando a MVNDO HISPÁNICO un centro de copiosa recepción de correspondencia, he pensado que podría contribuir en la formación de mi colección, enviándome de las numerosas cartas que diariamente recibirá de todos los puntos de su nación y colonias las estampillas de los sobres inutilizados, por cierto que sólo le será posible el envío de una remesa de las emisiones actuales. y entre ellos vería con sumo placer el envío de algunos conmemorativos.

Félix Angel Curchod.

Constitución, 415.-Barrio Villa Cabrera.

Como no es cosa de que el personal de MVNDO HISPANICO, ya de por sí atareado, se entregue a esta otra ocupación—porque miles de lectores iban a imitarle a usted—, dejamos aquí constancia por si surge—que sí surgirá—algún lector que pueda atenderle.

Frankfurt am Main, 18, VIII, 1951.

Hemos visto el número dedicado a Sevilla. Hermosa revista que nos hace vivir momentos auténticamente españoles en estas extrañas tierras. Presentación esmerada o, como dicen aquí, *prächtig;* admiración de muchos alemanes que no están ni con mucho acostumbrados a recibir buenas impresiones y noticias de España. En esta Universidad es hojeada con interés y admiración. Como usted puede fácilmente suponer da con frecuencia ocasión a muchas preguntas y también a «rectificaciones» sobre criterios inveterados y no muy favorables a España.

La confianza que usted nos inspira nos da valor para proponerle un detalle, que al parecer se echa de menos en nuestra Revista. ¿Qué le parece, señor Director, una página dedicada a esa modalidad española que tanto encanta en el extranjero...? Me refiero a la música popular española. ¿Con qué gozo saborearíamos también esa página musical en que cada región española nos iría hablando con su lenguaje más característico y emocional.

Pablo M. Castaño.

Claretinerseminar-Frankfurt a. M.-Süd-Hühnerweg, 25

Desde hace tiempo tenemos en estudio la publicación de esta clase de páginas, que ya nos fueron propuestas a través del Concurso de Ideas de MVNDO HISPANICO. Es posible que a partir de enero comencemos la inserción de melodías regionales españolas e hispanoamericanas.

Lima (Perú), 13 de septiembre de 1951.

Escribo estas letras para felicitar sinceramente a usted y al Cuerpo de Redactores de la excelente revista ibérica MVNDO HISPÁNICO por la forma tan inteligente y digna como han sabido replicar en el núm. 37 de la suya a la revista *Look* que de manera tan procaz y sofística pretende mirar desde altura las bajezas de otras naciones.

No dudo que frente al gesto tan elevado de ustedes, los organismos responsables de EE. UU., cuya nación tanto he admirado, en visita aun reciente, en todo lo que tiene de grande y de extraordinario, habrán tomado las medidas que la prudencia aconseja para que actitudes como la de *Look*, que con frecuencia el mundo leyente repudia, no constituyan una merma en el periodismo de la propia casa.

Escribir como lo hacen ustedes en la página 9 del número 37: *U. S. A. NO ES ASI. Réplica a «Look»*, es trabajar por la decencia y un módulo de vida más honorable entre los hombres, que honra a nuestra nación, históricamente noble e hidalga.

Bernardino Pérez, *O. S. A.*

Colegio de San Agustín.-Apartado 271.

Córdoba (España), 17 de septiembre de 1951.

Como lector asiduo y sincero admirador de la magnífica revista de su Dirección, me permito formularle algunas observaciones, a fin de que MVNDO HISPANICO pueda mejorar, si cabe, el lugar destacadísimo que ocupa entre las publicaciones de habla española y gráficas universales. Entiendo que sin perder nada de su gran contenido cultural en general y artístico-literario en particular, debían intercalar con más frecuencia informaciones gráficas de relevante actualidad hispanoamericanas, ya que no disponiendo en España, desgraciadamente, de muchos periódicos gráficos de altura, vendría en cierto modo MVNDO HISPÁNICO a completar esta ausencia y también teniendo presente que muchas personas coleccionan las revistas con el propósito de más adelante recordar hechos sino vividos al menos relacionados con la fecha en que la correspondiente revista se publicó.

R. Fuentes Guerra.

S/c. Paseo Ribera, núms. 6 y 7.

Trataremos de complacerle, aunque, en una revista mensual, lo «actualísimo» pierde actualidad. Una publicación así ha de dar preferencia a lo «actual», antes que a lo «actualísimo», que en seguida envejece.

Madrid, 20 de septiembre de 1951.

No sé cómo agradecerle la publicación de mi carta en el número 39 de esa revista, relativa a cuestiones histórico-artísticas, dentro de la esfera publicitaria de la misma, pero sepa que estas líneas le llevan la expresión de mi agradecimiento más sincero.

Ahora me dirijo nuevamente, al mismo tiempo que le felicito por las páginas centrales del número arriba mencionado y dedicado al Museo Lázaro Galdeano, con amplio desarrollo fotográfico de los señores Yusta y Müller, para exponerle mi punto de vista sobre la primera Bienal hispanoamericana de Arte y retrospectiva de Goya, que se va a celebrar en Madrid en octubre próximo.

No sé si me atrevería a titular de deber imperioso el que MVNDO HISPANICO, juntamente con el Instituto de Cultura Hispánica, sea el portavoz de ese magno certamen de arte que tanto beneficio va a redundar en esa reunión espiritual entre la Madre Patria y América, aunque esto suponga algo de redundancia por la que la verdad actual de España, que tanto tiempo ha estado cerrada por la incomprensión de un mundo caótico y ciego, entre en la esfera de la razón.

El número de octubre o de noviembre debe ser dedicado íntegramente al estudio de la primera Bienal. En él deben colaborar las figuras más representativas y prestigiosas de las naciones que con su arte más o menos lejano nos han traído el mensaje artístico hacia la potencia creadora, madre de naciones.

José Caser.

Lagasca, 78.

MVNDO HISPANICO se ocupará de la Bienal en su número de primero de año. Es decir, en enero próximo, Dios mediante. No será número extraordinario.

ESTAFETA

María C. Mendoza (calle P. de Rosas, 18, Santa Cruz de Tenerife (islas Canarias) desea mantener correspondencia con jóvenes sudamericanos, filipinos y portugueses de ambos sexos.

José Pomar Bohórquez, Jerez de la Frontera (Cádiz). Plaza de Rafael Rivero, 3, duplicado, con muchachas de habla española o francesa de cualquier parte del mundo.

Miguel Oller, Avenida José Antonio, 459, bajo, Barcelona (España), edad, diecinueve años. Desea correspondencia para fines culturales con jóvenes hispanoamericanos de dieciséis a diecinueve años.

Alejandro de Mora-Losana, Zocodover, 10, Toledo, solicita correspondencia con jóvenes sudamericanas.

Antonio Lacasa Godina, Licenciado en Veterinaria. Domicilio: Avenida del General Franco, 42, Maella, Zaragoza (España). Desea mantener correspondencia con jóvenes hispanoamericanos de ambos sexos para intercambio cultural y de revistas.

Veneranda Estopiñán, Viviendas Protegidas San José, 3-3, Zaragoza (España), con muchachos todos países hispanoamericanos, para intercambiar postales sellos y revistas.

Flora Martínez Sáenz, Hermanos Ruiz, 3411, Montevideo (Uruguay), con personas de todos los países hispanoamericanos y de España en particular (su país de origen), para intercambio de revistas gráficas, musicales o de arte, postales y libros.

BIBLIOTECA DEL SUSCRIPTOR

YA PUEDE ADQUIRIR LIBROS

Forme su biblioteca ahorrando dinero

Con el deseo de que pueda adquirir cualquier libro que precise, la Administración de Ediciones MVNDO HISPANICO le ofrece este lote de libros:

	Pesetas
Pío XII y Roosevelt. Su correspondencia durante la guerra	25,00
El problema político, Torcuato Fernández Miranda	25,00
La amenaza mundial, Williams C. Bullit	30,00
La Europa que he visto morir, Carlos Sentis	22,00
Hacia una nueva guerra, Pedro Gómez Aparicio	40,00
Dos dictadores frente a frente, D. Alfieri	40,00
Alemania y la reorganización de Europa, Claude Moret	20,00
Europa y sus fantasmas, Joao Ameal	28,00
Historia del mañana, Curzio Malaparte	40,00
De la guerra inevitable, León Van Vassenhove	13,00
Cruzada de Europa, D. Eisenhower	75,00
La crisis mundial, Wiston Churchill	40,00
Hacia la Democracia cristiana. La democracia al día. Stafford C.	40,00
Europa entre dos guerras, Jacques Chastenet	30,00
¿Qué será de Europa?, J. J. Inchausti	18,00
Dios no duerme, Susane Chantal	30,00
Metafísica del bolchevismo, Iván de Kologriwof	10,00
El bolchevismo ruso contra Europa, Roberto Suster	15,00
Frente al Comunismo, Georges G. Degay	20,00
Juicio sobre el bolchevismo, Gaetano Ciossa	20,00
Roosevelt y los rusos	50,00
A través de la Rusia soviética, Juri Jermak	15,00
Stalin y sus crímenes, León Trosky	30,00
Stalin en Norteamérica, señora de Roosevelt y otros	20,00
Yo escogí la Libertad, Víctor Kravchenko	40,00
Yo, comunista en Rusia, E. Vanni	40,00
Los Mariscales rojos hablan, Coronel Zirilo D. Galinov	25,00
Yo he sido marxista, Regina García	30,00
Rommel, Desmond Young	60,00
Goebbels (Diario)	75,00
Historia de un año, Benito Mussolini	20,00
Los últimos días de Hítler, H. R. Trevor Roper	28,00
Goering ante sus jueces, Russell Danners	25,00
Kapputt, Curzio Malaparte	60,00
Mi defensa, Charles Maurras	20,00
Churchill (Memorias). Fascículos publicados, 47; precio de cada uno	10,00
Roosevelt, F. La Madrid	25,00
Misión de guerra en España, Carlton J. Hayes	30,00
Por el exilio inmenso, P. Madrigal	30,00
Entre Hendaya y Gibraltar, Ramón Serrano Súñer	35,00
Asesinos de España, M. Karl	35,00
Españoles en Rusia, Rafael Miralles	20,00
Informe sobre España, Richard Pattee	18,00

Los libros van marcados a su precio y por cada pedido de 100 (cien) pesetas que usted haga recibirá un vale de 20 (veinte) pesetas, que puede ser canjeado en la adquisición de nuevos libros.

Forma de pago: En España serán enviados por correo contra reembolso. En el extranjero, previa remisión de su importe en cheque de dólares, que se abonarán al cambio del mercado libre en la Bolsa de Madrid, en la actualidad 39,85 pesetas por cada dólar.

También se admitirán cheques en cualquier moneda que se cotice en España.

Dirija sus pedidos: Señor Administrador de EDICIONES MVNDO HISPANICO, calle Alcalá Galiano, 4, MADRID.

TABLONCILLO

En el número de septiembre de MVNDO HISPANICO, y por un involuntario olvido, nos hemos dejado en el tintero la referencia bibliográfica de la obra de la que habían sido tomados los mapas antiguos de América y los textos correspondientes a los mismos.

Aclaramos que dichos mapas y texto corresponden a la obra «Los mapas españoles de América» (siglos XV-XVII) que ha sido editada por la Real Academia de la Historia a cargo de los académicos señores duque de Alba, don Angel Altolaguirre, don Abelardo Merino, don Vicente Castañeda, don Angel González Palencia, don Francisco F. Sánchez Cantón y don Julio Guillén Tato.

La impresión de la citada obra, en magnífico papel verjurado, está hecha en los talleres de la Editorial Maestre, de Madrid, Norte, 25. Y los mapas están reproducidos por Hauser y Manet, Ballesta, 28, Madrid.

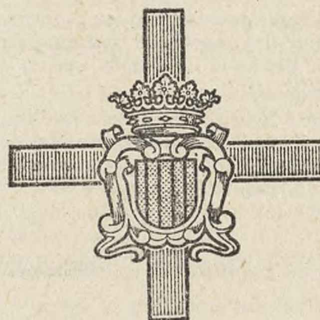
Y va de olvidos. También en el citado número reproducíamos un texto titulado «La Isla de la Tortuga», firmado por M. A. Peña Batlle, del que se nos olvidó decir que está tomado de la obra del mismo título y autor, recien editada por Ediciones Cultura Hispánica.

Heráldica Hispanoamericana

EL REAL CUERPO DE LA NOBLEZA DE CATALUÑA

Por DALMIRO DE LA VÁLGOMA Y DÍAZ-VARELA

(CLAVERO DEL CUERPO)



TENIENDO Cataluña—a cuya magnífica capital consagra MVNDO HISPANICO el número actual—, como una de sus bellas características espirituales, la más ahincada devoción a la propia historia, entre sus instituciones íntimas no podía faltarle alguna de tipo caballeresco, que, trayendo ecos de pasadas organizaciones nobiliarias, diese constancia de que el sentido de lo tradicional aun aliente allí hoy.

Con sede, la corporación aludida, precisamente en la misma Barcelona, poseedora de uno de los más insignes archivos patrios: el de la Corona de Aragón, dando fe—una alícuota de sus fondos—de la prosapia de linajes locales, insertos en la general historia, y de numerosos privilegios—tales como caballeratos y ciudadanías honradas—, conferidos por sucesivos monarcas a fidelísimos catalanes, buenos servidores de la Corona y de España.

En Barcelona, sobre cuyo suelo se alza también—pétrea palma devota—la basílica de Santa María del Mar, cuyas capillas del XIV traen a su alta clave, o timbrando silentes sepulcros, la heráldica cifra de cincuenta señoriles estirpes catalanas, bienquistas con el fúnebre bulto escueto del príncipe don Pedro, conde de Barcelona, o con la más pomposa armería—Castellá, Cardona, Alos y Montoliú en sus cuarteles—de los alcurniados Albí, asimismo existentes bajo iguales bóvedas. Con remembranzas y espiritual continuidad del brazo militar aquél que, junto al eclesiástico, venía definiéndose en Cataluña desde la doce centuria, compuesto por los condes, vizcondes, barones, los ricos hombres y los nobles de varia índole—cuya puntualización excede del tono informativo de estas líneas—, que pasa por diversa vicisitud hasta su acabamiento como tal institución representativa, cuando Felipe V de Borbón encomienda a la Real Audiencia el plural cometido que hasta entonces tenía.

El expresado brazo militar lograra del monarca Don Juan I cierto privilegio, en virtud del cual podía tener, fuera de las Cortes, sus estatutos, desligándose de aquél (para evitar su heterogénea constitución, y hasta la encontrada finalidad de sus componentes) a los caballeros, generosos y hombres de parage, que desde entonces formaron una entidad autónoma, con sello propio, «en el cual gravarán nuestras armas».

Posteriormente—en 1481— el rey católico incorporó a dicho brazo a los grandes y títulos. No llegó a tener efectividad en sus estatutos hasta la Asamblea General de 29 de junio de 1602, en la cual decidióse jurar las primeras «Ordinacions» del antiguo brazo militar de Cataluña, que rigieron, aunque no literalmente, hasta 1880, siendo reformadas aun en 1919 para llegarse a las que actualmente rigen, incluídas en la Ley de Asociación y aprobadas gubernativamente el 29 de abril de 1943. Los monarcas españoles favorecieron al Cuerpo con diversos privilegios, como el de ser portadores sus integrantes de las varas del Palio, al principio y al fin de la procesión del Santísimo Corpus Christi, que se organiza en la Catedral de Barcelona, celebrándose con inveterado esplendor; ello conforme a pragmática de Don Carlos III, del año de 1760.

Para pertenecer al Real Cuerpo de la Nobleza de Cataluña se precisa hoy probar documentalmente la directa descendencia o consanguinidad—siempre por línea masculina—de los concurrentes por el antiguo brazo militar a las Cortes del Principado, o del Rosellón y Cerdaña, o de cuantos fueran insaculados en el Libro Verde de dicho brazo desde 1602 a 1713. También quienes atestiguen su hidalguía por ambos apellidos.

El blasón corporativo se compone de escudo de oro y cuatro palos de gules, timbrado de corona de príncipe, y la leyenda «Sigillum collegii regii nobilitatis», siendo principal insignia de los caballeros una banda de seda negra fileteada de rojo—color éste de la antigua Cofradía de San Jorge—de dimensiones y ostentación sobre el pecho idénticos a la banda de cualquier gran cruz.

La expresada entidad, que cuenta entre sus más levantados móviles el mantenimiento de la religión católica, tiene por Patrón al Señor San Jorge, de tan extendido culto en Cataluña, sin excluirse de sus especiales devociones la Purísima Concepción y el Apóstol Santiago. Figurando entre las pías obligaciones de cuantos caballeros integran tal corporación, solemnizar las festividades de la Soledad de la Virgen y de San Jorge, así como la octava del día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos, en cuya fecha han de celebrarse sufragios por los individuos del Cuerpo ya muertos.

Según la sexta de sus actuales Ordenanzas, el Instituto aludido compone, en lo religioso, el estamento noble, único subsistente hoy, de la ilustre Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad o de los Caballeros, establecida en la barcelonesa Basílica de la Merced; y del Consejo del Real Cuerpo—constituído por un protector, presidente; un clavario, vicepresidente; seis consejeros, un síndico y un secretario—parte la elección de dos mayorales y cuatro deceneros para tratar de asuntos concernientes a la Cofradía.

Dicha Corporación, actualmente integrada por unos ciento cincuenta caballe-

ros—jefe supremo S. A. R. el conde de Barcelona—, tiene por protector-presidente al marqués de Sentmenat. Cuenta en sus filas una afortunada síntesis de todas las actividades y representaciones de la vida patria, figurando ahí literatos del fuste de Agustín de Foxá, conde de su apellido; terratenientes y agricultores, como el barón de Algerri—marqués de Camps—y el barón de Esponellá; antiguos políticos, como el barón de Viver y jerarcas de la milicia, como el teniente general Despujol, síndico del Cuerpo. Historiadores como el marqués del Saltillo—genealogista ilustre y catedrático—; caballeros del Toisón, como el duque de Medinaceli y de Cardona; grandes de España como el marqués de Castellvell y el duque de Villahermosa; altos jefes de la Administración como el marqués de Palmerola y el marqués del Fresno; financieros, como el marqués de Foronda; reoresentantes de la vieja feudalidad y de ínclitos linajes locales, como los Albi, los Sástago, los Sariera y los Desvalls... Hidalgos, en fin, unos y otros, conscientes y unánimes de que la blasonada cuna, imponiendo sumos deberes, obliga, para su mejor estimativa y perdurables vigencias, a cualquier entera incorporación al nacional afán con el personalísimo anhelo de cada día.

Juan Gerardo Pérez Lima —Deseo noticias de un expediente de nobleza de Juan del Pino, para familiar de la Inquisición, que estará en el Archivo Histórico Nacional de Madrid

En el citado Archivo no existe expediente alguno correspondiente a ese nombre. Sí cuentan, en cambio, allí, las pruebas para familiar del expresado Tribunal de un Antonio Ortiz del Pino, consumadas el año 1699, siendo el interesado vecino a la sazón de los Reyes y natural de Valgañón (Logroño).

Importa aclarársele al consultante que el Santo Oficio jamás exigió nobleza para sus componentes. Las probanzas se contraían a patentizar su legitimidad y limpieza de sangre, cuyo requisito extendíase asimismo a la esposa del pretendiente, si éste era casado. No puede, pues, hablarse de «expediente de nobleza».

R. C.—Córdoba —Quisiera conocer los trámites para solicitar la rehabilitación de un título condal, y si puede hacerse hoy

El Ministerio de Justicia, en cuyo departamento se tramitan expedientes tales, ha publicado un explícito opúsculo, conteniendo la legislación que rige sobre títulos nobiliarios. Por ella se restablece la legalidad vigente hasta el infausto 14 de abril de 1931, cabiendo, pues, que, acogido a la misma, puede usted solicitar la rehabilitación de la dignidad que le interesa. La ley primordial es de 4 de mayo de 1948, vertebrada en diversos artículos. Alguno de ellos—innovador—reconoce el derecho a ostentar y usar las grandezas y títulos del reino conferidos por los monarcas de la rama tradicionalista, previo el cumplimiento de determinados requisitos. Otro establece que los títulos otorgados por reyes españoles en territorios un día pertenecientes a nuestra Corona puedan asimismo rehabilitarse. Y en uno adicional—de suma importancia para esta página—establece un plazo prudencial a los súbditos de las naciones hispanoamericanas y de Filipinas, para que soliciten la reivindicación a su favor de los títulos nobiliarios a que juzguen tener derecho.

Un decreto de 4 de junio de 1948 desarrolla la Ley aludida. Como no cabe aquí extender más la actual consulta, termine puntualizándose que el interesado deberá, en cualquier caso, presentar su instancia al jefe del Estado español, acompañada de un árbol genealógico, firmado por sí, que acuse el parentesco del peticionario con el primero y el último poseedor de la dignidad que se pretende rehabilitar. El árbol, reintegrado con una póliza de 157,50 pesetass, y la instancia—con el timbre habitual—expresiva de ambas circunstancias de parentesco y fecha de la merced. A efectos de pago del impuesto pertinente, los súbditos hispanoamericanos y filipinos tendrán consideración de españoles y por ello se les aplicarán idénticas tarifas que a éstos, conforme a la Ley reguladora del Impuesto sobre Grandezas y Títulos, Condecoraciones y Honores.

Huelga aclarar que, además de la instancia y el árbol genealógico citados se impone presentar en el Ministerio, dentro de un cierto tiempo, cuanta documentación fundamente el derecho al título pretendido.

ARBOR

Dirección, Redacción y Administración, Serrano, 117 - Madrid

Suscripción anual, 125 pesetas. Número suelto, 15 pesetas. Número atrasado, 25 pesetas. De venta en todas las buenas librerías





NUESTRA CIUDAD

POR CARLOS SENTIS

(ILUSTRACION DE LORENZO GOÑI)

OTRAS veces, como hoy abriendo el número de MVNDO HISPANICO, he hablado también en primer lugar. Habrá sido en alguna reunión, mitin o conferencia... Y en estos casos, en realidad, se desempeña el papel opuesto al bíblico: «los últimos serán los primeros»; los primeros acostumbran a ser, efectivamente, los últimos. En los teatros de varietés, antes que nadie emerge entre cortinas un «presentador», generalmente tan desprovisto de gracia como grávido de plúmbeas retóricas.

Reúno, eso sí, un mérito muy principal para figurar en el sumario de este número: nací en Barcelona. Y es más: mi madre y abuela materna también nacieron en Barcelona. Mis otras raíces arrancan del campo de Tarragona y, otras, de uno de los puntos más fragosos de los Pirineos catalanes.

Poquísimos barceloneses lo son por los cuatro costados. Sin embargo, no se es menos barcelonés cuando se ha nacido en alguna de las tan diversas y variadas comarcas catalanas. Aunque marítima y comercial, Barcelona está muy lejos de haber vivido de espaldas a su Continente como una ciudad hanseática más. Si acaso, en más de un momento ha pecado por lo contrario: por dar excesivamente la espalda al mar. Su «hinterland», por otra parte, no es solamente su provincia. Es, de una manera general e intensísima, toda Cataluña, a la que se suman también algunas tierras circundantes.

Sin esta premisa—sazonado fruto alimentado por todas las savias del viejo tronco catalán—no se comprendería el fenómeno del súbito crecimiento de Barcelona, probablemente la ciudad de Europa que en un momento determinado aumentó más rápidamente. A caballo del último cambio de siglo, Barcelona galopó al ritmo americano. No tiene nada de extraño que Jules Romains, al llegar a Nueva York y recordando posiblemente las cuadrículas demasiado utilitarias del llamado «Ensanche» barcelonés, escribiera: «New York, cette inmense Barcelonne». No conocía este juicio del escritor francés cuando desde Nueva York escribí repetidamente que Barcelona con Génova son probablemente las ciudades europeas más impregnadas de americanismo. Inmensa máquina batidora y asimiladora, Barcelona digiere—no sin tener que superar alguna crisis de crecimiento—todo lo que le echen por delante y también como Nueva York su vitalidad supera, incluso, la propia aspiración de sus mismos habitantes. Crece y crece sin interrupción gracias a todos, a pesar de todos y, en algunos momentos, hasta contra todos.

Nuestros padres o abuelos amaban a una Barcelona de medio millón de habitantes. No querían otra. No querían saltar más murallas ni lograr más anchos espacios; no querían convertir el lejano y temido Montjuich en jardines. Para pasear poseían los Jardines del General o, más tarde, el Parque de la Ciudadela, que proporcionaba suficiente oxígeno a la Barcelona burguesa del 1888.

Nosotros—yo y muchos como yo—no quisiéramos una ciudad que fuera mucho más allá del millón de habitantes. La ciudad—una gran ciudad, o lo que se llama una gran capital—de un solo millón de habitantes se mantiene aún dentro la medida del hombre. Si rebasa demasiado el millón entra definitivamente en los dominios de lo monstruoso lo desproporcionado y lo caótico.

Mas así como a nuestros inmediatos progenitores para nada les valió su aspiración de una Barcelona más equilibrada, tranquila, más auténtica y menos cosmopolita, a nosotros, de la misma manera, de nada nos vale nuestra «ambición» de no pasar del millón de habitantes. Estamos ya más cerca, según parece, de los dos millones que del millón y yo eso lo consigno con pena. Demasiado crecimiento y sobre todo demasiado rápido. A mí y a otros muchos no nos interesan aglomeraciones, hacinamientos y multitudes a menudo más utilizables para la revolución que para cualquier normal evolución.

Ya sé que para algún lector serán un poco chocantes estas consideraciones contrarias a la general afición de vanagloriarse de las cifras y de los índices demográficos de ciudades y pueblos. Para muchos siempre todo es poco. Quisieran multiplicar los millones de habitantes y si posible imitar Nueva York, la monstruosa ciudad que muchos norteamericanos inteligentes desearían ver desmontada y reducida a proporciones menos peligrosas, incomodas y agotadoras.

Barcelona no necesita ser multimillonaria en almas vivientes. Dejemos la locura de las estadísticas para las trepaderas sin raíces. Barcelona—y en ello estriba la explicación de su encanto indefinible—neutraliza su vital americanismo con la solera de su incontable antigüedad. Y no solamente Barcelona es una de las ciudades más realmente antiguas de Europa, sino que siempre ha sido una gran ciudad. La ciudad vieja, el llamado barrio gótico, nos compensa ampliamente de un «Ensanche» demasiado utilitario y de una arquitectura que cuando no peca por excentricidad peca, entonces por poca nobleza en sus materiales.

En estos últimos años Barcelona crece incesantemente en número de habitantes. En cambio, la ciudad no mejora a este su ritmo de crecimiento. Progresa y avanza su casco urbano, mas no le sigue suficientemente un aumento de bellezas urbanísticas. La solución de un problema urbanístico, el adecentamiento de un barrio hasta entonces descuidado, o la acertada erección de un monumento, me hacen mucho más feliz que todos los barrios nuevos y todas las calles acabadas de abrir que descubro en cada uno de mis viajes a Barcelona.

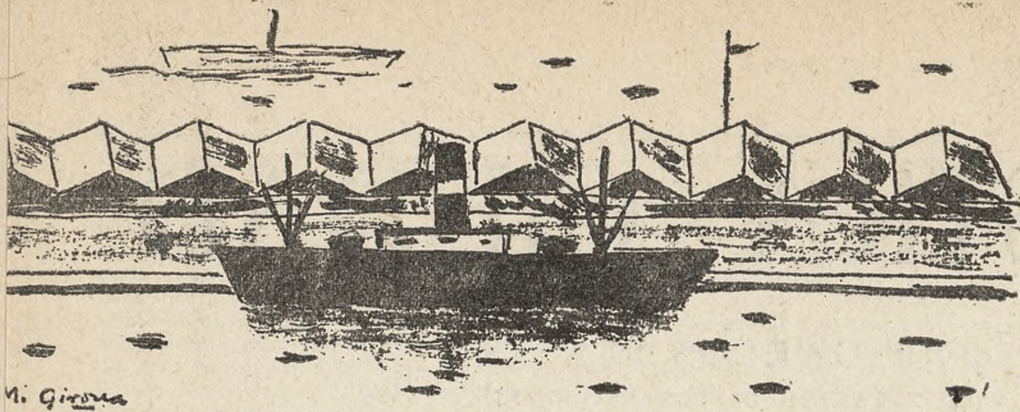
Quizás sea oportuno decirlo ahora que parece venir a cuento: soy un barcelonés que no vivo en Barcelona desde hace tiempo. Y quizás por ello mismo tenga de la ciudad una visión más de conjunto que muchos otros conciudadanos míos para los cuales las casas pueden no dejar ver la ciudad, como los árboles a veces no dejan ver el bosque. Sin embargo, como constantemente voy a Barcelona, el efecto que me producen todos los cambios es siempre vivo, entero y «todo de una vez».

Vivo, por otra parte, lo bastante en distintas ciudades extranjeras para que Barcelona sea cada día más «mi» ciudad. En este mismo instante estoy escribiendo estas líneas en el corazón de una hermosa ciudad también de gran prosapia europea. Mas ninguna ciudad, a pesar de ver en ellas cosas admirables, me hace olvidar Barcelona. Ninguna borra de mi imaginación el claro sol bañando el suave declive que del Tibidabo se desliza hacia el mar y hacia el pie del Montjuich. A menudo vienen a mi memoria, nostálgicos, los versos de Verdaguer, cuya «Oda a Barcelona» empieza con el descriptivo:

«*Quan a la falda et miro de Montjuich seguda.*»

En todos los idiomas se ha cantado a Barcelona. Descuella, deslumbrante, la sonora voz castellana de Cervantes con su imbatido fervor barcelonista.

Ni en los tiempos de Verdaguer y menos en los de Cervantes, Barcelona era una enorme ciudad. Hoy lo es y cada día, por lo visto, lo será más. A pesar de ello Barcelona no perderá su poesía ni su espíritu mientras tengan la pluma enhiesta hombres como los que aparecerán con su firma en las próximas páginas. Prácticamente todos barceloneses, el lector encontrará salidos de sus plumas muchos destellos del espíritu eterno de Barcelona. De muy dispares aspectos de la ciudad hablarán estas plumas barcelonesas, claras, equilibradas, ligeramente irónicas y cuya originalidad prueba que han sabido torcer muy a tiempo el cuello a retóricas y ampulosidades que nunca han tenido mucho que ver con la capital del Mediterráneo, donde el rigor de la luz no permite ni brumas ni excesivas sinuosidades.





LOA DE BARCELONA

POR DIONISIO RIDRUEJO
(ILUSTRACIONES DE MARIA GIRONA)

Mi amigo Juan Ramón Massoliver es un singular castillo humano en el que habitan—con algún que otro personaje militante—un aventurero y un erudito. Es él demasiado joven y vigoroso aun para que la convivencia de esos contrarios se amanse en una pacífica colaboración. Todo se andará. Pero por de pronto ya son lo suficientemente amigos para hacer del mío uno de los más extraordinarios entendedores de ciudades que conozco. El aventurero las entra a saco sin perdonar rincón oculto ni personaje insignificante. El erudito corrige la tumultuosa y ávida conducta del aventurero poniendo en limpio un plano tan minucioso, claro y ordenado que da gusto verlo. Sin contar que la fatiga de esos dos personajes en lid deja en el alma de mi amigo ciertas suavidades y exquisiteces de sensibilidad, ciertos negligentes perfumes de intuición poética que añaden al conocimiento cuanto el curioso aventurero y el concienzudo erudito no habrían descubierto jamás.

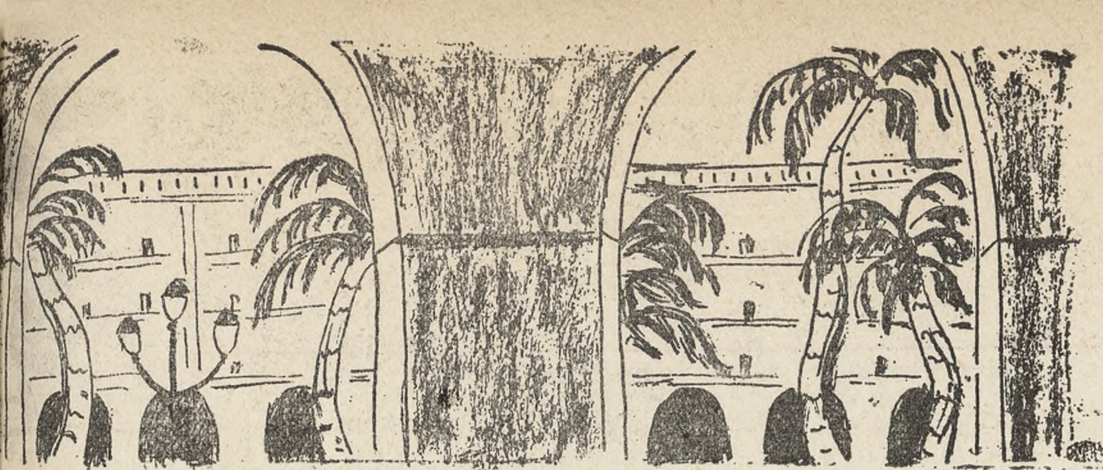
Juan Ramón Massoliver ha sido por varios años mi «guía» de Barcelona y a él debo cuanto sé de esta ciudad, si bien sólo una parte de lo que siento por ella. Porque el golpe de amor se produjo mucho antes y sin intermediarios. Se produjo, como en las buenas historias, por los años de la tierna adolescencia. Barcelona fué uno de los primeros pasmos importantes de aquella mi adolescencia del interior: fué el mar. Por eso creo haber sido después—con balandristas y pescadores—el único vecino de Barcelona que tuviese de ella una sensación marítima.

Pero volvamos a mi guía. Fué Massoliver el que una vez me explicó bien, con claridad, el plano de Barcelona, como a mí me gusta explicarme los planos, es decir, como una historia y partiendo de un punto y de un principio.

Hay en Barcelona unas columnas, unos trozos de muralla y unas torres romanas. Sin un punto de partida equivalente a éste









no me parece a mí que haya ciudad cabal, esto es, madurada y no hecha de golpe. En torno a esto hay, como es sabido, muy notables residuos de arquitectura románica y muy orgullosos monumentos góticos y el recuerdo—cuando menos toponímico—de una muralla que ceñía y juntaba todo eso. A partir de ahí Barcelona fué colonizando los contornos—como hacia el barrio de Ribera, donde Santa María del Mar—o dejándolos colonizar por forasteros de la alta Cataluña como en el barrio que se extiende desde las Ramblas al Paralelo. Pero nada de confusión. El primer ensanche quedó extramuros y siendo—por muchos años—otra cosa: la yema de la ciudad industrial que un día había de tragarse a la ciudad comercial y marinera. Así las Ramblas siguen siendo aún una muralla ideal: A la izquierda —cara al mar invisible—está apiñada en torno a la negra catedral la ciudad respetable y antigua, con sus palacios y sus tiendecitas de artesanos y comerciantes del más viejo comercio. A la derecha se extiende la compleja ciudad de la mala vida —con perdón y con excepciones—del Barcelona nocturno y un si es no es pornográfico, pintorescamente universal y con dejos revolucionarios. Luego hay un eje que corta perpendicularmente las Ramblas y de allá para arriba se consuma, de un modo primero monótono, luego ameno y arrebatado, la fuga de Barcelona hacia el monte: a buscar el mar como panorama, ya que lo ha perdido como ribera. La historia de la pujanza moderna de Barcelona se va leyendo, mejor que en un libro, en los edificios del ensanche. La vida comercial, la «City», va empujando a la ciudad residencial, según se va haciendo más pletórica, cada vez más hacia el Tibidabo. Lo que fué hace treinta años el Paseo de Gracia, empieza a serlo, lo es ya, la Diagonal y acaba el barrio de San Gervasio o la Avenida del Tibidabo, donde hace medio siglo las familias pudientes tenían casas para el veraneo.

Ahora, cuando ya se ha visto la Barcelona grande, complicada, a quien la prisión cuadriculada del propiamente llamado ensanche se le quedó pequeña, da gusto volver a meterse por las callejuelas en torno a la catedral y volver a pensar que aquella estrecha calle Fernando fué hace no muchos años una especie de Gran Vía o calle principal. Pero da gusto porque la calle Fernando sigue allí viva, y sigue vivo y casi intacto todo el corazón de la ciudad y hasta parecen conservar latido de vida las cuatro columnas romanas, y como repiques no perdidos del todo—de azuela sobre tronco—las ruinas en salvación de las Atarazanas reales.

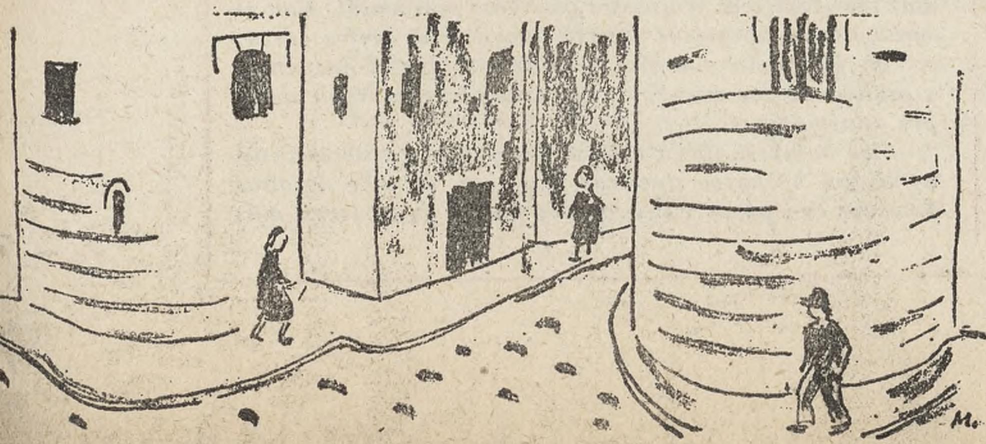
La mayor gracia, el mayor encanto de Barcelona consisten en esto: en que se ha conservado como una ilustración viva de su propia historia, en que su ir haciéndose se conserva con todos sus estratos—vivientes—clarísimamente ordenados.

Para ser la perfecta gran ciudad de España no le ha faltado más que—al menos una vez—un plano unitario, fundidor, magnificador. Por otra parte, ninguna otra lo ha tenido mucho mejor y ella lleva a las otras la ventaja de una primacía de riqueza ininterrumpida—allí sí hay, aunque no muchos, palacios—, y de un cierto genio de fantasía que en el catalán convive, sin fusión ni confusión, con ese exquisito sentido práctico y conservador que nos conmueve hoy con la manutención en vivo de esas tradiciones íntimas que son en Barcelona—el gusto de la vida corrigiendo cualquier aventura de la razón—tan constantes.

La Barcelona grande no ha matado nada, ha matado—si acaso—lo menos posible. Ha crecido en continuidad y ese es su mejor ejemplo frente al común adanismo ibérico y su premio lo tiene en su jugosidad. Ciudad jugosa—en algún punto pululante—llena de sorpresas. Ni los goticistas del romanticismo, ni los modernistas-racionalistas del ensanche, han conseguido resecarla.

Acaso—este temor aparta siempre la fantasía de la realidad—porque, sobre todo los últimos, no quisieron sino continuar y—literalmente—ensanchar, sin radicales aventuras de creación y dejando a creaciones, aventuras y hasta locuras un área determinada, una «libertad condicional».

Barcelona es buena. Lo es desde el Tibidabo, cuando se la ve resbalar, amplia, vaharienta, hacia el borde del mar donde tinglados y chimeneas la rechazan. Pero mejor que por fuera y en grande, es por dentro y en pequeño. Allí está lo mejor y más dulce de ella: lo que sabe a tierra y a origen, mientras los pájaros, confiados de la bondad, ponen en los árboles de las ramblas una insólita, sobria, hojarasca de plumas aun en pleno invierno.





TANT SI SONA COM SI NO SONA

POR

JUAN RAMON MASSOLIVER

VAMOS a ponernos antes de acuerdo en lo tocante al contenido de la palabra bárbaro, no sea que suene a ofensa lo que luego diré. Uno se imaginaba a los bárbaros asolando el Imperio al galope de sus caballos, engullendo cruda la carne y pasando a filo ancianos, hembras y crianzas. Los bárbaros que ha conocido luego por esos mundos le han hecho comprender el valor vagamente aproximado—si un mucho didáctico y un tanto fósil—de la semblanza que de aquella gente trazan los libros escolares.

Desde luego, a base de correrías y pillaje no se tumba un Imperio. Quien ha visto robadas las aves de su corral y la matanza, mal será que al otro año no vuelva a tener jamones y gallinas. Casi diríais que destrucción y saqueo son el necesario acicate para ir construyendo eso que llaman la prosperidad; es decir, la vida. Los alemanes, y eran los alemanes, tan sistemáticos en todas sus cosas, bien puede asegurarse que, antes de la última caída, no dejaron en actividad un pozo de petróleo ni una ciudad completamente en pie; por donde pasaron no quedó sin volar un puente o una línea ferroviaria, a lo largo y a lo ancho de media Europa. En opinión de esos pesimistas que nunca faltan, el sueño de la entonces llamada nueva Europa se resolvía en el cruel despertar de un Continente arruinado y en vísperas de muerte. Y sin embargo... Sin embargo, y al cabo de pocos años, vemos a la moribunda Europa resurgir en nuevas ciudades, redoblar y acelerar los tráficos, extraer y obtener más carbón y más acero que en cualquier otro momento de su larga historia. Pero este es un discurso que tomaría los cauces de la política, en verdad lo más ajeno a las intenciones del presente razonar.

Estábamos en los bárbaros y bueno será que a ellos nos volvamos. Para un griego, bárbaro era el persa que ya entonces había construído el palacio de Jerges; para el pastor romano, el traficante cartaginés heredero de una milenaria tradición de travesías y periplos. No el inculto, sino quien no participaba de una cultura. Con otros dioses, otro ritmo vital y otras usanzas. Bárbaro no era más que el forastero. Y sin perjuicio de que, en allegándose a determinada clientela, condividiendo con ella ritos, creencias, quehaceres y lenguaje, el bárbaro pasara a ciudadano. La serie de iberos que, descendiendo de aquellos bárbaros que al decir de Catulo se limpiaban los dientes con orines, dieron preceptores, capitanes, poetas y aun monarcas a Roma, creo nos dispensa de mayor demostración.

Parece natural que el cazador quiera ascender a pastor o labriego, y el campesino a ciudadano, así sea pequeño burgués o arrabalero oscuro. Que quien jamás viera un real junto, busque soldada, y el que ha de andar mirando al cielo para cobrar una cosecha al año, prefiera el semanal del obrero. En fin, que cada cual busque acomodo donde calienta el sol del bienestar. Pues gracias a inclinación tan lógica se abrieron los mares, partían borgoñones e italianos a las Cruzadas y ganamos las Américas a nuestro quehacer occidental. Con el consiguiente aporte de sangre nueva a los viejos odres; con la ganancia material y espiritual que el encuentro y diálogo de dos mundos y culturas diversas traen siempre aparejada.

Los hombres de la estepa, los que por antonomasia apellidan bárbaros nuestras historias, al cabo de años funestos con pocos y disputados pastos no tuvieron más

remedio que buscarse un acomodo. El bracero siciliano, que se harta de aguardar el alba en la plaza de su pueblo, en espera de quien lo ajuste para la jornada, pone en juego sus cortas influencias hasta conseguir una credencial de consumero, de guardián o de empleado. Y en su carrera al empleo es todavía el forastero, el bárbaro. A este respecto no deja de tener gracia que todavía en Roma llamen popularmente a los guardias de tráfico —meridionales todos—los cartagineses.

Al par de ellos, los bárbaros de mi cuento se ofrecían como milicias a los capitanes romanos. Para guardar puentes y arreglar caminos; para cultivar las comarcas próximas a los bosques fronterizos y, defendiendo su heredad y soldada, defender de paso a la comunidad romana contra nuevos advenedizos. Y luego, aprendida la lengua del patrón y asimilados sus gustos, qué duda cabe que terminaban por olvidar la trashumaneia de antaño y sentirse más romanos que el Capitolio. Es historia conocida, aunque olvidada. Pide uno una silla para descansar de una caminata extenuante. Al rato ya le brindan de comer un bocado. Luego echa una mano para aligerar un quehacer urgente, no sea que venga un aguacero y se lo lleve todo al traste. Y acaba casándose con la heredera, mandando en los propios que un día le tendieron la silla providencial.

La historia de la silla del bárbaro menudo no la conocemos, por supuesto. Pero sabemos la de Teodorico, hijo de un rey de Panonia, un húngaro. Lo que pudiera ser un rey ostrogodo en las soledades de la Puszta, allá por el siglo V, se deja a la consideración del lector. Pero un hijo de rey, aunque sea un bárbaro pastor, siempre constituye un buen rehén en manos de aquel a quien ha cabido en suerte tenerlo por vecino molesto y pedigüeño. Así es que el emperador lo prohijó, educándole a la sabiduría política y a los refinamientos de Bizancio. Y en su día Teodorico, unificando los pueblos bárbaros de Occidente, había de ser el restaurador de Italia para el Imperio. Legisló a la romana; salvó la antigua cultura, y los edificios que mandara construir en Rávena no desmerecen frente a lo más excelso del arte bizantino.

Otra historia semejante se urdió en torno a la emperatriz Gala Placidia, la hija de nuestro paisano el gran Teodosio, que sucesivamente hubo de desposarse con el cuñado del visigodo Alarico y, vencido y muerto su esposo, con el ilirio Constancio, general y luego emperador romano. Como también la del buen Carlos de la barba florida, Senador romano y vicario del Imperio en Occidente, que para legitimar su flamante Imperio sobre los francos anduvo en negociaciones matrimoniales con la bizantina Irene, la auténtica emperatriz romana. O sin ir tan lejos, el propio Bonaparte, un italiano con uniforme francés, que había de recibir del Papa los carismas de una coronación imperial y erigirse en el mayor fautor de las glorias de Francia.

MAS descendamos de tanto solio y dejemos a los «romanos», pues leímos y aprendimos sus historias. Como Manrique, vengamos a este tiempo presente: a hombres como ustedes y yo, metidos en una empresa condigna de las antiguas. No sin antes repetir—y me sirve para la segunda parte del discurso—que si grande era Roma por su pasado, no lo fué menos por haber dado entrada y abierto carrera romana a los forasteros, a esos dichosos bárbaros (y el Cristianismo, no lo olvidemos, era bárbaro en Roma). Al punto que la civilización romana, cuya paternidad aceptamos, no sería tal para nosotros sin semejante aportación barbárica. Pues esa y no otra es la grandeza de Roma, de la Urbe: su capacidad de asimilación, su fuerza aunadora, su imprimir el sello romano reduciendo lo más dispar.

Tenía que escribir sobre Barcelona. Ahora entramos en ello. Veremos si consigo subrayar la nota para mí más decisiva de una Barcelona—la de hoy—que es ya algo más, infinitamente más, que el laudatorio rosario de calificativos con que la gratificó Cervantes cuando albergaba contadas decenas de millares de almas.

Pocos países habrán asistido a un fenómeno de crecimiento como el de Barcelona, que en menos de tres cuartos de siglo decuplicó largamente su población. Rebasando el término municipal, las casas de los barceloneses sucédense, sin solución de continuidad, hasta el Prat, Cornellá y San Justo por un lado, hasta Santa Coloma y Mataró por el opuesto, a decenas de kilómetros. Y enclavadas en el propio casco urbano de Barcelona, dos poblaciones independientes—Badalona y Hospitalet—suman por sí solas sendos cien mil habitantes, o poco menos. Las grandes etapas de semejante crecimiento están en la mente de todos: el desarrollo de la industria textil y la Exposición Internacional de 1888; la fructífera neutralidad española, durante la primera guerra mundial, y la Exposición de 1929; la guerra civil y el incremento industrial y condiciones económicas y sociales de los últimos diez años.

Cada una de estas etapas supone un ingente movimiento de inmigración que, si en los tiempos en que la ciudad andaba por los 150.000 habitantes, pudo nutrirse de segundones y campesinos del Pirineo, de la Plana de Vich, de los pueblos de la costa y de las llanadas de Lérida, en lo sucesivo había de recurrir a los braceros, empleados, técnicos y aun capitales de otras regiones españolas. Los tres millones del resto de Cataluña resultaban ya harto pocos para contrarrestar la excesiva macrocefalia del Principado. Y fueron los terrajeros aragoneses y andaluces empleados en las excavaciones del Metro y el peonaje valenciano y murciano en el ramo de la construcción; los tranviarios gallegos; los mozos de la industria textil y las sirvientas de todas esas regiones, pero señaladamente del Bajo Aragón, y también los choferes, los mecánicos de todas clases, los oficinistas y empleados públicos, los pequeños industriales y comerciantes, los agentes comerciales, los abogados y médicos e incluso financieros y banqueros los que, en suma, han convertido a Barcelona en la ciudad más importante de sus respectivas provincias de origen.

Semejante y continuada invasión (en el sentido como entiendo se efectuarían las inmigraciones barbáricas al final de la Edad Antigua) hubiera resultado fatal para una población de menos temple y menor capacidad de amalgama que la Ciudad Condal, convirtiéndola sucesivamente en metrópoli aragonesa, almeriense, murciana o gallega. Mas la tremenda carga energética de la urbe había de producir el fenómeno contrario; a saber: la catalanización de tan dispares núcleos regionales. No sin luchas y revuelo, ora con carácter social, ora político y de los signos más opuestos y llevados a los mayores extremos. Hasta dar con ese equilibrio vigilante, que es el dinamismo de lo vital; que es el hábil compromiso entre el fanatismo y la sensatez, entre generosidad, campechanía, timidez, laboriosidad y ahorro, el genio brusco y la palabra pronta, la llaneza y el encerrarse cada cual en su casa, las cien y una notas que podría ir acumulando que, siendo todas ciertas, no valdrían más que para embarullar las ideas. Presidido todo ello—y es el

secreto de Barcelona, allá donde sigue siendo insobornablemente catalana—, centrado, digo, en el predominio del hogar. Las empresas patrimoniales (la sociedad de responsabilidad limitada es la fórmula más reciente de esa querencia), y no las sociedades anónimas, son las que han hecho Barcelona.

Digo catalanización—horrendo calificativo—y no es exacto. Barcelona, qué duda cabe, es catalana, el florón y cifra del Principado. Pero es algo más. No es una Gerona grande ni, tanto menos, un Lérida multiplicado por veinte. Como Roma no era simplemente la suma de las Tarquinias y Volterras etruscas con las poblaciones umbras y samnitas. Barcelona es ciudad bilingüe, que no se confunde con las demás que pueda haber en la Península. Y es, por qué andar con tapujos, Barcelona. Un tremendo crisol donde lo más activo de Aragón, Galicia, Almería, Valencia y Murcia—y Cataluña, por supuesto—alcanza el máximo rendimiento. Justamente con el signo ecuménico (no suene a exageración) de Barcelona. Aquí me gustaría decir que el culto de Joaquín Costa no se tributa precisamente en Graus, donde no hay más que cuatro parientes fondistas y el feo cubo arquitectónico que le dedicara Fernando García Mercadal, sino en la barcelonísima calle de Poniente, paraíso de nuestras camareras y de los mecánicos. Y otro tanto se diga de la cocina gallega que reúne en el portuario «Carballeira» a fiscales y abogados, a policías y gentes de «cine», desde Bande a La Coruña y a Betanzos. O los jardineros, estibadores y cocineras valencianas que atruenan, todos los domingos, desde su círculo asomado a la elegante Diagonal.

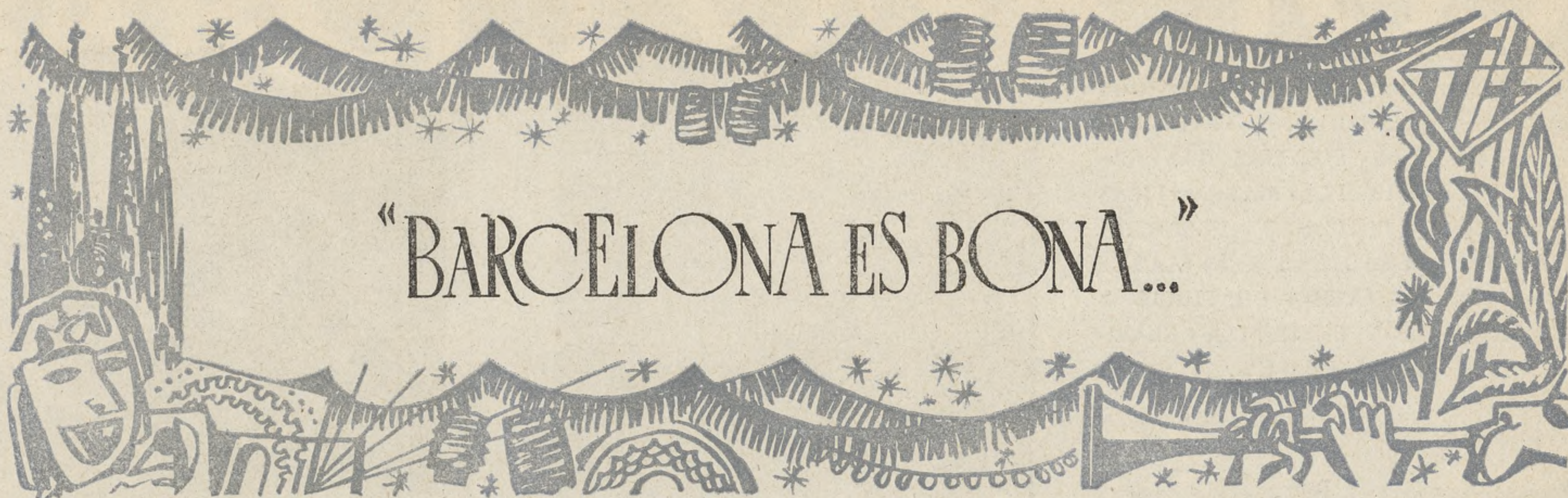
¿Cuántos son, en éste como en los anteriores Ayuntamientos, los concejales de pura cuna barcelonesa o aun catalana? Yo creo que muy pocos, y no seré quien lo depreque. Porque Barcelona, como ya dije, es algo más que Cataluña. Es el exponente de una España que, al Presupuesto, prefiere las ganancias honestamente producidas sin control del fisco. Y aquí cabría enumerar una lista de nombres distinguidos, ninguno de los cuales tiene acento catalán; aunque todos ellos constituyan un timbre preclaro de barcelonismo. Luis Antúnez, el gran fautor de la Exposición del 88—con Rius y Taulet—y creador de grandes arterias que todavía cumplen su función, no era catalán; pero mucho costaría demostrar que no fuera barcelonés de pro. Para colmo de coincidencias, la barriada de su nombre—«Cân Tunis»—es el punto de arribo de murcianos y andaluces. Como La Torrassa, principal baluarte de la barcelonísima y profundamente española F. A. I. Pensemos en el montañés Antonio López, creador de la Trasatlántica, que en Barcelona ganó el marquesado de Comillas con Grandeza, y cuyo hijo fué el mecenas de Verdaguer, el primer poeta catalán. Acordémonos de Collasso y Gil, de Martínez Domingo, de Morales Pareja y los Guerra del Río, todos forasteros; pero todos ellos también barceloneses de campanillas.

¿DÓNDE aprendió a conocer los problemas de España un José Antonio, voluntario de un año en Caballería y alumno de nuestra Universidad? ¿En qué ambiente se formaron para los puestos de gobierno un Anido, un Portela, un Primo de Rivera e incluso Ossorio, Emiliano y don Ale? Mucha escoria, sin duda, pero también aquella experiencia burguesa y barriobajera necesarias para el gobierno de un país que del galdosismo y el barojismo pasaba a fórmulas inéditas en Europa. El omnipotente grupo Riva y García, los Conde y las diez familias ligadas a «Tabacos de Filipinas» y el Colonial, Alvarez de la Campa, Foronda y, andando el tiempo, los Muñoz, son los montañeses, astures, gallegos y andaluces que, a la vuelta de un puñado de años, habían de contribuir a la mejor solera barcelonesa. Como, en el campo adversario, los Pestaña, un Anselmo Lorenzo, Tarrida del Mármol, los Ródenas y Mirandas, y Santillán, y el Salvador de la bomba del Liceo.

El catalanismo incipiente de fin de siglo, si un ojo tenía puesto en el proteccionismo, con el otro no perdía de vista las manifestaciones musicales, insustituíbles para aunar—como de la sardana dijo don Juan Maragall—a «un pueblo que avanza cogiéndose las manos». Y de ahí los nombres de Albéniz y Granados, como luego, de Pérez Moya y Sancho Marraco, hijos de forasteros. Con intérpretes que habían de apellidarse Lázaro y Sagi Barba y aun Fleta, que artísticamente vivió respaldado por el Liceo. Al modo como a Barcelona están vinculados artistas, más internacionales inclusive, del porte de la Meller, Carmen Amaya y los Borrull, la Bella Dorita y Pilar Alonso, María Barrientos y Conchita Supervía.

En pleno modernismo, cuando Barcelona mandaba por el mundo el estilo floreal, ¿quién puede olvidar que entre los promotores figuraban el malagueño Picasso, el aragonés Miguel Utrillo, el intelectual anarquista Diego Ruiz, y desde la prestigiosa y «pairal» tribuna de La Vanguardia el andaluz Sánchez Ortiz y su sucesor, el mallorquín Miguel de los Santos Oliver? Recordemos grandes nombres en la escultura de nuestro siglo, siendo Cataluña española y francesa patria de grandes estatuarios, los barceloneses Manolo y Gargallo, y Angel Ferrant, que por cuna eran aragonés el segundo y madrileños los otros dos. O distinguidos poetas catalanes cual López Picó, Sánchez-Juan, Vinyoli (Vignoli), Perucho (Peruccio), Gimeno Navarro, cuyos apellidos denotan lo reciente de su llegada a Barcelona. Universitarios, periodistas y escritores como Martínez Ferrando, Díaz-Plaja, Juan Mínguez, Mario Aguilar, Braulio Solsona, Gonzalo de Reparaz o Ramón J. Sénder. Pintores como Carlos Vázquez, Rigoberto Soler, Opisso y Mallol Suazo. Para no hablar de futbolistas del renombre de un Zamora, un Alcántara, un Martínez Sagi, un Samitier y un Saprissa. Nacidos los unos fuera de Cataluña, con apellidos no catalanes los restantes, todos ellos han sido representantes, en uno u otro sentido, del carácter populachero y reservado, dinámico y conservador, aunque se vista de anarquismo, peculiar de Barcelona.

Ya sé que otros nombres de pura raigambre catalana cabría alinear junto a los citados. No me convenía traerlos a colación, a los efectos de mi tesis. Los lectores catalanes sabrán excusar el parcialismo de mis ejemplos, en gracia a lo bien fundado de mi tesis. Que puede resumirse en estas palabras: sólo Barcelona es capaz de reunir a propios y extraños, a conservadores, catalanistas y anarquistas, saltuarios profanadores de templos, dominicales cantores en coro y cotidianos agentes del Orden, en un quehacer común. Por algo dice el refrán que «tant si sona com si no sona, sempre és bona Barcelona». Lo cual, dicho en buen castellano viejo, viene a significar que, con dinero o sin él—y dígase contra los repetidores de Dante—siempre París, es decir, Barcelona, vale una misa.



BARCELONA és bona si la bossa sona...» es un refrán un poco plebeyo, pero profundamente expresivo para los catalanes y de difícil traducción al castellano, pese a su claro significado.

Después de «...si la bossa sona» la sabiduría popular, no exenta de ironía, apostilló: «pero tant si sona com si no sona, Barcelona és bona».

La última referencia que de esta frase proverbial tenemos atribuye su paternidad a los genoveses y pisanos. Los genoveses proclamaban a los cuatro vientos la bondad de la urbe catalana; en cambio, la gente de Pisa a buen seguro no podía vender en nuestros mercados su alfarería de exportación, que era buena, aunque tintineaban en las faltriqueras las onzas de oro. Los genoveses, más satisfechos sin duda, concluían el refrán al decir que, pese a todo, Barcelona era excelente.

La ciudad, y he ahí el exacto significado del refrán—sin la falaz y enojosa traducción literal—, se divierte con dinero o sin él, con plata o sin ella, con billetes o sin ellos en la cartera.

La inteligencia del hombre radica en su capacidad para divertirse sin gastar dinero, con la misma facilidad, a ser posible, con que Don Juan conquistaba el corazón de las mujeres sin gastarse un maravedí en un ramo de flores.

Barcelona, como otras capitales del mundo, ofrece desde tiempo inmemorial a los soñadores del orbe, a los poetas y a los desocupados mil fórmulas para distraerse y si nos apuran mucho diremos incluso para ser felices.

Los primeros que tuvieron la habilidad de solazarse sin gastar fueron nuestros abuelos. El buen barcelonés del año 1851—el del año 1880 ya fué un tanto más exigente—no era muy ambicioso en cuanto al capítulo de sus distracciones. Le bastaba estirar un poquito las piernas por el amplio paseo de la Muralla de Mar o de la Esplanada, dejándose, como una lagartija, acariciar por el sol para sentirse absolutamente feliz. Su concepto, en lo que atañía a entretenerse, era muy alejado del que hoy tenemos nosotros, sobre todo mucho más modesto. A su pura alma ciudadana le distraían infinidad de cosas y cosillas que hoy difícilmente provocarían la sonrisa en los labios de un niño.

Entre el 1851 de ayer y el 1951 de hoy no tan sólo median cien años, un siglo de diferencia, sino un mundo que abre un abismo entre esas dos fechas.

Rosarios cantados, «pontificales», misas mayores, procesiones, paseos por los jardines del General, juegos infantiles ingenuos y familiares constituían el mundo feliz de los barceloneses del ochocientos. Precursores en el difícil arte de divertirse sin gastar, aquellas gentes habían logrado un templo en cuyo interior cabía todo: tristezas, goces, ventura y pasatiempo. Templo inefable que se llama Hogar y en el cual nacía la risa, la dicha pacífica y casera, brotada al conjuro de unas sombras chinescas, de unos pulchinelas o de unas representaciones teatrales cuyo escenario se reducía a una tibia «sala y alcoba».

Y si para el viejo Grosse y otros investigadores, el gesto y la voz constituyeron los primeros elementos y balbuceos del Arte, para el barcelonés del ochocientos—y de él lo hemos heredado nosotros—la calle y el paseo fueron sus primeras diversiones públicas.

Para el hombre encerrado—ninguna frase mejor y más apropiada—durante diez, doce y hasta catorce horas en un obrador, en un taller, en un comercio o en una oficina, muchas veces sin apenas luz, el solo hecho de asomarse a la calle o darse una vuelta por algún paseo bajo la sombra de los álamos y los tilos, constituía una sonada «cana al aire» en su laboriosa jornada de trabajo.

A nuestro padre y señor, el barcelonés de antaño, le divertía el aire, el sol, elevar cometas y globos en las tardes encalmadas de agosto, o en días de septiembre cuando el azul del cielo era rasgado por el vuelo de los últimos pájaros.

Como los barceloneses de hoy, gustaban los del año 1851 del campo, de los domingos pasados bajo los amplios algarrobos, cuya copa amparaba el beso furtivo de los enamorados.

Con el cestillo del almuerzo al brazo ellas, y ellos con sus bastones y la última edición del «Brusi» en la mano, se encaminaban a las fuentes cercanas, en las cuales se abrían las negras bocas de los fogones y cantaba en las toscas pilas el agua poseedora de una vagas virtudes terapéuticas.

Las fuentes umbrosas jalonaban las vecinas laderas. Al pie de sus perfumadas higueras, entre tiernos y húmedos bancales y arriates, se distinguía la urbe encorsetada aún por la muralla. Según la fuente o merendero, se bailaba al son de un organillo, de un violín alegre y desafinado como un pájaro loco.

Se retornaba a la ciudad antes de que cerraran las puertas de la muralla, en el preciso instante en que en el cielo se encendían las estrellas de la noche.

Aun sobreviven muchos de estos parajes, pero han perdido su encanto primitivo y sobre todo la ingenuidad de aquellos que los visitaban con un brote de menta en los labios y a veces con un clavel prendido en el reborde de la oreja.

Derribadas las murallas vinieron las fiestas callejeras, se abrió la barriada de Gracia convertida en pueblo y lo que había de ser más tarde un paseo lleno de empaque y señorío, de caótica y contradictoria arquitectura urbana, convirtiéndose en un lugar de diversión y esparcimiento. Crecían allí los rosales y cantaba el agua en los cangilones de las norias.

De la noche a la mañana los solares del futuro Paseo de Gracia transformáronse en salas de baile y teatros. Vinieron al mundo un sinfín de jardines de nombradía y pomposo nombre: el «Tívoli», los «Campos Elíseos», el «Jardín de la Ninfa», el «Euterpe». Más tarde se abrieron «El Prado» y «Las Delicias». Barcelona empezaba a divertirse de veras, pero aun, por fortuna, podía hacerlo por cuatro ochavos.

En las azoteas y terrados de las casas del casco antiguo—corazón y pulso de la ciudad—se alzaba la rústica y mañosa arquitectura de los palomares. Arraigó poderoso el deporte colombófilo, la lucha entre los poseedores de palomos buchones. Pero allí cuando se lanzaban a divertirse los barceloneses era en las fiestas de barrio. Se crearon juntas de vecinos que se constituían en padres y adornistas de la calle.

Del salón aristocrático de la Academia Nadal, el baile bajaba a la plaza pública. Se bailaba en todos los sitios, desde el gran salón gótico de la Lonja a la «Font Trobada». Danzábase el vals, la polca, el rigodón, el cotillón y el galop.

Los tiempos felices se acrecentaron aún más y más, la Barcelona menestrala y burguesa había aprendido a sonreír. Acudían a la ciudad, boquiabiertos, forasteros de indumentaria campesina llegados de los cuatro puntos cardinales del Principado, cuya rojas barretinas semejaban encenderse a la luz de los reverberos de gas. El «Barcelona es bona...» tomaba de nuevo cuerpo como en los tiempos gloriosos de la corona catalano-aragonesa cuando recalaban en nuestro puerto los jabeques de los mercaderes de Génova y Pisa.

La ciudad, desperazada del sueño de sus murallas, era también «abundante de mantenimientos y regalos», tal y como la viera y reflejara Vicente Espinel en el relato tercero de la «Vida del escudero Marcos de Obregón». La capital, acalladas las guerras civiles, volvió a ser, por la gracia de Dios, «Barcelona la rica», como de ella, y con frecuencia, dijo donoso Lope de Vega en su auto sacramental «El Misacantano» y de cuya pluma, después de las de Cervantes y Calderón, brotaron más encendidos elogios para Barcelona y los barceloneses.

En 1871 se instauran las fiestas de honor de la Virgen de la Merced—patrona de la ciudad—. Ello dió ocasión a diversiones populares, que de vez en cuando vuelven a resucitar con cierta perfumada lozanía. Más tarde se produce el milagro barcelonés de la Exposición del 1888. La población se transformó de arriba abajo, cambió la piel. Del gran certamen universal nacieron, entre otras cosas, el Parque de la Ciudadela, centro hoy, al igual que ayer, de ingenuos esparcimientos. Su colección zoológica vino después. Ildefonso Sardá dejó trazadas plazas, calles, avenidas y paseos. Un viento suave aireó las frondas olorosas de las Ramblas: venían al mundo las mellizas XX del nuevo siglo. Con él crecía otro tipo de pasiones y diversiones. Pero el barcelonés que no quería hacer uso ni abuso de su bolsa, aun se solazaba con los paseos y las dominicales excursiones a las fuentes campestres o danzando al son de unas «cobles» que venidas, sonoras y solemniales del Ampurdán, nos traían la sardana.

El barcelonés podía oír en el Paseo de Gracia, como después los oyera en la Plaza del Rey, los conciertos de la Banda Municipal dirigidos por el maestro Rodoreda, autor del «Virolai» que cada atardecer brota fresco como una abrileña rosa del coro montserratense de sus escolanos.

Y lentamente, por el estrecho pasadizo de los días, se penetraba en la Barcelona de hoy, multiforme, activa y bulliciosa, sabia y refinada en el divertirse y gastar. Sin embargo, todavía posee validez el refrán; con bolsa o sin ella la ciudad «és bona», propios y extraños aun pueden sentirse venturosos en ella, pese a que los días son otros y cada vez se nos queda más lejana aquella ciudad ochocentista que se distraía al sólo contemplar el vuelo de un pájaro o el encenderse de las primeras estrellas de la noche

POR ARTURO LLOPIS

BARCELONA, 1951



POR JOSE FERNANDO AGUIRRE

APUREMOS lentamente nuestro amor a Barcelona para gustar de su esencia, pues las esencias nos llevan al conocimiento y éste nos da medida de las cosas, de los hombres, de las ciudades. Cuando ha doblado el medio siglo su andadura o, mejor, su encrucijada, la ocasión nos impele a definirle, a situarte ciudad de Barcelona. Bueno, pero las ciudades son límites del hombre y circunstancias de la historia. O al revés, y entonces el hombre se sumerge en la gigantomaquia de los utilitarismos: ciudades de Nueva York o casas prefabricadas. ¿No será el «fin de semana» la huída del ciudadano descontento de la ciudad, durante seis días sometido a ella? La primera nota que apunta el observador cuando le dan el tema de «Barcelona, 1951» es ésta de la huída. Y precisamente se manifiesta en el ombligo de la ciudad: «eléctricos» que parten de la Plaza de Cataluña. Tomemos un plano reciente de la ciudad. Carece de centro urbano, de eje radial; esta carencia impondrá al barcelonés una característica: el de estar apegado a su barriada. Así nos explicamos las «fiestas mayores» de Gracia, Sans, Barceloneta, San Gervasio, Hospitalet, el Clot... y las fiestas de cada calle. El ciudadano ama su ciudad en razón primera de lo que tiene más a la vista, de cuanto puede captar sin violencia. Y tan sólo cuando trasciende el amor visual se apodera del conjunto y brota el énfasis, fruto civil del Mediterráneo.

Una ciudad será siempre la Arquitectura canalizando las manifestaciones colectivas. Ante nosotros, algunos extremos: el caso Gaudí, el «building» de Urquinaona, el ensanche y la Catedral.

Gaudí representa justamente lo contrario del «seny» de la mesocracia barcelonesa que hace posible Puertaferrisa, la calle Alfonso y la reconstrucción del Liceo. Gaudí es la última floración del espíritu gótico bautizando a Wagner. Patetismo de la piedra al renegar de su pesadumbre, tema de los dragones incorporado a la mitología de las sirenas; pero también, lo contrario del cemento y el hormigón armado que taja con su pecho acribillado de ventanitas el peso vegetal de Urquinaona. Pero entonces... Todo pasa y el renacimiento de Europa se avecina; por ser librepensadores nuestros abuelos nuestras ciudades son hoy una total anarquía de volúmenes, algo que exige su demolición, de aquí la gran función sanitaria de las guerras.

Barcelona continúa siendo la plaza fuerte, arriscada, puerta del Mediterráneo. Demolidas las Reales Atarazanas, sin muros de defensa por trasladarse tierra adentro el teatro de la guerra, lo natural hubiese sido ganar la costa. Sin embargo, Barcelona trepa por el monte y corona los «colls» del Tibidabo, Montjuich y San José. Por esta dirección violenta, a contrapelo, de su crecimiento el problema urbanístico se resuelve simplemente por la cuadrícula.— Barcelona que cuenta con la Plaza Real, ejemplo de la «divina proporción», ya es incapaz de crear otras plazas en el ensanche. Porque el quid del urbanismo es la Plaza, obra maestra de la ciudad. Mas una plaza, ¿de qué estilo? Porque la de España se libra con ligera penitencia por su fuente. Así el proyecto algunas veces aireado del Paseo Marítimo, arrasando los tinglados del puerto, se queda siempre en ilusión. Quiérese reparar lo antes señalado: el desvío de la ciudad al mar.

¿Puede servir de patrón, de vientecillo o musa a los nuevos arquitectos el barrio gótico? No, no, por caridad. Si falso nos parece el «building» no hagamos ojivas de cemento en esta Barcelona de 1951. ¡Qué pena, qué rotunda equivocación el templete seudorrománico de Santa Ana, una de las mejores iglesias de Barcelona! No atinamos, Señor. ¿Tendrán que permanecer con las espadas en alto los esforzados combatientes hasta que asome un nuevo capítulo del espíritu?

Otra nota que apunta el viajero es el tema del salón. El Consejo de Ciento y el Tinell. El salón—fuera la versión femenina de Francia—acota el espacio para ganancia de la jerarquía civil de la ciudad; mas puede caerse en lo ornamental, en el arco de triunfo. Tal vez para purgar penitencias, frente a lo colosalista «El Trascacho» orada los cimientos de un viejo palacio de la calle de Moncada, alzando su lema de «vino y verdad sin aguar». ¿Ocupa espacio el espíritu?, preguntaron a un siervo de Dios y respondió como un ángel.

De los temas que Barcelona ofrece nos queda el del jardín como elemento urbano; y la meditación de la palmera y el mar...

Ya hemos apurado un sorbo de amor y la mano se nos tiende en despedida...

La Plaza de Cataluña no es el foco radial de Barcelona y tal vez por esta razón no guarda armonía en su estructura; nos parece el gran laboratorio donde se ensayan técnicas urbanísticas.

La calle de Pelayo, con sus grandes almacenes, pensiones con ribetes de hotel, cediendo el paso al señorío de la calle Balmes, es uno de los puentes entre el «ensanche» y las Ramblas.



Centinela del barrio comercial moderno, el rascacielos de la Plaza de Urquinaona nos obligará al portazgo de la admiración de la Barcelona más actual.



Vegetales barras de Aragón, falta una para completar el escudo, las tres palmeras de la Plaza de la Universidad, tan popular en el mundo estudiantil.

← Paseo de Gracia es la gran avenida, el orgullo de Barcelona donde se alza la «pedrera», obra del arquitecto Gaudí, escoltada por las monumentales farolas de gas que saludan a los grandes expresos y al pintoresco y popular tren del Tibidabo.



En algunas ocasiones los barceloneses se han visto sorprendidos al contemplar cómo un buen señor limpiaba amorosamente esta Venus de la Plaza de Cataluña; era el genial Clará, que cuidaba su obra.



Fuente, juegos de agua, palmeras y la plaza de toros; ésta es la síntesis de la Plaza de España, pórtico de la Exposición que tanto nombre ha dado a Barcelona.

Los «nois» contemplan el estanque bajo la mirada burlona de un tripudo amorcillo, uno de los tantos motivos ornamentales de la Plaza de Cataluña reunión de «raspas» y soldados.



Las palomas asaltan el paisaje urbano. La estampa es común a San Marcos de Venecia o a La Cibeles de Madrid. Sin embargo, este remolino de alas pica en la Plaza de Cataluña al sol mediterráneo.



Entrada a la Exposición, con su magnífica columnata que quiere recordar la del Bernini, en Roma. Tiene un gran sabor italiano y fué una sorpresa en su tiempo.

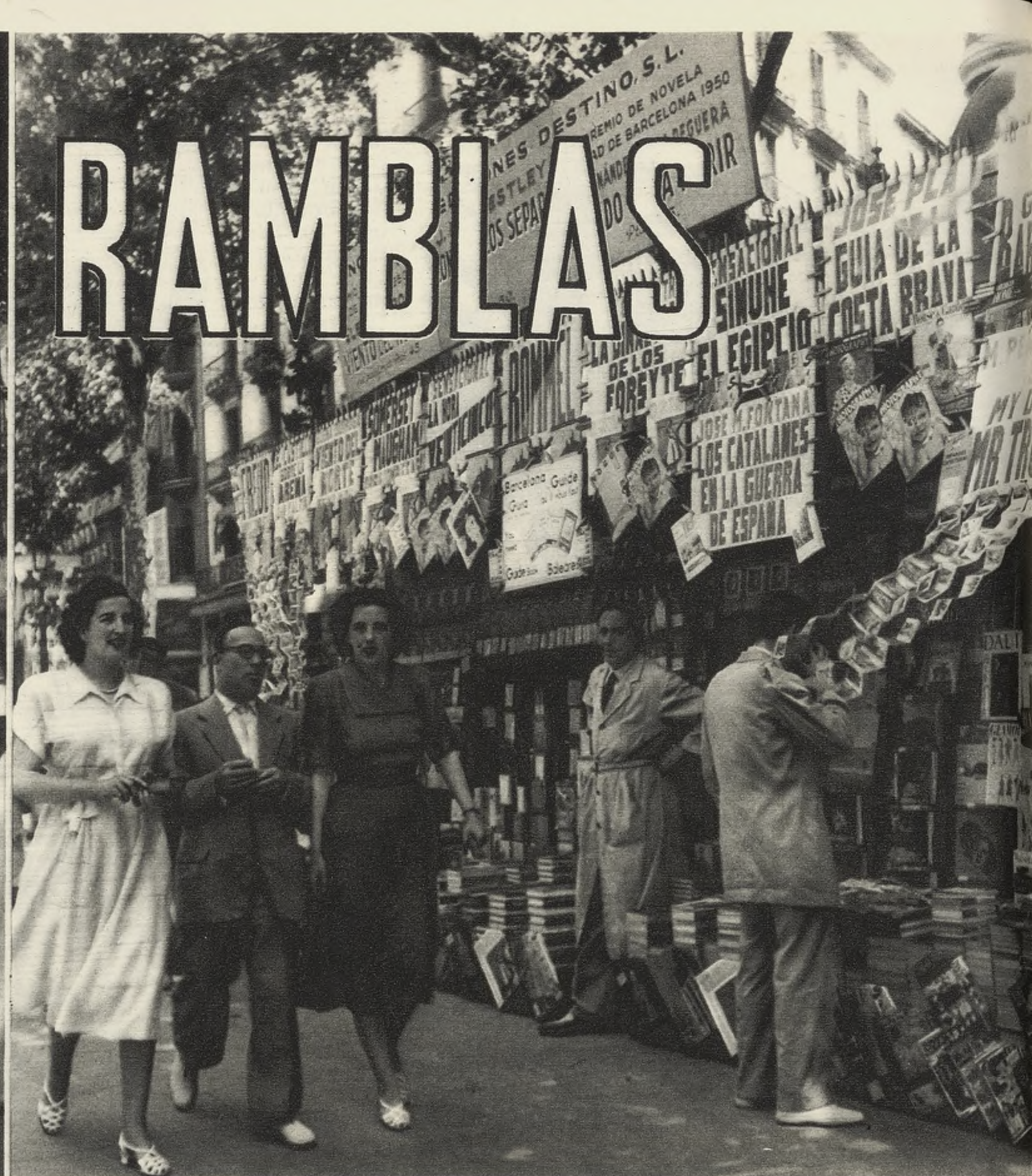


Luz de domingo, en la Plaza de Cataluña: la gran mesocracia barcelonesa cumple un rito tradicional; por las esquinas de la foto se escapan los compases de la sardana; ¿habrá acabado la Misa en Belén?



LAS RAMBLAS





Paseo de fisonomía única, de trazo y corte típicamente catalanes, viejo cauce de riera por donde se ha deslizado la historia de la urbe. El tiempo depositó en sus orillas multitud de cosas amables, convirtiendo las Ramblas en escaparate de las gracias ciudadanas. El mercado de flores, de fama mundial, es para el forastero la mismísima alma de Barcelona.

Los trasnochados quioscos de periódicos, a través de los años, se han transformado en inmensas librerías, en cuyas muestras se codean ediciones de todos los países del globo. También a los turistas—especialmente a los turistas de alcurnia intelectual—les sorprenden y les encantan estas públicas y ostentosas exhibiciones de papel impreso. No sólo de flores se pavonea la Rambla.

El comercio floreal en todas sus manifestaciones. De la semilla a la maceta. Estos humildes mostradores, a la víspera de San Juan, adquirirán gigantescas dimensiones con la afluencia a la Rambla de millares de albahacas, «que lanzan su silencioso perfume en medio del ardor de la noche incendiada por tantas hogueras», como escribió un día Juan Maragall.

El Llano de la Boquería ha sido el postrer reducto de cierto tipismo barcelonés. Encaladores con el brochón al hombro, mozos de cuerda tocados con barretina, gitanos esquiladores, todos los personajes del sainete tenían allí su ágora y su lonja. Hoy, las barandillas del «metro» sólo amparan a limpiabotas. Y entre la clientela jamás falta la pareja de novios en plena luna de miel.









Y al lado de las flores y los libros, los pájaros. El piar de los pájaros es uno de los sonoros leimotifs de las Ramblas. Los gorriones arriba, en las ramas. Los jilgueros y los canarios aprisionados en las jaulas del mercado pajarero. Frente a los comercios de lujo, cara a los bares americanos, los puestos de pájaros, este pósito pueblerino que es el mejor aliciente de las Ramblas.

A la sombra de los seculares plátanos, en verano, es una delicia la lectura. No es la reposada y erudita lectura de la biblioteca, sino el repaso al periódico del día: política, deportes... O bien leves novelas policíacas y del Oeste. A este tipo de lectores no les molesta el estridente contrapunto que a sus espaldas forman tranvías y automóviles.

En la intersección de las Ramblas y la calle del Carmen, la arquitectura cesa de ser vulgar y anodina para dar un do de pecho arqueológico: dos edificios barrocos, el palacio de la Virreina y la iglesia de Belén. Recortados sobre el cielo azul, con el zócalo multicolor de las sombrillas de las floristas, los muros del templo, especialmente, confieren a la Rambla prestancia y señorío.

Pueden las elegantes tiendas de flores multiplicarse por la ciudad. Comprar en la Rambla dará siempre patente de barcelonismo. Hubo un tiempo, inmortalizado por el lápiz de Luis Pellicer, en que la Rambla de las Flores era un salón rumoroso de madrigales y cada florista un bello ramillete de historias galantes. (TEXTO DE SEMPRONIO).







La desembocadura de la «vía sacra» vista desde la cima del monumento a Colón. Las Ramblas parten en dos mitades la ciudad vieja: a la izquierda, el turbulento distrito quintó; a la derecha, los barrios de la Merced y la Catedral...

El «dolce far niente» asoma de un modo especial en la Rambla de Capuchinos. Ancianos jubilados, gentes sin ocupación, dormitan arrullados por los ruidos de la calle. Y de su sueño les despierta, prosaicamente, el cobrador.

Lindante con el Mercado de San José, la popularísima Rambla de las Flores conoce por la mañana su hora de punta. Su numerosa clientela es llana y menestral. Y las flores son servidas al público en el clásico y sencillo manojo.





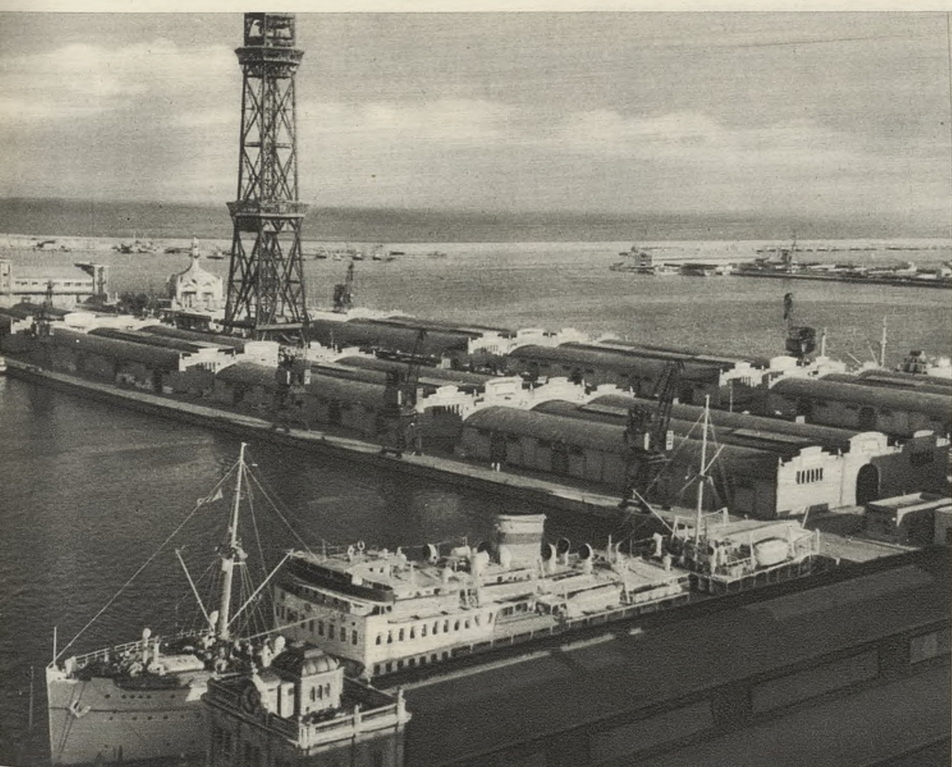
Llegó la Escuadra. Bares y cabarets rebosan de blancos. La Rambla nos recuerda su abolengo marinero y su proximidad al Puerto. Bajo las sombrillas, tierra y mar hacen buenas migas.



Al lado de las flores y los pájaros, en el ferial ramblístico no podían faltar los peces. Y la alborozada curiosidad de los niños redime a la Rambla de muchos de sus pecados nocturnos.

EL PRIMER PUERTO DEL MEDITERRÁNEO

LA ARMAZON DE LAS GRUAS HACE MAS LIGERA LA estampa de los vapores y trasatlánticos, inmenso «meccano», carga y descarga las sentinas del cuerno flotante de la abundancia.



LA TORRE DEL TRANSBORDADOR VIGILA LA ESCOLLERA TENIENDO A SUS pies el templete oriental del Club Náutico, tradicional en la vida deportiva barcelonesa.



PERSPECTIVA TIPICA DEL PUERTO: «GOLONDRINAS» O «GAVIOTAS» DESFILAN frente a la flotilla de viveros de mejillones donde se crían esos salerosos moluscos.

PRESIDIDO por el monumento a Colón, de sesenta metros de altura, el puerto de Barcelona es el campeón del Mediterráneo. A las tierras dulces de Barcelona llegó un día Cristóbal Colón para entregar a los Reyes Católicos las primicias de un nuevo mundo, presentido en las naves mediterráneas que humillaron al Gran Turco. Acaso este suceso al transformar el concepto del mundo obliga al puerto de Barcelona a una jornada de descanso; es la época en que Sevilla y Lisboa ejercen la supremacía peninsular iniciándose desde sus costas la carrera de las Indias. Atrás quedaron la gesta de los almogávares, Lepanto, la defensa de Malta por el viejo La Velette. Entonces el Mediterráneo era el mar de las barras de Aragón, que ni los peces podían cruzar si no eran súbditos de tan gran monarquía.

Pero Barcelona supera su obligado descanso y tan pronto como el equilibrio europeo se restablece el mar vecinal vuelve a ser zoco y mercado; el canal de Suez acorta la distancia hacia la India oriental y una vez más las civilizaciones del café y del aceite encuentran en el Mediterráneo su camino. Barcelona adelanta su historia y cuando España pierde los últimos girones de su imperio colonial y se origina su «tibetización», la siesta española, el puerto se vuelca generosamente y abre sus caminos a las rutas americanas, manifestando así la grandeza de su ánimo, la total ausencia de rencor.

El puerto de Barcelona es una de las mejores pruebas de la ingeniería: su profundo calado que permite arriben hasta el muelle de la Paz los más poderosos acorazados, los mayores trasatlánticos del mundo; su continuado progreso que le lleva a proyectar la construcción de un puerto franco, cuyos primeros pilares ya reciben el homenaje de las aguas.

Barcelona cuenta con sesenta y cinco millas de costa y las baterías de Montjuich atalayan vigilantes sobre la serenidad del Mare Nostrum. Marsella, Génova, Malta, las dos Sicilias, el Tirreno, el Adriático, todo el mundo marino que se reúne en el Mediterráneo proclaman con gozo de siglos la supremacía del puerto de Barcelona, el primero, el potente, el primer puerto de la Cristiandad, sobre las aguas de nuestra civilización.

NO PUEDE FALTAR LA CLASICA ESTAMPA MARINERA DEL BUQUE FANTASMA, VELERO DEDICADO A ESCUELA de pilotos de altura, laberinto de la arboladura, oros magníficos en el mascarón de proa, que evoca legendarias hazañas.



PUERTA DE LA PAZ, ESCENARIO DEL DESEMBARCO DE COLON. EN PRIMER término la Junta de Obras del Puerto y al fondo la aglomeración urbana de la Barceloneta.



MUELLE DE PESCADORES DE LA BARCELONETA, TRAJIN QUE COTIDIANAMENTE arranca a la mar una de las principales fuentes de riqueza y obliga al tópico de Sorolla.



51 AÑOS DE BARCELONA

POR

JOSE MARIA FONTANA

(ILUSTRACIONES DE LORENZO GOÑI)

Para solaz de curiosos y experiencia de prudentes

NACE la política del siglo XX, para Barcelona, en el Liceo, la noche del 7 de noviembre de 1893. Poco podía suponer la manchada levita de mi abuelo—sesos y sangre—, que había empezado el fin de la Restauración: la Monarquía rodará, poco a poco, tristemente, como las perlas de Mariona Rebull por la escalinata del Gran Teatro.

La obra de Cánovas era demasiado ficticia para resistir la autenticidad de Barcelona, y el esfuerzo del señor Planas y Casals, del Marqués de Marianao o del señor Durán y Bas, nada podía contra las nuevas fuerzas.

El último éxito político, con respecto a Barcelona, fué la Exposición Internacional de 1888, y lo obtuvo aquella digna Reina Regente, acompañada del Rey niño, que nos recuerdan tantos grabados de *La Ilustración Española y Americana*.

Después, el proteccionismo y el libre cambio envenenaron las relaciones entre el Régimen y el progreso industrial. Fué el mal fruto que nos dió tomárnoslos en serio... ¡Y pensar que, en el fondo, tanto la primera como la segunda de tales prácticas respondían a *slogans* sajones en aras a la importación de patatas y la exportación de manufacturados!

Sobre aquellas luchas de «los aranceles» pesa trágicamente la estructura económica de España, con sus diferenciados periferia y centro. Ni Cánovas ni Sagasta supieron ver la raíz, ni prever las consecuencias.

Y consiguieron que la bandera que enarboló el Fomento del Trabajo Nacional restallase a los vientos de la política que inflamaba la voz mesiánica de cierto muchacho de Besalú, Francisco Cambó. Las fuerzas políticas no catalanistas siguen a remolque, y son utilizadas por el Gobierno como meros comparsas sin voz ni voto. ¡Fatal error! El Régimen preferirá siempre la alianza—y, por tanto, el robustecimiento—de los enemigos.

El Fomento, fundado por un alpujarreño autodidacta y amigo de Prim, esgrime un dilema fuerte: o libertad arancelaria para todos los productos, o protección también para la industria textil y la metalurgia.

Poco a poco, las máquinas triunfan, impelidas por el vapor, y riadas humanas afluyen de toda España hacia Barcelona. La *urbs* es ya una *polis*.

Ni Balmes, ni Milá y Fontanals, con su gran talento, cultivado a la luz del quinqué, pueden nada cuando brillan las bombillas eléctricas y humean las fábricas a vapor. Y don Segismundo Moret no sabe hacer otra cosa que lanzar el jipijapa de Lerroux por las Ramblas. Empiezan las «meriendas fraternales» con «entierro de la sardina», en Montjuich...

El alma noble y bella de Juan Maragall, con voz de profeta en el desierto, escribe en 1899:

Espanya, Espanya, retorna en tu,
arrenca el plor de mare!

Y la voz tiene ecos fraternos en Graus, Salamanca y Granada.

CREPITA de aldabonazos el cielo enrojecido de Barcelona, con los sucesos de la Semana Trágica. Ya desde hoy se sucederán las Semanas inexorables, con ritmo de desenlace. Pero en Montjuich se fusila a Ferrer y Guardia, y el Mundo (con tres puntos) babea de odio antiespañol: ¡Gracias a Dios, España vuelve a ser odiada! Todo fin es un principio.

Políticamente, son posibles allí todas las cosas, desde el partido posibilista de Castelar y la popularidad del General Polavieja, a la Revista Blanca de los amigos del *Noi del Sucre* y los salones de la señorita Isabel Llorach. Surgen chimeneas y redes eléctricas, mientras crujen las plumas sobre libros mayores cada vez más gruesos. Gaudí canta, con el Maestro Millet, en el *Palau de la Musica Catalana*, y eleva oraciones engarzadas en las torres nacientes de la Sagrada Familia.

¡Todo es posible con el Progreso...!, aunque Vázquez Mella hable—admonitorio—de los que «cortan el cupón, se comen el capón y adoran el copón».

La invasión demográfica de Barcelona viene forzada por el desarrollo industrial. Aragoneses, murcianos y almerienses aportan duras y oscuras estirpes, supervivientes de la brutal autoselección originaria del secano latifundista. ¡Qué brava y difícil pondrán a Barcelona estas gentes!

Ver a distancia el noble espíritu izquierdista de media ciudad y el prudente conservadurismo de la otra media es contemplar una tesis y una antítesis que piden a gritos la síntesis fecunda. Pero Hegel es manejado por *La Publicitat* y por el General Weyler: lógicamente, no hay síntesis posible, y triunfan los abogados de la *Lliga*, con sus carteras, y Emiliano Iglesias, con sus bigotes de generalito mexicano.

«¡Pobre pueblo! Es claro: tiene sed; unos le dan vinagre, y lo devuelve; otros, vino, y se emborracha. ¿No hay quien tenga agua para darle?», escribe, sobre Barcelona, Miguel de Unamuno a Maragall.

Pero es sangre, mucha sangre, la que corre por las calles de Barcelona. En las paredes rezuma mugre viscoso de extranjera hechura el «¡Maura, no!»

Los carteles amarillos con barras rojas de la «*Lliga* Regionalista», las *star* de los sindicalistas, los brazaletes de los somatenes y las bombas ácratas son las fiebres que denotan el crecimiento mercantil e industrial de la urbe, así como el estallido del sistema político de la Restauración.

Cuando Barcelona demandaba, casi, un I. N. I., en Madrid se representaba *La Verbena de la Paloma*, y el Presidente del Gobierno recita en las Cortes aquello de:

...En siendo de Zaragoza
que me llamen como quieran.

Discordancia es igual a desunión, y ésta a Revolución.

Fueron la «Solidaridad Catalana» y la «Asamblea de Parlamentarios» quienes iniciaron la subversión de los chaqués y los hongos... ¡Y luego les extrañó que las blusas y las gorras se desmandaran pistola en mano!

¿Qué sintió y cómo pensó Prat de la Riba en su ocaso?: la contestación la tenéis en sus obras prusianas, que se anticiparon veinte años al «Mein Kampf».

Ya Cambó, poco antes de ser ministro, le dice al Coronel Márquez, presidente de las «Juntas de Defensa», irradiadas a todas partes desde Barcelona: «Cataluña ni es ni puede ser separatista». Y se manifiesta «al servicio de procurar la salvación y la grandeza de España». Luego será ministro, y un gran ministro, pero es ya demasiado tarde.

1923. Barcelona agoniza. Se mezclan en las calles las basuras amontonadas por las huelgas con la sangre de setecientos atentados. El odio contra la comedia parlamentaria es irresistible.

El Senador Miguel Primo de Rivera y Orbaneja está a punto de dejar pasar al general que los barceloneses todos—¡síntesis al fin!—ovacionan y empujan con fervor.

EL juego de la política de España es tan barcelonés que la reacción del 13 de septiembre de 1923 fué todavía iniciativa y forja suya. Y no fué una casualidad que sonara en Madrid la bofetada de Sánchez Guerra, derribando al frustrado *boulanger* General Aguilera. La Restauración se entierra aquel día porque Barcelona no podía morir.

Una vez más, la inexistencia práctica de un centro dirigente con autoridad obligaba a Barcelona a defenderse de la anarquía y de la subversión. Martínez Anido, Miláns de Bosch, Arlegui, Bravo Portillo... fueron los hombres que encabezaron la viril actitud de supervivencia. Aquí no corresponde el juicio sobre sus métodos, y sí, tan sólo, la reseña.

Aparte del Dictador, el hombre de Barcelona fué don Severiano, siempre nostálgico de Torredembarra y Tarragona. Aquel régimen paternal, condescendiente y sin demasiada fe en sí mismo, fué incluído por Cambó entre «las Dictaduras»..., aunque antes de un decenio se la llamara la *Dictablanda*. Fueron años de paz y trabajo, durante los cuales la gente moría en la cama, con la familia y el médico al lado, exceptuadas las víctimas y los criminales del «expreso de Andalucía».

Barcelona dió un estirón enorme. Empieza el auge del Paseo de Gracia y se construye en la Diagonal, que se alarga hasta Pedralbes.

Alfonso Sala, Viver y Montseny fueron los tres grandes patricios de la época. Ninguno pasa de ahí porque la verdad es que la Dictadura cree poder prescindir de Barcelona como factor político y piensa que con hacer buenos negocios ya tienen bastante los barceloneses... ¡Fatal error, de nuevo!

Al poco tiempo empezó la gente a obsesionarse por una cosa extraña, que nadie conocía, aunque por lo visto la ansiaban todos, y que se llama normalidad. Pedían la vuelta a la normalidad. ¿Qué normalidad?, preguntamos hoy, en vano, nosotros. ¿La de los atentados y huelgas? ¿La del «feliz» tránsito de Cánovas, Canalejas y Dato? ¿La de la crisis del sombrerazo? ¿La de la suspensión de garantías?... En fin, allá ellos, y seamos indulgentes con los *hobby* del pasado.

Si la Dictadura nace en Barcelona es lógico que allí alcance su cenit esplendoroso. La Exposición de 1929 representa el triunfo de Barcelona como gran ciudad en la época—¡hoy romántica!—de la electricidad; de igual modo que la anterior lo fué en la del gas. Y surge esplendorosa la intuición lumínica de Carlos Buigas, con



el símbolo de sus mágicas fuentes de luz y de agua. Viene el Rey simpático, con su ros y su pitillo, en el *Hispano-Suiza* de siempre. Primo de Rivera está viejo, apoplético y gastado en glorioso servicio.

En la estación marítima se da una fiesta nocturna extraordinaria en honor de los reyes de Italia. Todavía luces y explosiones son alegre pirotecnia. Pero en aquellas noches maravillosas de la Exposición, los cinco haces de los proyectores bucean y giran sin lograr rasgar las tinieblas de la noche que vuelve. Al principio le llega a veces un fin prematuro.

¿Por el capricho de la gente, cansada de paz y de bienestar? ¡No sólo por esto! ¿Errores? ¡Nadie cae por equivocaciones cuando no está dispuesto a caer y sabe sostener la adhesión del mínimo indispensable! Ahí, sí le duele: la Dictadura no supo guardar la ilusión y la lealtad de los suyos. Prefirió la sonrisa ambigua de los enemigos.

Y la gente se agarró a los bigotazos de don Dámaso, a los estrafalarios «constitucionalistas», a cualquier cosa. No quiero aludir a quien sería alcalde de Barcelona.

Cambó—el hombre que a fuerza de adelantarse llegó siempre tarde—intenta realizar la gran ilusión de su vida: dejar de ser el jefe de un partido catalanista para ser el Maura de un gran movimiento español. Pero nadie le sigue por el *hall* del Palace madrileño; mientras, José Pla va tomando notas para su libro sobre la proclamación de la República.

MADRID y Barcelona, por primera vez, *ex-aequo*. Igual el esfuerzo para derribar la Monarquía. Iguales la ilusión y la esperanza. Igual la «alegría del 14 de abril». ¡Y qué poco nos duró!

Alcalá Zamora, aquel ceceante señor de Priego, feroz anticatalán, en las Cortes de 1916 firma la concesión del Estatuto. Los atracadores de Bancos y los vegetarianos ácratas deciden si la *Esquerra* ha de ganar o perder las elecciones.

El señor Rodés, el señor Ventosa y el señor Cambó retroceden a los tiempos en que era gobernador don Leopoldo Matos, y mantienen un *slogan* digno de Thales de Mileto: «¿República? ¿Monarquía? ¡Cataluña!».

Ahora Lerroux es don Alejandro y los «jóvenes bárbaros» toman tila y bicarbonato en el «*Real*» Club Republicano Radical del Paseo de Gracia.

De Madrid a Barcelona, de Barcelona a Madrid, va y vuelve José Antonio, que es barcelonés de adopción, y habla y piensa cosas maravillosas que escuchamos cuatro locos entusiasmados. Pero el 6 de octubre Barcelona obedece y va a remolque de la Casa del Pueblo, de Madrid, y de cualquier Banco norteño como de cualquier «chigre» asturiano. Algo ha enfermado en las entrañas de la gran villa mediterránea. Desde aquella fecha infausta Barcelona marchará a rastras de los acontecimientos políticos y no logrará inspirarlos ni dirigirlos.

La *Esquerra* ve acercarse el fin con angustias de auténtica muerte. Quisieran salvar a la República, pero ya nada pueden, salvo copiar a la Francia de Doumerge. Tuvieron oportunidad de dirigir la política española del Régimen, pero prefirieron ser cabezotas de ratón. Además, las localidades de sol y sombra no tienen éxito en el ruedo ibérico.

La República, herida en mayo del 31, agravada el 34 y liquidada en las elecciones del 35, es ya un cadáver sucio de sangre, lágrimas y fango. Barcelona entra en catalepsia el 19 de julio y durante mucho tiempo la manejarán ventrílocuos ajenos al espíritu ciudadano.

Aquel rural Torres y Bages, que tanto veneno puso en el alma catalana, es desenterrado de su tumba de Ripoll—¡ay, Abad Oliva!—, y sus huesos arrojados al río, con los de los viejos condes que exaltara Rovira y Virgili, y precisamente por los cuervos que todos ellos criaron. Son asesinados veintitantos mil barceloneses de casi todos los matices políticos; mientras, los victimarios se matan también entre ellos profusamente: ¡kilo y medio de oro se recogerá, años más tarde, entre la áurea prótesis de las víctimas!

Barcelona inicia su derrame por toda España, aunque años antes se fueron, con menor apresuramiento, don Eugenio d'Ors y el señor Colom Cardany.

Se acercan, por fin, cañones, canciones y banderas. Durante dos años y medio Barcelona fué sólo una entidad geográfica, un mero y pasivo soporte del terror.

EL 25 de enero próximo hará trece años que Barcelona trabaja en la paz de Franco. ¡Trece años de la Liberación! Cuando los barceloneses que habían descubierto a España, mientras ésta les descubría a ellos, se abrazaban a los que despiertan de la terrible pesadilla.

El Prefecto de los Pirineos Orientales ya no podrá decir, sonriente, que Barcelona es *la ville des bombes*.

Crece mucho más la ciudad, y el cinco de oros es el centro de ella.

Las ramblas, bulliciosas, son casi una avenida suburbial, y con movimiento centrípeto surgen barriadas y barriadas con vida propia. Barcelona no es una ciudad, son diez ciudades.

Pero Ignacio Agustí no publica la continuación de «El Viudo Ríus». ¿Por qué? ¿Será porque el hijo de Mariona es tan sólo un sujeto de revista frívola, y no de la tragicómica y humana pirueta que es una novela! ¿Qué falta, qué sobra? ¡Ay, margaritas del destino!

«El avatar de las ciudades es tan ignoto como el de los hombres, precisamente porque a ellos se deben», podría escribir el prolífico Eduardo Aunós. Barcelona se derrama, corrige su introversión: catalanes, camino de Madrid; toreros, en la Monumental; andaluces que sólo viven a gusto en la Layetana; Pla, escribiendo guías; «Destino», como una antena de curiosidad por el mundo...

Pero, no. Barcelona sigue siendo Barcelona, la honesta menestrala, gran metrópoli española del Mediterráneo, fiel a sus costumbres. El *folklore* es tan sólo—y para siempre—unas bellas tradiciones amadas y practicadas, pero no un arma política. Se editan las más hermosas, completas y pulcras antologías de la lengua catalana. ¡Bailad y cantad, *esbarts* y *orfeones*, que os ampara la bandera de España, y Negrín no volverá! Pero sí vuelven a Poblet, cubiertos con los ricos alabrastros que labró Marés, los grandes reyes de la Confederación: los que llevaron la enseña barrada por todo el Mediterráneo.

¡Cuánto influyen en el perfil de Barcelona los aviones de la «Iberia»! Para el bien y para el mal, hoy es Barcelona una ciudad más de España. O subimos todos, o bajaremos todos. Barcelona aguarda su tajo y su tarea en el común afán.

¡Miradla, qué hermosa es! Lánguidamente recostada en el Tibidabo, como una Venus de Ticiano, pero con el ímpetu vital de la Diana Cazadora! Varia, brillante, atormentada, difícil siempre, como un cuadro de Brueghel...

Barcelona!, amb tos pecats, nostra!, nostra!
Barcelona nostra! la gran encisera!



LA MAS BELLA EMPRESA EDITORIAL DE TODOS LOS TIEMPOS



UNA COLECCION QUE ENCIERRA, INTEGRA, EN TRADUCCIONES DIRECTAS E IMPECABLES, LA OBRA COMPLETA DE LOS AUTORES DE FAMA UNIVERSAL QUE MAS DIRECTAMENTE HAN INFLUIDO EN LA FORMACION DEL ESPIRITU DE NUESTROS DIAS, DANDOLE FORMA Y CARACTER, Y RECOGIENDO A LA VEZ TODAS SUS INQUIETUDES.

AUTORES PUBLICADOS

LAJOS ZILAHY

Vol. I.—Novelas

Primavera mortal.—El amor de un antepasado mío.—Algo flota sobre el agua.—Las cárceles del alma.—El desertor.—La ciudad vagabunda.

Vol. II.—Novelas

El alma se apaga.—Las armas miran atrás.—Vida serena.—Los Dukays: El Castillo de Ararat, Kristina y el Rey, y el crepúsculo de cobre.

W. SOMERSET MAUGHAM

Vol. I.—Cuentos

En los mares del Sur.—En un biombo chino.—La carta.—A orillas del Támesis.—Ah-King.—Cosmopolitas.—Lo mismo de siempre.—La joven romántica.

Vol. II.—Novelas

Liza de Lambeth.—Cautiva de amor.—Soberbia.—El velo pintado.—Servidumbre humana.

THOMAS MANN

Vol. I.—Novelas

Doctor Faustus.—Carlota en Weimar.

Vol. II.—Novelas

Los Buddenbroock.—La montaña mágica.

ANDRE MAUROIS

Vol. I.—Novelas

Climas.—El círculo de familia.—El instinto de la felicidad.—Ni ángel ni bestia.—Bernard Quesney. Tierra de promisión — El pesador de almas.—La máquina de leer los pensamientos.—Viaje al país de los Artícolas.—36.000 voluntades.—Patapufs y Filifers.—Meype.

Vol. II.—Historia

Historia de los Estados Unidos.—Historia de Francia.—Historia de Inglaterra.

Vol. III.—Biografia

Ariel o la vida de Shelley.—Disraeli.—Lord Byron. — Turgueniev. — Lyautey.—Voltaire.

DE APARICION INMEDIATA: LAS OBRAS COMPLETAS DE MARCEL PROUST, RUDYAR KIPLING, MAXENCE VAN DER MEERSCH, ALDOUS HUXLEY, ANDRE GIDE, ANTOINE DE SAINT EXUPERY, FRANÇOIS MAURIAC Y OTROS, ADEMAS DE LOS VOLUMENES III DE SOMERSET MAUGHAM Y THOMAS MANN Y IV DE ANDRE MAUROIS.

EN VOLUMENES DE 1.500 a 2.000 PAGINAS CADA UNO, IMPRESOS SOBRE PAPEL BIBLIA DE FABRICACION ESPECIAL, AGRADABLE AL TACTO Y CON CARACTERES ESCOGIDOS EX PROFESO Y DE PERFECTA LEGIBILIDAD.

SU BIBLIOTECA NO TENDRA PAR ENRIQUECIENDOLA CON ESTA COLECCION SUPREMA. ADQUIERALO EN SU LIBRERIA HABITUAL.



UNIVERSIDAD EN BLANCO Y NEGRO

Por JESUS NUÑEZ

(ILUSTRACION DE MARIA GIRONA)

Un súbito rejuvenecimiento de la acera nos advierte que estamos cerca de la Universidad. Se cruzan con nosotros caras jóvenes, grupos sonrientes y desocupados que contrastan con el tono atareado y serio de Barcelona. De repente aparece a la vista el edificio ecléctico y macizo, de gran porte, del primer centro docente ciudadano. Sus dos torres laterales le dan un aire vago de castillo medieval, pero a la vez enmarcan los rosetones que nos indican quién fué su impulsora—Isabel II—y la fecha exacta de su edad: 1863.

Un amplísimo vestíbulo sostenido por columnas se ilumina sólo por el jardín posterior y separa a la vez los dos claustros y la dos ramas de la Cultura: Ciencias y Letras. Concebido por el arquitecto del edificio, Rogent, al estilo de los grandes «salones» de los palacios catalanes en la Edad Media, el vestíbulo nos pone en contacto con las más antiguas tradiciones regionales. A ambos lados de la sala, severas y magistrales, las grandes personalidades del saber español, en estatuas de más de dos metros, son una advertencia muda al inocente bachiller que entra por primera vez a saborear la mieles de la vida universitaria. Alfonso X, Luis Vives y Raimundo Lulio parecen estar allí para impedir devaneos prolongados y novillos excesivamente repetidos.

Pero pronto salimos de la penumbra callada del gran salón para bañarnos en la luz deslumbradora del jardín. Quisiéramos entrar en los claustros, pero algo hay que nos impulsa hacia las flores y los árboles que sombrean las escalerillas rústicas y las avenidas enmarcadas de setos. De vez en cuando, un banco en donde se sientan a charlar muchachos y muchachas. Si el vestíbulo invita a la meditación solitaria, nada más peripatético que este jardín en donde el camino es agradablemente interrumpido por un estanque con peces colorados o por un macizo de flores blancas y rojas. Aquí, en este contraste de penumbra y luz, en los dos claustros laterales a la vez severos y bulliciosos, tiene su asiento el centro de la vida universitaria barcelonesa.

Nada induce a sospechar la lucha que, como corazón cultural de Barcelona, libra la Universidad. No se trata del esfuerzo cotidiano con la asignatura, el programa fijo o las clásicas «chuletas» del alumnado. Es una contienda silenciosa y substantiva. Veamos en qué consiste.

Barcelona es una ciudad de vieja tradición universitaria. Los estudios barceloneses fueron fundados por Alfonso V de Aragón en 1446. Pero lo cierto es que la nueva Universidad no llegó a alcanzar dentro del reino la categoría que poseían Huesca y Lérida. Hacia 1500 la supremacía pasa a la Universidad de Valencia, fundada bajo la protección del concejo. Y en este momento, unificada España, las universidades de Salamanca y Alcalá adquieren una talla internacional que oscurece la labor callada de los cátedros barceloneses. Mientras tanto, la ciudad de Barcelona, puerto mediterráneo de importancia comercial análoga en la Edad Media a la de Venecia y Génova, las supera en movimiento con la protección marinera de Fernando el Católico. Un desarrollo progresivo de la ciudad, convertida de comercial en industrial a partir del siglo XVII, se corresponde con una involuntaria pérdida de la importancia universitaria, que culmina en 1717 con la fundación de la Universidad de Cervera, favorita de Felipe V. Los estudios barceloneses terminan por desaparecer, coincidiendo este momento con el destello humanístico de Cervera. Ya no van a reanudarse hasta el período 1837-1842, en que se trasladan a nuestra ciudad las Facultades de aquélla. Barcelona ha dejado de ser ciudad universitaria durante más de un siglo.

Esta inmerecida situación de sus estudios universitarios a través de la Historia no coincide con el estado cultural de la ciudad. Barcelona es ciudad de vieja cultura, de esas que están ya infiltradas en las piedras de la urbe romana. Por ello la tradición cultural de Cataluña se halla hoy en un estado tal de madurez que, agotadas las directrices puramente cerebrales, ha pasado a ser regida más con el corazón que con la inteligencia. Es, como todas las cosas viejas, una cultura sentimental. Y, como todas las cosas sentimentales, algo muy difícil de dirigir racionalmente.



Por ello, esta Universidad, colocada de nuevo en Barcelona a mediados del siglo pasado, ha tenido que luchar a brazo partido con la cultura escurridiza y secular de Cataluña. No contra ella, sino precisamente a su favor. Al intentar convertirse en rectora del saber tradicional, lo único que pretende la Universidad es encauzarlo por las rutas de la razón moderna, sistematizarlo y esclarecerlo. En este esfuerzo se resuelve toda la labor cultural del «alma máter» del primer puerto mediterráneo. La labor es doblemente difícil debido a la naturalesa industrial y comercial de la ciudad. La atención del barcelonés no puede dirigirse preferentemente a las actividades universitarias, por estar ya ocupada en una serie de quehaceres que han dado a Cataluña su industria floreciente. En esta ciudad de trabajo asiduo, sostenido por instituciones tradicionales y por huellas de muchas culturas, la Universidad lucha por obtener una supremacía difícil de compartir.

La verdadera toma de contacto con el problema reseñado ha sido realizada en los últimos años. La influencia decisiva en la ciudad se logró ya con la escuela catalana de Filosofía acaudillada por Lloréns y Barba a comienzos de nuestro siglo. Esto fué debido sin duda al hecho de la vinculación estrecha que la Filosofía del «common sense» tiene con la esencia de la ciudad misma, ciudad del «seny» o sentido de la realidad. Al mismo hecho se debe la importante tradición médica y jurídica de nuestra Universidad. Mas hoy día esta vinculaciún tiende a hacerse más estrecha. Se trata de conseguir que el barcelonés visite de vez en cuando su primer centro docente. Para ello se le ofrecen sesiones documentales y cursos de conferencias, procurando traer del extranjero a científicos de nombre. Durante el verano la Universidad se traslada a Sitges, a Puigcerdá, a Ripoll o a San Cugat, y toma aires de «alma máter» internacional en sucesivos cursillos de Filología, Historia y Literatura españolas cuyo promotor es el filólogo Dr. Bassols.

Esta talla internacional de la Universidad barcelonesa está avalada por los profesores de la misma que poseen renombres más allá de nuestras fronteras. Sólo citaremos al azar a unos pocos, sin que eso vaya en desdoro de los demás. La cátedra de Derecho Internacional está regentada por el doctor Trías de Bes, miembro del Instituto de la misma disciplina y del Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya. La Facultad de Filosofía y Letras cuenta con el arqueólogo doctor Pericot, descubridor de la importante cueva levantina del Parpalló, y con el conocido historiador Vicens Vives. La Medicina, cuyos estudios están respaldados por el material científico y humano del Hospital Clínico, posee también profesores eminentes, como el cirujano doctor Piulachs. Muchos más se nos quedan en el tintero, y no ciertamente por falta de méritos, sino por defectos de nuestra memoria.

El paseo por el docto edificio y por las instituciones que contiene va llegando a su final. Un viejo jardinero, ignorante de todos los problemas que nos ocupan, nos advierte que no pisemos sus flores y, abstraídos, volvemos a la realidad en medio de un macizo de claveles rojos. Murmuramos una excusa rápida y salimos otra vez al amplio vestíbulo. Al mirar a la izquierda advertimos la amplia escalera que conduce al rectorado, en cuyo final dos maceros pétreos custodian al señor rector. De nuevo, en la calle, tomamos contacto con la ciudad bulliciosa y múltiple. La Universidad queda pronto lejos.

MADRID BARCELONA



EL título que encabeza estas líneas parece el anuncio de una agencia de viajes, la portada de una guía de ferrocarriles o el vistoso cartel de un partido de futbol.

Pero detrás de estas breves palabras hay un mundo mucho más complicado; un problema concreto, vivo, de una actualidad que no puede ni debe pasar *dasapercibida*. Madrid-Barcelona, Barcelona-Madrid: dos mundos unidos y separados a la vez. Unidos espiritual y políticamente, pero separados por una grave incomprensión. Esto, de momento, leído así, de golpe, impresiona grandemente y parece que vayan a desmoronarse muchas cosas. Todo lo contrario. Las cosas siguen en su sitio. Nada sucede ni debe suceder, pero Barcelona vive alejada de Madrid desde siempre y Madrid ve a Barcelona como algo que no llega a comprender. Así han ido pasando los años, han crecido falsos supuestos, se han multiplicado las leyendas y se han creado tipos representativos que no responden a la realidad. Nadie se ha preocupado de aclararlo, se ha dejado que siguiera su cauce y un telón ficticio ha impedido que las dos ciudades llegaran a conocerse. Y, realmente, es un poco ridículo que Barcelona y Madrid se miren, se calculen y se tanteen como pueden hacerlo los vecinos de dos pueblos disputando sobre cuál recae la supremacía de la comarca. Son demasiado mayores, han crecido lo suficiente, cada una dentro de su importancia, para que asomen estos provincianismos que a nada conducen.

Ahora bien, hay una serie de causas que, lentamente, en una evolución continuada, casi por decantación, han ido formando estos falsos clisés que deben arrumbarse, de una vez para siempre, al cuarto de los trastos.

* * *

No niego que estos clisés se ajustaran, en un momento determinado, a cierta manera de ser, hoy totalmente superada. Es absurdo seguir insistiendo sobre lo mismo con una tozudez admirable, con una voluntad decidida a no quitarse la venda de los ojos. Antes se hablaba de incomprensión. Esta incomprensión tiene diversos matices que intentarán analizarse, apuntarse tan sólo, dentro de la rapidez y brevedad de estas líneas. La primera de ellas, y de abajo arriba, reside en el pueblo. En el falso concepto que éste tiene de los tipos que lo representan. Lo que se dirá podrá parecer pueril y hará asomar la sonrisa en los labios de más de una persona. Lo sé. Pero si intenta bucear un poco en el alma del pueblo, si pregunta, si busca hallar la realidad social, entonces verá que no es ninguna ilusión.

Hay algo que al catalán le ha hecho mucho daño. Y es el viajante de comercio que brota rápidamente cuando es necesario concretar el tipo de un catalán de Barcelona. Indefectiblemente os presentarán, describiéndolo en sus mínimos detalles, la figura del viajante que recorre la geografía de España desplegando a la rosa de los vientos de nuestro país los productos que representa. Es el viajante que sale en «La Hermana San Sulpicio», el mismo que aprovechó Muñoz Seca en una de sus obras y el que asoma continuamente en toda clase de revistas, comedias, etc. Es un hombre que habla mucho, que pronuncia un castellano horrible con unas vocales finales realmente insuperables. Esto incita al ridículo; al viajante ya no se le da beligerancia, ya está catalogado. Todo lo que hay tras de ello, todo lo que puede representar—sin que sea trasunto fiel de su región—queda alejado. Se ha formado un falso concepto. Ante él ha caído un telón y la bola comienza a rodar. Sería interesante estudiar la aparición y la evolución de este concepto. Aquí sólo se recoge como clisé vivo en la mente del pueblo. Es muy cómodo pensar así; es más fácil hacerse con una idea que rueda que esforzarse en indagar si responde a una realidad. Y ascendiendo en la escala social —siempre desde la mente del pueblo—, en el extremo opuesto se halla el fabricante. El fabricante lleno de dinero, soberbiamente enriquecido, que todo lo mide por el rasero de sus billetes. Este hombre debe tener, forzosamente, sus fábricas en Tarrasa o en Sabadell. No, por favor; no le digáis que las tiene en otro sitio. La desilusión sería demasiado grande; les obligaríais a un esfuerzo que podría ser perjudicial. Estos dos tipos están vivos en la mente del pueblo y, triste es decirlo, representan para él Barcelona. Se ignora que Barcelona no es eso; se desconoce la estupenda condición de nuestra clase media, la magnífica tradición que se esconde tras de estas familias laboriosas que gracias a su esfuerzo han logrado situarse en la cabeza del comercio y de la industria. Se ignora lo que Cataluña aportó a España en las fechas de 1888 y 1929.

Pasemos la oración por pasiva. Madrid queda muy lejos visto con los ojos de un catalán. La visión que el pueblo de Barcelona tiene de Madrid es la de una ciudad en la que la gente se pasea, toma el sol en invierno, busca buenas sombras durante el verano y deja que las horas vayan muriendo colgadas en la cristalera de cualquier café. En Madrid no se hace nada. Aquello es un paraíso, sólo asequible a unos cuantos privilegiados. En Madrid, eso sí, reside la «influencia», que estará localizada en determinado señor catalán. Uno de tantos catalanes que se fueron a Madrid y que se situaron espléndidamente. En Madrid la gente piensa sólo en lograr un «enchufe», malvivir con él, divertirse mucho y alardear de una alegre despreocupación por todo lo que representa trabajo y esfuerzo. ¿No huele a muy rancio todo esto? Esta idea quizá hubiera podido tener vigor a principios de siglo. Hoy no puede darse un concepto más absurdo ni más falso. ¡Si casi no quedan cafés en Madrid! El auge de las cafeterías «americanas» va liquidando lo poco que quedaba de un Madrid ya sepultado. Pero no se puede ir con esto al pueblo de Barcelona. Sufriría una desilusión tan grande como tendría el madrileño si le estropeárais su clisé. Quiérase o no, pero es así. La idea de un Madrid castizo y verbenero, con farolillos, churros, chulaponas y chulapones, mecidos por la nostalgia de sus organillos, no se quita tan fácilmente de su mente.

O sea, hay en el pueblo una incomprensión vital, latente, involuntaria, producida por las causas que antes se han apuntado y que impide que las cosas se vean en toda su pureza, limpiamente, tal como son, con los ojos del alma. Esto es cuanto al pueblo. Viendo las cosas desde él, o sea con un vuelo menudo, de corto alcance. Es lamentable, pero mientras no logre verse más allá del Ebro, o lanzar la mirada por encima de Alcalá de Henares, será difícil que caiga tanto concepto falso.

* * *

BARCELONA MADRID



Pero esta incomprensión no está sólo en el pueblo. Hay una incomprensión en un orden superior, en un orden cultural. Mejor que incomprensión sería decir disparidad. No se pretende hacer aquí un análisis ni una disección de las distintas formas culturales. No es lugar, ni hay tiempo para ello. Pero sí anotar unas diferencias que, lógicamente, han influído en esta incomprensión que se viene arrastrando. Además se habla de Barcelona y Madrid como unidad cultural, sabiendo todo lo que gravita históricamente sobre ambas ciudades, que no son más que el tamiz que ha ido cerniendo lo que recibía y sabiendo que en rigor esto no podría decirse. Se hace sólo para usar de una terminología.

Barcelona tiene una tradición cultural que Madrid no posee. Barcelona tiene una Edad Media de la que carece la capital de España. Las formas culturales que gravitan hoy en Barcelona se han visto siempre reflejadas en la quieta serenidad del Mediterráneo. En los últimos cincuenta años, cuando Cataluña asoma su curiosidad por Europa, lo hace vía Francia. Este es un hecho clarísimo y no es necesario aportar datos para demostrarlo. Basta echar una ojeada a sus libros, a sus revistas, a su Arte La influencia está allí, viva, pero tocada por la gracia luminosa de «nuestro» mar bañada por la escuela y el estilo del «sensy catalá».

Madrid no tiene Edad Media, su tradición cultural arranca más tarde. Madrid asoma cuando Barcelona está de vuelta de muchas cosas. Con los Austrias empieza la capital a entrar de lleno en el campo cultural. De aquí que haya habido una orientación distinta, porque distintos eran los caminos a seguir. Madrid, en cambio, tiene una retaguardia—siglos XVII y XVIII—mucho más próxima, espléndida, con unas esperanzadoras posibilidades. Mientras, Barcelona vive enraizada en un pasado. Y cuando se produce el choque del Romanticismo, Madrid crea un Romanticismo literario y Barcelona produce un Romanticismo histórico y si Barcelona va en estos últimos cincuenta años a Europa por la mano de Francia, Madrid lo hace acompañado de Alemania. Baste recordar la línea que desde Sanz del Río—Krause—conduce hasta Ortega y Gasset y la inmensa labor de divulgación de la cultura alemana realizada por éste desde su atalaya de la *Revista de Occidente*.

Y algo análogo pasa en la Arquitectura, a grandes rasgos. Barcelona tiene un estilo de fecunda tradición medieval profundamente arraigado en el románico y el gótico, serenado en la contemplación del mar. Madrid, en cambio, tiene un espléndido neoclásico y Herrera y Villanueva crean un estilo definido, y su personalidad está presente en todas las promociones de arquitectos que salen de la Escuela de Madrid.

Estas breves notas, apuntadas a vuela pluma, bastan para siluetar la diferenciación espiritual que culturalmente ha existido entre las dos ciudades. Diferenciación que no debe ser nunca incomprensión, sino estímulo para lograr conocerse mejor. Y aquí hay una cosa que conviene no dejarla en el aire. Y es la falta de contacto entre los grupos intelectuales de ambas ciudades. Este es un vacío que necesita llenarse con urgencia. Es necesario un mayor y más intenso acercamiento entre las dos ciudades en este sentido. ¿Qué se conoce, por ejemplo, de pintura catalana en Madrid? ¿Y viceversa? Si se quiere ser sincero habrá que reconocer que muy poca cosa, por no decir nada. Y como la pintura, todo lo demás. No es sitio aquí para apuntar soluciones. Sólo—eso sí—el de revisar los factores que pueden ser causa de esta incomprensión que tanto duele.

* * *

Y queda, finalmente, un tercer aspecto, quizá e más difícil y escabroso. El aspecto político. José María Fontana, desde estas mismas páginas, examina cincuenta años de vida barcelonesa y en este balance quedan bien claros todos los errores que se cometieron día tras día. La tesis de una Barcelona aislada del resto de España, ha dejado de existir hace mucho tiempo. Han sido muchos los desengaños sufridos, se han tenido que pagar los errores en la propia carne para que la lección se aprendiera bien. Nosotros, los nietos de una generación que sin duda obraba de buena fe, pero que demostró una miopía política lamentable, estamos en el momento exacto y oportuno de incorporar plenamente Cataluña en la vida y en los destinos de España. Nuestros abuelos no vieron más allá del Ebro, quizá ocupados y ahogados en un esfuerzo que se traduciría más tarde en un inmenso impulso económico. Su política fué una política de estar en casa. Su conducta fué la del niño que se cree menospreciado y se vuelve de cara a la pared a llorar un poquitín el imaginado desaire. Esto, unido a un falso enfoque del problema catalán desde Madrid, contribuyó a un apartamiento del todo lamentable. Pero se superaron estos momentos y hoy día son diametralmente opuestas las directrices que rigen la política.

Cataluña, Barcelona, debe pesar, influir en la vida española. Es una obligación que debe imponerse. Que es necesario que se imponga. A ello le lleva su enorme capacidad organizadora, la laboriosidad de sus hijos, el empuje de su industria, el desarrollo de su economía. No puede quedarse con las manos plegadas. Es necesario que Barcelona gravite en la vida nacional. Sólo así podrán borrarse tantos falsos conceptos. Se establecerá un contacto vivo y directo y las dos ciudades se compenetrarán plenamente.

Es hora ya de arrinconar a los «viajantes» y a los «castizos», es hora de rectificar muchos errores, de superar tantos tópicos. Es el momento de ver las cosas con los ojos del alma, limpiamente, en toda su pureza, tal como son.

Y creo que esto es la mejor meditación que puede hacer un catalán joven, hoy día, desde Madrid y la mayor satisfacción que tendrá será la de sentirse más profundamente catalán que nunca, más vivamente enraizado en su tierra. Y podrá comenzar a pensar que honradamente cumple con su deber.

POR JUAN GICH BECH DE CAREDA
(ILUSTRACIONES DE LORENZO GOÑI)

LA CIUDAD ADELANTADA

Por MANUEL RIERA CLAVILLE



En «España virgen», Waldo Franck se refiere a la gran talasocracia del Mediterráneo como a la ciudad que realiza continuamente el milagro de la renovación eterna. Siempre joven, siempre nueva, en palingenesia constante y fundiendo en el crisol de una personalidad arquetípica el legado de la tradición helénico-romana esmaltada de blancas velas latinas y el sentido de la más depurada y dinámica concepción moderna e incluso futurista de la vida contemporánea.

Sobrecoge y aturde la densidad humana, cargada de historia, de unos trescientos metros cuadrados que en la colina del monte Tabor, epicentro de la Barcelona cuadrada de los romanos, fué germen civilizador del mayor emporio del medievo. Los que han sabido descubrir con amor las piedras de la antigua grandeza han encontrado en el suelo magnificado por los siglos los restos vetustos de columnas de templos y lámparas votivas de fina arcilla, testimonios del refinamiento clásico de la primera colonia romana de la Tarraconense. Y en superposición exacta, en la capa superior del mismo suelo, los restos venerados del paleocristiano tierno y primitivo, con las bajas bóvedas románicas, con los sacramentarios restos de catacumba, con el relente de una religiosidad maciza y escondida de los primeros tiempos de las grandes persecuciones.

Los policromados mosaicos con aires bizantinos inician el período de la Barcelona visigótica y como joyas en un estuche quedan fuertemente enmarcados en los recios sillares de las murallas y torres de defensa con que se estructura la ciudad medieval. Con su vista fija en el mar, con su ambición dilatada en los pulmones de las mayores Atarazanas del mundo de entonces, con ese mirador altivo y solitario del Palacio de los Condes desde el cual los príncipes de la ciudad seguían con mirada muy firme y muy larga las evoluciones de los navíos que desde aquel momento compartían con Génova y Venecia la trilogía de los dominadores del Mare Nóstrum.

La Barcelona renacentista se abre como una inmensa flor de piedra en el esplendor afiligranado del gótico más contenido. El flamígero transpirenaico se depura en un gótico de pura estirpe clásica y cristaliza en este estupendo «barrio gótico» que ninguna ciudad del mundo puede igualar. La Roma imperial y cesárea y renacentista y barroca conoce la nostalgia y el dolor de no tener un barrio gótico como el que encantó a Cervantes cuando su memorable visita a la ciudad acompañado por su inmortal creación, en la que dedica al conjunto de hombres y piedras el más depurado y sonoro elogio que ninguna ciudad mereció del inmortal Manco de Lepanto.

La ciudad carlotercista se pule y ordena con el sentido de «Sociedades Económicas de Amigos del País» y de «Fomento para la Cultura, Riqueza y Bienestar» de que son testimonios varios de los mejores edificios del período de la Ilustración. Y a caballo del ochocentismo y con el fulgor del héroe máximo de la ciudad en aquel entonces, la espada del general Prim, se entra en el primer gran período industrial, señor y adelantado que concreta en el gran teatro lírico del Liceo el sentido de modernismo, de creación de riqueza y de mecenazgo artístico que sella y corona la ciudad.

En el período contemporáneo la ciudad se convierte en un emporio total, en la «polis» por antonomasia, en la ciudad moderna y avanzada que se adelanta hacia el porvenir con un aire de punta perforante hacia todas las realizaciones humanas. Es Miguel Biada el que aturde y entusiasma a sus contemporáneos con el estruendo y el fuego del primer tren de vapor de España. Es la generación de grandes industriales de la época de la máquina de vapor, la que transforma las cuencas del Llobregat y el Cardoner en vastas colonias industriales y en el «combinat» de hilados y tejidos de dimensión manchesteriana. Es el sentido de los llamados con propiedad «holandeses del Mediterráneo» el que creó antes que nadie el sentido de la relación y el comercio de los hombres del mar escribiendo el primer código de derecho marítimo con el nombre de Leyes del Consulado de Mar, el que transforma las soberbias y riquísimas Lonjas de mar en los centros impulsores de las relaciones comerciales y políticas entre los pueblos. La Lonja del Mar de Barcelona, con sus hijas las de Valencia y Palma de Mallorca, tiene la dignidad histórica de aquel Banco de San Giorgio de Génova porque fueron las primeras en que se establecieron las «mesas de cambio», con su compleja y moderna organización del crédito, origen de la banca moderna.

Con mucho espíritu, no exento de justicia y cordialidad, alguien ha dicho que el ser barcelonés es ya tener una carrera. Sin duda lo fué siempre en el Mediterráneo y en América del Sur y lo es ya en América del Norte y en todos los países en los que las relaciones comerciales y financieras permiten el pugilato de los hombres creadores de riqueza. Lo es también entre los que tienen el sentido y el gusto de las artes liberales, porque para comprender el modernismo es imprescindible conocer la riquísima academia barcelonesa de los Casas y los Rusiñol, del mismo modo que no se puede interpretar la pintura contemporánea sin los grandes nombres que en Barcelona han cuajado de los Sert, los Miró y los Dalí. La posición avanzada del arte con respecto a las demás actividades humanas se hace más patente todavía cuando se considera a Barcelona la adelantada en las manifestaciones artísticas, como pregona en arquitectura el nombre soberano y desconcertante de Gaudí.

Mensaje adelantado de un pueblo viejo y tolerante, siempre tenso, amante siempre de las piedras de la antigua grandeza y presto siempre a iluminarlas con el fuego de renovados ideales. Supo en un día levantar una gran industria, disfrutar de una refinada cultura y crear una gran ciudad. Sabrá siempre continuar con ánimo de adelantada en la defensa del espíritu latino, humanista, hispano, occidental y cristiano.

LA HISPANIDAD NO DOCTRINARIA DE CATALUÑA

Por CLAUDIO COLOMER MARQUES

CATALUÑA no ha participado a través de sus escritores e intelectuales en las modernas exaltaciones doctrinarias y dogmáticas de la Hispanidad. Ramiro de Maeztu y García Morente no tienen en Barcelona seguidores ni epígonos. No obstante, Cataluña mira hacia la América española.

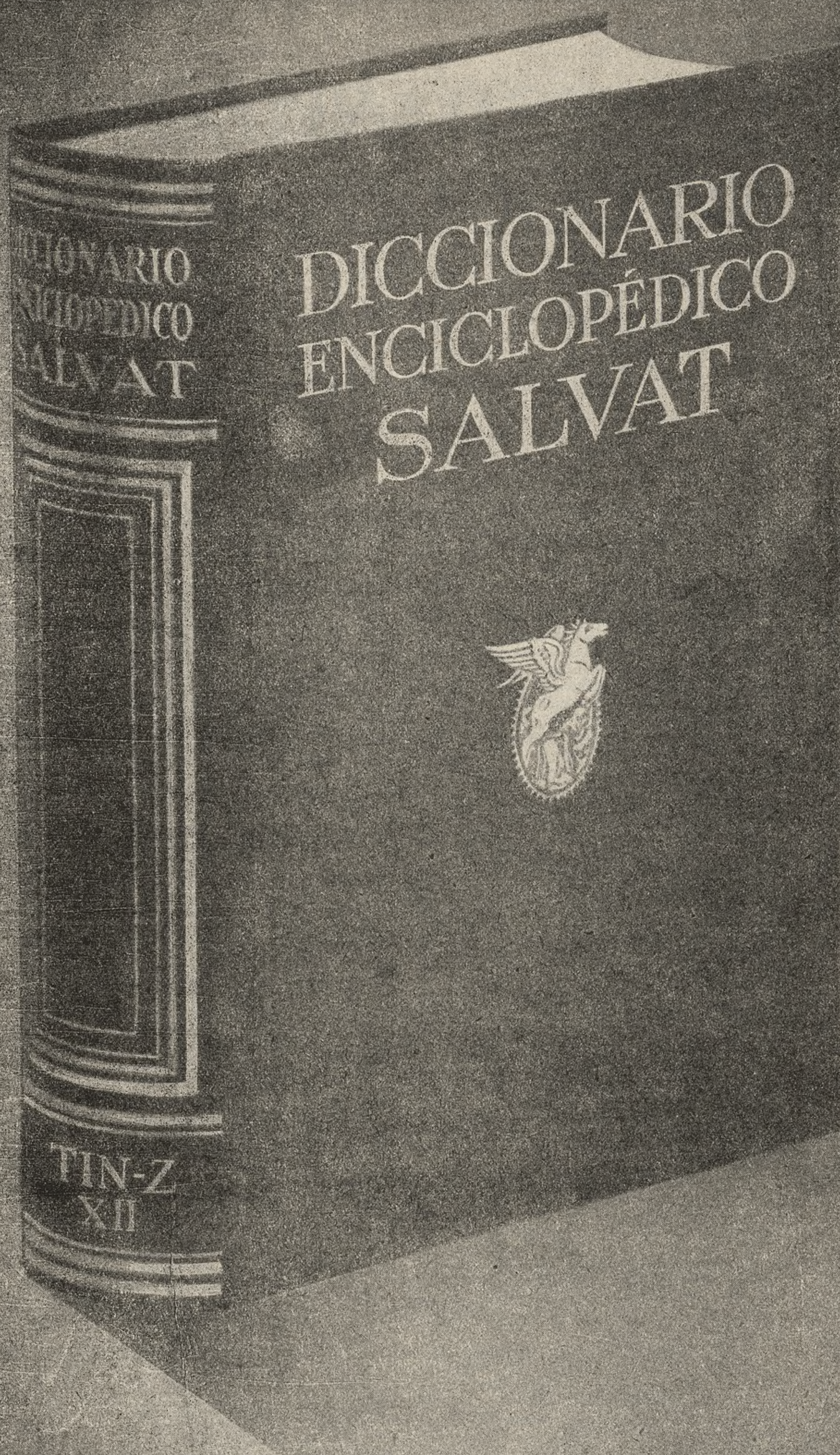
La realidad hispanoamericana está presente en las personalidades más representativas y auténticas de nuestra región, como posibilidad política y económica, como factor de primera magnitud en el mundo del futuro. Las teorías cuentan poco en nuestro fervor hispánico. Por ello, la hispanidad de Cataluña es ajena al tono profesoral y a la divagación pedante. Para los jóvenes, el conjunto de los pueblos hispánicos representa la posibilidad de hacer valer en las futuras organizaciones internacionales el peso de nuestras razones—del humanismo católico español—; para los mayores, la Hispanidad es la concreta empresa importadora, exportadora o industrial que liga tanto a los hombres de ambos Continentes como un discurso de buena lírica. No; nuestro peligro no es el dogmatismo. Más bien el peligro que ronda a nuestra hispanidad es el posibilismo y la concepción pequeña y aldeana. Por esto nos conviene la colaboración con otros núcleos hispánicos, principalmente con ese núcleo intelectual de Madrid.

No es un hecho fortuito el que los intelectuales de Cataluña no hayan participado en la obra doctrinaria que define actualmente a la Hispanidad. Cataluña, en esa abstención, manifiesta su carácter, continúa fiel a su propia línea tradicional, dentro de la indestructible unidad española. Muchas veces se ha hecho notar—Capmany, Torras y Bages y recientemente F. Carreras Pujal—que en Barcelona los cargos públicos y militares estuvieron siempre en manos del artesanado y la menestralía. Cuando en otras tierras—en el medievo—el trabajo manual era considerado de una manera desfavorable, en Cataluña alcanzaba ya gran prestigio. Muchos aristócratas, para participar en el gobierno de la ciudad, tenían que renunciar a sus derechos y prerrogativas feudales y hacerse iguales en derechos a los maestros artesanos y a los comerciantes. Pues eran comerciantes y hombres de la industria artesana los que en la guerra asumían en Cataluña el mando de las flotas y de los ejércitos del monarca. Ello ha permitido decir y asegurar con fundamento que la historia del principado es una historia de pequeños burgueses.

Efectivamente: Cataluña, dentro de la unidad española, es la clase media; Castilla, la aristocracia. La clase media produce instituciones; la aristocracia, jefes. La clase media vive de lo que hace; la aristocracia, de lo que es o pretende ser. La tradición de Cataluña es una tradición institucional; la de Castilla, una tradición de mando. Castilla encierra el peligro absolutista y el de las luchas comuneras; Cataluña, el de una visión pequeña y rural. Ante el absolutismo castellano, Cataluña es la libertad; ante la anarquía comunera, la autoridad de las instituciones. Frente a lo pequeño y rural, Castilla representa la empresa histórica. Se comprende claramente que la Hispanidad, en versión de Cataluña, no sea ni un jugar a virreyes ni mucho menos un doctrinarismo ajeno a la realidad de cada día y de cada país hispánico.

El argumento fuerte de la Hispanidad, en versión catalana, no es la gloriosa historia de los conquistadores, sino, repetimos, las múltiples posibilidades políticas y económicas que tiene actualmente el mundo hispánico. A partir de la autorización real de 1778, que permite a Cataluña negociar con países americanos, ha sido nuestra región la que ha tenido más sólidos contactos con los pueblos hispánicos de Ultramar. Pero, excepto en el caso del general Prim—el único español que sintió América y la política hispanista en el siglo pasado—, ningún hombre de nuestra tierra ha ido allá con propósitos de imposición. Cataluña es la clase media y quiere vivir de lo que hace. Los catalanes, en América, han ido a servir, a incrementar fuentes de riqueza, a fundar factorías y editoriales, creando una Hispanidad moderna y eficaz.

Los principales riesgos de la Hispanidad son, sin duda, el doctrinarismo por un lado y le plebeyez política y económica por el otro. Cataluña está más cerca de esta última tentación. Por eso nos es muy útil la colaboración con el Instituto de Cultura Hispánica. Y al Instituto de Cultura Hispánica tampoco puede serle indiferente nuestra aportación, nuestra mentalidad. Entre vosotros y nosotros podremos lograr que la actual reafirmación juvenil hispánica no se arruine vitalmente en el lujo lírico ni se ensordidezca y aldeanice en las exclusivas preocupaciones materiales y del momento. Cataluña tiene una fisonomía propia en la Hispanidad, a la que nunca renunciaremos. Ahora bien: para que estas peculiaridades tengan eficacia histórica no se puede prescindir de la indiscutible y necesaria integración en el nacional movimiento hispánico, cuyo liderazgo ejerce vuestro Instituto y esa Revista.

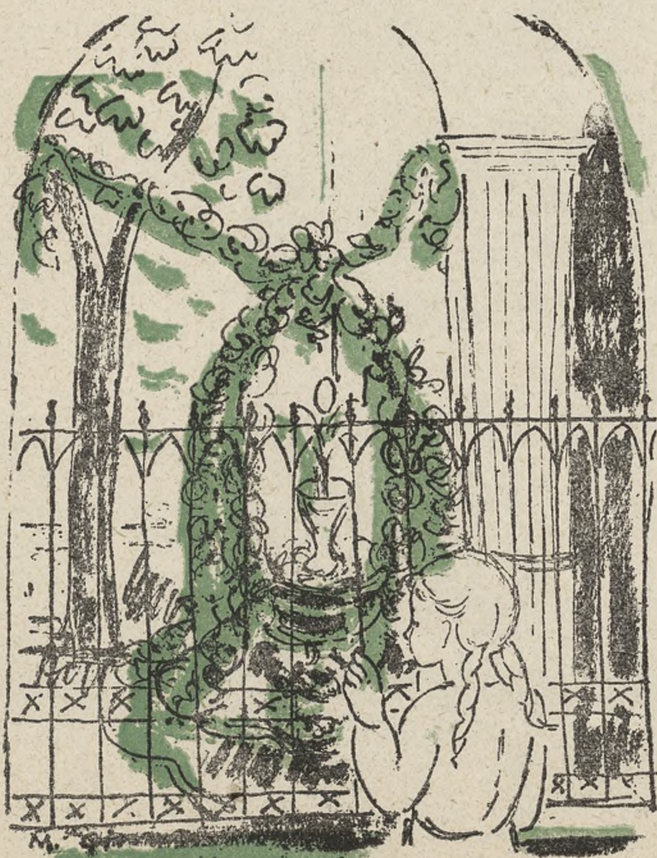

DICCIONARIO
ENCICLOPÉDICO
SALVAT
TIN-Z
XII



CINCO DIAS DE CORPUS EN BARCELONA

Por RAMON CUNILL, Presbitero

(ILUSTRACION DE MARIA GIRONA)





PARA el día de la Purísima, Maragall evocaba el cielo nítido de un azul total; por Navidad su canto se iba a aquellas nubes altas e ingenuas que no ponen en el cielo ninguna malicia; en Corpus para el poeta todo el paisaje se condensaba en el perfume del aire: la retama y los claveles, el vaho del incienso y el aliento caliente de los cirios y el olor a muchedumbre envuelve las viejas calles del corazón de la ciudad: en su centro está la silla del Rey Martín, el último Conde de Barcelona: sobre ella se balancea la custodia; cuando ha pasado la procesión todas las cosas tienen otro contorno porque se han purificado con el sahumerio milagroso. Sin el Corpus de cada año la Ciudad un día habría desaparecido bajo el humo, la niebla y los pecados. Si el poeta tuviera que explicarnos un Congreso Eucarístico en Barcelona nos hablaría sin duda de un Corpus prolongado, con su procesión inmensa, con la mirada bondadosa de Dios posada largamente sobre la ciudad y el mar.

Pensando en este Corpus y en toda la devota tradición eucarística de Barcelona, que arranca del medievo, es por lo que el Señor inspiraría al Sumo Pontífice la idea de escoger la Ciudad Condal como marco del XXXV Congreso Eucarístico Internacional después de catorce años de interrupción de estos grandes certámenes espirituales.

La virtualidad de estos movimientos de multitud alrededor del gran Misterio de Fe no se cifra en la capacidad que tiene la Iglesia para mover las masas de su pueblo fiel, ni siquiera en la postura apologética de manifestar que su catolicidad visible es un punto de apoyo para reunir en bases de solidez fuerte el mundo cuarteado, sino en el valor intrínseco de un acto de adoración a Dios y de rendimiento a la verdad que mejor resume el Misterio de la Encarnación: en este acto público y en este homenaje externo, se recuerda el valor sacramental del rito sensible al cual Cristo quiso sujetar la donación de sus gracias y de su Persona.

Una fe sin ritos, una religión como simple resultado o simple causa de una ética a la manera de los reformadores protestantes, sería una filosofía de escuela y tendería a volatilizarse o a convertir el pensamiento en sueños de orgullo, exaltando al individuo que se siente solidario ante un Dios que cada vez está más lejano porque no nos habla cuando estamos juntos con nuestros hermanos ni a través de la Creación ni por las cosas sensibles recogidas por el hombre y levantadas al Cielo en actitud eucarística de acción de gracias. La Eucaristía es la oración perfecta: el pueblo de Dios diseminado sobre toda la tierra mira hacia el altar del sacrificio: Cristo, el Hijo del Padre y Primogénito entre muchos hermanos, se ofrece como oración pura, santa e inmaculada; su naturaleza humana que se destruye es la flor de la estirpe y de todo lo creado: su Persona divina dará un valor infinito a aquel sacrificio: al clamor de Cristo que ofrece el Universo al Padre, acompañan las voces de los hombres unidos en un cántico solo y se da cita toda la Naturaleza: el pan y el vino, el incienso, las flores, el agua, la música, el ritmo del gesto y del color, la cera de las abejas con la alegría de la luz, y el ingenio del hombre que construye la casa de Dios y es artífice del cáliz, de las custodias y del copón; con toda la gama sacramental del agua bendita que es estímulo de la oración, las banderas que gritan afirmaciones santas y la propia presencia de cada fiel con que se compromete ante su hermano a sentirse hijo de Dios. El término es la unidad: junto al altar donde es cabeza Cristo todos los fieles que son miembros de un cuerpo místico, unidos como los granos de trigo que se fundieron en la harina del pan y como los racimos de uva mezclados en el vino que será la Sangre bendita del Señor.

* * *

Este Congreso de Barcelona se proyecta como un gran toque de atención al mundo para hablarle de la primacía de lo espiritual y de los caminos auténticos de la unidad y de la paz. Rebelado contra la Iglesia el hombre orgulloso de su propia empresa al crear la civilización de la técnica ha tenido que olvidarse del Evangelio de Cristo y se le han perdido los caminos que conducen a Dios. Como en Babel mientras han crecido las torres ha menguado el amor y la paz, y ha llegado por fin la hora de la confusión. Por un instinto de salvación el mundo busca un punto de apoyo, una base de entendimiento, una media docena de principios donde comenzar una posible etapa en que al progreso material acompañe una mejora espiritual y se pueda librar de este peso enorme de la angustia, planta venenosa que florece cuando ha pasado un gran desorden moral. Por ello, este espiritual certamen de la ciudad mediterránea quiere ser después de un homenaje a Dios una lección humana de solidaridad y de amor: «La Eucaristía y la Paz». Destacarán en él la oración y la comunidad espiritual con las Iglesias perseguidas por el ateísmo: ante un altar levantado al santo titular de cada pueblo esclavizado, de toda lengua y condición se postrarán pidiendo su libertad. Se quiere que obispos venidos de todos los rincones del orbe impongan las manos en la Ordenación sacerdotal de centenares de jóvenes levitas de todas las razas; el día que se dedique a explicar la unidad religiosa del mundo bajo la luz de la doctrina eucarística se celebrará el augusto sacrificio en todos los ritos de Occidente y de Oriente.

Este Corpus bendito en que va a florecer la primavera barcelonesa del año 1952 representará un esfuerzo más para rejuvenecer al viejo mundo aterrorizado por el temor de la guerra con un himno vibrante a la paz: la Paz de Cristo, no la paz de los sin Dios, y tendrá que resonar con ecos de triunfo en todos los ámbitos de la Ciudad de Dios, según la palabra reciente del Papa Pío XII: «Triunfo de los justos, triunfo de la Iglesia de Dios, triunfo infaliblemente garantizado por el glorioso, el Omnipotente, el eterno Verbo Encarnado hecho nuestro alimento bajo la especie del pan.»



EL OBISPO DE BARCELONA

Un verdadero Congreso de la paz.

Barcelona, la Ciudad Condal, se prepara animosa para corresponder, del modo más digno posible, al preciadísimo honor que el Papa Pío XII le hiciera al designarla como sede del XXXV Congreso Eucarístico Internacional que se celebrará (D. m.) del 27 de mayo al 1 de junio de 1952.

Vivo interés y férvido entusiasmo ha despertado en el mundo católico el anuncio de este Congreso, por la trascendencia de su objeto, por el largo tiempo transcurrido desde el último (Budapest 1938), y sin duda también por celebrarse en una Ciudad española de la importancia de Barcelona.

El tema elegido, y que mereció la aprobación de Su Santidad, "La Eucaristía, la paz", es también sugestivo y de innegable actualidad.

Los Congresos Eucarísticos tienen por primordial finalidad el estudio de la Eucaristía y la glorificación de Jesucristo Sacramentado, como fruto del aumento de la piedad eucarística y la santificación de las almas. El de Barcelona tendrá además un profundo sentido humano y social.

"Cristo en todas las almas = y en el mundo la paz" será el grito del Congreso mil y mil veces por muchos miles de veces repetido. Paz en las conciencias, paz en las familias, paz en el mundo del trabajo y en los pueblos, paz entre las naciones; paz en la Iglesia, la paz de Cristo por el Reino de Cristo.

Barcelona abrirá de par en par sus puertas y sus brazos a cuantos aquí vengan a clamar por la paz, a laborar por la paz a la luz del Sol de la Eucaristía.

† Gregorio, Obispo de Barcelona

Barcelona
29-9-1951

EL MONASTERIO DE MONTSERRAT



POR MANUEL BRUNET

TODOS los historiadores de Montserrat afirman que durante muchos siglos ha sido el santuario montserratense el lugar de la tierra en donde se ha tributado a la Virgen María un culto más solemne y popular. Ésa popularidad del santuario de Montserrat traspasó pronto las fronteras. Empezó entonces la Moreneta sus grandes viajes. Logró tener un templo en Roma y en Nápoles y capillas en varias iglesias europeas. Bernardita de Lourdes, en su iglesia parroquial, había orado ante el altar de la Virgen de Montserrat. El primer templo cristiano de América, erigido en la isla llamada Española por el monje montserratense P. Boil, fué dedicado a la Virgen de Montserrat. Más tarde, unos monjes misioneros la proclamaron patrona de Australia. Goethe y Humboldt hablaron de Montserrat y los principales países de Europa tuvieron sus estampas y grabados del santuario de Montserrat.

Antes de las apariciones de Lourdes y Fátima—que sin duda la Providencia creyó necesarias—la Virgen de Montserrat era la más viajera, la más conocida—acaso por ser tan morena—entre las imágenes de la Virgen. Es pues muy europea y muy americana la Moreneta.

La historia del santuario de Montserrat es un resumen de la historia de la expansión española. La Moreneta es muy catalana y muy española. Los reyes de Cataluña y Aragón la tenían como consejera en sus empresas; Alfonso V, el Magnánimo, publicó un decreto nombrándola su patrona y abogada. Finalmente, Carlos V se convirtió en uno de sus más fervientes devotos y propagandistas. La Virgen de Montserrat ha sido viajera, conquistadora y misionera porque el país era conquistador y misionero por excelencia. Las capillas y altares de la Virgen de Montserrat señalan en los mapas las conquistas de un pueblo que se preocupó más por lo espiritual que por lo temporal. Los reyes, los conquistadores y los misioneros se la llevaban, y Ella, siempre viajera y misionera, se dejaba llevar a todas partes. La Historia ha destruído aquellos imperios, pero la Moreneta ha sabido disimular y, considerándose definitivamente entronizada, no se ha marchado de ninguna parte.

Bueno será que los lectores de MVNDO HISPÁNICO, especialmente los que viven en Ultramar, consideren atentamente estas realidades. El patrimonio que podemos conservar es todavía inmenso

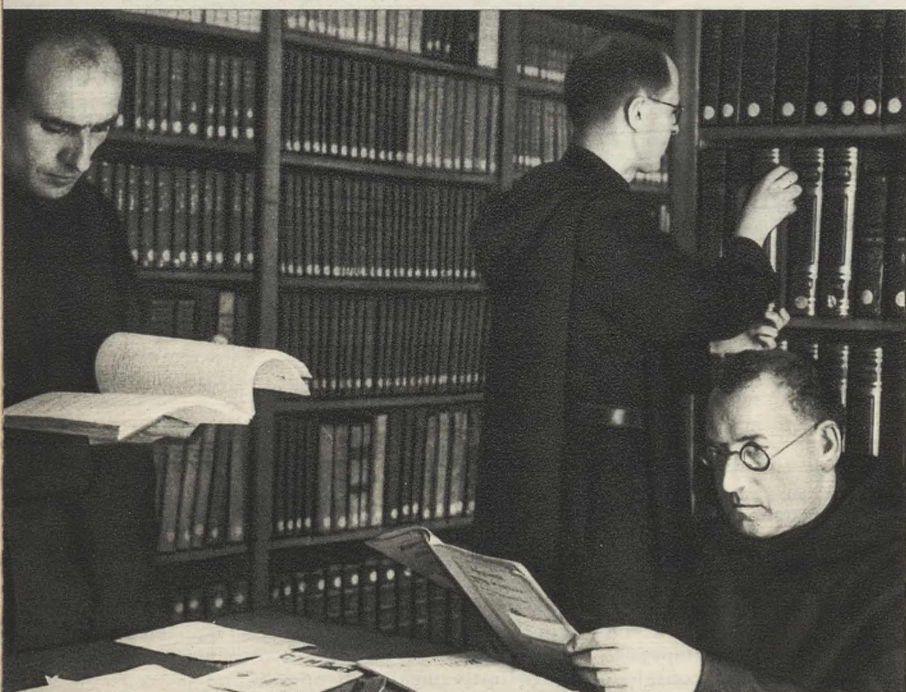


AUNQUE MODERNO, EL «CLAUSTRO románico», obra del arquitecto Puig y Cadafalch, tiene un exquisito sabor conventual, que entona con las construcciones de la época.



EL JARDIN DE LOS MONJES ES TAN poético como el de un monasterio oriental. Sobre el fondo de la pérgola destaca el Buen Pastor, obra del gran escultor Manolo Hugué.

EL TOQUE DE ORACION EN UNA ERMITA MONTSERRATENSE recuerda una clásica estampa medieval. Ya no hay ermitaños en Montserrat, pero hay ermitas con un gran poder de evocación. Todas ellas conservan el sello inalterable de los siglos que acumularan gloria sobre la montaña de Montserrat.



ESPECIALIZADA EN CIENCIAS ECLESIASTICAS, LIteratura e Historia, la Biblioteca de Montserrat es un importantísimo instrumento de estudio. El Rdmo. Abad Marcet reunió más de 150.000 volúmenes que son la admiración de los especialistas.



PROBABLEMENTE ESTE SOLISTA QUE ESTUDIA EL TROMBON acompañado por un pianista deberá intervenir en un concierto en el salón de actos del monasterio. Después de pesados ensayos de música religiosa los instrumentos tañidos por estos mismos músicos resonarán en las solemnidades litúrgico-musicales.



LA BUENA MUSICA HA TENIDO SIEMpre gran importancia en Montserrat. La célebre «Escolanía» estudia con rigor escolástico. Y el pequeño director dirige con autoridad.



EL ORGANO OBEDECE YA AL MONAguillo. En el siglo XIX los antiguos monaguillos de la Escolanía se apoderaron de los órganos de varias catedrales españolas y extranjeras.



DIRIGIDO POR UN MONJE, EL «TERceto», un pianista, un primer violín y un violoncelista, ensayan una obra de música clásica, complemento en las solemnidades litúrgicas.

ESTA SOBERBIA AVENIDA DE CIpreses conduce a una plazoleta que es el mejor mirador del jardín monacal. ➡



EL RDMO. P. AURELIO MARIA ESCARRÉ, Abad mitrado de Montserrat. De él puede decirse que el celo por la casa de Dios le devora. Durante su pontificado se han llevado a cabo en el monasterio grandes obras de restauración y decoración, entre ellas la fachada, el trono de plata de la Virgen y los jardines.

HE AQUI LA IMAGEN DE LA VIRGEN de Montserrat, patrona oficial de Cataluña. Su trono de plata es grande como un retablo. La imagen es una magnífica obra del siglo XII, del mejor románico. La cabeza de la Virgen es de una extraordinaria nobleza. La Virgen lleva en su mano derecha la bola del mundo. El Niño bendice con su derecha y lleva una piña en su mano izquierda. Recientemente ha sido preciso proteger a la imagen para evitar que sus devotos se la comieran a besos. La espléndida fotografía que publicamos reproduce un momento de la adoración. Trono de la Virgen desde hace más de un milenio, Montserrat es uno de los monumentos orográficos más originales del mundo, como se ve por la fotografía, que ocupa la primera página de este reportaje. Pero es, ante todo, un santuario. La palabra Montserrat significa montaña serrada, serrada por manos de ángeles, dice Verdaguer. Tiene 1.230 sobre el nivel del mar. El santuario y el monasterio benedictino se hallan a unos 700 metros de altura, en un ángulo que la montaña abre hacia Levante. Una de las características de esta montaña rocosa es su variadísima y abundante vegetación. El encanto de Montserrat es indescriptible: los peregrinos y turistas que por primera vez lo visitan no pueden disimular su sorpresa y quedan como anonadados por su grandeza sublime.



COLOR DE BARCELONA



VISTA PANORAMICA DE BARCELONA DESDE EL TIBIDABO



BARCELONA DESDE EL TIBIDABO



PLAZA DE CATALUÑA



PLAZA DE CATALUÑA



SANTA MARIA DEL MAR

RAMBLA DE LAS FLORES





PUERTA DE LA PAZ Y MONUMENTO A COLON



EN ABRIL, LAS ROSAS CONOCEN EN BARCELONA un espléndido apoteosis, en forma de exposiciones y concursos, donde miden sus delicadas armas los rosalistas de la provincia, algunos de ellos famosos en todo el mundo. Pero el momento más bello de las rosas es cuando, en ocasión de la festividad de San Jorge, les es ofrecido el marco gótico del Palacio de la Diputación. El contraste que forman las piedras venerables y las frágiles rosas cautiva a cuantos acuden al piso principal a orar ante el santo patrón de Cataluña.

LAS FIESTAS Y LA TRADICION

CORPUS ES FIESTA GRANDE EN BARCELONA. REPRESENTA LA PUERTA DEL VERANO, Y BAJO EL nítido cielo azul, colgaduras y banderas revolotean con alegría idéntica a la de los nuevos y multicolores vestidos femeninos. La primera salida de los gigantes, preludio de la procesión, es particularmente celebrada en el barrio gótico, sancta sanctorum del costumbrismo local, por la algarabía de los chicos que corren tras ellos con gran algazara.

POR MIGUEL DEL PUERTO

SUS justificados pujos de urbe moderna no han logrado, afortunadamente, unificar a Barcelona, suprimirle las tradicionales costumbres, ahogarle la alegría de sus fiestas ni rebajar la fisonomía de sus barrios antiguos. Al lado de un falso tipismo, de una españolada al uso de apresurados turistas, ofrece Barcelona a quienes saben adentrarse en ella sugestivos y peculiares aspectos, un pintoresquismo de buena ley, original y salido de la entraña popular. No hay festividad que Barcelona no celebre, ni hay barcelonés, por desarraigado que se sienta, que un día u otro no rinda culto a la tradición. No importa que ésta, a tono con la evolución impuesta por el tiempo, adopte formas nuevas. Las viejas costumbres mueren a manos de las modernas. Por San Cristóbal, el automovilista de hoy lleva a bendecir su vehículo a la Iglesia de Pompeya, en la Diagonal, menospreciando la capillita de la recoleta calle de Regomir, donde en tal solemnidad y por idéntico objeto acudía su padre. En las vísperas de San Juan y de San Pedro, las pistas de los clubs deportivos rebosan de gente, mientras los merenderos de Montjuich y Las Planas periclitan en la soledad... Pero la verbena sigue. Y con la verbena, la tradición. Y con la tradición, Barcelona.

SIGUE EL REPORTAJE EN LAS PAGINAS SIGUIENTES



NAVIDAD, CON SUS VARIOS MERCADOS AL AIRE LIBRE, ES EL COMPENDIO DE LAS FERIAS POPULARES barcelonesas. Y más que los pavos en la Rambla de Cataluña, más que las pirámides de comestibles, más que los objetos de regalo artísticamente dispuestos en los escaparates, son los humildes puestecillos de figuras para belenes apoyados en la Catedral los que nos restituyen el calor, la atmósfera íntima que las Pascuas adquieren en Barcelona.

LA BENDICION DE LAS CABALLERIAS EN LA PARROQUIA DE SAN ANTONIO ABAD COLMA DE BULLICIO un barrio de singular densidad humana, donde coinciden el Mercado de San Antonio y el de los Encantes. Episodio culminante de la jornada es la cabalgata de los «Tres Tombs», rememoradora de las tres vueltas que, antiguamente, daban los romeros alrededor del templo. Al paso de los encopetados jinetes se inflaman los corazones femeninos.





OTRO RITO DEL Corpus barcelonés es «l'ou com balla». En los claustros de la Catedral, en el patio de solariegas casonas del barrio antiguo, entre cerezas y flores, movidos por el agua, danzan los huevos una frenética danza respecto a cuyos orígenes y significado no se han puesto todavía de acuerdo los folkloristas.



En la semana que precede al Domingo de Ramos, la Rambla de Cataluña se transforma en un singular y dorado ferial. Las barrocas y opulentas palmas atraen a toda la chiquillería de la ciudad y, naturalmente, a los mayores, quienes cumplen gozosos el rito de pertrechar a aquélla para la cristiana e inmediata bendición.



LAS FERIAS SON TRANSHUMANTES Y DE CABO A RABO DEL VERANO RECORREN todos los suburbios barceloneses. Empiezan por San Juan, instalándose en las esquinas del Paralelo, y acaban por San Miguel, señoreando la marinera Barceloneta. El antiguo feriante ha sustituído la «roulotte» por el camión aerodinámico, y en el parque de atracciones privan los modernos y ruidosos artilugios.

LA LEYENDA ASEGURA QUE QUIENES BEBEN agua de la Fuente de Canaletas, quedan eternamente rendidos a los encantos de la ciudad. Ello equivale a adquirir carta de ciudadanía barcelonesa.





LOS MUSICOS CIEGOS FORMABAN ANTAÑO verdaderas y nutridas orquestas callejeras. Hoy, en el predominio de la radio, apenas si asoman en la calle instrumentistas de este tipo. Solamente algún acordeón, en las calles angostas del casco viejo, logra agrupar a su entorno a un público ingenuo, subyugado por la airosa melodía de una sardana o por el pupurri de una vetusta zarzuela.



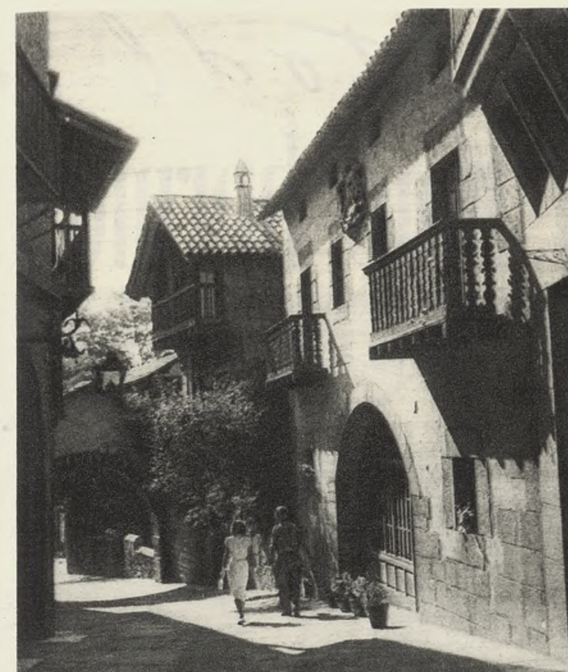
EN LOS DIAS DE LA GRAN EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA (1929-30), UNA de las ideas más originales y acertadas, prueba de ello es que aun sigue en pie a los veinte años de clausurado aquel Certamen, fué la de reproducir en la montaña de Montjuich una síntesis arquitectónica y ambiental de los viejos pueblos españoles en el ya famoso «Pueblo Español». La «foto» representa una de las puertas de la muralla de Avila que da entrada al mismo, con toda su fuerza evocadora.

Una síntesis de España en MONTJUICH

UNA DE LAS REPRODUCCIONES DE MONTJUICH HECHA CON MAS EXACTITUD → y ambientación es la del llamado barrio andaluz. En la «foto» aparece un trozo de la popular y típica calle de Ecija, evocadora por su nombre del más rancio andalucismo. Además de los rasgos característicos de las construcciones populares andaluzas, se puede ver al fondo de la «foto» la monumental fachada del Palacio del Marqués de Peñaflor, que define la arquitectura clásica de los pueblos andaluces.



REPRODUCCION EXACTA DEL PALACIO de Borja en el barrio aragonés del «Pueblo Español» de Barcelona. La «foto» nos da una idea de la fidelidad con que están logradas estas copias arquitectónicas de monumentos españoles en Montjuich.



EN EL BARRIO VASCO, QUE COMO PUEDE verse en la «foto», tiene todo el carácter y sabor de los pueblos norteños, se reproduce con gran exactitud un trozo de la calle del Príncipe de Viana en el pueblo vizcaíno de Erandio.



LUZ Y SOMBRA DE ANDALUCIA PODRIA titularse esta «foto» del barrio andaluz de Montjuich. En ella vemos un rincón característico del pueblo de Arcos de la Frontera, fielmente reproducido en una calle del «Pueblo Español» de Barcelona.



EN EL BARRIO CATALAN TAMBIEN PUEDE admirarse esta magnífica reproducción del conocido edificio de Rupit, en el que no falta ni el menor detalle de arquitectura y ambiente según puede apreciarse en la fotografía que reproducimos.





TAMBIEN LOS PUEBLOS DE CATALUÑA, LOS PUEBLOS DE SUAVE AMBIENTE ROMANtico y patriarcal, tienen su síntesis representativa en la montaña de Montjuich. Uno de los rincones más exactamente reproducidos es el que representa esta plaza y fuente monumental del histórico pueblo tarraconense de Prades, en la que los perfiles de las viejas piedras seculares aparecen como aureolados por la ternura poética —lírica y vegetal— de un almendro en flor. La «foto» recoge con gran precisión los contornos y el ambiente.

El Gran Teatro del Liceo

La sala mas hermosa de ESPAÑA

ERA inevitable: el «Gran Teatro del Liceo» había de estar, por fuerza, en las viejas Ramblas. Ni hay calle más bonita en Barcelona ni sala más hermosa en España. De lejos, vienen gentes que oyeron hablar de la calzada ancha, avenida del mar, paseo de provincias, mercado de flores, buhardilla de pájaros. Y en el mismo centro cordial, el caserón frío, gris, del «Gran Teatro del Liceo», con su amplio balcón balcones de las queridas ciudades del Mediterráneo y reloj de manecillas burlonas para tomar el pulso a las horas y señalar, en los partes bélicos de los años, los avances inexorables del Tiempo.

Estamos frente al «Liceo», así, a secas, si bien los barceloneses digamos la palabra con cierta ternura. Nadie adivinaría, al ver la fachada, el aspecto interior. Fué Unamuno, creo, quien le sacó punta, no sé dónde, al afán de ostentación barcelonés, mantenido, entre otras cosas, en la cara que los edificios ofrecen a la calle. Esto no rezaba, claro, con el «Liceo». La riqueza de la sala nada tiene que ver con la sencillez prosaica de su exterior, afeada, incluso, por la inevitable tienda de la esquina, diezmo satisfecho a un sentido comercial, práctico y, si me apuran, mezquino. La pecera del Círculo alegra esta fachada, con señorones empeñados en tertulias amables y deliciosas, con el ojo puesto en el desfile incesante de las Ramblas, entre apresurado y paseante.

Los cartelones señalan programas de ópera, interpretados por gruesos tenores, que columpian en el aire sus «dos» de pecho, y *prima donnas*, que dan el *sí* con facilidad relativa. Los nombres famosos y extranjeros se unen a los de casa, con hambre de fama, dispuestos a conquistarla a fuerza de gorgoritos. No se olvide que del «Liceo» y de la ciudad ha surgido la última gran cantante con que cuenta España: María Victoria de los Angeles, con picas puestas en todos los Flandes del canto.

Una ciudad necesita tener y mantener un lugar apropiado para enseñar ópera al que no sabe. Esta es una de las obras de la cultura universal. En el Museo, colgamos a los Fortuny y los Picasso; en la Biblioteca Central y en el Archivo de la Corona de Aragón, los códices miniados y las historias de héroes y heroínas, encuadernados en pieles, suaves al tacto y al contacto; en las avenidas, en las plazas, en los parques, las estatuas reposan con actitud indiferente ante la discutible eternidad (una pareja se jura amor bajo el busto de Pepita Tudó, sin saber quién fué ella; y unos enamorados conciertan su primera cita, al pie de la mole ecuestre del general Prim, sin importarles nada de él).

La ciudad necesita todo eso, como le urge un teatro de buena comedia, que no le hay. Pero, al llegar el invierno, debe abrir su sala de ópera, donde Margarita ceda a las pretensiones de Fausto; y Manón enloquezca al caballero Des Grieux, por los alrededores de San Sulpicio.

Un año sin ópera no lo comprendería la ciudad. Se harían de cruces los más viejos, esos testigos que siempre recuerdan las peores efemérides y los más luctuosos sucesos. Incluso quienes más indiferentes quedan a los hechos del *bel canto*, y no por ponerse cera en los oídos, como Ulises para no escuchar a las sirenas, enarcarían las cejas en actitud de sorpresa si se les dijera que el «Liceo» no iba a abrir sus puertas.

Por esa exigencia, durante estos últimos años la demanda ha resultado superior a la oferta. Las temporadas han resultado muy brillantes en cuanto al público respecta. La propiedad y el abono han respondido a la llamada; aquélla es, por lo menos, tan numerosa como las localidades pertenecientes a la Empresa. Como ejemplo de excepción, pongamos que en el anfiteatro los sillones de propiedad suman 212 por 13 los de la Empresa; y los palcos en el piso primero, son 29 con propietarios y 6, tan sólo, los que pueden abonarse.

Resulta imposible, pues, acudir a cualquier función a última hora, de no tener encargadas las entradas con tiempo. Y todavía quedan, durante la Cuaresma, los Conciertos, que tanto recargan el muy nutrido curso musical barcelonés, y, con los brotes más augustos de la primavera, los «ballets», en coreografías audaces o tradicionales. El «Liceo» no hizo remilgos ante los modernismos pasados de un Strawinski o las lucubraciones surrealistas de un Dalí. Está en la tradición de este pueblo, la renovación constante, así como la insatisfecha curiosidad por cuanto lleve un marchamo aduanero.

Ante todo, el «Liceo» es índice de la cortesía social. Cuanto sucede en la sala resulta, por lo menos, tan importante como las mélicas historias o las filigranas de los danzarines, saltamontes escénicos, desarrolladas entre las más caprichosas bambalinas.

La vida social se apunta en el «Liceo» uno de sus más brillantes tantos. Es el barómetro de las crisis fulminantes, de los procesos políticos, de las épocas fáciles en la prosperidad. Ocupan los palcos, las butacas, aspirantes a aparecer en las notas de sociedad de los periódicos y también quienes, hartos de ellas, desean no ser mencionados jamás. La asistencia a la Opera es una de las funciones más altas del vivir barcelonés por cuanto en su recinto se resume una ciudad entera, distribuída, según distintas jerarquías, en sus cinco pisos. Como diría nuestro poeta romántico, no faltan en la lista ni la princesa altiva ni la pescadora en ruin barca.

La tradición de ciertos palcos de propiedad podría llenar una noble página de heráldica, en los casos mejores, o de familias distinguidas en cuyo escudo podría campear un telar. Como de un sillón de la Academia, sabría muy bien la historia de los palcos y sus ocupantes a través del tiempo y las generaciones, un poco nostálgicos, a la manera de Manrique, por quienes ya nada son y tanto fueron. Se piensa en la película que hubiera podido hacerse con sólo dividirla en narraciones cortas en las que cupiera la admiración y la sátira, el chiste y la oración.

Ciertos palcos, el de tal o cual apellido de ilustre abolengo barcelonés, son ocupados por mujeres bellas, cuya aparición esperan, noche tras noche, los liceístas más dispuestos a renovar la fina tradición de la galantería. Esas mujeres serán símbolos del «Liceo», al madurar y envejecer, guardadas en las bolsas de sus ojos las experiencias, los engaños y desengaños, hasta abdicar en favor de otras jóvenes y hermosas, esperadas, como lo fueron ellas, por la impertinencia masculina dispuesta a descubrir horizontes con el alcance vidrioso de los gemelos.

Las muchachas asoman su ilusión primaveral en la primera noche de su vida de relación, puestas de largo por las manos de Pertegaz o Balenciaga, después de asistir, todavía como adolescentes, a las funciones de tarde, en los días festivos, cuando el «Liceo» adquiere una fisonomía familiar, con viejecitas como la de la popular zarzuela, dispuestas a recordar los tiempos pasados, y niños juguetones, que, durante los intermedios, corretean por los pasillos y asoman sus ojos inocentes al foso donde la orquesta desencadena las más aparatosas tempestades wagnerianas.

Nuestros tiempos establecieron la costumbre de abandonar la sala, en los entreactos. Se sale a los pasillos; se va al salón de descanso a dar vueltas a la noria de la conversación amistosa, al tíovivo alegre y social. Se acude al vecino Círculo, en donde Ramón Casas estampó unas pinturas tan de la época. Entonces, París significaba jugar a la bohemia, fácil y millonaria, de Santiago Rusiñol. Casas tiene en el Círculo una buena muestra de su pintura elegante, medida en los centros impresionistas y en la actitud de Toulouse Lautrec. Una señora montada en automóvil adorna las paredes, en el ambiente modernista de la ornamentación, y dignifica el armatoste mecánico con la pátina amable del pasar del tiempo, igual que la dama barcelonesa



que, en las calles de la ciudad, atraviesa montada en su elegante «Packard», modelo 1928, para que la gente se sorprenda de su elegancia y sueñe con coches de caballos con que dar la vuelta al Parque y saludar a la graciosa estatua de la señorita del paraguas.

En el entreacto del «Liceo» cabe la verdad y el recuerdo, o sea, un poco de poesía. En el bar, las apreturas son mayores. Entre discreteos, saludos, sonrisas y otras ceremonias, se apura la copa de champán helado que enfría las perlas de la garganta o se aspira el humo del tabaco oxigenado, hecho con hebra de Virginia. En la zarabanda social, se desea vivir en olor de muchedumbre, en el Coty de las buenas maneras. Entre el gentío, donde ya no cabe ni una aguja, se aclaran también los deseos de quienes desean mezclarse: signo de una era que tiene la combinación por bebida favorita, hecha de muchas cosas a la vez y de uno solo, picante gusto.

Los recién llegados tenían mucha prisa y, con su desparpajo, cambiaron el aislamiento de los palcos e incluso de las butacas, por el río revuelto de los pasillos, en el contacto de codos que permite codearse con los demás.

Stendhal hubiese deseado ser cronista para anotar nombres conocidos y escuchar, además, embelesado el espectáculo musical.

En el cuarto y quinto pisos, las cosas parecen, sólo en apariencia, cambiar. El acceso no es el mismo. Se abren las puertas de entrada a una calle proletaria, a la que llegan resonancias del bullanguero Paralelo. Horas antes de empezar la función, las colas animan las aceras con discusiones ardientes. Se recuerdan jornadas de Genevieve Vix, de la Patti, de Totti dal Monte, de la Flagstad. La clase media se reúne con el pueblo. De vez en cuando, alguna señora, que guarda luto riguroso, acude a un asiento de delantera para poder oír sin ser vista. Los aplausos son vivos y entusiastas. De las alturas, caen en las noches de gloria copiosos ramos de laurel.

El aficionado hace acopio de paciencia; también el curioso, a quien nada se le ha perdido en la ópera. Sólo desea ver la sala, en los entreactos, deslumbrante de luz, de escotes, de joyas, de pieles, escaparate viviente del lujo y la riqueza. Desde arriba, el aspecto es impresionante. La curiosidad aviva los ojos. Se desearía que nadie abandonara sus puestos para admirar tanta belleza, aquí, también, verdad.

La afición sostiene sus batallas contra lo que toma por simple actitud superficial. Los de arriba y los de abajo se las tienen tiesas, a veces. A la galantería de las palmas injustas, se contesta con siseos exigentes, de los intransigentes. Pero no hay que asustarse. Batallas de gustos, batallas de música, son como batallas de flores: no hay vencedores ni vencidos. Lo mismo que en Breda

El trabajador mantiene su orgullo en la creencia de que sólo él entiende de ópera, antigua ilusión del liceísta modesto, sostenida con cierta candidez provinciana. Según ellos, los otros sólo van a lucirse, y si la puerta de un palco chirría indiscreta, imponen súbito silencio.

Incluso la política sacude su cresta, en ocasiones. Divide a los grupos y forma extrañas banderías. En los «veinte», fletistas y lazaristas andaban a la greña por un quítame allá ese agudo. El «Liceo» tiene su anécdota cómica en los desplantes caseros de un Lázaro o en la presentación tempestuosa de un José Mójica; su grave motivo dramático, en la explosión de la bomba terrorista. El fuego ha bailado su danza en la noche lejana y fantasmal, muchos años antes de Falla.

En las representaciones de Wagner, las lamparillas lucen como estrellas por todos los rincones. Parpadean ante el colosal lenguaje amatorio de los dioses y los humanos, transcritos por la germánica presunción del superhombre. Pero cuando es grande, el arte aglutina a los pueblos. Siguen, entonces, la partitura del drama musical, de una parte y de otra. Y los simples curiosos, lo mismo se aburren en la platea que en el quinto piso. A éstos les queda el recurso de no volver; ya vieron el «Liceo», el teatro de la ciudad, y mañana a otra cosa, a la zarzuela, al género chico, como sus almas. A los otros, no. Ellos cumplen una función de presencia y esencia barcelonesa. Estar en sus puestos, año tras año, arrastrando, a veces, su elegante desgana. He aquí la insoslayable obligación.

Esta es la lección soberana que nos da el «Liceo». Permanecer en su puesto, en su lugar, en la ciudad alerta. El respeto, en todo caso, une a todos y mantiene a cada cual en su categoría y en su propia condición.

Luego, a la salida, en la noche en calma barcelonesa, las Ramblas se animan con el estruendo de los automóviles, puntos luminosos entre los árboles, con copas donde beben los pájaros de mi ciudad.

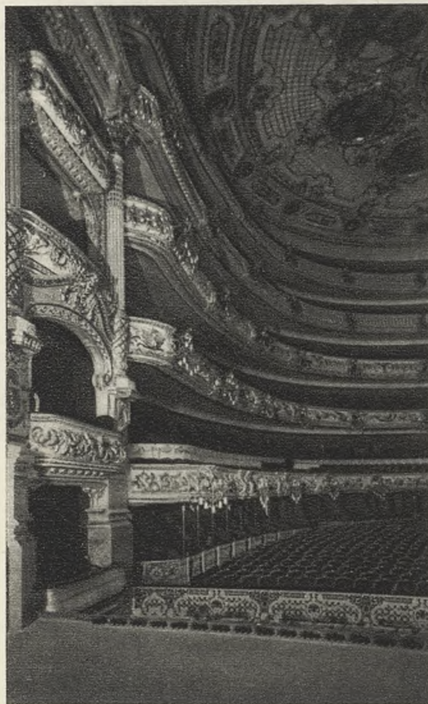
Frente a las puertas se reúne, por vez última, el público para ver el refinamiento aparente de una sociedad. Dura pocos minutos la parada, pero resulta magnífica, brillante, deslumbradora. La ciudad no decae, y como una bailarina, se levanta sobre las puntas de sí misma, aunque sólo sea para atravesar las Ramblas.

La ópera tampoco pasa. Si los doctores de estéticas decretaron hace tiempo su fallecimiento, habremos de reconocer que Barcelona le levantó al cadáver el más aparatoso de los mausoleos. No extrañe, pues, a nadie su exacta situación en la ciudad. Era inevitable: el «Gran Teatro del Liceo» había de estar, por fuerza, en las viejas y queridas Ramblas

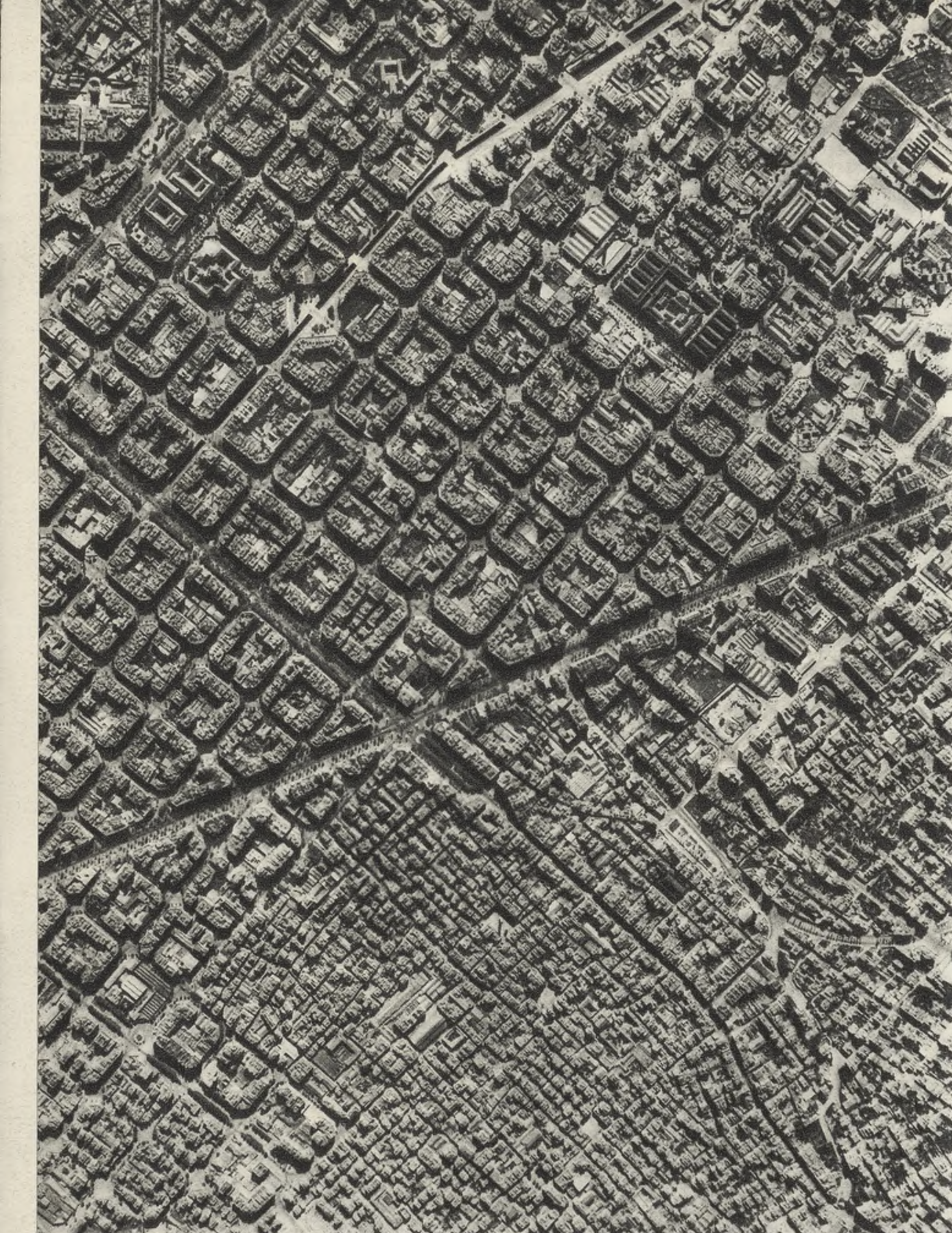


Arriba.—Austera fachada del «Gran Teatro del Liceo» en el corazón mismo de Barcelona, e interior de la sala durante una de sus sesiones.

Abajo.—Otro aspecto de la sala, en el que se aprecian los motivos ornamentales, y escalera principal de mármol, orgullo del «Liceo».



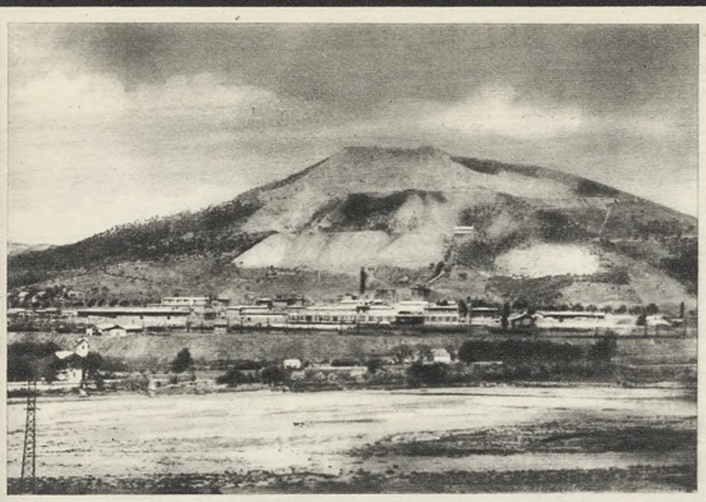






BARCELONA DESDE EL CIELO

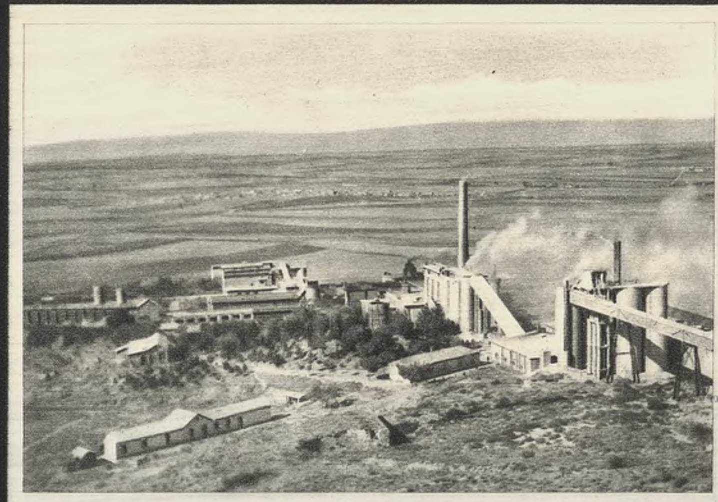
TAMBIEN desde ese nuevo punto de vista que es el aire, del que modernamente se obtienen curiosas «radiografías» de las tierras y las ciudades Barcelona ofrece el imponente aspecto de su gran extensión urbana y de su armonía geométrica y topográfica. He aquí tres vistas parciales de la gran capital mediterránea, a través de las cuales todos los que no hayan podido saber por contacto personal que «Barcelona siempre es bona», pueden apreciar, por lo menos, que Barcelona es grande. Y esto desde los primeros términos del puerto, con el Club Náutico en primer plano y los canales vertebrales de las ramblas, hasta el nebuloso Tibidabo, esa montaña barcelonesa ya, por cuyas faldas verdes trepan las blancas «torres» de los barceloneses acomodados que aman el campo y el aire de los pinares para sus horas de apacible descanso.



FABRICA DE MONCADA. 1915



FABRICA DE CASTELLAR D'EN HUCH. 1901



FABRICA DE VILLALUENGA DE LA SAGRA. 1924

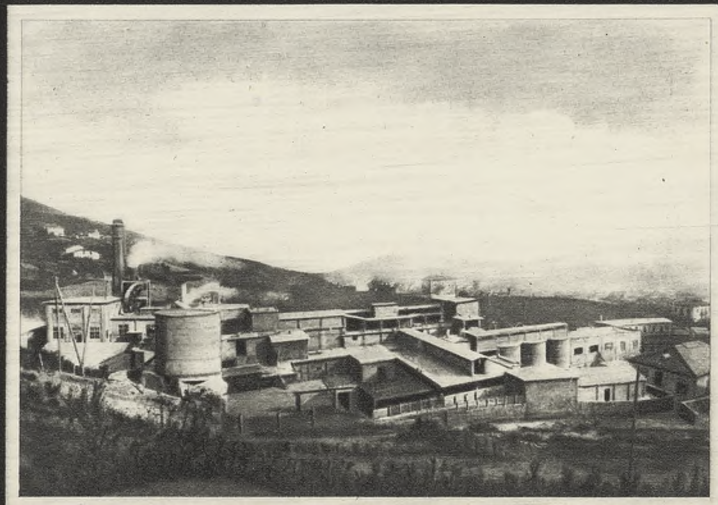


FABRICA DE CORDOBA. 1929

Cincuentenario



MCMI - MCMLI



FABRICA DE BILBAO. 1926

ASLAND

CEMENTO PORTLAND - SUPERCEMENTO - CEMENTO PUZOLÁNICO - SOLIDITIT

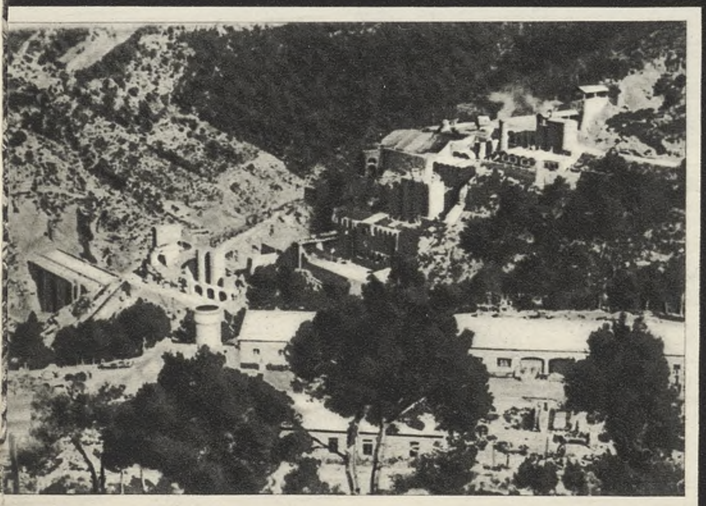
CASA CENTRAL: Córcega, 325 - BARCELONA

Delegación en Madrid: Antonio Maura, 2 Delegación en Córdoba: Carretera Almadén, 1 y 2

Dirección telegráfica: « ASLAND »

PRODUCCIÓN TOTAL: 565.000 TONELADAS ANUALES

FABRICA DEL PANTANO DEL GENERALISIMO



FÁBRICAS AUXILIARES

FABRICA DEL PANTANO DE OLIANA



barcelona medieval

DENTRO *de la* BARCELONA DE HOY

POR CARLOS SOLDEVILLA

CONVIENE empezar diciendo que la denominación de «Barrio gótico», que suele darse al núcleo central de Barcelona, es de invención recientísima. Tradicionalmente, los barceloneses se han contentado con decir: «Barrio de la Seo» para designar el conjunto de edificios antiguos y nuevos que se apiñaban en torno a la Catedral, sobre la modesta loma que en las proximidades del mar—antes más entrometido que ahora—fué elegido por los romanos para fundar hace dos mil trescientos años la Colonia Pia Favencia Julia Barcino.

Arriba.—La Catedral, vista desde una avenida, acabada de abrir en el barrio más antiguo de la ciudad. Los edificios que ocupan el primer término llamados «La Canonja» y «La Pía Almoina» apean sobre restos de la muralla romana.

A la izquierda.—Otro lienzo de la muralla romana aparece remontada por edificaciones medievales en la calle hoy llamada del Subteniente Navarro. Una cuidadosa obra de monda y restauración va dejando a la vista este impresionante aspecto del casco antiguo barcelonés.

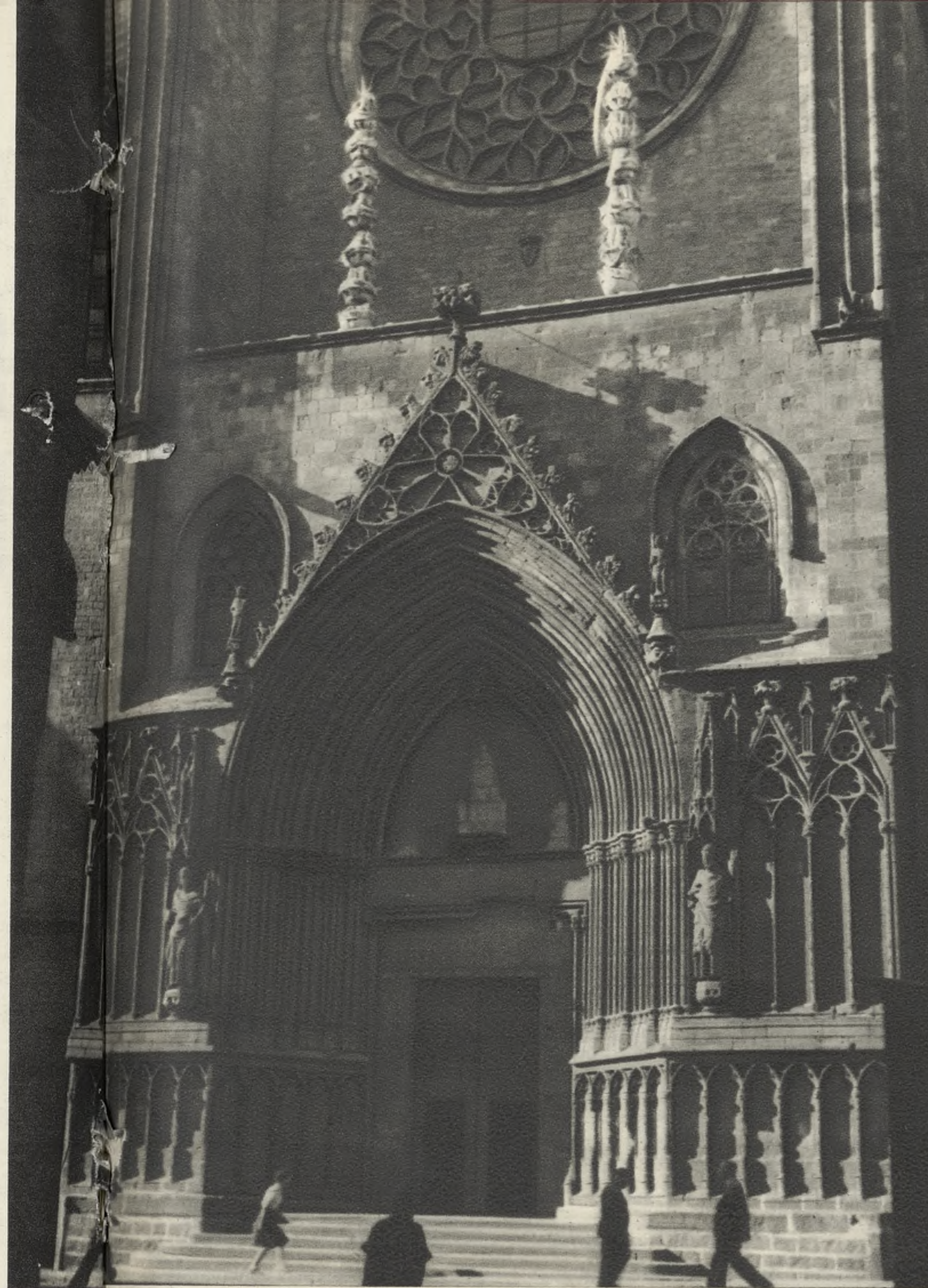
La denominación de «Barrio gótico», refleja ya un estado de conciencia extremadamente maduro y casi me atrevería a decir, pedante, con esa pedantería que ninguna ciudad culta puede evitar al tomar posesión de sus reliquias y darse cuenta de lo que valen. Dicho esto, que en un viejo barcelonés como yo no puede ser tomado a mala parte, me apresuro a proclamar que el entusiasmo que mis paisanos y yo con ellos—no se crea otra cosa—sentimos por los monumentos que nos ha legado la Edad Media—«único pasado poético de las naciones», como dijo el bueno de Piferrer—me parece perfectamente legítimo.

La propaganda de los eruditos y de los artistas románticos que no fué lo bastante poderosa para evitar los estragos de la primera reforma del casco antiguo, el terrible tajo de la Vía Layetana, inexorablemente rectilíneo, que lo partió en dos a principios de esta centuria ha llegado a hacer mella en los cerebros municipales y a apoderarse del corazón de la masa. Y por una de esas paradojas que son frecuentes en la vida de las ciudades, la misma generación que en 1900 se lanzó locamente en brazos del «modernismo», fué la que echó la semilla de nuestros museos y la que inició la salvación de nuestros monumentos. De sus empeños, admirablemente orientados por algunos investigadores y convertidos en obra por un equipo de arquitectos, ha nacido el actual «barrio gótico» orgullo de propios y señuelo de extraños.

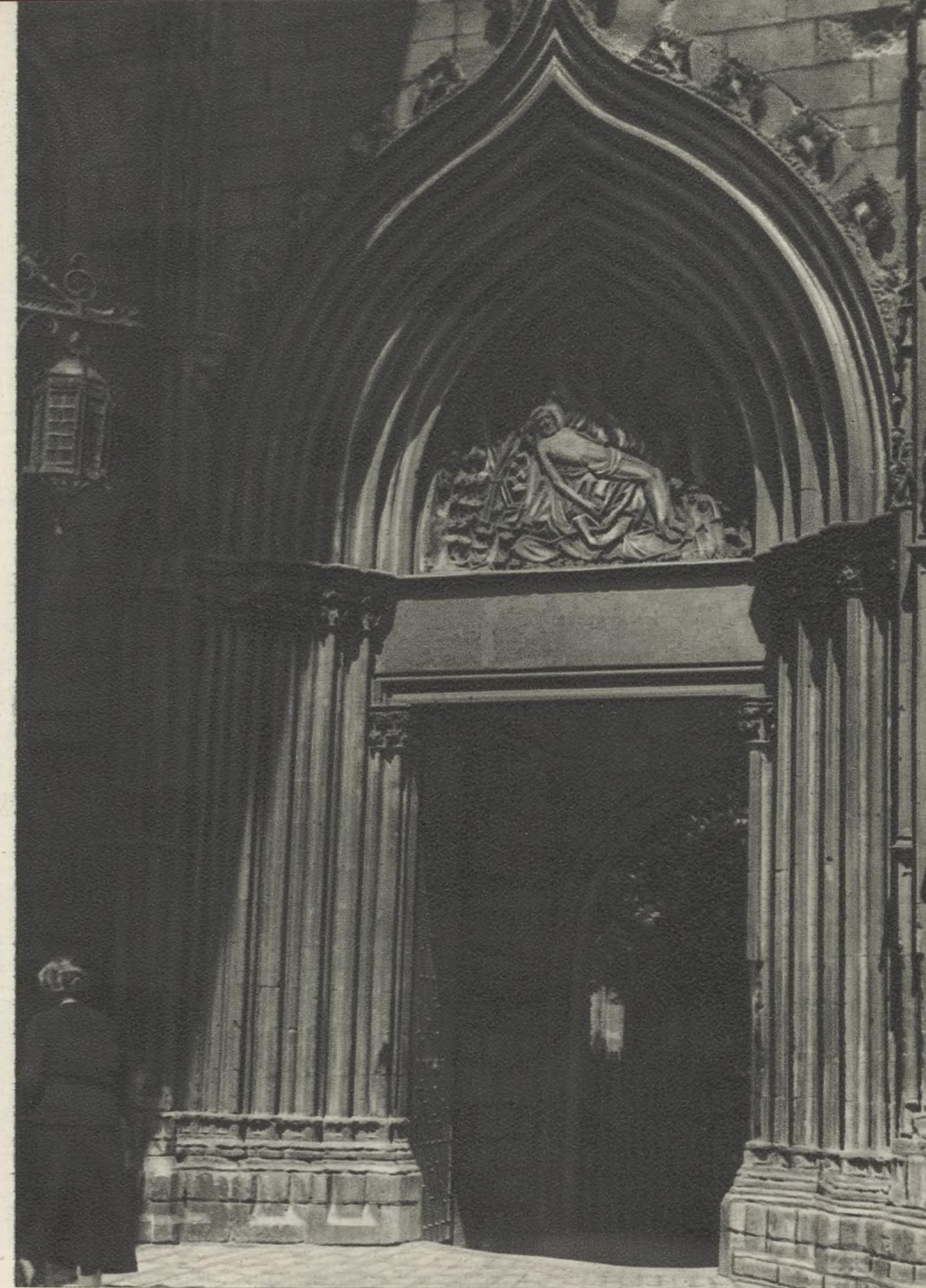
¿Gótico? El adjetivo es perfectamente legítimo si atendemos a la ley de las mayorías, puesto que casi toda la Catedral, con sus hermosas y sombrías naves que prendaron a Unamuno y sus luminosos claustros, el maravilloso estuche que es la capilla real de Santa Agueda, la parte primitiva del Ayuntamiento y de la Generalidad son efectivamente góticas. Pero sería bueno recordar que junto a esos egregios monumentos y a veces formando parte de ellos como etapa sobreviviente o como etapa cuajada de madurez, existen en este mismo barrio magníficas muestras de románico y de Renacimiento, o, por lo menos, de pre-renacimiento. A este estilo, por ejemplo, pertenece el palacete llamado Casa del Arcediano, mandado construir en el siglo XVI por un canónigo que tuvo dicha dignidad y en que hoy está establecido el Archivo Histórico de la Ciudad, cuyo emérito director ha inspirado no pocas de las empresas de excavación y restauración que se han llevado a cabo. Renacentista es también el Palacio Padellás que, llevado piedra por piedra desde la calle de Mercaders en que debía sucumbir para dar paso a una nueva vía, cierra actualmente la Plaza del Rey y asegura su indispensable recogimiento. Y románica es la capilla de Santa Lucía, miembro



Puerta del ábside en la hermosa iglesia de Santa María del Mar. Esta puerta, obra de Bernat Salvador, da a la vieja plaza del Born donde, como su nombre catalán indica, se celebraron los torneos medievales.



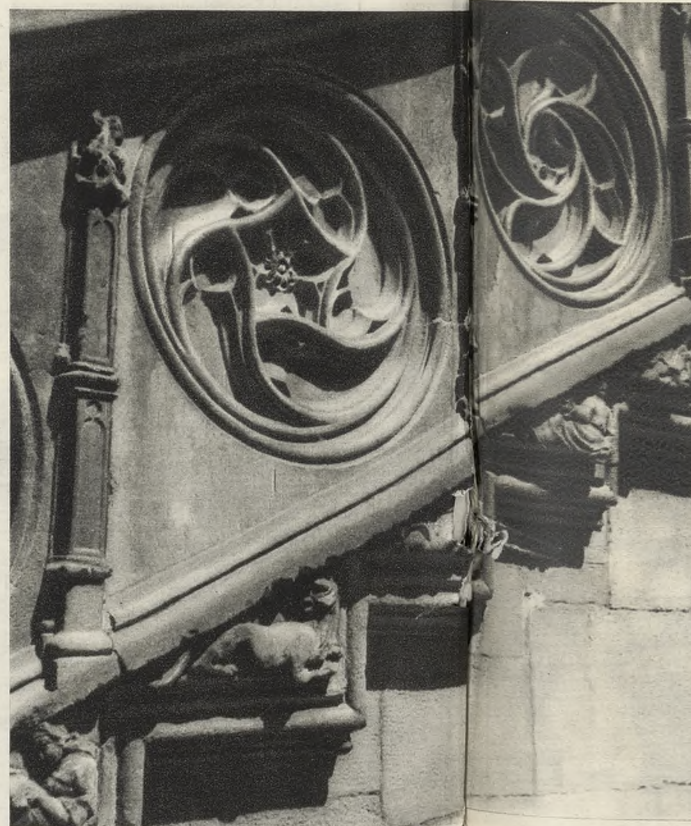
Puerta principal de Santa María del Mar, iglesia construída por la piedad de los «macips de ribera». Después de la Catedral es el templo gótico más importante de Barcelona.



Puerta de la Piedad, en la Catedral de Barcelona. El fino y patético relieve, labrado en madera por un artista presuntamente flamenco, ocupa el tímpano y le da nombre.



Estas gárgolas que asoman a ras de tejado pertenecen a la galería alta del Palacio de la antigua Diputación y ofrecen, alternadas, efigies de monstruos imaginarios y testas humanas de un delicado y vigoroso realismo.



Pormenor de la escalera del patio de la antigua Generalidad, prototipo de los patios catalanes de la **época a la vez que su expresión más acabada.**



Angulo que forma el llamado «Tinell» del Palacio real con la capilla de Santa Agueda. Una inteligente restauración del primero y una piadosa limpieza del segundo nos la han devuelto, con ligero aumento de luminosidad.



Capiteles y entablamiento del delicioso patio de la popularísima Casa del Arcediano, edificio de estilo renacentista en que se halla instalado actualmente el gran Archivo histórico de la ciudad de Barcelona.



Una esquina del patio de los Naranjos en el Palacio de la Diputación, fué y en parte sigue siendo un jardín pensil refleja en su graciosa asimetría las vicisitudes por que pasó su construcción. En la «foto» se ve una de las dos logias.



La vieja calle de la Argentería o de la Platería en cuyo fondo se alza uno de los campanarios de la iglesia de Santa María del Mar. La calle, hoy casi enteramente abandonada por el gremio que le dió nombre, conserva, una fuerte vitalidad y el recuerdo de la vieja artesanía.



Junto a los monumentos medievales, discurren las viejas calles del llamado barrio gótico en que se conservan restos de los arcos y los voladizos que reducían su ya exiguo ámbito, cuando las murallas impedían el crecimiento de la moderna ciudad de Barcelona.



La plaza de Santa María del Mar. Frente al viejo templo gótico, unas casas dieciochescas desfiguradas y con los esgrafiados a medio borrar acentúan la complejidad de este barrio cercano al puerto y al Mercado central de verduras.

de la segunda catedral que tuvo Barcelona—la de hoy es la tercera y de la primera obra visigoda—se están descubriendo vestigios en el subsuelo de la plazuela de Santa Clara, ante la puerta de San Ivo.

Para dar cabal idea de la complejidad de ese barrio, débese recordar también que algo le queda de su período romano. En efecto: las viejas murallas afloran en distintos puntos y espectacularmente en la calle del Teniente Navarro, en la parte trasera de la Pia Almoina y de la Canonja, todavía en trance de restauración, pero ya impresionante, y en el interior del edificio ocupado por el Centro Excursionista de Cataluña. En el punto culminante del «mons Táber barcinonesis», debidamente puestas en evidencia, se yerguen intactas tres de las columnas que sostuvieron el templo romano que se supone dedicado a Augusto y que fué el centro de nuestra acrópolis. Además, bajo el Museo de la ciudad, sirviéndole de oportuna peana y de más oportuna lección introductoria, se han conservado los vestigios de un poblado del siglo VI, con sus casas, sus termas y sus enterramientos.

Algo separado del montículo germinal de Barcelona, se hallan otros núcleos que vienen a aumentar su tesoro artístico: el de la calle de Moncada y la iglesia de Santa María del Mar, cuyas severas y elegantes naves—hoy roídas por el incendio de 1936—merecieron el aplauso de Le Corbousier y el barrio de San Justo, menos rico, pero no menos pintoresco. Queda todavía al otro lado de la Rambla, otro conjunto que está siendo objeto de restauración y que ya atrae la curiosidad y suscita la admiración. Me refiero al antiguo Hospital de la Santa Cruz que, liberado de su función benéfica, ha pasado a manos de la Diputación. En una de sus dependencias funciona ya la Biblioteca Central y la Escuela de Bibliotecarias. En otra, la Escuela Massana, para oficios de arte.

Y si grande es el efecto que produce el núcleo en que los restauradores han tendido a crear un barrio enteramente medieval a fuerza de pinitos interpretativos y de eliminaciones audaces, no le ceden en interés esos otros barrios barceloneses en que lo gótico remozado y en lo menester rehecho sigue conviviendo con las fatigadas casas del dieciocho, y sus deslucidos esgrafiados o con los edificios del siglo XIX y su decoración de barro cocido, sus balcones numerosos donde ondean las cortinas o baten las persianas pintadas de verde. La primera solución, radical y purista, nos acerca al museo; la segunda, nos mantiene junto a la vida.

Cada cual elija la que mejor cuadre a su temperamento. El mío me obliga a ir de una a otra en frecuente y agradable devaneo.

↑ Entrada de la Plaza del Rey. En el fondo, una ventana del Tinell real coronada por el mirador del rey Martín. A la izquierda, el Palacio del Virrey donde está instalado el riquísimo archivo de la Corona de Aragón. A la izquierda, el reconstruído palacio Padellás-Clariana, donde se encuentra el Museo de la ciudad.



Patio del Palacio episcopal → visto desde su zaguán. Sus elementos románicos han sido discretamente remozados y reorganizados siguiendo la severa pauta de los patios barceloneses.



EL BARRIO GOTICO

En un reciente Concurso fotográfico celebrado en la Ciudad Condal, correspondió el Premio «Ciudad de Barcelona» otorgado por el Excmo. Ayuntamiento, a esta «foto» presentada por D. Francisco Catalá Roca, que recoge con rara habilidad y precisión los perfiles del Barrio Gótico barcelonés, sorprendente y maravillosa perspectiva de la vieja ciudad mediterránea.

EL PARAISO DEL ROMANICO

La ciudad de Barcelona conserva en su recinto una huella amplia y única del románico. Concretamente, el Museo Románico de Barcelona puede considerarse como uno de los mejores del mundo. A él corresponde esta breve selección en color que no da la medida de los innumerables tesoros que se conservan en el mismo.









GAUDI
O
LA ARQUITECTURA TEOLÓGICA

POR ANTONIO DE MORAGAS GALLISSA



EL ABSIDE DE LA SAGRADA FAMILIA, LA EXUBERANTE OBRA DE GAUDI, VISTO DESDE SU interior se nos ofrece como unas ruinas, en las que lo que falta no está destruído; está por construir. Este conjunto podría hacer creer que se trata tan sólo de un templo gotizante, pero es una creación original.



ESTE DETALLE DE LA TERMINACION DE LOS PINACULOS DEL ABSIDE es una muestra de su naturalismo y poesía. Los pináculos terminan en monumentales reproducciones de las hierbas y flores rústicas que se alzaban en el solar del templo.

LA proximidad de la celebración del primer centenario del nacimiento del arquitecto Antonio Gaudí ha coincidido con el creciente interés que en todo el mundo se siente por su persona y su obra.

No es acaso un hecho casual. La actual tendencia de la Arquitectura, está en dirigirse de nuevo hacia lo irracional, lo inaprehensible hacia lo dictado por el sentido orgánico de la vida, lo misterioso y lo intuitivo, en este vaivén interminable del espíritu creativo de la psique humana.

El vacío hecho en torno a la figura del gran arquitecto, que va desde sus exposiciones en la «Société Nationale des Beaux Arts» de París en el año 1910, hasta el silencio en que lo envuelven los tratadistas del racionalismo arquitectónico, ha sido superado.

No podemos admitir que Gaudí fuera un genio aislado. Los grandes picos se hallan en las cordilleras y el genio de Antonio Gaudí es la culminación de un momento, el gran momento de la ciudad de Barcelona, justamente en el tránsito de ciudad medieval a ciudad moderna, con la euforia derivada de su industrialización, por su intervención, aunque tardía en la gran empresa americana y por el recobramiento de su personalidad espiritual. El «Modernismo» catalán es dignísimo hermano de este gran movimiento artístico europeo que en otros lugares se apellida «Art Nouveau», «Jugendstil», «Liberty», «L'Art Moderne» o «Sezess on» y Gaudí su mayor figura.

Su extraordinaria y compleja personalidad que va del intuitivo al técnico, del primitivo al futurista, del ecléctico al precursor, del humanista al poeta y del místico exaltado al paciente constructor, ha sido magnífica y extensamente estudiada por los arquitectos catalanes Ráfols, Folguera, Puig Boada, y Sostres Maluquer, y por los críticos de arte Cirici Pellicer y Cirlot, entre otros.

Su alucinante fantasía naturalista y simbolista al servicio de una Fe inmensa, hacen posible el milagro de esta concepción gigantesca, que es el barcelonés Templo Expiatorio creador que, si ha tenido cabida en el espacio de la mente gaudiniana, no lo ha tenido por desgracia, en el tiempo de su vida.

Que este interés que la personalidad de Gaudí despierta en el mundo entero, sea estímulo y ejemplo a las jóvenes generaciones en el camino del Arte y de la Fe.



LA COLOSAL OBRA DE GAUDI ERA DE INALCANZABLES PROPORCIONES. Sumido en esta mágica concepción teológica de la Arquitectura nada podía faltar en ella. Por todos los medios realistas y simbólicos expresa los grandes misterios de la fe.



ENTRE LOS CUATRO CAMPANARIOS DE LA FACHADA DE LEVANTE DEL TEMPLO EXPIATORIO, este ciprés en piedra corona el Belén más colosal que jamás se haya concebido. Esta fachada está dedicada al Nacimiento del Señor y es uno de los más impresionantes aciertos del genial arquitecto barcelonés.

UN SALTO ATRAS Y EN SU JUVENTUD CUANDO TODAVIA NO HA LOGRADO desprenderse de los trabajos de servidumbre, interviene en el proyecto de este ecléctico y retórico monumento de la cascada del Parque de la Ciudadela barcelonés.

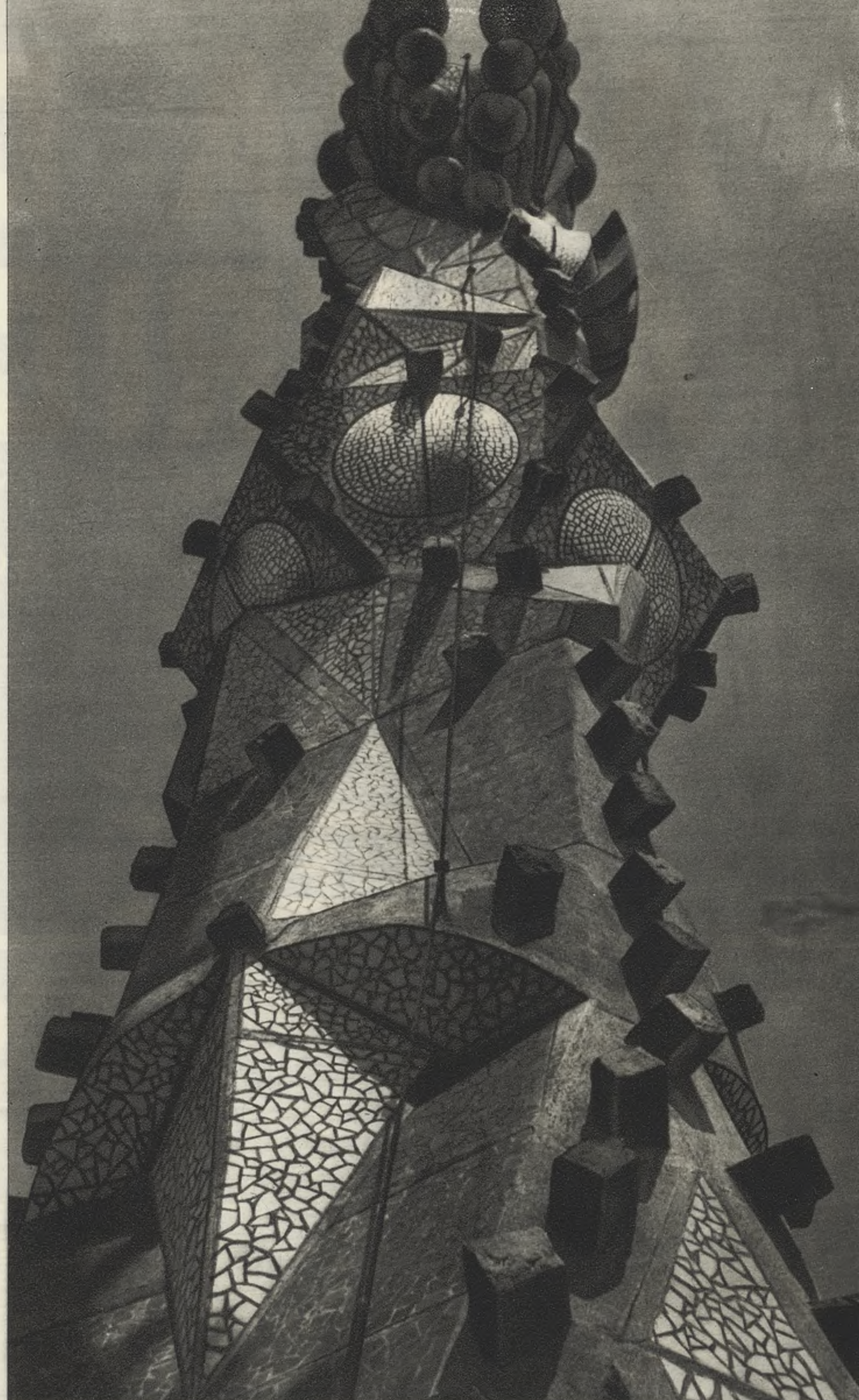


DESGRACIADAMENTE LA ESCULTURA CON QUE GAUDI QUISO RECUBRIR SU YA DE SI MONUMENTAL escultura no estuvo nunca a la altura de su genio. Su deseo de dar una visión verdadera de lo que siente en el interior de su alma, no se detiene ni ante la posibilidad de obtener el realismo escultórico.





COMO UNA AFIRMACION DE FE, GAUDI GUSTA PEMATAR SUS OBRAS CON EL SIGNO DE LA Cruz. En esta Conserjería del Parque de Guell, el cartesiano ángulo recto ha desaparecido por completo. Las formas naturales del reino animal y vegetal ha venido a sustituir la completa abstracción de la geometría.



SERIA TENER UNA VISION PARCIAL DE GAUDI CREERLE TAN SOLO UN PRECURSOR de los «ismos» del arte moderno. Pero estos remates de las torres del Templo Expiatorio dan pábulo a esta creencia. No en vano su época es la del «Art Nouveaux».

ESTA FOTOGRAFIA DEBERIA VERSE EN COLORES, ESTAS CAPRICHOSAS FORMAS DE EXTRAordinario color enlazándose con la naturaleza, son la antesala del maravilloso Parque Guell de Barcelona. En alguna fachada que aparece en esta página Gaudi ha modelado algo impresionante y profundo.



LA FACHADA DE LA CASA MILA EN EL PASEO DE GRACIA, DE BARCELONA, es una de las obras cumbres de Gaudi y de la Arquitectura de todos los tiempos. El genio se desborda, aunque contenido siempre y como guiado por mano sobrenatural.



ALBA DE AMÉRICA

LA GESTA DEL DESCUBRIMIENTO EN UNA SUPERPRODUCCION





AMPARO RIVELLES Y JOSE SUAREZ, QUE INTERPRETAN CON GRAN ACIERTO A LOS REYES CATOLICOS.



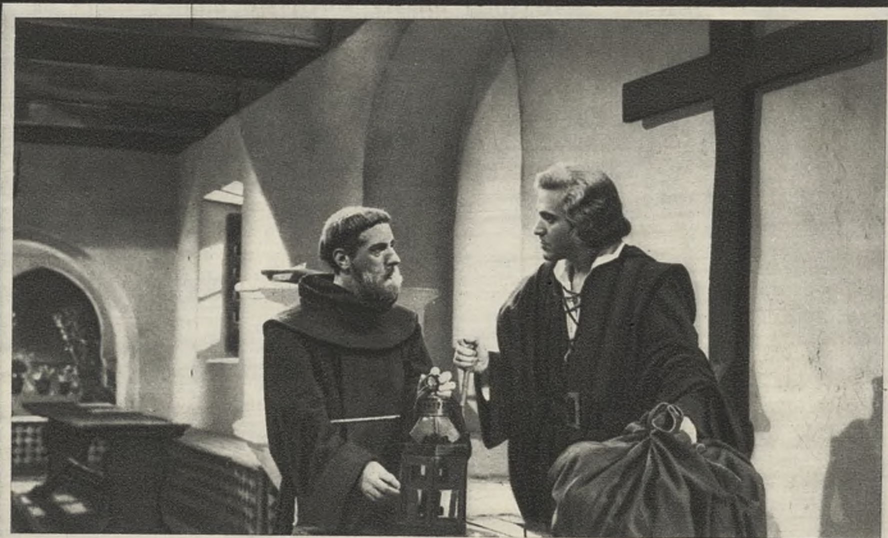
AMPARO RIVELLES (REINA ISABEL) Y JOSE SUAREZ (REY FERNANDO) EN UNA ESCENA REMEMORATIVA.

A España, bajo cuya enseñanza se realiza el suceso más trascendente de la Historia Universal—el Descubrimiento de América—le correspondía también la gloria de realizarlo nuevamente para el cine. Eso es **ALBA DE AMERICA**, que puede ser considerada como una gran fiesta familiar de la Raza hispana. El honor de llevar a la pantalla con toda grandeza la gran verdad de la gesta sublime del Descubrimiento, ha correspondido a la marca **CIFESA**, de tan sólida tradición en el logro de los más grandes éxitos del cine español. La dirección es de Juan de Orduña y la realización de **ALBA DE AMERICA** puede considerarse como el más grande y logrado esfuerzo del cine español por llevar a la pantalla los grandes hechos de nuestra Historia. El Estado español, decidido a que este film refleje la grandeza de la inmortal empresa del Descubrimiento sin faltar interpretaciones y para que queden debidamente fijados los hechos y los caracteres de la hazaña, aporta la tutela oficial, una exacta reproducción de la carabela «Santa María», hecha por técnicos de nuestra Marina de guerra, y la prestación del palio y de la riquísima capa pluvial del Cardenal Mendoza. Encarna la figura de Colón el gran actor Antonio Villar y con él alternan brillantemente Amparo Rivelles, Mery Martín, Virgilio Teixeira, Manuel Luna, Eduardo Fajardo, José Suárez, Jesús Tordesillas y Marco Davó. La dirección fotográfica es del gran operador Alfredo Fraile: los decorados, realmente portentosos, llevan la firma de Sigfredo Burman. **CIFESA PRODUCCION** sabe que ésta es su película de mayor trascendencia y ha puesto en ella el mayor y más justificado entusiasmo.

COLON ES INTERPRETADO POR EL EXCEPCIONAL ACTOR ANTONIO VILLAR.



EL GRAN ACTOR ANTONIO VILLAR (CRISTOBAL COLON) EN UN PLANO.



POEMAS CATALANES

SELECCION DE FERNANDO GUTIERREZ
(ILUSTRACIONES DE RAFOLS CASAMADA.)

Poco espacio para tantos poetas, los que he elegido y los que quedaron para mejor ocasión. En realidad tan nada representados unos como otros, porque un solo poema no es suficiente elemento de juicio. El conjunto no es, pues, ni mucho menos, una antología, sino un grupo de poemas elegidos no del todo al azar, pero que, esto sí, bastan para cumplir su misión de exigir para la poesía catalana, y por parte de aquellos que no la conocen, una justa y respetuosa atención. Conste desde aquí mi agradecimiento a todos los poetas de quienes he utilizado poemas.—F. G.

(N. de la R.—Exigencias de confección han obligado a alterar, en la presentación de estas cinco páginas, el orden de autores que nuestro colaborador F. G. había señalado.)

JOSEP MARIA LOPEZ-PICO
(1886)
BALADA DE LA DONA QUE CANTA EN LA NIT

Si n'és una dona que canta en la nit,
quan canten els galls i dansen estrelles,
i en els camps els grills diuen meravelles...
Si n'és una dona que canta en la nit.

No l'he vista mai; i canta que canta.
Es ella qui encén la claror que lluu
en la fosca nit?... No ho sap pas ningú...
No l'he vista mai; i canta que canta.

Si n'és una dona que canta en la nit.
La cançó que canta bé l'hem prou sentida;
talment si tot d'una se'ns fes cant la vida.
Si n'és una dona que canta en la nit.

No l'he vista mai; canta que canta.
Els vianants pensen: «Deu ser a casa el cant;
cançó de la mare que adorm nostre infant...»
No l'he vista mai; i canta que canta.

Si n'és una dona que canta en la nit;
jovencell en somnis pensa: amor vigila;
cançó de l'amor filadora fila...
Si n'és una dona que canta en la nit.

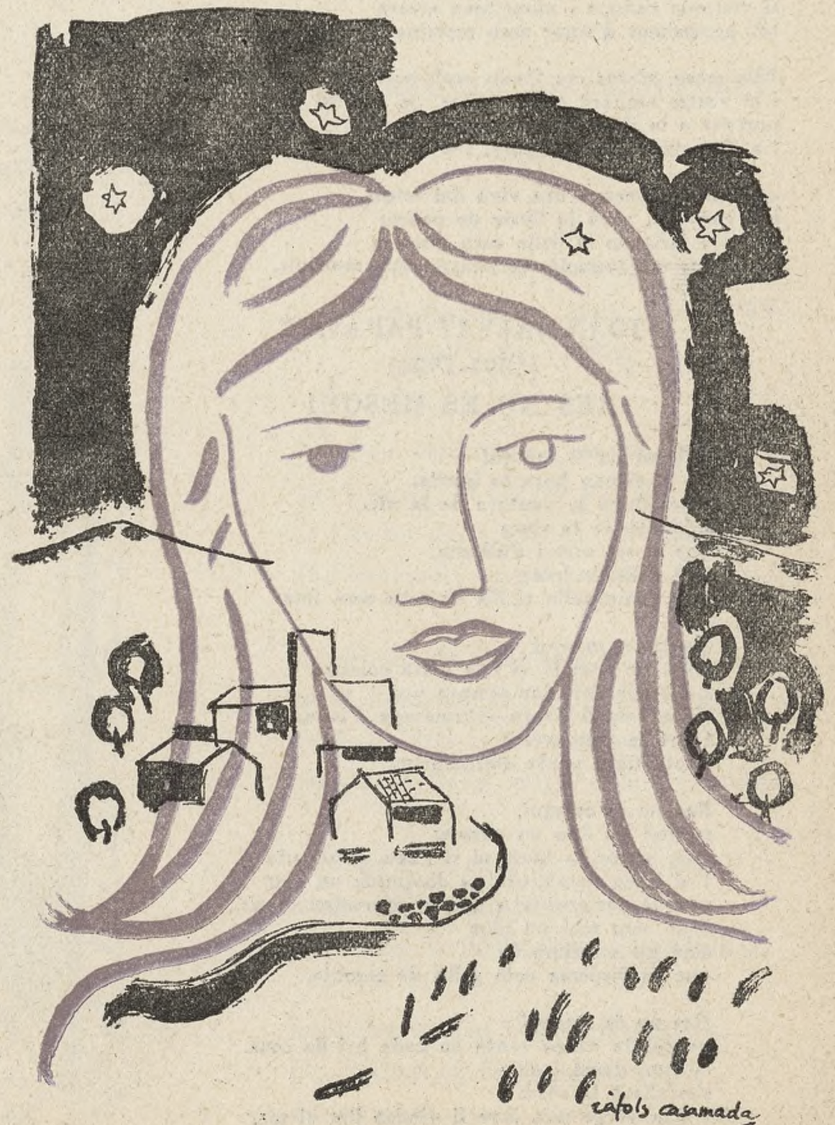
No l'he vista mai; i canta que canta.
En la nit batega un llum com un cor;
cançó, cançoneta, cada nota és d'or...
No l'he vista mai; i canta que canta.

Si n'és una dona que canta en la nit;
cançó que en la nit ens fa companyia;
dona que la cantes, si jo et coneixia...
Si n'és una dona que canta en la nit.

No l'he vista mai; i canta que canta.
La té cada poble i és de cada nit...
Si n'és una dona que canta en la nit...
No l'he vista mai; i canta que canta.

JOAQUIM FOLGUERA
(1893-1919)
VOLUPTUOSITAT DE LA MORT

Ara, Senyor, sento les bufarades
de la Mort que m'envolta sense prende'm.
Dins la penombra ja he perdut el límit
del món, i el fi contacte de les coses.
A cada embat jo sento que em despulla
d'un rastre humà, i en mon pudor es gosa,
lassa, ajaient-se prop de mi, i mirant-me
amb un esguard que és una alè molt pura.
Gràcil s'aixeca i altra volta gira
fins a confondre mon alè dins l'aire
càlid del gran calor que ella irradia,
mai abraçant-me, mes duent-se'n sempre
una penyora de ma vida, que ara
és feble i pura fins l'instant que sia
nua i eterna sota el bés dolcíssim
de la Mort que m'haurà tot en sos braços.





CARLES RIBA
(1893)
ULLS MEUS, ULLS QUE VIVIU...

Ulls meus, ulls que viviu goluts damunt mon rostre;
per vosaltres la imatge d'Ella, dolça a servar,
és davallada al cor, i llum tan pia hi fa
que ja no hi val l'or d'aquest sol que és glória vostra.

Com la carnal recança del goig que amb l'hora fuig
a la bella carn d'Ella us té oberts encara,
si veure-la caduca i afonedissa amara
tot pensament d'amor amb metzina d'enuig?

Ulls meus, closos em fóssiu amb porta de tenebra,
i el vostre esguard girat endins, de cara al cor,
portant a la fidel imatge que no mor,
i a l'adoració que l'estreny, i a la febre,

aquesta coneixença tan viva del sentit,
tan corporal, peró ja lliure de paüra:
la mort faria de la bella carn pastura
sense que em tremolés la imatge dins mon pit.

JOAN SALVAT-PAPASEIT
(1894-1924)
RES NO ES MESQÙI

Res no és mesquí
ni cap hora és isarda,
ni és fosca la ventura de la nit.
I la rosada és clara
que el sol surt i s'ullpren
i té delit de bany
que s'emmiralla el llit de tota cosa feta.

Res no és mesquí
i tot ric com el vi i la galta colrada.
I l'onada del mar sempre riu,
Primavera d'hivern—Primavera d'istiu.
I tot és Primavera:
i tota fulla verda eternament.

Res no és mesquí,
perquè els dies no passen;
i no arriba la mort ni si l'heu demanada.
I si l'heu demanada us dissimula un clot
perquè per tornar a néixer necessiteu morir.
I no som mai un plor
sinó un somriure fi
que es dispersa com grills de taronja.

Res no és mesquí
perquè la cançó canta en cada bri de cosa.
—Avui demà i ahir
s'esfullarà la rosa:
i a la verge més jove li vindrà llet al pit.

AGUSTI ESCLASANS
(1895)
RITMES

Miseria, nodrissa cruel dels meus dies! Les hores
retornen, nimbades d'argolles de foc, fadigades
de negres cadenes, feixugues de son... Pit endintre
s'escola l'ardor d'un silenci de llàgrimes mudes.
Oh ràbia, vilesa dels homes! Presons il·lusòries
són belles quan plora l'enuig impotent com un fràgil
sanglot de les aigües de calc dins les coves profundes
del temps i de l'odi. Talment com insectes de fòsfor
s'esmunyen imatges, idees, paraules, aranyes
de tots els colors... Oh misèria, madrastra maligna!

TOMAS GARCES
(1901)
BALADA

He fugit, amunt, amunt,
amb la meva enamorada.
Quan la mort vindrà trucar
el silenci li dirà:
«Ja són fora.»

Alçarà, vençuda, els ulls
cap a la muntanya esquerpa.
Un mantell de sol ponent
teixirà, de roig ardent,
per nosaltres.

Ah!, ningú no sabrà dir
quina espluga ens arrecera.
Farem un amagatall
amb els arbres de la vall
i les ombres.

Enllaçats caminarem
en els marges d'herba blana.
Sota un cel ben esbandit
naixeran al primer crit
tendres ecos.

I si un dia ve la mort
a trucar a la casa buida,
del recó polsós estant
veus alegres li diràn:
«Ja són fora.»

CLEMENTINA ARDERIU
(1893)
ELEGIA

M'has precedit, germana.
Aquella pau obaga
on el silenci guanya,
ja no és la teva pau.

No et ploraré, que fóra
per un portal de llàgrimes
foragitar la tèbia
mercé del teu record.

M'estimo més tenir-te
com si avinent encara
em fossis, i la casa
mirallegés de tu.

Darrera de la porta
ton gest espero veure,
i aquella veu que em manca
cridar al meu nom vivent.

M'has precedit, fins ara
mai cap difunt m'havia
parlat al cos i a l'ánima
amb un parlar tan dolç.

No em deixis desesmada,
sinó com restaria
aquell que aprén de sobte
quin és el gran combat,
i espera el torn alerta.

No temo: confiada,
com, mentre el fill naixia
profund i palpitant,
tota em donava, antiga
com la primera dona,
pero sabent que duia
dolor l'infantament,
i que le mort espia
vora del bres, avara.

M'has precedit, germana,
peró no et dic adéu.



MARIUS TORRES
(1910-1942)
PARAULES DE LA MORT

Tu, jove moribund, que ara m'has dit Amarga,
amargs són els teus llavis per comprendre el meu gust!
Si em trobessis al fons d'una vida més llarga,
quan em diries Dolça també fóres injust.

El meu sabor és fet de milions de vides
que ha apagat el meu bes, obscur en la fredor:
astres, ánimes, déus. I ara que ets tu que em crides,
seré un instant amarga de la teva amargor...

Gran ocell de silenci, indiferent i muda
germana de la Nit, sobre la carn vençuda
el meu vol és profund i pàl.lid, però breu.

Calmo, amb dits de repòs, la seva última alarma;
però, més que l'angúnia, m'allunya d'aturar-me
la llum d'alba de l'àgel que ve darrera meu.





SALVADOR ESPRIU
(1913)
ARBRE

Jo et vaig somniar majestat invisible
que plana per la faç de cada cosa.
Arrelat en dolor de la cendra
—un home només—, et portava, sepulcre,
pare mort, dintre meu, en silenci.

I et cridava amb paraules de vent
d'antics mil.lenaris, que encenen la ira.
No has respost mai al clam -i em deixaves
en temença de nit, foc secret, alta flama,
arbre Déu en la nit.

BARTOMEU ROSELLO-PORCEL
(1913-1937)

A UNA DAMA QUE ES PENTINA-
VA DARRERA UNA REIXA EN
TEMPS DE VICENÇ GARCIA

Amor, senyor de l'ampla monarquia
que publica el clavell i el foc proclama
en l'ardor de la galta i en la flama
de l'exaltació que l'aire cria,

els cabells de finíssima atzabeja
en el combat del vori que pentina
perú de lliris i de llunes mina,
ornament de les neus, dels ors enveja,

treu de la reixa, i que la saborosa
feina del bes, batalla graciosa
del córrer d'unes cames despullades,

deixi les verdes herbes alterades...
Oh desmai en les tiges onejants
de marbres, ceres, roses batejants!

JOAN VINYOLI
(1914)
A UN RETRAT DE NOIA

No arribarà mai un respir
de tu a la vida:
gest inmutable, veu
que no es desvetlla de la boca,
no torbada blancor, silenci
que no es canvia per un cant.

Però crida aquesta mudesa
profundament cap a una terra
on tremoles, oh tell florit,
on les mans agafen, i els ulls,
i el teu gest, oblidant-se, ordena.





J. V. FOIX

(1894)

INUTIL DALER

FLAGEL.laria vostra faç marcida,
Folles bacants.
La vostra veste negra,
Els vels de tenebra que us llencen les ombres,
La vostra veu, morta sota molses mortes,
Els braços estirats mostrant el llit dels rius...

No abastareu la flor dels estels, inflexible!

Tants de capitells damunt la riba fràgil
A la naixor de cada alba nocturna
Han fet la meva vida inerta.
No temeu, doncs, un sé impudents;
La meva ira es fal.laciosa
I els carbons del desig m'han mutilat els peus.
A l'ombra de les ombres, vindrà un dia
Que, daler inmortal, el pol.len de mos llavis
Ofegarà la sal de vostres carns.
Enormes, els foscos bocois celestes
Ompliran els espais amb llur tuf de caverna
I aturaran, per sempre,
les meves mans inútilment obertes.

JOAN OLIVER (1899)
(PERE QUART)

De «Les decapitacions»

Un médico y bienhechor francés llamado Guillotin (véase) *fué el inventor de tal artefacto.*
De *«l'Eciclopedia Espasa.*

POBRISSÓ, què et resta?
Alzina't vers la llum i mira rera teu:
amaràs la teva ombra sempre pulcra,
íntegra, inviolada com una negra neu.
Ombra única del cos i de la testa.
La sorra de tes hores, encara
prou gruixuda, no s'arremolina.
Però comença a davallar la lluna
minvant, pausada guillotina.
Dolç i sobtat traspàs!
—hom diu. I el que t'espera
—hom diu—no és pas
la mort, la mort darrera.
Hom diu.
—Demanes confessió? o quin pòstum anhel
exposes? —Uxxyzzrru... —Com?
—Gran senyor, volia dues coses
però m'anono que no tenen nom
sinó en el vostre cel.
Ai, que el paper de vidre...
Ai, ai, que el lubricant...
Neu, sorra, lluna, foll desig.
—Guillotina llampant,
així te les haguessis amb la Hidra!

JOSEP JANES

(1913)

Sonet a Ester, enviant-li una versió del «Càntic dels Càntics», des de la presó.

LA meva veu ve per camins d'amor
al transparent país de ta mirada
i de tes mans, des d'un indret d'enyor.
on la paraula meva ha estat velada

pels meus sospirs. Aquell amat que fou
jonc olorós i ram de mirra, bàlsam
vessat son nom, et parla a tu que ets pou
d'aigües del Líban, sempre vives. Alça'm

damunt son gest i lliura el ric tresor
de ses paraules a ma veu, que el glaç
del mot immòbil prengui flama i vida.

Com un segell posa'm, damunt ton cor,
com un senyal posa'm damunt ton braç.
Damunt la mort, l'amor treurà florida.



JOSEP PALAU FABRE

(1917)

LA MORT

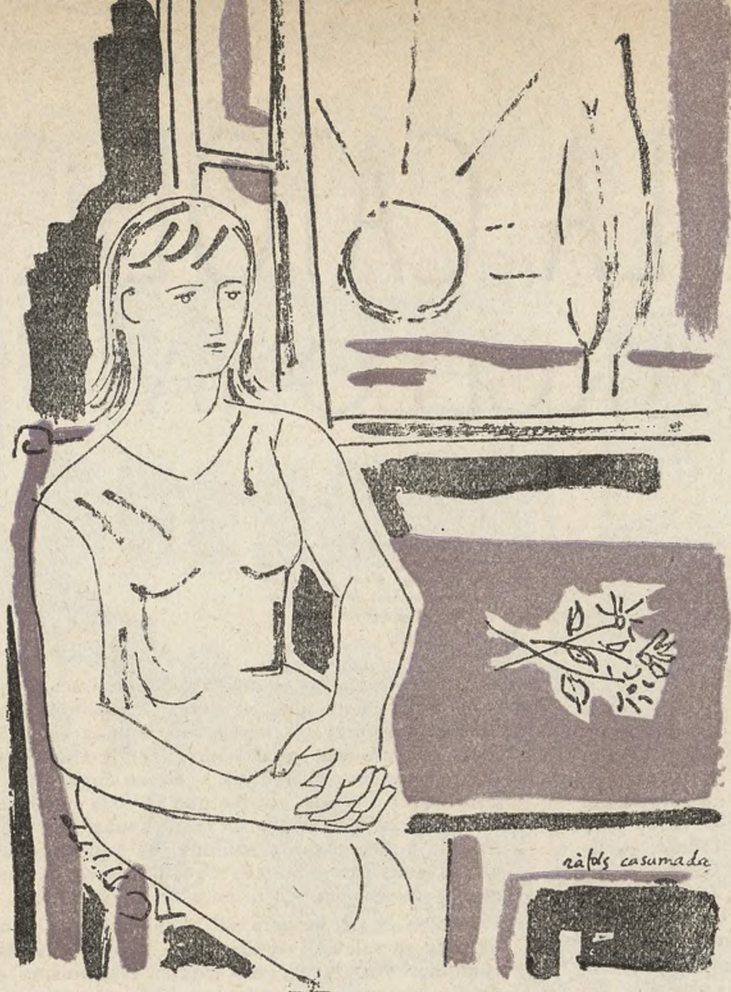
ENS hem anat trobant tantes vegades
que no ens ha de sorprendre a cap dels dos
aquest darrer intercanvi de mirades
en un espai de temps misteriós.

Ella, assaborint les intricades
cavernes del meu ésser rogallós,
i jo perdut, amb les arrels alçades,
vers un temps de l'espai sense colors.

Ella amb destresa tota femenina,
em mostrarà, plena de llum, la sina
on hauré de reprendre el son letal.

I amb la pupil.la encesa i dilatada,
de ben aprop, i sense fer-me mal,
m'enfilarà sencer per la mirada.





JOAN PERUCHO
(1920)
IMPERI D'UNA LLAGRIMA

Un somriure no arrela en un desert amarg.
abandoneu les hores allunyades
o l'esguard vagabund
sota la cendra gris dels amors que moriren,
com una boca sangnant a una altra boca,
com els rostres a llurs destins,
com una vida a una altre vida.

Vers un cel innocent,
vora les mans nocturnament germanes,
l'alba creix i suporta els robins de la sang,
no la trista, sorda esperança.
Deixeu, doncs, a les ombres llur seguici,
llur tèrbola mesura
i hostatgeu el record en una llàgrima.

JOSEP MARIA DE SAGARRA
(1894)
RECORD DE SOLSONA

Fa una lluna clara i una nit serena.
jo m'estic a la plaça de Sant Joan;
damunt les finestres cau la lluna plena,
cau damunt la pica que la fa brillant.

Aquesta plaça es tota recollida,
tan aquietadora i tan suau,
que sembla un replanet d'una altra vida
on s'anés a abeurar-hi un glop de pau.

Jo no sé pas per què jo aquí voldria
estar-hi llarga estona quietament,
amb una noia sols per companyia
sens besar-la ni dir-li cap lament.

Veure el tresor que d'aquí estant s'obira
sense esflorar-le el seu cabell gentil,
sols sentir-la a la vora com respira...
I respirar aquest aire tan tranquil.

JOAN TEIXIDOR
(1913)
ELS JOVES

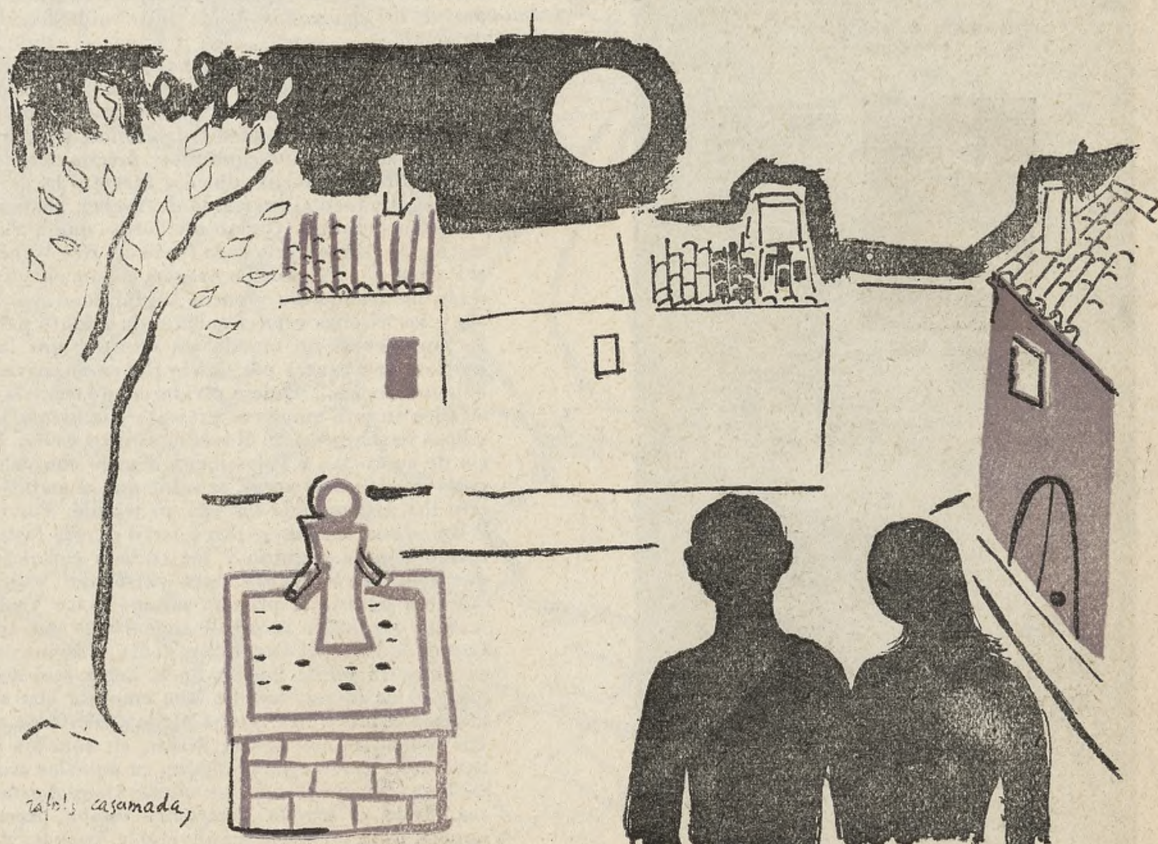
Somreien a l'esperança els perfects, els intactes.
Ignoraven que la mort també fou creada per a ells.
Quan enramà l'enfiladissa del jardins ses hores,
en tot habier pensat: en l'amor fresc i tendre
de les dones, el cel llunyà i els ocelles del capvespre,
l'afany de la nit, la llum taciturna del geni,
els fills com un llevat dels anys, l'aigua que s'empeny
sense rescloses, lliscant sobre pedres i molsa.

En tot havien pensat, menys en aquest trepig de la sang
en els camps desolats que vanament omplia
l'espetec de les armes; tot, menys aquest mirar al cel
amb les ninetes buides. Això era nou per a ells.
Però compliren sense recel, com aquell qui paga
comptes oblidats del pare, per l'honor del nom;
allò que no era d'ells i que, potser, volien rompre,
sobtadament va dominar-los, com un llevant arravatat,
molt més fort que l'enfiladissa dels jardins,
que l'aigua i que les roses; potser perquè era estrany
i gran, impalpable, i es nodria d'un august silenci,
del camí de la sang també sense rescloses.

MARIA MANENT
(1898)
L'OMBRA

Tristesa perfumada, rossinyol de la nit:
amb sospirs al meu son vas fent una corona.
El coixí feia olor de taronger florit,
oh, rossinyol, colgat d'estrelles i d'aromes!

Però, si em desvetllava, he vist que era de neu
el jardí, i aquella Ombra hi venia, daurada:
i es glaçava un somriure entre sa boca lleu,
com l'aigua de la nit dins una rosa amarga.



NUESTROS COLABORADORES



Ampurdanés nacido en 1927, Juan Gich fué crítico de arte en las revistas «Estilo», «Cuadrante» y «Alférez» y actualmente es bibliotecario de un Colegio Mayor Universitario y director del Salón de Exposiciones «Abril», de Madrid. Universitario en Barcelona (Filosofía y Letras) y en Madrid (Ciencias Económicas), a esta dualidad, o mejor fusión, corresponde su artículo de la página Madrid-Barcelona, Barcelona-Madrid en MVNDO HISPANICO.



Nacido en 1898, en la guerra de Cuba, en Barcelona, Valentín Castanys, hoy caricaturista de «El Correo Catalán», hizo su primera exposición con otra guerra: en 1917. Castanys es humorista siempre: en dibujos, artículos y charlas, ha celebrado unas cincuenta exposiciones, colaboró y colabora en la mayoría de las publicaciones catalanas, y en la «radio» ha creado, entre otros personajes, «La familia Sistacs», famosísima ya en Cataluña y fuera de ella.



Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras, Jesús Núñez Hernández ha sido redactor de las revistas «Cuadrante» y «Estilo», puesto que alternó su vocación universitaria con su afición periodística. Nacido en Barcelona en 1926, es actualmente profesor de la Facultad de Derecho de aquella Universidad y alumno numerario de la Escuela Diplomática de Madrid. No abandona sus aficiones literarias y de crítico de arte que sigue cultivando.



José Luis Lasplazas no nos señala su fecha de nacimiento, pero deduzcámosla pensando que él fué de los que llevaron a hombros las porterías. «Pertenezco al siglo pasado, aunque todavía no me lo echan en cara, y practiqué casi todos los deportes mejor que escribo de ellos.» Experto y as en casi todos los deportes en su juventud, hoy es una de las mejores plumas deportivas de España, director de «El Mundo Deportivo» y colabora en otras publicaciones.



Antiguo colaborador de la Prensa barcelonesa, así como de la Enciclopedia Espasa, y hoy redactor cinematográfico de «Destino», José Paláu, a quien las letras le vienen por vocación y cuna, es uno de los primeros críticos españoles en «cine» y música. Ha publicado numerosos libros: «Filosofía y música», «Historia del cine», «La experiencia amorosa del joven Goethe», «Beethoven», «Historia de la ópera», etcétera. Nació en Barcelona en el año 1903.



Alberto Ráfols Casamada exponía en Madrid, con María Girona, cuando se preparaba este número. Barcelonés nacido en 1923, A. R. C. hizo su primera exposición individual en 1947 y concurrió desde un principio al «Salón de Octubre» de su ciudad. En 1950, tras ganar en concurso una beca del Gobierno francés, viaja y pinta en Francia, Bélgica y Holanda. Expuso ha poco en París con un grupo de «Peintres, sculpteurs & graveurs étrangers».

YSABEL LA CATOLICA EN BARCELONA

POR GREGORIO PRIETO

El recuerdo de la figura gigante de Ysabel la Católica, avivado ahora con motivo del quinto centenario de su nacimiento, me impulsó a recorrer los parajes que más frecuentó durante su glorioso reinado. Fruto de este peregrinar es una serie de óleos y dibujos y una breve crónica de mis andanzas a la que corresponde el capítulo que aquí se inserta.

De toda esta ruta por tierras españolas, siguiendo los pasos que en su día dió la Gran Reina, ningún escenario ha cambiado tanto como la inmensa Barcelona. En Madrigal de las Altas Torres, aunque un tanto abatida su fortaleza, podía resucitar ahora mismo Ysabel y seguro que reconocería las fuertes murallas, las humildes casas, su pobre palacio. Otro tanto podría suceder en Segovia, Arévalo, Toledo, Avila, Santa Fe, y no digamos en los Toros de Guisando, que siguen pastando después de quinientos años el mismo silencio impresionante. Pero Barcelona en este tiempo transcurrido ha experimentado tan ambicioso crecimiento, tan cumplida prosperidad, que resulta casi imposible hoy encontrarse en aquel ambiente. Por fortuna, por inmensa fortuna, Barcelona ha sabido conservar con cuidado y amor las piedras de su pasado, que ahora agrupa y vuelve a alzar de nuevo en las cercanías de su gran Catedral. Con sabia previsión Barcelona está consiguiendo uno de los barrios de construcciones auténticas más interesantes que conozco. Los lienzos de las murallas romanas, los palacios señoriales de la Edad Media, los patios abiertos a todos los vientos del Renacimiento con sus luminosas arcadas de piedra, las portadas con blasones de nobles linajes, todo contribuye a crear—a recrear—unos rincones que hubiese sido lamentable haber dejado perder en aras de un exigente progreso tantas veces demoledor. Lo que tiene un interés artístico o histórico va encontrando su lugar en este barrio que nos da una imagen muy acertada de lo que debió ser la Barcelona del tiempo de la Reina Católica.

Barcelona, siempre próspera y floreciente, en verdad que debía ser grata a un espíritu tan hacendoso como era el de Ysabel. Ciudad de mercaderes pero también de poetas que todos los años celebraban fiestas y torneos poéticos en los que los mejores eran coronados de laureles y flores naturales, más valiosas que las de oro. Ciudad donde ahora mismo el rumor de miles de telares mecánicos no impide oir el murmullo de la abeja, ni la canción del aire marino que pasa sus invisibles dedos entre las hojas de los pinos, de las palmas bien plantadas, de los algarrobos, de las vides cuidadas con mimo de amante.

Aunque no es el único, un hecho importantísimo liga a Barcelona con Ysabel: el recibimiento de Colón después de su primer viaje. A Colón pudo recibírsele en cualquier puerto o ciudad del interior; pero quisieron los más altos destinos que fuese precisamente en esta ciudad tibia y risueña, dulce y fuerte a la vez, donde los Reyes viesen al protegido de Ysabel, lleno de gloria de muchedumbres. Quiero olvidarme que a unos kilómetros de este relicario de la Plaza del Rey—que guarda el Palacio de la Corona de Aragón, el llamado «Tinell»—están humeando día y noche las fábricas; que los barcos y los aviones veloces salen cada minuto para todos los rincones de un mundo sin secretos; que las calles ruidosas son cauces por donde fluyen sucesivas riadas de automóviles... Quiero olvidarme de todo lo que me localice en este momento presente e imaginar la maravillosa fiesta que sería el recibimiento a Colón. La noticia de su vuelta a Palos había llegado con veloces correos muchos días antes, se sabía que el audaz aventurero iba atravesando España en triunfo. Por fin llegó a Barcelona; los Reyes dispusieron el más fastuoso ceremonial para recibirlo y fué tratado con deferencias que sólo se reservaban para personajes reales. ¡Qué emoción tendría la primera mirada entre Ysabel y el marino que había recorrido implorando por todas las Cortes de Europa! Con razón podía la Reina sentir en su alma un júbilo limpio: no le había traicionado su instinto de mujer; aquella loca empresa que a tantos había movido a risa estaba al fin patente en aquellos seis indios traídos de sus tierras, en aquellas aves de extraños y coloreados plumajes, en aquellas armas primitivas, en aquellos frutos nunca vistos hasta entonces. Todo el pueblo barcelonés estaba presente en aquella hora de triunfo inolvidable, bosques de mano se alzaban jubilosas agitando el laurel de los héroes, las rosas de la bienvenida, el aletear del saludo. ¡Qué firmamento imprevisto venía con aquella caravana de locos audaces que terminaban su viaje afortunado allí frente a los Reyes, frente a la Reina cuyos ojos azules eran aquel día más alegres que el cielo mediterráneo! La seguridad de Colón y la fe de Ysabel tenían el premio de aquel instante sublime, de aquel redoblar de arrebatadas campanas; de aquella marea de manos y manos encrespadas en la hora del recibimiento.

Mas no es sólo el acto del recibimiento en sí, a pesar de toda su solemne significación. Pudo ser también en cualquier otro lugar, pero fué en esta misma ciudad donde los reyes concretaron las instrucciones para todos cuantos de allí en adelante fuesen a las Indias Occidentales. En sus cláusulas queda bien patente el amor de madre de Ysabel por sus nuevos hijos del otro lado del mar océano. Como una clueca que no desatiende a ninguno de sus polluelos por numerosos que éstos sean, se manifiesta la Reina: «Traten muy bien e amorosamente a los dichos indios, sin que les fagan enojo alguno, procurando que tengan los unos con los otros mucha conversación y familiaridad, haciéndose las mejores obras que ser pueda...» Y en otro párrafo de estas mismas instrucciones queda bien patente el verdadero móvil que animó a Ysabel a sufragar la empresa colombina: «Mandan y encargan que el Almirante trabaje por todas las vías e maneras que pudiere y procure atraer a los naturales a que se conviertan.» «Y si alguno tratase mal a dichos indios, lo castigue mucho.» Párrafo este último donde se advierte el sentido de estricta justicia que guió siempre el espíritu rectilíneo de la Reina.

En Barcelona quedaron concluídas las humanas líneas directrices a las que debía ajustarse el quehacer posterior en las tierras recién descubiertas, el propósito era inmejorable y si he copiado textualmente parte de aquellas palabras ha sido para que no se piense que mis deducciones son producto de una admirativa simpatía. Si luego algunos no quisieron o no supieron cumplir estas normas, ello no resta nada a la gloria de quien tuvo un sentido tan maternal en todos los instantes, un móvil tan alto para la empresa cuyo primer acto acababa en aquella apoteosis popular del recibimiento barcelonés.

Mas como siempre pasa en la vida de los humanos, los más hermosos momentos van seguidos, o precedidos, de los más amargos e inciertos, de los más angustiosos. En aquella Ysabel excepcional también antes de este glorioso trance que levemente queda apuntado, se había producido uno de la más triste zozobra: El intento de regicidio en la persona de su amado esposo Fernando por un pobre perturbado mental. Es en este momento cuando la mujer enamorada que ve en peligro la vida de su compañero de alma y cuerpo escribe una de sus más conmovedoras frases llenas de humanidad y mesura: «No puedo decir ni explicar lo que sufrí»; para continuar después a su antiguo confesor llena de esa auténtica humildad que sólo poseen los verdaderos grandes de alma: «No sé cómo dar las gracias a Dios por tal beneficio; muchas virtudes no serían suficientes para hacerlo. ¿Y qué haré yo que no tengo ninguna?» ¡Que no tenía ninguna! En esta sincera intimidad con su confesor se advierte tal vez con más cegadora luz su perfección espiritual, su incomparable hondura.

Una de las mayores angustias, una también de las mayores alegrías. Este es el balance llevado a su síntesis extrema de lo que Barcelona supone en la vida de aquella mujer que como bien nos retrató el escritor de su época Pedro Mártir era: «...modesta en el vestir, enamorada y celosilla, laboriosa, hacendosa, un tanto latina y en cien trances heroica: sin par en la constancia, honestidad y recato, sin precedente en la historia de las reinas.»

Nada más, ni nada menos.


GREGORIO Prieto

DOS LIBROS IMPORTANTES

PUBLICADOS POR

EDITORIAL JUVENTUD

MARION CRAWFORD
«LAS PRINCESAS ISABEL Y MARGARITA DE INGLATERRA»
(BIOGRAFIA INTIMA)



La autora de este libro ha sido durante diecisiete años institutriz de las princesas Elizabeth y Margaret Rose, y nos brinda una biografía sincera, vívida, deliciosamente humana. Con sagaz visión pinta el contraste entre sus dos discípulas: Isabel reveló precozmente un hondo sentido de la responsabilidad, mientras que Margarita, con su brillante carácter, planteó más de una vez problemas educativos a su institutriz y a la real familia.

Los dramáticos acontecimientos que han agitado el mundo en estos últimos años se reflejan en las Memorias de Miss Crawford y ponen una sombría nota en esta historia idílica y sencilla. Pero el libro recoge también sabrosas anécdotas de la vida en palacio, referidas con respetuoso humorismo; la autora no ha querido que la pompa del ambiente, que los lacayos y el oro falseen la íntima realidad de sus personajes.

UN VOLUMEN DE 256 PAGINAS, ILUSTRADO CON 34 FOTOGRAFIAS Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADO EN TELA.—70 Ptas.

MANFRED CURRY
«REGATAS DE YATES»
(AERODINAMICA DE LAS VELAS)

El Dr. Curry, creador del aparejo Marconi, foque genovés, balón, globo, etc., es, indudablemente, el mejor experto del mundo en la teoría de la navegación a vela, y sus múltiples experimentos con diversos tipos de foque y de velas por él diseñados—experimentos realizados tanto en el túnel de viento como navegando—lo convierten en el autor de máxima autoridad en el tema de la aerodinámica de las velas.

En su calidad de norteamericano que ha residido largos años en Europa, es conocidísimo a ambos lados del Atlántico como maestro en la táctica de regatas y como patrón de suprema habilidad.

El aspecto teórico del diseño de los yates, las leyes físicas que rigen la presión del viento que impele a los barcos de regatas, así como la evolución en la forma del casco, se estudian por primera vez en España en este libro.

Las tácticas de regatas se presentan en su forma más completa y científica, pero de modo práctico e interesante y con abundantes ilustraciones.



UN TOMO DE 312 PAGINAS, IMPRESO EN PAPEL COUCHE, CON MAS DE 200 DIBUJOS Y FOTOGRAFIAS, LUJOSAMENTE ENCUADERNADO.—190 ptas.



LAS CANDILEJAS DE 1591 SIGUEN ENCENDIDAS EN 1951

POR ANDRES A. ARTIS

Por lo que al teatro se refiere, no es exagerado afirmar que España es bicéfala. Si Madrid ofrécese como el crisol donde funden ilusiones y proyectos, Barcelona ejerce, de tiempo inmemorial, el papel de palenque, de terreno abonado para las más óptimas cosechas. Cataluña posee un teatro autóctono, expresado en la lengua de los nativos y que en sus mejores momentos—Guimerá, Rusiñol—, al cobrar universalidad, se ha proyectado con fuerza en el ámbito español. Pero prescindiendo, incluso, de este aspecto, a Cataluña, concretamente a su capital, se le reconoce en los medios teatrales madrileños valor excepcional. En el teatro español, el triunfo no es completo si el marchamo de Madrid no lleva acuñado en su reverso el visto bueno del público barcelonés, cuyas exigencia crítica y fina sensibilidad se han hecho tópicas.

El sentimiento teatral, en Cataluña, descansa sobre una ancha base popular. Esparcidas por la región, innumerables agrupaciones de aficionados rinden culto al teatro, representando periódicamente toda suerte de comedias. Estas funciones logran a veces singular categoría, como en el caso del drama sacro *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, representado tradicionalmente por Cuaresma en los pueblos contiguos a Montserrat, la montaña santa. Todo el vecindario participa en esta representación, y la emoción y el arte brotan de una ingenua y tosca poesía. La cantera de la



afición escénica catalana ha dado al teatro español intérpretes geniales de talla mundial. Para no hacer incursiones en la Historia, siempre engorrosas, nos limitaremos a nombrar a dos valores actuales, a Margarita Xirgu y Enrique Borrás, surgidos a la palestra de los teatros vernáculos, pero cuyo aliento les hizo escalar prontamente las cimas del teatro español.

Esta vigorosa afición teatral catalana adquiere, al remansar en la capital, arabescos singulares. El teatro, fuerte de esta solera, diríase que en Barcelona se hace conservador, no en el sentido de sentirse medroso, sino en el de defender los valores sustanciales ante el flujo y reflujo de la moda. Así vemos cómo en Barcelona funciona el único teatro de ópera español, el Liceo, cuya fama mundial nos ahorra precisiones. El centenario teatro del Liceo ha sido, en España, la puerta abierta a toda novedad—¿aceptar y digerir de buen grado las novedades, no es acaso la mejor conjugación del verbo conservar?—teatral y filarmónica. Por el Liceo entraron en España Mozart y Wágner, Strawinsky y los Bailes Rusos. En el Liceo han tenido lugar las más enconadas batallas en torno a las eminencias mundiales del *bel canto*. En el Liceo se combinan sabiamente el espectáculo del escenario y el buen tono de la sala. El teatro adquiere visos de rito y de acontecimiento social.

El renacimiento catalán, poderoso y creciente oleaje espiritual avivado a mediados del siglo XIX, se manifestó teatralmente y de buenas a primeras con comedias de tipo casero y en truculentos dramas históricos, amasados por un poeta popular doblado de comediógrafo habilísimo, Federico Soler, más conocido por *Pitarra*. Pero sus herederos, soldados de un romanticismo retardado, sintieron ya la comezón de las brumas y las ideas nórdicas, y con Ibsen, con Strindberg, con Hauptmann, aportaron al joven teatro catalán la inquietud, la profundidad de que hasta entonces carecía. En la primera mitad de la presente centuria, domina el panorama escénico local la figura de Adrián Gual, autor, *meteur en scene*, actor, pintor, cuyo *Teatro Intimo* se inscribe perfectamente en la constelación de Teatros de Arte aparecidos en las grandes capitales europeas. La obra y el apostolado de Gual periclitan con su tiempo. Sin embargo, su herencia espiritual ha sido visible durante muchos años en Barcelona. Maeterlinck, Pirandello, O'Neill, Vildrac y otros representativos dramaturgos extranjeros irrumpen en el teatro español por la puerta de Barcelona y hablando en catalán.

Modernamente, una mayor facilidad de intercambio y relación ha unificado en cierto modo el teatro en Madrid y en Barcelona. Se acabaron las compañías castellanas titulares de los teatros barceloneses corrientes treinta años atrás. El teatro catalán, por el momento, se encuentra falto de autores y de actores con arraigo popular. Su bandera sólo tremola en manos del poeta José M. de Sagarra. También fruto de la inquietud del tiempo, todos los días nacen y mueren grupos de «teatro de cámara», que si en determinadas ocasiones acuden al venero clásico español—Lope, Calderón—las más de las veces prestan oídos a las sirenas exóticas y eligen sus realizaciones entre los éxitos de París o Nueva York.

Barcelona, ciudad cosmopolita, alberga todas las facetas del teatro, ampara a las más encontradas. La zarzuela, tan castizamente española, antes de sumirse en su hodierno período de decadencia, tuvo en el Paralelo barcelonés (avenida popular constelada de locales de diversión) su más obstinada trinchera. Ahora, derivados hacia otro cauce los gustos del gran público, la revista espectacular, mezcla de *music-hall* y de opereta, domina en los escenarios de aquella barriada y hace frecuentes incursiones en el centro de la ciudad. En Barcelona, paradójicamente, ha levantado también su vuelo ese género vulgarmente llamado *folklore*, que no es sino la escenificación de canciones y danzas andaluzas.

Ocurre que el demonio del teatro, el diablillo que en 1597 encendió las candilejas del teatro Principal barcelonés, decano de los coliseos españoles, no desarma. Con aceite, con gas, con electricidad, las candilejas siguen ardiendo. Cuentan con el alimento permanente de la afición al teatro, tan profundamente enraizada en el espíritu catalán.

(ILUSTRACIONES DE GASPAR GRACIAN)

DEL "SUIZO" A LA "OSA MENOR"

LA VIDA LITERARIA EN BARCELONA



EL JURADO DEL PREMIO DE POESÍA CATALANA DE LA «OSA MENOR». DE IZQUIERDA A DERECHA: JOSÉ MARÍA PEDREIRA, SALVADOR ESPÍN, JUAN TEIXIDOR, JOSÉ MARÍA BOFÍN Y FERRO, MARIANO MANÉN, JOSÉ MARÍA JONES, JOSÉ MARÍA DE SEGARRA Y TOMÁS GARCÉS.

POR

NESTOR LUJAN

(ILUSTRACIONES DE LUIS MORATO)

PARA el observador externo bien breve es la vida literaria de Barcelona. Los grandes escritores que viven en nuestra ciudad laboran en silencio y no tienen ni peñas, ni tertulias donde reunirse. Ni a José María de Sagarra, ni a José Pla, hombres de vida social e intelectual intensa, se les ve por parte alguna, y como a ellos a Carlos Riba, Carlos Soldevila y a todos los escritores que ya sea en lengua catalana, ya sea en castellano residen en la ciudad. La dureza y el rigor de la vida intelectual los mantiene atados al duro y glacial blanquísimo papel. La bohemia ha desaparecido, los cafés literarios no existen, las tertulias del viejo Ateneo—el antiguo Palacio Parellada hoy en reformas—se desvanecieron. La vida externa del escritor, la gracia o la extravagancia, la genialidad o simplemente la insolencia que le daban contorno y figura se esfumaron.

Ante el tema de las tertulias y de los viejos cafés literarios, los periodistas españoles construyen temporalmente unos artículos elegíacos y tristones de los cuales es maestro, con una afectada y madura voluptuosidad, César González Ruano. Es éste uno de sus temas más socorridos del periodismo español; apenas falla un asunto o el ambiente anda escaso de noticias, surge el necrólogo de café y construye el lírico epitafio al café de turno que se cierra. Porque de un tiempo acá se van cerrando paulatinamente, siendo sustituídos por granjas y bares, así en Barcelona como en Madrid, todos los cafés tradicionales y se va disolviendo toda la vida ociosa, pero deliciosa, de la tertulia. En cuanto a la despreocupada vida bohemia, las sucesivas inflaciones de nuestro siglo le han dado un golpe de muerte; hoy el escritor es un hombre agobiado de trabajo, con una organización casi comercial de su talento. Y hemos de confesarnos que este sistema de vida debe de ser forzosamente peor que la antigua y fabulosa vida de bohemia, pues hasta hoy, a más organización, voluntad y trabajo, peor es la literatura. El descenso es visible y alarmante.

En Madrid, sin embargo, los cenáculos intelectuales y las tertulias literarias se defienden denodadamente de su industrialización. En Barcelona la época de la vida literaria de escaparate ha pasado a la historia, a una historia divertida, pero que ya vemos remota.

La gran época de las tertulias en Barcelona fué a finales del siglo pasado y principios de éste. En estos años en que Barcelona pasó de doscientos mil habitantes a más de un millón, gracias al crecimiento del industrialismo, el dinero corría alegremente, la vida era fácil. La cocina era, en los restaurantes, de exquisita calidad. El café, riquísimo; el tabaco, excelente: los licores, de primer orden. Con todo ello, las tertulias se dilataban hasta el infinito entre las personas ociosas y con imaginación. Fué la gran época de la cocina francesa de los restaurantes *Continental*, *Suizo*, *Martín* y otros, de los que queda una perfumada memoria. En



EL JURADO DEL PREMIO BOSCÁN DE POESÍA. DE IZQUIERDA A DERECHA: ALFREDO COSTAFREDA, NÉSTOR LUJÁN, JOSÉ MARÍA CASTRO CALVO, ANTONIO VILANOVA Y ALBERTO OLIVAR.

ellos se tejió una vida amable, despreocupada y morosa en la que se podía practicar la bohemia y la literatura por precios verdaderamente irrisorios y que ha quedado indeleblemente en las crónicas de la ciudad.

Siglo adelante esto fué desapareciendo y terminada nuestra guerra civil este maravilloso residuo décimonónico de la vida intelectual ha pasado, como hemos dicho, a la historia. En la década de 1940 a 1950 hemos asistido a la muerte de las últimas tertulias conocidas. En el restaurante *Suizo*, decano de los restaurantes barceloneses, se reunió, hasta que cerró hace un par de años, por no poder soportar la carestía de la vida, la peña de escritores castellanos que dirige Luys Santamarina y a la que asistían Manuel Vela Jiménez, José María Junoy, Luis de Caralt, el pintor Pedro Pruna, Luis Manzano, Martín de Riquer, Xavier de Salas, etc... En el café de la Rambla, que también ha debido cerrar, en estos años tan trágicos para los viejos e inolvidables cafés, se reunió hasta última hora una tertulia de autores teatrales, encabezados por Regás —que es hijo del dueño del café—Luis Elías, C. Martí Farreras, Sebastián Gasch—crítico cinematrográfico—Ferrer y Fontanals, etc... En el bar *Clásico* nos reuníamos, hasta que también se cerró, desperdigando nuestro grupo, los redactores y amigos de *Destino*, a la hora del aperitivo por la mañana, Ignacio Agustí, director de la revista, Juan Ramón Masoliver, Juan Teixidor, Alvaro Ruibal, Angel Zúñiga, José Vergés, Xavier Montsalvatge, los pintores Pruna, Serra, Prim y Serrano, el escritor José Pla, en las contadas veces que llegaba a Barcelona, desde su casa de campo. En cuanto a los pintores tienen o tenían su núcleo principal en el café de la *Campana de San Gervasio*, un barrio excéntrico de la ciudad, lleno de limonares y acacias; en este café se reunía el núcleo de pintores formado por Francisco Domingo, Manuel Humbert, Pierrette Gargallo, Olga Sacharoff, Rogent, Montserrat Fargas, M. Amat, José Mompou, el escultor Llauradó, etc. En cuanto a los músicos jóvenes se reúnen bajo los auspicios del *Institut Français* en diferentes cafés. Forman este grupo Federico Mompou, Xavier Montsalvatge, Surinyach-Wrokona, Manuel Valls, Comellas, José María Pascual, Blancafort, etcetera, con el venerable título común de *Círculo Manuel de Falla*. Ultimamente, el grupo de escritores—la mayoría de ellos no barceloneses—que en el periódico *Solidaridad Nacional* dirige Luys Santamarina, ha animado un cénaculo literario, *El Trascacho*, por el cual han pasado las principales figuras intelectuales españolas en visita a Barcelona.

Y, sin embargo, la vida literaria de la ciudad no ha muerto. Hoy se edita más que nunca y se vende más de lo que nunca se vendió. Editoriales e instituciones han creado premios de importancia para toda clase de actividades literarias, y en este sentido el escritor tiene una ayuda evidente, y su labor silenciosa, casi de oficinista, posee un gran aliciente con estos galardones literarios. La circunstancia tan honrosa como fatigante de ser jurado de cuatro de los premios principales que se dan en Barcelona—Nadal, el Premio del Ayuntamiento, el de poesía Juan Boscán y el de Novela policíaca que se concederá por primera vez en breve—me autoriza, creo yo, para conocer este aspecto de la vida cultural barcelonesa. Y he de señalar, ante todo, que la mayoría de estos Jurados se rigen con una estricta objetividad, bien conocida, por otra parte, de los escritores españoles; en este sentido se ha hecho un laudable esfuerzo para evitar la influencia de la amistad y en la mayoría de casos si ha habido errores han sido de apreciación más que de ética profesional.

Quizá el premio literario más antiguo es el que *Editorial Destino* instituyó en 1944 para honrar la memoria del que fué redactor-jefe de la revista de este mismo nombre: nos referimos a la noble, juvenil e inolvidable personalidad de Eugenio Nadal. El Premio Nadal que este año concederemos por octava vez, tuvo un éxito inicial extraordinario, que fué la novela *Nada*, de Carmen Laforet. Aquel año se presentaron veintidós novelas. El año pasado debimos considerar no menos de ciento cuarenta. El Jurado del Premio Nadal es quizá el jurado más homogéneo en cuanto a edad y pertenece a la misma generación literaria. El mayor es Sebastián Juan Arbó, con cuarenta y ocho años, y el menor soy yo mismo, con veintinueve. Pero esta generación, que cabalga de los treinta a los cuarenta, tiene quizá una saludable espontaneidad y a la vez una obsesión de puritanismo, y dentro de infinitos matices una misma mentalidad cultural. En este sentido, la aparición de este Premio ha sido beneficiosa para el porvenir de la novela española.

Si el Premio Nadal es el más homogéneo, el más heterogéneo y ambicioso es, evidentemente, el Premio de Primera Novela, que ha instituído el fecundo editor José Janés. Participan en él primeras novelas, ya publicadas, ya inéditas, de diversos países, y en la formación de su jurado se ha atendido más al alto prestigio de sus componentes que a una afirmación de generación o de una unidad mental o tan sólo nacional. Así, pues, el último jurado ha estado compuesto nada menos que por Pío Baroja, Eugenio d'Ors, Leopoldo Panero, Manuel Bosch Barrett y Fernando Gutiérrez. Como ya es tradición, el Premio se ha concedido en Madrid.

El Ayuntamiento de Barcelona ha instituído, desde el año pasado, unos premios de Poesía, Novela, Teatro—éstos en catalán y castellano—música, fotografía y cinematografía, que se concederán cada 29 de enero, en el marco del viejo Ateneo barcelonés. Estos premios tendrán, si se mantienen en medio de los bandazos municipales, una extraordinaria importancia, y tienen un empaque edilicio y a la vez una alta calidad intelectual de sus jurados.

El Instituto de Cultura Hispánica mantiene en Barcelona un premio de poesía castellana, bajo la simbólica advocación del nombre del poeta barcelonés Juan Boscán, el amigo de Garcilaso. Este premio está bajo el signo de la juventud universitaria, pues forma su tribunal el Decano de la Facultad de Letras, Dr. Castro Calvo; este es un jurado auténticamente juvenil, pues cuatro de los cinco jurados no llegamos a los treinta años. Los tres años que se ha concedido aseguran una firme directriz de independencia y honradez intelectual.

El premio de novelas policíacas, que se va a poner a prueba bajo la advocación del editor Aymá, y que tendrá este año como presidente honorario al fecundo escritor belga Georges Simenon, que vendrá a España ex profeso, será un intento de arraigar con viva y poderosa dignidad literaria un género que tanto éxito conoce en el resto de las literaturas modernas.

La literatura catalana, singularmente la poesía, tiene en el *Premi de poesia de l'Osa Menor* el premio de poesía joven más importante de esta literatura. La alta calidad intelectual de los jurados respalda la concesión de este premio, verdadero índice de la poesía catalana.



EL JURADO DEL PREMIO NADAL VISTO POR MORATÓ: RAFAEL VÁZQUEZ ZAMORA, NÉSTOR LUJÁN, JOSÉ VERGÉS, IGNACIO AGUSTÍ, SEBASTIÁN JUAN ARBÓ, JUAN RAMÓN MASOLIVER Y JUAN TEIXIDOR.

BARCELONA PARAISO DEL ENFERMO

POR JULIO COLL

Nuestra ciudad cuenta con —quizás— el más importante grupo de médicos y doctores especialistas. Tanto es así, que incluso podríamos aventurar que, el hombre, desde que nace —y aun mucho antes de nacer— hasta que muere, cuenta en Barcelona con hombres de ciencia realmente escepcionales que cuidarán en todo momento de su vida.

En el campo de la ginecología, es preciso citar a don Pedro Nubiola —profesor de adelantadas promociones, entre los que se destacan los doctores Carlos Carceller, Pedro Puig y Roig y Francisco Carreras, entre otros—, así como a don Santiago Dexeus, director de la Maternidad. En el tratamiento de la esterilidad, el profesor Víctor Cónill representa el elemento vivo en el tratamiento de esta especialidad.

En pediatría, el nombre del doctor Roig y Raventós es inescamoteable. Y asimismo hay que citar, por su relevante labor, al profesor Rafael Ramos y a los destacados doctores Martínez García, Salvador Gocia y Augusto Brossa. En cirugía infantil (mal conformaciones congénitas), al doctor Luis Gubern. Y en psiquiatría infantil a don Jerónimo Moragas.

En Medicina interna, el nombre del doctor Francisco Ferrer Solervicens y, entre otros, a sus discípulos, los doctores Soriano y Alsina Bofill. A su vez, a los doctores Gibert Queraltó, Farreras, Durán, etc., seguidores de la inteligente cátedra del doctor Agustín Pedro Pons. En tisiología, al doctor José Reventós. En reumatología, al doctor Pedro Barceló. En la especialidad del aparato digestivo es necesario recordar al doctor Francisco Gallart, creador de una escuela que ha dado una serie de figuras ilustres. En psiquiatría, el doctor Sarró, inquieto implantador de la Higiene Mental en nuestra ciudad. En alergia, al doctor Ferreros Co. En enfermedades de la piel y venéreas (dermo-sifiliografía), al profesor Xavier Vilanova y al doctor Santiago Noguer Moré. En rayos X y terapéutica física, relacionados y especializados en el tratamiento del cáncer, a los doctores Vicente Carulla y Luis G. Guilera. En ofcalmología, a los doctores Conde de Arruga y Barraquer, de fama mundial. En otorrinolaringología se destacan los doctores Fernando Casadesús, profesor, y a José María Roca de Viñals y Adolfo Azoy.

En cirugía, el profesor doctor Puig-Sureda representa la máxima dignidad profesional. Así como los doctores Piulachs, Soler-Roig y Mas Oliver. También hay que citar a los doctores Pi Figueras, Prim, etc., como discípulos del gran maestro de cirujanos que fué don Manuel Corachán. En la especialidad de cirugía vascular, se destaca el doctor Fernando Martorell. En neurocirugía, los doctores Tolosa y Ley. En cirugía torácica, el doctor Antonio Caralps. Y dentro de las especialidades quirúrgicas, en urología, el profesor Salvador Gil Vernet y el doctor Antonio Puigvert, entre otros.

Entre los cardiólogos, van a la cabeza los conocidos y prestigiosos doctores Luis Trías de Bes y Codina Altés. Y el doctor García-Tornel, que se ocupa de los problemas profesionales y los de la medicina del trabajo, sin abandonar la dirección del Hospital de la Santa Cruz. Y, por último, en el estudio de las enfermedades de la edad senil, en la llamada geriartría, ciencia que fué glosada y descrita por don Gregorio Marañón en una magnífica conferencia dada en nuestra ciudad, se destaca el doctor Mariaño Pañella Casas, a quien le cabe el honor de haber organizado el Primer Congreso Internacional en esta moderna especialidad.

Es evidente que en esta somera exposición de nombres y especialidades, que van desde el nacimiento hasta la senectud del ser humano, he incurrido involuntariamente en lamentables olvidos. Pero, aun así, creo he dado un reflejo de la trascendencia del conjunto médico barcelonés, que, en cierto modo, parecen decidir que en nuestra ciudad se está viviendo un auténtico siglo de oro de la medicina.



El Dr. Arruga goza de una fama mundial trascendente, y el Jefe del Estado Español ha premiado la labor maestra de este sabio concediéndole el título de Conde. Representa el máximo exponente de la oftalmología de los últimos años, no sólo en Barcelona, sino en el campo internacional.



Bajo la dirección del doctor don Ramón Sarró, de las actividades de Higiene Mental en su Dispensario abarcan tres aspectos: La asistencia pre y post-manicomial de los enfermos mentales; la asistencia de los neuróticos, y la orientación y asesoría de las personas normales en múltiples problemas.



Don Juan Puig-Sureda y Sais es un hombre cordial, sencillo y dotado de un fuerte dominio de sus nervios. Su prestigio es internacional y su técnica ha creado escuela. Dentro de la cirugía representa el doctor Puig-Sureda el máximo exponente de la ciencia, la competencia y dignidad profesional.



Internacionalmente se estima y admira al doctor Barraquer por la revolución técnica que ha aportado en la extracción del cristalino. La extracción total mediante ventosa. En la «foto» la Emperatriz Eugenia felicita al doctor Barraquer, después de haber sido intervenida por el ilustre cirujano.



La modesta, callada, pero obstinada labor que en el tratamiento de las oligofrenias viene llevando a cabo el doctor Jerónimo Moragas, le sitúan indiscutiblemente a la cabeza de dicha especialidad. Su técnica, que tanto tiene de estricta ciencia psiquiátrica, es obra, sobre todo, de su fe y tenacidad.

La "Jauja" del expositor

POR RAFAEL SANTOS TORROELLA

Decir «Jauja», querido Jiménez Quílez, que me impones el título forzado de estas líneas, me parece excesivo. A tanto no llega la cosa, por mucho que ahí, en Madrid, pueda decirse con cierta ironía y hasta creerse con demasiado optimismo. Dejemos el título propuesto. Si no responde exactamente a la realidad, al menos resulta muy significativo. Significativo de lo ya apuntado: cómo se ve desde la capital de España el mercado artístico de Barcelona. Y no con falta de razón en un aspecto: en el de que Cataluña ha ido y va, en este más de medio siglo, a la cabeza de las actividades artísticas españolas que obedecen a iniciativa particular. No hablemos de calidad, que sería pisar un terreno resbaladizo propenso siempre a discusiones de tía y sobrina, es decir, interminables. Sí puede hablarse, en cambio, de cantidad, de profesionalismo consecuente y serio, de inquietud y de organización minuciosa y eficaz. En este sentido y si la cuestión estuviera bien planteada, lo que como ya he dicho no creo, la historia de los cincuenta años últimos de vida artística barcelonesa sería ejemplar.

Aquí se ha sabido desde el primer momento lo que se quería y cómo era necesario proceder para conseguirlo. En primer lugar, y como fenómeno colectivo de plenitud, Barcelona se propuso, al filo del novecientos, afirmarse con rasgos propios, lo mismo en arte y cultura que en los restantes aspectos de su vida ciudadana. En arte, tras un anquilosamiento de siglos, todo estaba por hacer, y advertido así, con ese espíritu de iniciativa tantas veces tomado como el rasgo más característico de los catalanes, la ciudad se lanzó febrilmente a crear. Así, y casi podría decirse que deliberadamente, llegó a forjarse en pocos años y como a marchas forzadas, la «vida artística» barcelonesa.

Pero llamar «Jauja» a la fecunda realidad artística así creada sería no sólo inexacto, sino injusto. Al menos en el sentido en que suele emplearse dicha expresión, por el que «vivir en Jauja» sería no sólo «vivir en la abundancia», como indica, sin más, nuestro Diccionario, sino vivir en ella gratuitamente, sin previo esfuerzo, por pura generosidad espontánea y natural. La prueba de ese esfuerzo, de sus riesgos y dificultades, nos la brindan las propias vicisitudes de esas salas expositoras, sus altibajos, la desaparición de algunas de las más prestigiosas tan pronto como les han fallado ciertos resortes de su organización y, muy particularmente, la encarnizada y permanente lucha de banderías artísticas, polarizada siempre en continuadores de alguna tradición determinada, de una parte, e innovadores, de otra. En esa lucha incesante, que ha envuelto a artistas, críticos, coleccionistas y salas de exposiciones, habrán sido posibles los excesos de pasión, incluso las sorpresas, los espejismos y, a su calor, los triunfos fulgurantes y efímeros; pero en modo alguno la gratuidad y el abrirse un camino seguro sin lucha.

Si, limitándonos exclusivamente a las salas de mayor prestigio, atendiéramos a ese criterio por el que dije que se orientan, cabría subdividirlas en tres grupos: el de las que defienden o favorecen la pintura de contenido francamente realista; el de las que, por el contrario, amparan toda innovación, y, por último, el de las hasta cierto punto eclécticas, aunque siempre mucho más cerca de las del primer grupo que de las del segundo.

Entre las primeras está la más antigua de Barcelona y creo que también del resto de España: la sala Parés. Sus orígenes se remontan a 1848, año en el que se fundó como establecimiento de estampería, láminas litográficas, marcos y útiles para pintar. Su fundador, el viejo Parés, empezó exhibiendo allí algunos cuadros aislados, hasta que en 1878 inauguró, en un local contiguo, una pequeña sala de exposiciones semanales, por la que pasaron obras de Vayreda, Urgell, Masrieta, Tapiró, Armet y otros. Años más tarde, en 1884, se abrió la sala actual, en la que se hicieron famosas las repetidas exposiciones de Ramón Casas y Santiago Rusiñol. Tras una etapa de decadencia, la Sala Parés fué adquirida en 1925 por los hijos del gran poeta Juan Maragall, quienes la prestigiaron nuevamente, haciendo de ella una empresa de gran estilo, bastión irreductible del «realismo catalán». Reducto cerrado, inaccesible casi, tiene sus pintores fijos a los que cuida celosamente, garantizándoles un público adicto y un coleccionismo seguro. Esos pintores son Amat, Rafael Benet, Capmany, Carles, Durancamps, Rafael Llinona, Mallol Suazo, Mompou, Juan Serra, Sisquella y Togores.

Al mismo grupo pertenece *La Pinacoteca*, fundada hacia 1920, o un poco antes, y reinaugurada unos años después —en 1928— en el local del Paseo de Gracia que ocupa actualmente. Desde sus inicios se ha mantenido fiel al propósito de consagrarse exclusivamente a la pintura catalana, hasta con ciertas aspiraciones museísticas —de un cierto museísmo—, a las que se debe por su rótulo, al parecer ideado por Miguel Utrillo padre. Ha contribuído también en gran medida a la formación del coleccionismo catalán, dentro siempre de sus preferencias realistas locales, en paisaje, cuadro de figura y de composición. Aunque no tan cerrada como la Parés, también esta sala tiene sus pintores habituales, entre los que se cuentan actualmente Santasusagna, Muntané, Puigdengolas, Porcar, Porta, Inglada, Puig Perucho y Cabanyes. Notable y muy curioso es su acervo de grabados y estampas que ha llegado a alcanzar, en ocasiones, la respetable cifra de veinticinco mil.

En el grupo intermedio, las dos salas más importantes son la Galería Syra y la Sala Gaspar. La primera existe desde 1931, fecha en la que se inauguró con una exposición mixta del pintor Francisco Domingo y el escultor Angel Ferrant. Tras una muy breve interrupción, en 1940 pasó también al Paseo de Gracia, teniendo como expositores fijos a Miguel Villa, Olga Sacharoff, Sunyer, Obiols y Jaime Mercader. Siendo más amplio su criterio, tanto en lo que se refiere al estilo como a la procedencia de los pintores, por ella han pasado, además, Grau Sala, Angeles Santos, Mallol Suazo, Capdevila, Genaro Lahuerta, Serrano, Manolo Hugué, etc., anunciándose para esta temporada una exposición de Rafael Zabaleta. La Sala Gaspar, ampliada y reformada también (1939) tiene como pintores habituales, entre otros, a Terruella, Ribas Rius, Estrany, Gussinye, Arenys, Güell, García Morales, Lloveras, y ha celebrado exposiciones importantes de artistas de otras regiones, destacando las de los hermanos Zubiaurre, Aguiar, Díaz Pardo y el escultor canario Eduardo Gregorio. Cuenta asimismo con una copiosa y magnífica colección de estampas y grabados y ha publicado hasta fecha reciente una serie de volúmenes, a manera de anuarios, muy importantes en la bibliografía relativa al arte contemporáneo en Barcelona.

Las salas pertenecientes al último grupo han sido, claro está, las más combativas e inquietas. A ellas se debe, en especial, la existencia de una crítica de arte bien informada, a la que ha permitido el contacto directo con obras y artistas de los movimientos artísticos europeos de avanzada. Excepcional entre estas salas ha sido la ya desaparecida del gran marchante catalán José Dalmau, que ocupa un lugar importantísimo en la historia del arte de vanguardia internacional. En ella se celebró una de las primeras exposiciones del cubismo (1912); se editó, dirigida por Francis Picabia, la principal revista dadaísta, «391»; se exhibieron, entre otras, obras de Licasso, Marie Laurencin, Albert Gleizes, Juan Gris, Picabia —al que vino a presentar, personalmente, André Bretón—, Van Doesburg, Torres García, Braque, Dufy, Derain, Matisse, Diego Rivera, Severini... y de ella surgieron dos pintores españoles tan excepcionales como Juan Miró y Salvador Dalí. Al lado de la ingente labor realizada por Dalmau empalidece cuanto hayan podido intentar otras salas orientadas en el mismo sentido. De ellas, y por lo que a los últimos años se refiere, cabe destacar a las Galerías Layetanas y, más modestamente, pero con la insistente coherencia de unos ciclos de «arte experimental», la minúscula sala «El Jardín». En la temporada que ahora se inicia y por mecenazgo del Consejero de Cultura don Luis de Caralt, en la sala de su nombre se ha concentrado la plana mayor del arte joven catalán: Aleu, Cuixart, García Vilella, Guinovart, Muxart, Ponc y Tapiés, entre otros, anunciándose también en ella, como respaldándoles, una primera exposición internacional de la Escuela de Altamira y otra del gran pintor italiano Carlos Carrá.

Esta es, en líneas generales y por sus nombres más representativos, la situación de las salas de exposiciones barcelonesas. La cosa no llega, ciertamente, a Jauja; sí a dinamismo, inquietud y laboriosidad.



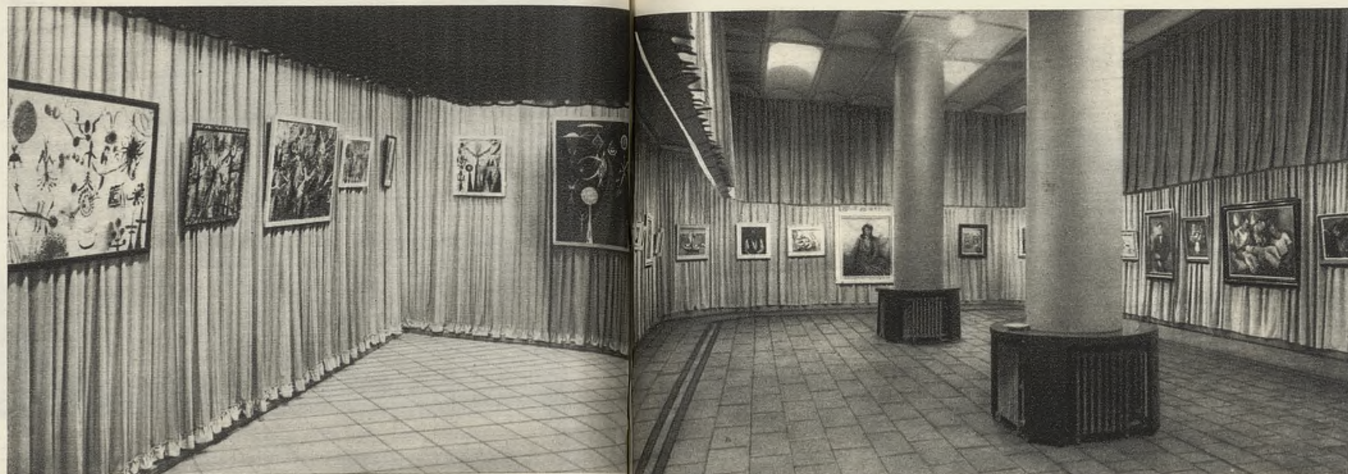
El Vizconde de Güell, con otros directivos del Real Círculo Artístico, en una exposición de dibujos celebrada en Barcelona.

José Aguiar expone en la sala barcelonesa Gaspar. En el acto de la inauguración rodean al gran pintor canario un grupo de personalidades.



Un aspecto de la Sala de Exposiciones de «La Pinacoteca» fundada en 1920 por un nutrido grupo de pintores catalanes.

Entre las más importantes salas barcelonesas figuran las Galerías Layetanas. Vista de uno de los salones durante una exposición de Muxart.



Los «abstractos» tienen salas en Barcelona, como ésta titulada «El jardín» que vemos durante una exposición de Tharrats.

Suntuoso salón de una de las grandes exposiciones de Barcelona, la Sala Lyra, que aparece en la «foto» en el acto de una exposición de pintura.



La Sala «Cobalto» hizo una exposición retrospectiva con algunas obras de Juan Miró. He aquí al ilustre maestro de la pintura «abstracta» visitando la Exposición en compañía de su hija.



La juventud pictórica barcelonesa tiene gran importancia en la España actual. En un rincón de la Sala Caralt, Cuixart, Guinovart, Ventura y Poveda, sentados, conversan con Aleu y Muxart de problemas de arte y estética.



El Noticiero Universal

Crónica de Arte

Los pintores cubistas en Barcelona

Los expositores de Barcelona

Apostilla

POLÍTICA INTERNACIONAL

LOS ESTRENOS

Reproducción de una página del «Noticiero Universal», de Barcelona, correspondiente al año 1912, época en que se celebró en la Ciudad Condal la primera exposición de pintores cubistas. Es curioso observar el humor con que tratan, tanto el cronista como el dibujante, la citada Exposición. La cabecera del artículo constituye una caricatura de la Exposición con el siguiente título: «Sociedad de cubistas EL VERNISSAGE».

HOLLYWOOD DEL CINE AMATEUR

POR JOSE PALAU



«Retorno», de Fité, vencedor del género «fantasía», en Glasgow.



«Sisifo», de F. Gibert.



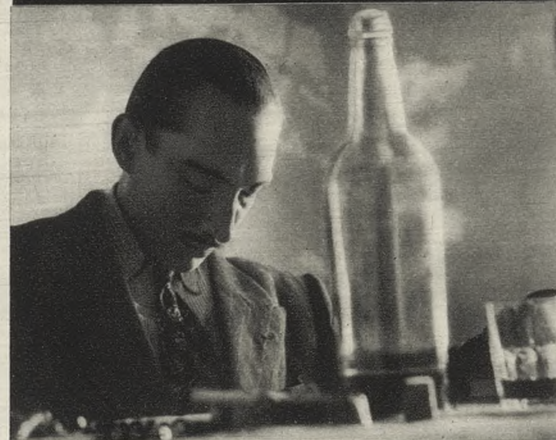
«Laie Barcino», de Eusebio Ferret.



«Memmortigo», de Delmiro de Caralt.



«El diablo en el valle», de Llobet-Gracia, también triunfador en Glasgow con «El Peregrino».



«Alter Ego», de Enrique Fité.

LAS múltiples actividades de cuantos, en España, practican la cinematografía amateur tiene desde los comienzos su epicentro en Barcelona. El volumen y calidad de los films realizados por cineastas de afición con residencia en Barcelona, a los que han venido a sumarse espontáneamente aquellos, igualmente valiosos, que confeccionan los que trabajan, dispersos, en distintas poblaciones catalanas. Ello ha contribuído en forma decisiva a la constitución de una cinematografía amateur de signo nacional, cuya importancia es conocida hoy en cuantos centros europeos se practica esta modalidad del séptimo arte que, pese a lo reducido de su ámbito propio, permite la obtención de resultados altamente aleccionadores para la estética del film.

Cuando, al iniciarse en Barcelona estas actividades, algunos aficionados, entre los cuales se impone mencionar a Delmiro de Caralt, Eusebio Ferrer, Domingo Giménez, Francisco Gibert y Salvador Mestres, que figuraban entonces en primera fila, exhibieron sus primeros ensayos, nadie habría podido predecir el desarrollo que estaba destinado a alcanzar este trabajo de artesanía cinematográfica que, modesta, pero conscientemente, aspira a crear, en un régimen de absoluta independencia artística, obras inspiradas en un espíritu genuinamente cinematográfico.

Algunas de aquellas primeras películas como «Fiesta mayor» (1933) de Ferrer, «Memmortigo» (1934) de Caralt, «Un hombre importante» (1935) de Giménez y «Sisifo» (1935) de Gibert, significaron para muchos espectadores, con vocación latente, una lección ejemplar de lo que debía ser el cine amateur el cual, aunque circunscrito a límites reducidos, no por eso debía renunciar a la creación de obras perfectas, dignas de enfrentarse con la crítica más exigente.

Despertaron nuevas vocaciones y mientras tanto el impulso generador puesto en marcha desde Barcelona fué dilatando su radio de acción y los concursos que se organizaban en la Ciudad Condal conocieron la afluencia de cineastas residentes en el resto de la península. Primero en Madrid, luego en Zaragoza y Valencia aparecieron entusiastas aficionados dispuestos a competir amistosamente con los que trabajaban en Cataluña. Y Barcelona continuó siendo el centro que aglutinaba aquellas actividades dispersas y que tanto importaba coordinar mediante la celebración de concursos que significan, tanto un estímulo como un justo reconocimiento a los méritos contraídos.

El carácter individual de nuestra gente dió como resultado la institución de distintos clubs locales entre los cuales llegó a revestir notable importancia el que patrocinaba el Fomento de las Artes Decorativas, pero a la larga se comprendieron las ventajas que resultarían de concentrar los esfuerzos; y fué esta voluntad centralizadora la que aseguró la prosperidad y, luego, la soberanía de los concursos anuales instituídos por la sección correspondiente del Centro Excursionista de Cataluña.

Iniciados el año 1932 estos concursos agruparon la mayoría de los trabajos de nuestros amateurs, cada vez se vieron más concurridos, iniciándose entonces la carrera que debía conducirnos a la brillante situación actual que ha permitido, la última vez, exhibir en Barcelona más de cien películas, llegadas de todos los rincones de España. A la prosperidad creciente de nuestra cinematografía han contribuído los nuevos valores que aparecieron tan pronto como, terminada nuestra guerra nacional, se reanudaron unas actividades interrumpidas durante tres años. Entre ellos, ninguno tan relevante como Enrique Fité que contó siempre con la colaboración del guionista José Punsola, que tuvimos la desgracia de perder cuando mejores pruebas estaba dando de su capacidad en el arte de escribir películas. Junto a los catalanes, pudimos contar también con un grupo madrileño capitaneado por Mauricio Riosalido, E. Simón y Miguel Angel G. Bastida, a los que vino a sumarse el valenciano Emilio Poveda.

Con todo esto, la cinematografía amateur ha llegado a revestir en nuestro país una importancia considerable que no ha podido ser desestimada por los centros oficiales y la Subsecretaría de Prensa y Propaganda ha enviado su representación oficial a estos certámenes que tienen lugar cada año en Barcelona. Los resultados obtenidos por nuestros mejores cineastas permite apreciar la capacidad del ingenio español en los dominios de la fantasía cinematográfica, y si el paso de algunos de estos artistas al campo del cine comercial, no ha dado los resultados apetecidos, la causa de esta frustación debe buscarse en la distinta idiosincrasia que rige en actividades para las cuales sería difícil hallar un común denominador. La capacidad intuitiva y las dotes de improvisación que caracterizan el espíritu nacional, triunfan en la cinematografía amateur, pero, hasta la fecha, no parece que sean suficientes para asegurar un triunfo parecido en el cine industrializado, que requiere la integración de elementos de muy diversa condición.

La realidad de nuestra cinematografía amateur ha sido confirmada internacionalmente tantas veces como hemos asistido a los certámenes dispuestos cada año por el Concurso internacional del mejor film amateur. En 1947 acudimos a Estocolmo con películas de Fité y Llobet, que tuvieron que enfrentarse con los aficionados pertenecientes a catorce países y en 1940 fuimos a Varese (Italia), para entrar en competición con once países. En esta ocasión, ostentaron el pabellón español Fité, Llobet-Gracia, P. Font y J. Español. Las dos veces obtuvimos el segundo puesto.

Estábamos cerca de la meta que, resultados semejantes permitían abrigar grandes esperanzas para un próximo inmediato y hoy ya podemos afirmar que nuestras más legítimas ambiciones se han visto cubiertas en forma altamente satisfactoria. La cinematografía amateur española ha triunfado rotundamente en el último concurso internacional que este año se ha celebrado en Glasgow, donde se la ha otorgado el título de campeón. En efecto, España ha conquistado el primer puesto entre catorce naciones gracias a los dos primeros premios que corresponden a «Retorno», de Fité (Fantasías) y a «Gotas», de Font (Argumentos).

Estimulados por un resultado tan halagüeño nuestros representantes solicitaron del Congreso de la U. N. I. C. A. (Unión Internacional de Cine Ameteur) que el próximo Concurso Internacional se celebrara en Barcelona. Tan atinada petición tuvo la mejor acogida y se acordó por unanimidad acceder a la demanda de los representantes españoles. Barcelona será, pues, el año que viene, el centro europeo de la cinematografía amateur. No hemos de insistir sobre la importancia de semejante designación, ni sobre los beneficios que se derivarán de la misma. Lo que más nos importa es decir, antes de terminar ese artículo—homenaje al esfuerzo de nuestros mejores cineístas—nuestra gran satisfacción por dar una noticia que ha de ser motivo de júbilo para todos los que amamos nuestras cosas, todas aquellas que llevan la impronta nacional.



Un bello fotograma de «Porta closa», del cineísta vencedor en Glasgow, Enrique Fité.



«Por tierras de Segovia», de Daniel Jorro, eficaz muestra del «cine» documental amateur.



«Gotas», de Pedro Font, primer premio de películas de argumento en el grandioso festival de Glasgow.

El magnífico estadio de Montjuich, uno de los mayores de Europa, se levanta en la montaña de su nombre, en las proximidades y por encima de la gran ciudad del Mediterráneo. El estadio de Montjuich ha sido escenario de múltiples acontecimientos en la vida local, regional y española: encuentros internacionales de futbol, atletismo, ciclismo, etc.



He aquí a los jugadores que forman el primer equipo del Barcelona, el club decano del futbol catalán, tantas veces campeón de España (y campeón este año) y cuya fama ha traspasado las fronteras. Ocho internacionales forman en las filas de este conjunto, en el que figura también Kúbala, el famoso y discutido jugador, recientemente nacionalizado español.



En la vida local y regional, la réplica al Barcelona C. de F. —larga y noble rivalidad— se la da el Club Deportivo Español, de la misma ciudad, cuyo equipo de futbol aparece en esta fotografía. El Español, cuya puerta fué guardada por el Zamora de los mejores tiempos, ha sido campeón de España y forma en la Primera División de la Liga, junto con su gran rival.



El hockey sobre patines arraigó en la vida barcelonesa y su crecimiento ha sido la nota cumbre de la actualida1 deportiva, ya que, gracias al nuevo deporte, España ha podido conquistar el título de campeón mundial en el curso de los últimos Campeonatos. He aquí a los componentes del equipo catalán que conquistó el máximo título mundial en el presente año.



El «cuatro» del Club de Remo, de Barcelona, ha brillado en primerísimo plano esta temporada, tanto en las Regatas Internacionales de Lyon y Zurich, como en las Reales Regatas oe Henley, y últimamente —en este pasado verano— en los Campeonatos de Europa, donde se clasificó brillantemente para disputar la final, batiendo a todos los equipos participantes.

CAMPEONA DEPORTIVA

POR

JOSE LUIS LASPLAZAS

NO ha permanecido indiferente Barcelona a la corriente deportiva que invade el mundo entero, y sus actividades, en este orden, le han proporcionado justa fama y no pocos triunfos, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. La Ciudad Condal se alistó desde los primeros momentos en la mayoría de las actividades deportivas en las que, después de haber desempeñado sus practicantes el papel de precursores, consiguieron mantener el prestigio barcelonés hasta el punto de que, antes de que el paréntesis bélico se abriera sobre la vida normal de la ciudad, había ganado merecidamente el derecho a ser considerada como una de las capitales del deporte en Europa.

En la actualidad, tantó las grandes sociedades como las iniciativas privadas rivalizan en la ambiciosa tarea de dar de nuevo a Barcelona esa categoría que un día tuvo, y no parece, en verdad, lejano el día en que se vea lograda tal finalidad.

Toda la gama deportiva tiene en Barcelona sus devotos y practicantes y son muchas las manifestaciones clásicas que se han adentrado tan hondamente en el sentir popular que han escapado ya a la órbita de lo meramente deportivo para entrar de lleno en lo ciudadano.

El Gran Premio Peña Rhin no tan sólo goza de merecido prestigio en el mundo del motor, sino que ha pasado a ser una de las grandes solemnidades barcelonesas a la que concurren cientos de miles de espectadores atraídos al circuito de la Diagonal, uno de los mejores y más rápidos de Europa, por la fama de los corredores invitados, entre los que se cuentan, año tras año, los más destacados «volantes» de Europa. Este año nada menos que el Campeonato del Mundo se decidirá sobre él, ya que los hombres que marchan en cabeza de la clasificación van a encontrarse sobre su asfalto luchando por el triunfo y distanciados por tan breve margen en la puntuación que del resultado de ese Gran Premio de España puede afirmarse que dependerá la adjudicación del título mundial.

Otra de las manifestaciones que tiene bien ganada su fama internacional es la carrera a pie que, desde hace cinco lustros, atreviesa la ciudad en la mañana del día Primero de Año, carrera en la que han participado, y siguen acudiendo a la misma, las más destacadas figuras del atletismo europeo.

Si el Gran Premio Peña Rhin enorgullece a los aficionados al motor y la clásica «Jean Bouin» a los del atletismo, la Vuelta a Cataluña logra cada año un éxito mayor entre el elemento ciclista y, junto con estas tres grandes competiciones, debe citarse la Travesía del Puerto, prueba del gran fondo en natación, a la que Barcelona entera se siente atraída. Son estas cuatro solemnidades del deporte, algo que hace vibrar a Barcelona entera, sin distinción partidista, ya que la gran masa, los que, en realidad, sólo se acercan al deporte en las grandes ocasiones, es la que asegura su éxito y su importancia. Son pruebas que pertenecen a Barcelona y que ven, un año tras otro, cómo los barceloneses a ellas acuden con devoción y con orgullo.

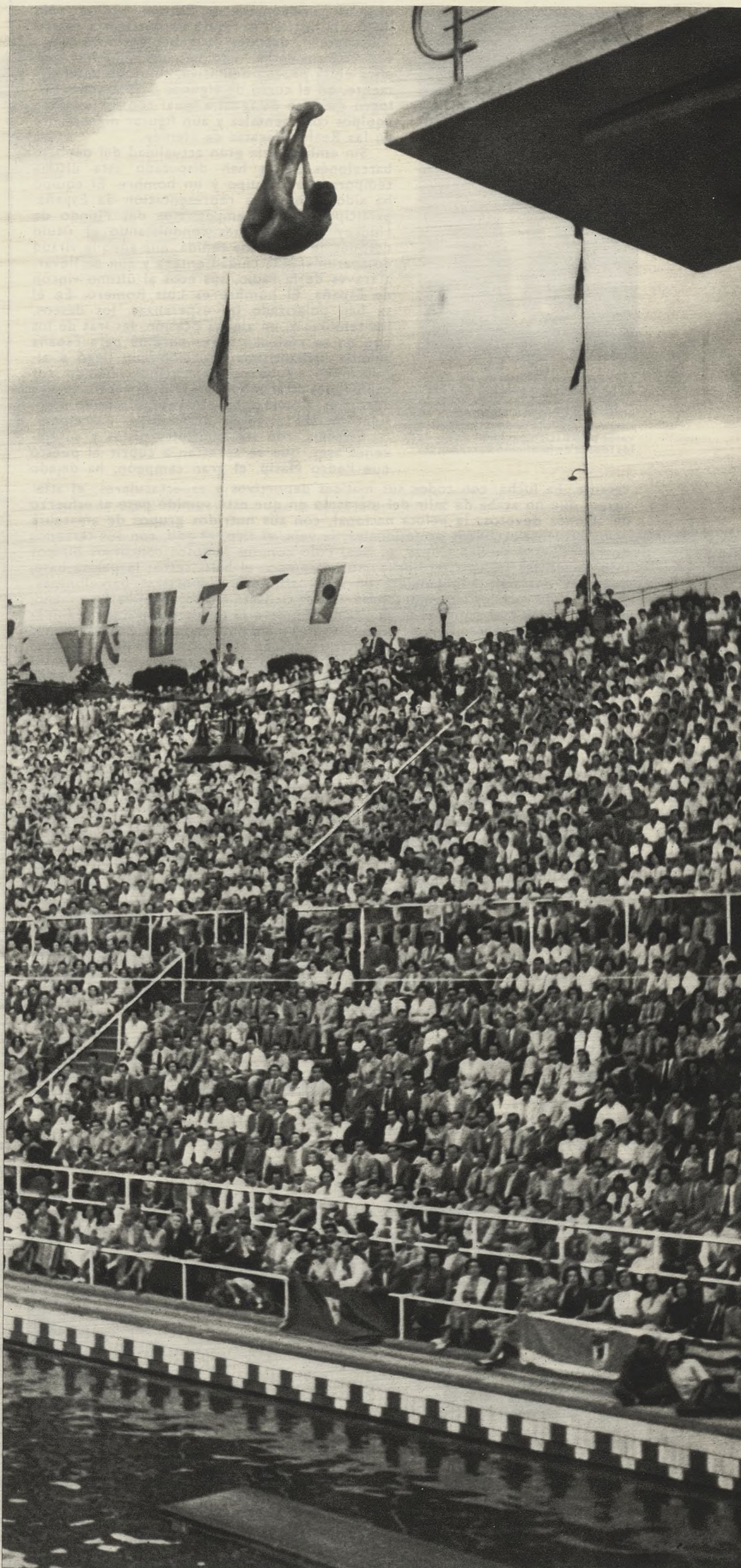
Naturalmente, la actividad deportiva no se circunscribe a estas pruebas clásicas anuales y que se mueven en un plano que podríamos considerar como excepcional. Los deportes apasionan sobre todo por las emociones que brindan sus grandes competiciones regulares y, en este aspecto, no cabe la menor duda de que el futbol reina en Barcelona.

Lleva el nombre de la ciudad, y es el decano en Cataluña, el Club de Futbol Barcelona, actual campeón de España y una de las columnas históricas del deporte nacional. Los nombres de sus grandes ases disfrutan del favor popular y sus triunfos son acogidos con auténtico fervor ciudadano.

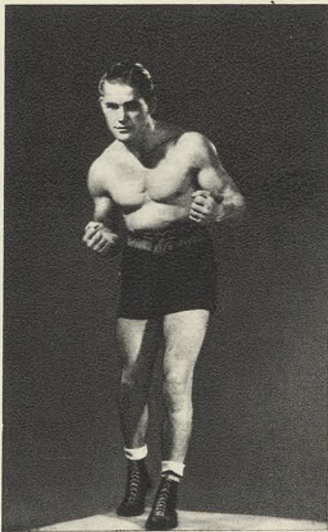
Comparte con el Barcelona el cariño de la afición, su gran rival el Real Club Deportivo Español. Casi medio siglo de luchas apasionadas no han conseguido mellar esa rivalidad, en algunas ocasiones enconada y en otras cordial. Las camisetas blanquiazules y azulgranas se han enfrentado no tan sólo en futbol, sino que en las pistas atléticas, en las canchas de baloncesto o, últimamente, sobre las carreteras catalanas, en la Vuelta a Cataluña, su choque ha sido, repetidamente, el nervio motor del apasionamiento popular.

El Club Natación Barcelona, con sus instalaciones de la Escollera, ocupa en el deporte acuático el puesto que los azulgranas llenan en el futbol, habiéndole superado, si cabe, en el terreno meramente técnico, donde los títulos regionales y nacionales han pasado poco menos que a estar vinculados a sus colores durante muchos años en natación pura y, hasta el momento presente, sus nadadores conservan todavía la supremacía nacional, indiscutible e indiscutida, en waterpolo. Sus ases actuales en natación pura—Conde y Queralt al frente de ellos— han contribuído poderosamente a que Cataluña conquistara el primer puesto en los campeonatos nacionales de natación.

Otro de los deportes que han renacido hasta el punto de conquistar laureles nunca alcanzados anteriormente, ha sido el remo, que, en los



La magnífica piscina municipal de Montjuich ha sido teatro de grandes competiciones nacionales e internacionales, que son seguidas con apasionado interés por miles de aficionados a las plásticas bellezas del deporte acuático, como prueba claramente la presente «foto». Cataluña se acaba de proclamar campeona de España de natación.

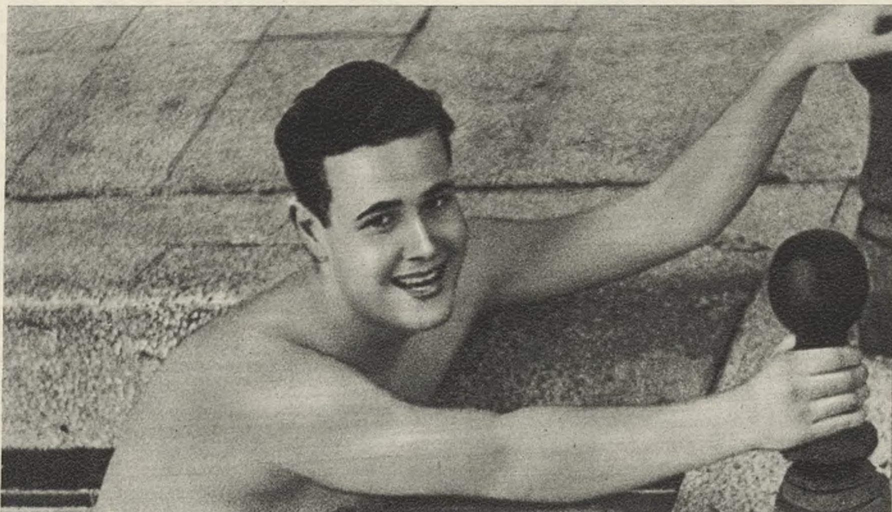


Luis Romero, (campeón de Europa hasta 1951) el hombre que pese a haber, probablemente, dejado atrás el momento cumbre de su carrera, sigue siendo el más alto valor pugilístico nacional y uno de los ídolos de la afición barcelonesa

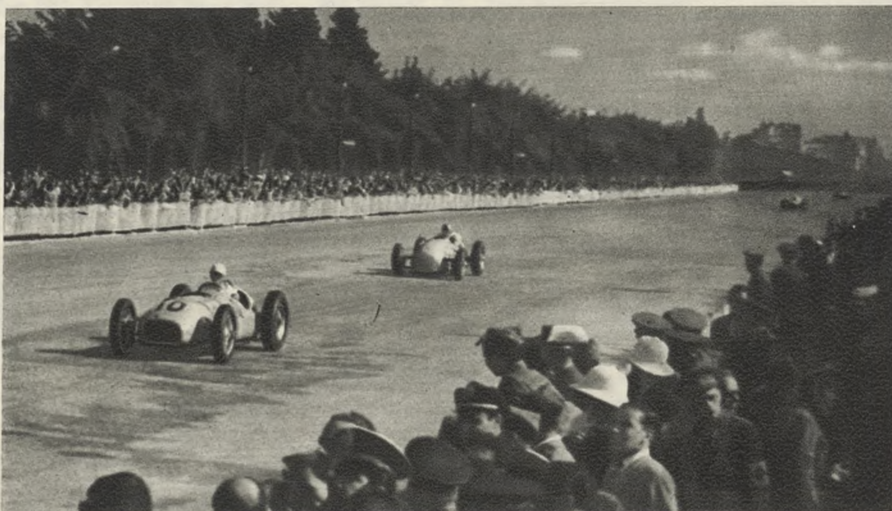
últimos campeonatos de Europa, no tan sólo llegó a la final en la regata de outriger a cuatro con timonel, después de haber batido a todos sus contrincantes, aunque fuera batido por ellos en la prueba definitiva, sino que anteriormente, en el curso de algunos desplazamientos, logró medirse de igual a igual con los mejores equipos continentales y aun figurar dignamente en las Reales Regatas de Henley.

Sin embargo, la gran actualidad del deporte barcelonés se la han disputado esta última temporada un equipo y un hombre. El equipo ha sido el que, en representación de España, participó en los Campeonatos del Mundo de Hockey sobre patines conquistando el título después de una lucha reñida, que tuvo la virtud de apasionar a la ciudad entera y aun de llevar, a través de la radio, sus ecos al último rincón de España. El hombre es Luis Romero. En él se han polarizado las esperanzas, los deseos, los temores y, en alguna ocasión, las iras de los que no se resignan a ver perdida para España aquella brillantísima situación que llegó a alcanzar en el boxeo continental, cuando sus campeones estaban en posesión de cuatro títulos europeos. Romero, no obstante, discutido o no, sigue siendo el ídolo del público barcelonés.

El tenis, con sus múltiples pistas y sus jóvenes ases, que se aprestan a cubrir el puesto que Pedro Masip, el gran campeón, ha dejado vacante. La lucha, con todos sus matices deportivos y espectaculares; el atletismo, que no acaba de salir del marasmo en que está sumido pese al esfuerzo de algunos devotos; la pelota nacional, con sus nutridos grupos de amateurs y sus brillantes cuadros profesionales; la vela, el tiro, el golf, con sus terrenos de Pedralbes y de San Cugat; el Real Polo con sus famosos concursos hípicos internacionales; el tiro; el hockey sobre campo; el baloncesto; la pelota base, que está entrando rápidamente en las costumbres deportivas barcelonesas; los bolos, de recia estirpe montañesa, con el ciclismo en pista y el balón a mano, el balón bolea y el esquí, el montañismo simple o la escala complicada y aun la espeleología, tienen en Barcelona sus cultores y sus simpatizantes, hasta el punto de que creemos verdaderamente difícil que alguien que llegue a la Ciudad Condal y lo desee, no pueda encontrar traducida, la proverbial cortesía que Cervantes reconoció a los barceloneses, en las conversaciones llenas de calor de una peña especializada o en la propuesta de ingreso a un club dedicado a su deporte predilecto. Sea éste el que fuere.



Ricardo Conde, —el joven y notable nadador barcelonés— batiendo repetidamente las marcas de velocidad pura, ha colocado el «récord» español de los cien metros libres dentro de la zona cronométrica donde sólo se encuentran las marcas auténticamente internacionales.



Medio millón de espectadores se apretuja tras de las vallas en el Circuito de Pedralbes, en Barcelona, cuando, a la llamada del Gran Premio de España, organizado por Peña Rhin, los mejores automovilistas mundiales corren sobre las más veloces máquinas del momento.





DEL CONGRESO FEMENINO HISPANOAMERICANO

LA SEÑORA ANITA FERNANDINI DE NARANJO, PRESIDENTA DEL «CONSEJO NACIONAL» DE MUJERES DEL PERU Y DELEGADA DE SU PAIS AL «CONGRESO FEMENINO AMERICANO», RECIENTEMENTE CELEBRADO EN MADRID, POR CUYA BRILLANTISIMA Y EFICAZ ACTUACION FUE OBJETO DE UN HOMENAJE POR PARTE DEL «INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA», AL QUE ASISTIERON CON LAS AUTORIDADES CULTURALES ESPAÑOLAS DESTACADAS PERSONALIDADES DEL MUNDO INTELECTUAL Y DE LA ALTA SOCIEDAD MADRILEÑA.

La sardana se baila en la calle

El anillo de la sardana a vista de balcón resulta un bello y simbólico espectáculo. ¿Qué mejor política de buena vecindad que la de las manos que se unen al conjuro de la típica danza catalana?



↑ Sobre la simetría del adoquinado ciudadano, los sardanistas bailan con ceremoniosidad, respetuosamente, ante la mirada de los espectadores que se han detenido complacidos, como un jurado calificador que actuara de incógnito.

LA sardana es la danza más popular de Cataluña. Pueden bailarla un número indeterminado de bailadores, unidas las manos y formando un anillo. Se ignora el origen de la sardana. Mientras algunos nos hablan de reminiscencias de una danza griega, otros argumentan que procede de la isla de Cerdeña, donde en épocas remotas se bailaba durante el tiempo de la siega, o bien en las fiestas agrícolas a Ceres consagradas.

Las mejores sardanas se bailan en el Ampurdán, en la provincia de Gerona. Generalmente es danza de exterior, para ser bailada a la sombra de los árboles durante el verano y en las soleadas plazas pueblerinas en las fiestas de invierno.

Pep Ventura es quien amplió la orquesta y contribuyó a infundir mayor extensión a esta danza.

En la actualidad se bailan en Cataluña muchas sardanas y el nivel técnico del sardanista aumenta de día en día.



Arriba, en el recuadro: Dos elementos de la «cobla» en plenas funciones. El tambor marca el compás de la sardana, auténtica brújula para los ejecutantes y para los que interpretan los ritmos cambiantes de la danza.

↑ Junto a la barcelonesa Basílica del Pino, los sardanistas siguen el ritmo de la danza con los brazos extendidos y unidas las manos. Obsérvese que en este instante, la punta del pie izquierdo marca el compás.

Jóvenes y viejos, gente sencilla y hombres de elevada posición, universitarios y modistillas, el todo Cataluña ↓ en suma, se fusiona y hermana cuando llega el momento de bailar a los acordes graves de la «cobla».

LA SARDANA

Por MANUEL AMAT

(ILUSTRACIONES DE RICART)



Cuando el poeta provenzal Federico Mistral vió danzar la sardana en 1868, en ocasión de visitar Cataluña, su opinión vino a sumarse al general criterio emitido por doctos ensayistas. Que no era otro que el de atribuir a la sardana procedencias de la antigua Grecia, derivada de otra danza aun más primitiva. El agudo escritor y eminente folklorista catalán Aurelio Capmany afirma que seguramente Mistral dejóse llevar por el recuerdo del poema homérico *La Ilíada*, en donde se describe una danza (canto VIII) en los términos que siguen reproducidos a continuación: «mancebos y doncellas hermosas, cogidos de la mano, se divertían bailando... Unas veces, moviendo los diestros pies, daban vueltas a la redonda con la misma facilidad con que el alfarero aplica su mano al torno y lo prueba para ver si corre, y en otras ocasiones se colocaban por hileras y bailaban separadamente. Gentío inmenso rodeaba el baile y se holgaba en contemplarlo.»

Otra versión señala como origen de la sardana el culto que las civilizaciones antiguas rendían al movimiento de los astros, especialmente al Sol que—sigue afirmando Capmany—de Oriente a Occidente muévese a diario con regularidad en forma circular, movimiento que se ha supuesto dió origen y forma a la sardana primitiva. Otro poeta, Juan Maragall, ha dicho: «Sacerdotes los llamaríamos de un culto, que con mística danza vienen y van, llevados por un oculto simbolismo... Tal vez en otros tiempos los haces de trigo eran el punto central de la rueda con que los segadores festejaban a la pródiga Ceres, saltando y bailando.»

Son tantos y tan remotos los argumentos y deducciones que podrían ser invocados al respecto, la luz capaz de iluminar este misterio del origen de la sardana tan generosa en diversidades se nos muestra, que a nadie habrá de extrañarle que los catalanes andemos como cegados en tales resplandores, víctimas más bien por exceso de verosímiles versiones que por defecto.

Nadie podrá negarnos, junto a la antigüedad de su punto de partida, la serena majestad que la informa, el clasicismo que gravita en todos los ángulos y momentos de la sardana y esa su condición de hermanar manos y corazones, creando el sublime y majestuoso capital humano de los danzantes en acción.

Si bien la sardana se baila en todas las provincias catalanas, los verdaderos maestros de ella son los gerundenses y, apurando aún más, las comarcas del Ampurdán y de La Selva. Ello ha dado motivo a dos formas distintas de bailar la sardana, como si dijéramos ha originado dos escuelas. El «ampurdanés» baila en dirección hacia la izquierda, mientras el «selvatán» lo hace hacia la derecha. Cuando en un mismo anillo coinciden bailadores afiliados a las dos escuelas, las discusiones se hacen tirantes y si bien jamás llegó la sangre al río, en más de una ocasión se vieron obligadas a intervenir las autoridades, prohibiendo las sardanas con el fin de evitar alteraciones del orden público.

La sardana se compone de pasos «cortos» y «largos», que distingue y subraya la melodía con peculiar matiz y colorido, o sea que el sardanista debe prestar gran atención a las notas de la cobla si no quiere embarullarse y perder el compás. El sardanista raramente puede distraerse e iniciar un coloquio con sus vecinos, habida cuenta que en cada bailador se exige un cierto despierto sentido de la aritmética coreográ-



fica. Primero se debe contar cuántos compases contiene cada una de las melodías, equivalentes a igual número de pasos en el baile, y en segundo lugar, repartirlos de modo que terminen al par de la música. «Lo que sería muy sencillo—advierte Capmany—a no mediar las reglas de la sardana, que le obligan a principiar el baile en dirección a la izquierda y terminarlo en igual sentido, y a no poder ejecutar menos de dos pasos seguidos ni más de cuatro, exceptuando los casos en que la música tenga un número impar de compases, y entonces se permite hacer tres pasos, pero ello únicamente al final de la última parte.» Aun hay más: dos compases de música llamados «contrapunto», ejecutados por el caramillo, no deben bailarse. Los que contemplando a varios grupos de sardanistas pendientes de los compases de la cobla, sonríen escépticamente ante la aparente monotonía de una danza que imaginan rutinaria y ajena a toda preocupación técnica, están muy lejos de sospechar el rigorismo que rige e inspira su perfecta interpretación.

Regularmente cada grupo cuenta con un jefe o director encargado de asumir la buena marcha sardanística general. En voz alta advierte la entrada a los puntos «cortos» o «largos» y conduce a buen puerto la nave del conjunto con inteligente pericia.

Las sardanas han de ser bailadas alegremente, pero sin extremar la nota. En la provincia de Gerona la sardana bailada se caracteriza por una cadencia sosegada y solemne. Llega a unificar el salto, que no debe ser alocado ni deportivo, sino algo muy parecido a la gracia saltarina de los gorriones. En Barcelona, de forma acusadísima en la capital, se baila la sardana con una vivacidad apasionante, impetuosa, saltándola atléticamente durante el discurseo arrebatador de la cobla.

El paisaje ampurdanés, tan suave y fino, vacuna a los sardanistas de tales arrebatos. ¿Será que el aire del país llega al fondo de los instrumentos de viento inundándolos de gracia? «Estos hombres tienen el gran soplo al aire libre y—explica el escritor ampurdanés José Pla—además saben caer y naufragar dulcemente en el acorde de vaguedad.»

Las coblas de sardanas más famosas y perfectas continúan afincadas en el Ampurdán y en La Selva. La orquesta de La Bisbal, la de Cassá de la Selva, la de Torroella de Montgrí, siguen detentando la supremacía musical.

Pep Ventura fué un músico considerable. Tocaba la tenora por estos pueblecitos de Dios, luciendo un bigote lacio, unos ojos hundidos, amarillento el rostro. *Pep* Ventura escribió más de cuatrocientas sardanas y «a él se debe el tránsito del magro contrapaso a la sardana larga, que ha quedado desde entonces como una forma modélica.»

Las sardanas de Ventura aguantan el paso del tiempo, se han hecho inmarchitables. Al decir de los entendidos—uno no lo es—, el punto más alto a que llegó el artista fué la melodía del *Cant dels ocells*, que en opinión de Strawinsky y de Wanda Landowska es la melodía más grande que existe.

Otro gran personaje debe citarse inexcusablemente en cualquier ensayo sobre la sardana. Me refiero al maestro Garreta que irrumpió en un momento de decadencia completa de la sardana con varias composiciones maravillosas. Su sardana *Juny* es una pieza de antología. Desde luego el maestro Garreta fué discutido con vehemencia. Algunos le acusaron de haber compuesto sardanas wagnerianas, excesivamente trabajadas, más propias para concierto que para ser bailadas. El relojero de San Felíu de Guixols no dió el cuello a torcer, y al morir nos legó una colección de sardanas en las que revive el milagro de su «música meridiana, solar, saturada de exaltación y de placer».

Sobre la impresión que produce la música de la sardana en general, se conocen observaciones notables y curiosas. El insigne pianista inglés Haralod Bauer afirmó: «¡La Sardana! No conozco nada semejante. Vuestra danza es una suprema armonización de los ritmos individuales. Traduce un deseo colectivo, el más noble y el más elevado. No creo que exista una expresión artística más directa, total y profunda. Posee todo lo que las danzas más notables, y algo muy propio, que la coloca por encima de todas. Ceñida con gravedad impresionante, ondula saturada del placer de la vida, llena de ritmo, de gracia, pero también de voluntad, de pensamiento.»

La difusión de las sardanas es un fenómeno que no creo que pueda discutirlo honradamente nadie. En Cataluña se bailan en la actualidad con creciente devoción, los concursos aumentan, se observa una corriente de preocupación constante en favor de esta danza, se publican guías del sardanista y cada domingo descubrimos infinidad de audiciones de sardanas en los parques y avenidas de la ciudad.

Desde que en 1929 se publicó un libro de Mr. John Largdon-Davies, titulado *Dancing Catalans* (Jonathan Cape, editor, Londres), numerosos volúmenes se han ocupado en el mundo de la literatura de la más popular de todas nuestras danzas catalanas. «Es un tema—escribió José Pla en las páginas de *Destino* el año 1949—para una mentalidad superior, porque plantea una encrucijada de valores plásticos, populares y reflexivos verdaderamente excepcional.»

La sardana, bailada o bien de concierto, siempre que ha atravesado la frontera ha suscitado una corriente de simpatía considerable. La gente queda, de buenas a primeras, un poco desconcertada ante el general estrépito de los instrumentos. No aciertan a dar con una argumentación potable que les explique la irrisoriedad numérica de la cobla, irrisoriedad que no guarda la más remota relación con la densidad musical, con el volumen de sonoridad obtenido.

Si usted ama las danzas populares y no conoce el mecanismo complejo de la sardana véngase a Cataluña, y a poder ser en los dos pueblos que la bailan mejor: la Escala y San Pedro Pescador.

Antes, será conveniente que se compre usted unas alpargatas blancas a fin de poder pasear cómodamente por la plaza mayor del pueblo, o bien errabundear por el paseo que se extiende junto al mar. Las sardanas exigen, para ser observadas, holgura de movimientos, libertad de acción, luz y pinceladas propicias.

Así, poco a poco, irá usted descubriendo todo el encanto y oculto sabor de la sardana. Y una vez en posesión de este secreto, podrá usted decir con razón que el alma de Cataluña, romántica y sensual, aleteó sobre su mano, ligera y grácil como una caricia...



ANTOLOGÍA de BARCELONA

Por LUIS MARSILLACH

(ILUSTRACION DE UBIETA)

Este año, con las calles de Barcelona llenas de turistas, muchas veces he dado en pensar que me gustaría ver la ciudad con ojos de forastero, con mirada nueva, con gozoso descubrimiento de las cosas. Pero yo no me puedo crear una visión inédita de panoramas que llevo en el alma, que se me fueron, desde la infancia, metiendo corazón adentro. Son tan míos, estoy tan saturado de ellos, que puede decirse que no los veo. Los siento, los vivo, me penetran, me absorben, pero apenas los veo. ¿Es bonita mi ciudad? ¿Es alegre? ¿Es, por el contrario, triste y monótona? Yo estoy convencido de su belleza y de su alegría, mas puede engañarme el amor y hasta la costumbre.

Por esto me he refugiado, una vez más, en mi biblioteca, en busca de doctas y serenas opiniones. Mi biblioteca, amigos míos, es modesta. Por otra parte, yo no soy un erudito. Me gusta descubrir, no investigar. Ni siquiera sé dónde estará el libro que necesito en un momento determinado. Mi rebusca entre los libros tiene siempre un poco de aventura, de sorprendente periplo por un mundo desconocido que me depara de continuo la emoción inefable de un hallazgo feliz. Libros, palabras, ideas, todo anda revuelto y se me ofrece al acaso caprichosamente. Yo sé que muchos de mis escritores predilectos han hablado de Barcelona, han expuesto las impresiones de su visita a la ciudad: *Azorín*, Baroja, Ortega y Gasset, Maurois, Pirandello... Pero, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿a propósito de qué? No me pidan ustedes demasiado. No dispongo de fichas y es flaca mi memoria. Wells, Chesterton y Keyserling estuvieron en Barcelona y yo mismo recogí de sus labios sus impresiones de la ciudad. Se me olvidaron. No creo, después de todo, que importen mucho. Fueron, naturalmente, opiniones amables y bastante superficiales; incluso estuvo gentil Wells, pese a que andaba aquellos días de muy mal humor y acabó marchándose sin despedirse de nadie.

De todos modos yo he hecho una pequeña rebusca por entre mis libros y les voy a dar cuenta del resultado, presentando a ustedes mis escusas por lo incompleto y arbitrario del mismo. Cada uno es como Dios le hizo, y ojalá no hubiese más desorden en mi espíritu que en mi menguada biblioteca.

Parece obligado comenzar con Cervantes, ya que las frases que dedicó a Barcelona constituyen el «slogan» propagandístico de la ciudad y todos los barceloneses se sienten justamente orgullosos de haber merecido el elogio de genio tan preclaro. Dicen así los textos cervantinos:

«*Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única.*» («Don Quijote», 2.ª parte, cap. LXXII.)

«*... de modo que llegaron a Barcelona poco antes que el sol se pusiese. Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.*» («Las dos doncellas.»)

Tampoco los barceloneses podemos pedir satisfacción más cumplida. Veamos lo que han dicho otros claros ingenios españoles, de los que excluyo a los catalanes, quienes, como yo mismo, sienten a su tierra más que la ven, la aman más que la comprenden, o así puede ser. El documento más antiguo de que dispongo es la «Crónica de los Reyes Católicos», de Hernando del Pulgar, que dice en el capítulo CIII de su segunda parte:

«*Como el Rey é la Reyna fueron a la cibdad de Barcelona, luego entendieron en los negocios que se habían de contratar en la Cortes de aquel Principado... Esta cibdad en los tiempos pasados fué tan bien governada por los principales que tenían cargo de su regimiento, que florecía entre todas las cibdades de la cristiandad; é todos los moradores della gozaban de seguridad de sus personas é bienes, é de grand abundancia de las cosas necesarias a la vida. E por la buena industria e justa comunicación, igualmente guardada también a los estrangeros, como a los naturales, algunas personas de otras partes remotas, informadas de su buen regimiento, traían a ella sus bienes, a fin de vivir en paz é seguridad; lo qual la engrandeció é fué populosa, é aun poderosa de gente é riquezas.*»

Cristóbal de Virués, en su «Historia del Monserrate», dejó escrito:

«*Monserrate, señor, la alta montaña*
Cuyas grandezas gustas que te cuente,
Tras el suceso de mi vida extraña
Que he referido ya sumariamente,
Está situada en la feliz España,
Casi en el medio de la noble gente
De que es cabeza Barcelona ilustre,
Grande ciudad, de gran riqueza y lustre.»

Es interesante recoger unas líneas de la «Historia de los victoriosísimos condes de Barcelona», debida a la pluma de Fray Francisco Diago, escritor del siglo XVI, sobre todo porque contiene la opinión de un poeta latino. Se lee en el folio X del libro I:

«*Puerto de Barcelona. Este puerto era importantísimo, porque los vientos que hacen mayor guerra a la playa de Barcelona son el Xaloque, Levante y el de Mediodía y los medios entre estos dos; y de todos ellos guardaba y defendía a los navíos con la sombra del monte. Por eso lo llama seguro el poeta Aviano en los siguientes versos (latinos)... Que en versos castellanos quieren decir:*

«De asiento gozan ameno
los ricos barceloneses,
pues allí hay puerto muy bueno
que guarda de los reveses
de fortuna en su ancho seno;
Y humedecen a la tierra
dulces aguas que la sierra
le da siempre en abundancia,
y con ellas tal ganancia
que a la pobreza destierra.»

El escritor alcoyano del siglo XVII Jaime Jordán dice en su «Historia de la provincia de la Corona de Aragón:

«*Una de las más famosas, ricas y nobles ciudades de España es la excelentísima ciudad de Barcelona.*»

«*En esta, pues, nobilísima y antiquísima ciudad...*»

«*La regla de nuestro padre Agustín halló tan buena acogida en los corazones de los catalanes, y fué tan bien recibida de ellos, que no la tuvo mayor en ninguno de los otros reinos de España, que en el principado de Cataluña...*»

Fray Antonio de Santa María, natural de Cuenca, que floreció en el siglo XVII, nos cuenta:

«*... y entraron victoriosas nuestras banderas dentro de Barcelona el mismo día que se rindieron y entregaron, que fué a doce de octubre, día de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza... El gozo, los festejos y alegrías que hubo dentro de Barcelona aquellos días fueron iguales a las ansias con que deseaban verse libres del pesado yugo de los franceses, y predominarse de su rey piadosísimo Felipe IV, que tanto los había estimado en todas las edades, haciendo de ellos la mayor confianza que en jamás hizo rey de sus vasallos; esta verdad se comprueba con lo que le sucedió al rey nuestro señor en Barcelona. Salió en una ocasión al campo sin su guarda, y haciendo el reparo un Conseller, le dijo: «Señor, ¿cómo sale Vuestra Majestad sin guarda?». Y respondió: «En Cataluña, y más en Barcelona, no necesita mi persona de guarda.*»

Lope de Vega menciona a Barcelona, que yo sepa, en tres obras: «El Peregrino en su patria», «El catalán valeroso» y en el «Laurel de Apolo». En este último trabajo leo:

«*Parece que esperando el claro Segre,*
en la puerta de España, Barcelona,
y el Rubricato alegre,
adonde el mar corona
la playa de corales,
a don Francisco Tamarid me ofrecen,
Ausias de los doctos provenzales
y de los catalanes generosos,
marciales y estudiosos
(que no implica a las ciencias ser marciales)
que en una y otra lengua la enriquecen.»

¿Y Gracián? ¿Qué dice Gracián, mi dilecto Gracián? Encuentro una referencia en «El Criticón». Este libro maravilloso ofrece una imagen sombría del mundo. No hay que esperar, pues, grandes y encendidos elogios. A la sabia Artemisa le ofrecen sus consejeros varios lugares de grato y tranquilo refugio, pero por ninguno se decide. En cuanto a Barcelona, *«aunque rica cuanto Dios quería, escala de Italia, paradero del oro, regida de sabios entre tanta barbaridad, no la juzgó por segura porque siempre se ha de encaminar por ella con la barba sobre el hombro»*.

Como la cosa no queda muy clara que digamos, copiaré otro pasaje del mismo libro:

«—Ahí aun podría ser, que los catalanes saben ser amigos de sus amigos.

—También son malos para enemigos.

—Bien se ve, piénsanlo mucho antes de comenzar una amistad, pero una vez confirmada, hasta las aras.

—¿Cómo puede ser esto, instó un forastero, si allí se hereda la enemistad y llega más allá del caducar la venganza?

—Y aun por eso, respondió, que quien no tiene enemigos tampoco suele tener amigos.»

Magnífica frase y sutil interpretación del alma catalana. Mas pasemos a los escritores españoles modernos. Empezaré por uno de benevolente voluntad: don José Zorrilla. El autor de «Don Juan Tenorio» hizo frecuentes visitas a Barcelona, donde tenía grandes amigos. La última la efectuó en las postrimerías de su vida, cuando ya contaba sesenta y cuatro años. En esta ocasión escribió una larga poesía dedicada a cantar a Barcelona y Valencia. La composición es mala y el propio autor lo reconoce. Por respeto a la gloria de tan insigne vate, no la reproduzco. Copiaré sólo un trozo pequeñito:

> «*Barcelona, valiente, ruda payesa,*
> *con timbres y con fueros de gran señora,*
> *cobra, teje, cultiva, destila, pesa,*
> *funde, lima, taladra, cincela y dora...»*

La llama también *«muchacha alegre de la montaña, sana, robusta y ágil»*, *«reina del mar Tyrreno»* y *«águila de vuelo altivo»*.

Veamos la opinión de un escritor de más difícil conquista espiritual: Miguel de Unamuno. En «Por tierras de Portugal y de España», escribe don Miguel:

«Es innegable que Barcelona es una hermosa ciudad, con un ensanche espléndido, con calles y avenidas realmente suntuosas y realzadas por fachadas magníficas, de un lujo deslumbrador.» (Aquí los epítetos consagrados son inevitables, pues se trata de una hermosura también consagrada). Y en «Andanzas y visiones españolas» hace suya la opinión del catalán Juan Maragall: *«Nadie acaso ha caracterizado mejor a Barcelona que uno de sus más ilustres hijos, uno de los que mejor la conocieron y amaron, un hombre singular, Juan Maragall. Los que no conozcáis el catalán no tenéis sino leer en sus poesías la «Oda nova a Barcelona». Allí está retratada de mano maestra la ciudad fachendosa y «fachadosa», alegre y voluble, ligera y pomposa»*.

A través de un vasco, y de un vasco que la hace suya, bien puedo recoger la opinión de un catalán insigne.

De los vivientes elijo, por la estimación que le profeso y también, todo hay que decirlo, por tenerlo muy a mano, a Eduardo Aunós. Para Aunós, el espíritu de la ciudad, traicionado después momentáneamente por un postromanticismo racionalista, es romántico. *«Barcelona, ciudad esencialmente medioeval*—escribe en «Hombres y ciudades»—, *halló en el romanticismo su expresión más genuina y auténtica... El ambiente romántico (con incondicional admiración hacia las instituciones, el pensamiento y la literatura del medioevo) logra inundar la ciudad de grandes aspiraciones y le da el decoro y prestancia que emergen de obras tan admirables como la Plaza Real, los pórticos de Xifré y el monumento al almirante Galcerán Marquet»*.

Contra el criterio, influído por la bohemia literaria de París, de un Santiago Rusiñol, Aunós considera que el «senyor Esteve» fué un romántico, aunque con un gran sentido práctico, y dentro del *«íntimo designio imperial e hispánico de la ciudad»*. Me parece que este punto de vista será el que acabará prevaleciendo. He de advertir que he recogido también párrafos de «Estampas de ciudades».

Recogeré ahora algunas opiniones de viajeros y escritores extranjeros. Andrés Navagero, político veneciano, historiador y poeta, visita la ciudad en 1525 y en una carta escrita desde Barcelona a Ranucio, escribe: *«Barcelona è bellissimo sito. Ha gran copia di giardini bellissimi, di marti ed aranci, è nodri. Le case leccone è comode fabricate di pietra e non di terra»*.

En 1512 llega a Barcelona otro ilustre italiano, esta vez florentino, Francisco Guicciardini, quien resume así sus impresiones: *«En resumen, la ciudad es bella y notable por los edificios, por el mar que la bate precisamente junto a la lonja de los mercaderes; por las calles bellas en lo referente a limpieza y regularidad de las construcciones; pero estrechas, por ser deleitable gracias a sus jardines bellísimos y de muchos naranjos; por estar bien poblada y aun rica; y si no hubiese discordias suyas propias, quietísima»*. Y el florentino añade: *«De todos modos, si el amor no me engaña, no es ciudad comparable a Florencia...»*

Stendhal, en 1837, en el penúltimo capítulo de «Memoires d'un touriste», cuenta que llegó a Barcelona concertado con un arriero de Perpignan y sobre un carrito de verduras. Pasó veinticuatro horas en la Ciudad Condal y le gustó sobremanera la Rambla, «joli boulevard», que compara con el Paseo de los Tilos, de Berlín. Afirma que la ciudad se parece a Milán.

De «Viaje por España», de Teófilo Gautier, es el siguiente párrafo: *«Barcelona se parece mucho a Marsella, no advirtiéndose en ella apenas el tipo español. Los edificios son grandes, regulares, y si no fuese por los anchos pantalones de terciopelo azul y las barretinas rojas que usan los catalanes, podría uno creer hallarse en una ciudad de Francia. A pesar de su Rambla bordeada de árboles y de sus hermosas calles tiradas a cordel, el aspecto de Barcelona es un poco afectado y rígido, como todas las ciudades que se hallan circundadas por fortificaciones»*. Esto se escribía en 1840.

Veamos dos opiniones de escritores franceses más modernos. Camille Mauclair escribe en «La espléndida y áspera España»:

«La inmensa ciudad fundada por Amílcar Barca desarrolla sus espaciosas avenidas y sus dársenas en medio de un círculo de mar y de montañas, en uno de los sitios más bellos de Europa. A la primera mirada me conquistó». Añade que vió Barcelona desde Montjuich y que lo que vió era muy hermoso, admirando lo que *«con más justicia que Amberes, puede llamarse «la nueva Cartago»*.

También dice: *«Hacía el viaje por admirar a la España antigua, y con todas las predisposiciones de un apasionado del arte contra una ciudad industrial y mi «antiguofilia» desconfiaba de los atractivos de su progreso y del maquinismo; pero allí percibí todos los esfuerzos, todas las aspiraciones de un pueblo que ha vuelto a aprender la disciplina sin perder ninguno de sus entusiasmos, y cuyo despertar logra, merced a los métodos nuevos, un resultado magnífico»*.

Y Paúl Valery: *«No sabría decir hasta qué punto he quedado impresionado por la actividad intelectual de la capital catalana. Barcelona es, sin duda, actualmente, el único gran puerto de Europa de una vida intelectual comparable a la vida industrial y comercial»*.

Para terminar, dos opiniones americanas: Mr. Claude G. Bowers, embajador de los Estados Unidos en tiempos de la Exposición Internacional de Barcelona, escribió sobre esta ciudad:

«Todos cuantos vienen de los Estados Unidos están seguros de que la ciudad de Barcelona ha de causarles la mejor impresión, puesto que todos sabemos es una de las ciudades más adelantadas de Europa. Sin embargo, yo no esperaba encontrar la singular combinación de cualidades que la hacen tan bella. Los barrios antiguos, con sus calles pintorescas y monumentos que estimulan la inspiración; la parte moderna, con sus majestuosos paseos y amplias calles, las montañas y el mar, y los bellos alrededores con hermosas carreteras con frondosos árboles, en conjunto influyen en cualquier temperamento. En una palabra, estoy encantado de Barcelona.»

Y cierro con unos versos del poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade:

> *«Barcelona sale al mar*
> *con chimeneas de hierro*
> *y sardanas de cristal.*
> . . . .
> *Vestida de claridad*
> *y escoltada de gorriones*
> *la Rambla se marcha al*
> *(mar.*
> . . . .
> *Ha inventado Barcelona*
> *una sardana que bailan*
> *las chimeneas en ronda.*
> *Sardanas de humo azul*
> *con pausas de mar me-*
> *(dido*
> *y palmoteos de luz.»*



EL BARCELONÉS HOY SOBRE POCO MAS O MENOS



POR JAIME ARIAS

(ILUSTRACIONES DE EVARISTO MORA)

El barcelonés, hoy, es un hombre de su época y de su circunstancia. Responde a las definiciones de hombre moderno, occidental y mediterráneo. El bañarse en el mar latino le proporciona la ilusión de la coeternidad. Cuando menos, la experiencia del «gato viejo». Lo mismo se familiariza, al nacer, con el mar y con el monte, que le es dado distinguir una columna romana, un arco gótico y el último modelo de «Cadillac». Es un sér documentado para arrostrar los azares de esta mitad del siglo XX.

● Una de las obligaciones del barcelonés es la de siempre recordar y nunca desmentir lo que de su ciudad dijo Cervantes: «Archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única.» Aunque sólo fuera por gratitud, el barcelonés siéntese profundamente cervantista. Lo que no quiere decir que sea quijotesco ni pancista. Los bordea. El barcelonés es un filósofo práctico.

● El barcelonés es madrugador. A las nueve de la mañana todo el mundo está en su puesto de trabajo. A las siete ya pueden verse legiones de trabajadores cruzar las calles de la ciudad, muchos con el bocadillo del desayuno bajo el brazo.

● El desayuno del barcelonés es incompleto si no se acompaña con el diario de la mañana. El barcelonés es voraz lector de periódicos. Y es que los periódicos son un poco espejo de su alma. De todo tiempo fueron ordenancistas, formales, conservadores y... cargados de anuncios. La actualidad mundial, de cuyo conocimiento alardea con frecuencia, le exige la inmediata lectura de las crónicas al estilo de Assía, Sentís, Massip o Luca de Tena. Considera indispensables además los comentarios que a diario le sirven Nadal en *La Vanguardia*, Acarreta en *Diario de Barcelona* o Roselló en *El Correo Catalán*. No todo han de ser amarguras y agradece que la intencionada entrevista de Del Arco, el chiste de Castanys, o el humor de Camba y González Ruano o el de Marsillach y Jiménez de Letang le amenicen el despertar. En *Solidaridad Nacional* tiene incluso la posibilidad de evadirse por los «cerros de Ubeda» con Santa Marina o con el reportaje sutil de Del Castillo. La actualidad madrileña interesa de manera que las crónicas de Armiñán o de sus émulos se siguen con asiduidad. La lectura del periódico suele interrumpirse hasta el mediodía, pero las amas de casa y demás miembros de la familia se encargan de echar un vistazo a las notas de sociedad, a las necrológicas y a la sección de sucesos. (El «poder social» de un periódico barcelonés puede calibrarse por el número de esquelas que publica. Hay día en que *La Vanguardia* pasa de las treinta. «Lo lleva..., lo dice o lo he leído en *La Vanguardia*» se esgrime a menudo como argumento convincente.)

● Se almuerza en casa. Para el almuerzo se reserva el plato fuerte del día, todo lo suculento que permita el presupuesto. No hay tiempo para siestas, excepto cuando rigen horarios intensivos. Vuélvese al trabajo con premura. La tarde es más corta que la mañana y debe aprovecharse.

● Hay barcelonés que dispone de un intervalo para pasar un rato en el café. Pero en el café nunca se entrega a tertulias interminables. Al café (vacío en toda la mañana) el barcelonés puede ir con alguna frecuencia a discutir de negocios; de ordinario va en busca de un buen café o de algo que se le parezca. Con raras excepciones le da por las bebidas alcohólicas. La bodega no es antro de su devoción. La granja o la horchatería gozan en cambio de popularidad. El salón de té, prácticamente no existe. El baile puede decirse es una exclusiva dominguera o de noche de verano.

● El barcelonés es atildado; cuida su porte; presume de elegante. Es el mejor propagandista del paño catalán y del arte de sus sastres y modistas. Cualquier acontecimiento social barcelonés se caracteriza por la indumentaria de los asistentes. La etiqueta se impone con facilidad. En el ropero del barcelonés, el chaqué o siquiera el *smoking* son prendas que generalmente nunca faltan. El sentido práctico, en cambio, sacrifica en verano la elegancia por la comodidad. El traje de «mil rayas» o de similar paño arrugable se convierte en el uniforme del barcelonés.

● El atardecer es propicio al visiteo, al círculo, a las juntas de entidades de toda suerte o a las conferencias. Hay días en que puede escogerse entre más de una docena de conferencias sobre los temas más diversos tratados por los oradores más exóticos. Abundan las disertaciones de carácter científico-médico, por las que el

barcelonés es muy aficionado, aunque sólo sea debido a la admiración y respeto que suele profesar por los galenos. Excepto cuando se trate de una sesión organizada por «Conferencia Club», la asistencia es libre y gratuita. La conferencia es, por lo tanto, el espectáculo y entretenimiento más frecuente y barato. El barcelonés tiene la oportunidad de ahorrarse el aperitivo.

● Hemos topado con la palabra ahorro. El barcelonés tiene fama de ser tremendamente ahorrativo. Mientras pueda, no tiene más remedio que serlo. El barcelonés que no ahorra es hombre perdido. El que pretenda no ya alternar, sino simplemente exhibirse en sociedad con su consorte, debe, anualmente, disponer de sesenta a cien mil pesetas. El abono de un par de butacas en el Liceo, en el fútbol y en los toros, el pago de cuotas a un par de clubs, la suscripción a uno o dos diarios, a un par o tres de revistas semanales, los gastos de coche o taxis, justifican por sí solo importantes gravámenes.

● Pero no es esto sólo. El barcelonés debe ser fiel a la tradición. Hay que celebrar las onomásticas y los cumpleaños. Comprar los regalos de Reyes, las «monas» de Pascua; el tortel del domingo; la coca de San Antonio; las tortas de San Juan y San Pedro; los *panellest* del Día de Todos los Santos; el libro de la «Fiesta del Libro»; las palmas del Domingo de Ramos; los turrones, el pavo, los pollos y los décimos de Navidad; hay que hacer el Belén; hay que llevar a bendecir al perro, por San Antonio, y el coche, por San Cristóbal; hay que ir a los estrenos del Sábado de Gloria; a las verbenas de junio; al *reveillon* de Nochevieja; hay que contribuir a algunas de las «Fiestas Mayores»; hay que... Sí, hay que ir de veraneo, capítulo dolorosísimo para el bolsillo de cualquier cabeza de familia El veraneo significa viajar, y el barcelonés tiene la pasión del viaje. El que puedan decir que en su vida no ha pasado de Mongat le atormenta. El más modesto se ingenia para salir a las afueras. En bicicleta o en moto, por las carretras de Sitges, se llega hasta las costas de Garraf. En tren, por el litoral, hasta la Costa Brava. O, a espaldas de la misma Barcelona, a las Planas, La Floresta o Las Fonts, a hacer una «costellada» entre pinos. La meta obligada de los más acaudalados puede ser Madrid o Sevilla; Roma o París. El barcelonés viaja porque le pica la curiosidad por el mundo exterior. Estudia idiomas y consume mucha prensa foránea. (Cuando no poliglota, el barcelonés se considera bilingüe. Enrique Borrás, Bartolomé Soler o Ignacio Agustí son exponentes máximos, para ejemplo, de que el cabal conocimiento de castellano y catalán es compatible y no empaña buena dicción o redacción.)

● El barcelonés sabe también mirar al cielo. Tan alto como apuntan las torres de la Sagrada Familia. Cumple con el precepto dominical. Se suma a las grandes manifestaciones religiosas. Tiene un elevado concepto de la moral. Y, sobre todo, hace de la caridad un culto. Todo barcelonés contribuye a una obra benéfica. Los asilos de San Juan de Dios, de San Rafael, Durán, el Orfanato Ribas, el Hospital de San Lázaro, «Auxilio Social» viven de continuas aportaciones. Hospitales como San Pablo y el Clínico reciben continuas subvenciones de la Junta, a la que contribuyen casi todos los comerciantes. Del Arco puede interceder a favor de un caso de extrema necesidad desde su columna del *Diario:* Pérez de Olaguer, para los leprosos, desde *El Noticiero Universal:* Juan Viñas y el «señor Dalmáu», para los niños pobres y hospitalizados, desde «Radio Nacional»; Rubio, en demanda de estreptomicina, desde *Solidaridad Nacional*; la señora «Fortuny», desde «Radio Barcelona», o Soler Serrano, desde «Radio España», para el tuberculoso pobre..., no hay S. O. S. que quede sin respuesta. La «plus marca» del éxito en este género de llamadas al corazón del barcelonés corresponde al veterano periodista don Alfredo Romea, quien, con un reportaje publicado en *El Noticiero Universal*, obtuvo, allá por el año 1930, de un solo donante, un millón de pesetas con destino al Hospital Clínico.

● Directa o indirectamente, todo barcelonés está vinculado al deporte. En Barcelona son numerosos los médicos que fueron futbolistas o que son consumados motoristas; los jefes de empresa, ex-campeones; o los letrados que practican el *yatching*. El deporte es consubstancial con la vida barcelonesa. Hay caballero socio de seis o siete entidades deportivas distintas y que por puro romanticismo inscribe a todos sus nietos en cuanto nacen. El sentimentalismo deportivo llega a extremos inconcebibles. Una gran mayoría de barceloneses, sin necesidad de ser socios, son adictos del «Barcelona Club de Fútbol». Una derrota sonada del «Barsa» equivale a un día de luto. De las vicisitudes del «Barsa» depende la prosperidad de casi todas las publicaciones deportivas de la ciudad (una diaria, tres semanales y dos mensuales). La *Historia del Barce-*



lona, publicada con motivo de las Bodas de Oro, fué uno de los más grandes éxitos editoriales que se recuerda.

● El amor al arte contrabalancea ese descomunal amor al deporte. El barcelonés es principalmente melómano. En el Gran Teatro del Liceo se suceden anualmente una temporada de ópera, otra de conciertos cuaresmales y la de *ballet*. En una misma función se da el caso de que asiste toda una familia. Los padres, en la platea. La hija casadera, invitada en el palco de unos amigos. Y otro de los hijos, en el «gallinero» junto a los más entendidos. En el Palacio de la Música, el histórico «Palau», se dan hasta tres conciertos semanales. Los conciertos particulares, fruto de mecenazgos, son incontables. Las masas corales, Coros Clavé, Schola Cantorum, Orfeo Catalá, Orfeo Gracienc, Capilla Clásica Polifónica, etc., gozan de enorme prestigio y participan en ellas barceloneses de toda condición.

● Las sardanas, y sus mejores intérpretes, *coblas* y *esbarts*, atraen muchedumbres. La zarzuela y el cante jondo cuenta con público permanente en los teatros más céntricos de la ciudad. El *jazz* tiene sus fanáticos agrupados en torno al «Hot Club». En muchos hogares, la discoteca hace sombra a la biblioteca. Todos los instrumentos tienen adeptos. Los guitarristas y acordeonistas se agrupan en importantes asociaciones.

● De la música al arte pictórico y a la escultura hay un paso. *Anar a Llotja* durante mucho tiempo no significaba ir a la lonja de contrataciones, sino asistir a las clases de la escuela de Bellas Artes de San Fernando, alojada en aquel histórico edificio. El barcelonés continúa teniendo esta oportunidad tanto allí, como en el Círculo Artístico, como en la Escuela de Artes Decorativas. Los artistas de afición se cuentan a miles. Los expositores son casi tan numerosos. Los visitantes de salas de exposición suman unos diez mil por semana. Lo mismo que hay sastre actor teatral, hay también sastres y hasta porteros de hotel que son pintores.

● Si los museos, cual el de arte antiguo, poseen piezas únicas y de incalculable valor, no menos importante es el patrimonio artístico particular. Las colecciones privadas de arte rivalizan entre sí. El individualismo del barcelonés imprime allí su huella con su mayor fuerza. Imposible enumerarlas todas. Recordemos, cuando menos, la colección gótica Muntadas; de incunables de Mateu; de pinturas medievales de Plandlliure; de pinturas modernas de Fernando Riviere, de Alberto Puig, de Andréu; de miniaturas de Gomís; de vidrios de Macaya; de indumentaria de Rocamora; de tejidos antiguos de Viñas, y tantas otras únicas en el mundo.

● El coleccionismo barcelonés ha logrado reunir conjuntos tan excelsos, como el Museo Marés, legado en vida a la ciudad por el insigne escultor, o la biblioteca cervantina de Sedó-Peris Hencheta. A veces ha derivado en el archivismo práctico y utilitario, como en el caso singular y hasta sensacional en el periodismo de Miguel Capdevila, o en el del «Archivo Más», hoy traspasado a la Fundación Amatller de Arte Hispánico, institución que posee el más completo fichero documental de las obras artísticas españolas. El coleccionismo de sellos, que tiene un aspecto acusadamente interesado, tiene extensas ramificaciones. El «mercado» de sellos de la Plaza Real constituye, todos los domingos, un espectáculo *sui géneris*. Hay colecciones de sellos valoradas en varios millones de pesetas. También hay cantidad de coleccionistas de fajas de puros, agrupados en su respectiva asociación, coleccionistas de abanicos, de cajas de cerillas, de autógrafos, de tarjetas de visita, de barajas de naipes, de pipas, de barcos en botellas y de capicúas.

● Al amparo de todas estas aficiones han surgido y pululan toda una serie de asociaciones, a las que el barcelonés se complace en pertenecer. Hay asociaciones para todos los gustos. Las más poderosas suelen adoptar el amable título de «Amigos»: «Amigos de los Museos», de «la Ciudad», de «los Jardines». Los que tienen apellido zootécnico pueden agruparse en torno al «Arca de Noé»; los que se llamen Federico, en la «Asociación de los Federicos»; las «Nurias», con sus tocayas, y el que no encuentre asociación donde afiliarse le queda el recurso de fundar la suya propia.

● A todo esto, puede creerse que tantas asociaciones son pretexto para huir del hogar. Por encima de todo, el barcelonés es «amigo del hogar». A su casa y a los suyos dedica el mayor número de las veladas. La sobremesa se aprovecha para la lectura del periódico vespertino o la escucha de la radio, pendiente de las últimas noticias. El crucigrama es entretenimiento muy hogareño. También, el juego de naipes o el ajedrez.

● El cine o el teatro, una o dos veces a la semana, consumen el resto de la jornada, si es que el sueño no le rindió previamente, o si no se le antoja escribir una «carta al director» de una de las publicaciones locales, sobre los temas más diversos, especialmente locales.




Radio Paloma anuncio que el Diluvio ya acabó.


Causa al Arca gran contento tan fausto acontecimiento.


Y empiezan a discutir adónde tienen que ir.


Por consejo de una mona hacen rumbo a Barcelona.


Hallan en la Ciudad Condal un recibo colosal.


Por los del "Arca", el león saluda a los de Colón.


La bienvenida a Noé se la da el señor Ribé.


Y el alcalde y concejales la dan a los animales.


También la Diputación les hace gran recepción.


Y en honor al Patriarca se da una fiesta en Vallcarca.


Al amigo Cavall Bernat van a ver a Montserrat.


Como Noé "inventó" el vino, le invitan en "San Saturnino".


Pasan días y semanas gozando con las sardanas.


Vístense a precio de tasa en Sabadell y en Tarrasa.


Les encanta esta invención catalana, del porrón.


Guiados por un mochuelo, visitan el Paralelo.


Y lo encuentran tan ameno que se divierten sin freno.


Mas luego hay cola a diario en casa el veterinario.


Hacen tanto el animal que agotan el capital.


Y Noé, arruinado, se ve un día desahuciado.


Unos hallan colocación modesta en la Colección.


Otros van al bosque o al desierto, y Noé ve el cielo abierto.


A Joaquín Ciervo gustó el local, y lo alquiló.


Lo asea, quita la humedad, y funda esta Sociedad.


Al socio, tener es lo principal apellido de animal.


Y además, ser algo artista, buena persona y bromista.


El no hablar de religión ni política es condición.


Señoras y señoritas, en el Arca están proscritas.


Pues donde hay dos animales, la hembra es causa de males.


De todas las latitudes llovieron solicitudes.


Ciervo, activo e inteligente, busca un digno presidente.


Y se encuentra a Rusiñol, que estaba pintando al sol.


Aquel, con gran complacencia, acepta la presidencia.


La opinión, con gran calor, comenta tan buen humor.


Y su gracia y humorismo hasta incrementa el turismo.


Porque en fechas señaladas hace mil "animaladas".


Se abrazan y hacen buena miga con los socios de la Liga.


Hay "piensos" extraordinarios nutritivo-literarios.


Y exposiciones, famosas por sus firmas prestigiosas.


Y bailes de Carnaval de una gresca sin igual.


Y a los poetas "animales" premia en los Juegos Florales.


Cada año, en corporación, visita a la Colección.


Todo socio a su "pariente" le saluda amablemente.


Y así un día y otro día rinde culto a la alegría.


Noé ve muy complacido su testamento cumplido.


Y al fin el noble humorismo vence al fiero pesimismo.


El "pollastret" lanza al sol: "¡Gloria a Ciervo y Rusiñol!"


Y no olvides este axioma: "Serás feliz si haces broma."

"ARCA DE NOE"

Para el papá y el bebé

En tiempo del gran pintor don Santiago Rusiñol (o Ruiseñor), que fué el tiempo feliz o la edad de oro del humorismo barcelonés, se formó en la Ciudad Condal una «peña» extravagante, que aun perdura, a la que sólo podían, y pueden, pertenecer los señores que tuviesen apellidos zoológicos, tanto en catalán como en castellano. La «peña» se denominó, y se denomina aun, el «Arca de Noé» y tiene bastantes miembros, desde los «Conejo» a los «Cuervo», los «León», los «Caballo», los «Oso», los «Ciervo», los «Palomo», los «Lobo», los «Cordero», etc. Los miembros de la «peña» se reúnen periódicamente y dedican dinero a procurar pitanzas alimenticias a los animales del Zoo barcelonés. Al parecer todos ellos sienten especial predilección por los animales que corresponden a su zoológico apellido. A esta pintoresca «Arca de Noé» se refiere la hoja de «aucas» o aleluyas que reproducimos con graciosos dibujos de Opisso, el dibujante catalán dedicado especialmente a recoger aspectos graciosos y populares de las costumbres barcelonesas. El «auca», como elemento popular, es una tradición centenaria en la vida de la Ciudad Condal.

LA FAMILIA SISTACS

Valentín Castanys, conocido dibujante catalán, ha dado carta de ciudadanía en Barcelona a una familia, hija de su humor tanto como de su pluma. «La familia Sistacs» no sólo es saludada por cualquier catalán al abrir las revistas y periódicos y verla ir y venir en pintorescas historietas, sino que además hay momentos en que los personajes «Sistacs» hablan por la Radio, por boca de Castanys, contando sus propias peripecias. Ofrecemos en esta página una breve antología de «la familia Sistacs» y unos «monos» de la misma pluma.

EL PUNTO DE MEDIA

En este comedor tan ordenado, en el que cada objeto descansa sobre una labor de ganchillo, los miembros de la familia Sistacs, exceptuando la pequeña Saloniquilla, que a estas horas duerme en su cunita, esperan la hora de acostarse, entregados a sus respectivas tareas. Juanito garrapatea sus deberes de colegial sobre la mesa, esparciendo manchas de tinta sobre el hule y mordiendo el mango de la pluma cada vez que se atasca. El señor Sistacs lee el periódico, su esposa hace punto de arroz—veintiuno, veintidós, veintitrés...—y rezonga moviendo nerviosamente las agujas.

De pronto, Juanito, cansado de morder el mango de la pluma, que ya es una escoba, pregunta:

—Papá, ¿en qué se diferencia una secante de una tangente?

—¿Una secante de una tangente?...

El señor Sistacs pierde el sosiego. Estas preguntas de su hijo le ponen nervioso. El no puede confesar que ya no se acuerda, que ciertas nociones de geometría han huído de su memoria. Pero como semejante confesión dejaría mermada su autoridad de padre y su prestigio de cabeza de familia, opta por descargar un puñetazo sobre la mesa y exclama:

—¡Los niños no preguntan estas cosas! Los problemas debes solucionarlos con tu propio esfuerzo. Repasa la geometría y lo sabrás.

Juanito, amoscado, sigue mordiendo el mango de la pluma.

—¡Hola!—exclama el señor Sistacs—. ¡Caramba! ¡Es increíble!

—Treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta...—sigue contando su esposa.

El señor Sistacs, un poco molesto por no haber despertado la curiosidad apetecida, insiste:

—¡Nunca lo habría creído! ¿Sabes quién ha fallecido?

—Cuarenta y tres, cuarenta y ocho... Vas a conseguir que pierda la cuenta... ¿qué quieres, Juan? ¿Qué pasa?

—Que don Eulogio Llagostera ha muerto.

—Pero Juan, ¡si murió el año pasado!

—¿El año pasado? Claro... sí, la esquela es para recordar el aniversario.

—Cincuenta y tres ¡No! Ya he perdido la cuenta de los puntos que debía aumentar. ¡Ay, Juan, qué pesado eres con tus noticias!

El señor Sistacs ha sacudido nerviosamente el periódico y se ha encerrado en un mutismo impenetrable.

La señora Sistacs, por fin, ha conseguido resolver el problema de los puntos de aumento, ha llegado a la sisa y con un suspiro de satisfacción ha dejado las agujas en el bolso. Pero como la buena señora, en cuanto está dos minutos sin hacer nada, se fija en los detalles más insignificantes, ha empezado su retahila.

—Juanito, no pongas los pies en el asiento de la silla Y tú, Juan, no te restriegues las zapatillas. Oh, ¡qué olor a colillas! Juanito, has vuelto a manchar el hule. Mañana, para desayunar, tomarás leche en polvo, sin rechistar. ¿Por qué no cerráis la radio? Para oirla tan bajo podríamos ahorrar electricidad yéndonos a acostar.

—¿Quieres dejarme leer el periódico?—ha exclamado el señor Sistacs.

¡A dormir! Es la única manera de evitar la tormenta. En sueños, la señora seguirá contando ciento treinta, ciento treinta y dos, ciento treinta y tres...; el señor Sistacs tendrá un sueño agitado pensando en el irreparable aniversario de Llagostera y Juanito soñará con una gran circunferencia, en la que los radios, las secantes y las tangentes, bailarán una danza alocada.

Pero a media noche el llanto de la pequeña interrumpirá los sueños de todos y el señor Sistacs tendrá que levantarse a preparar el biberón de la pequeña.



EL HIJO DEL BIBLIÓFILO

—Este niño no hay manera de que se esté quieto en la cuna.

—Este niño es un incunable.



PISO MODERNO

—Aquí está el «hall», allí el «living», luego viene un saloncillo, la salita de música, la antecocina..

—¿Y dónde duermen?

—En el balcón.



LOS PRODIGIOS CRECEN

—Ha crecido mucho desde la última vez que vino.

—Sí. Si sigue creciendo así pronto no podrá dirigir una orquesta.

EL CAMBIO DE HORA

Juanito, como de costumbre, ha llegado tarde a cenar. El señor Sistacs, con la cabeza sepultada entre los pliegues del diario, ha mordido nerviosamente el palillo. La coliflor estaba helada, pero Juanito se la ha comido sin rechistar.

La señora Sistacs, por decir algo, exclama:

—El sábado hay que adelantar el reloj una hora.

—Sí—dice Salo—, cuando sean las nueve serán las ocho.

—¡No!—grita el señor Sistacs, asomando la cabeza por el periódico—. Cuando sean las nueve, serán las nueve.

—Serán las nueve, pero habrá luz, dice la señora.

—Habrá luz—refuerza Salo—, porque serán las ocho de ahora y las siete de antes.

El señor Sistacs empieza a impacientarse.

—No seáis obtusos. El día se divide en veinticuatro partes. Cada una de estas partes es una hora. Las seis de la tarde son las seis porque nosotros queremos que sean las seis.

La señora Sistacs no se deja convencer fácilmente.

—Así, según tu teoría, las doce del mediodía podrían ser las doce de la noche.

El señor Sistacs suda y se desespera.

—Pero, ¿no comprendes tú que el mediodía no puede ser la media noche?

—En Noruega, sí—murmura Juanito.

Emeteria, la sirvienta, que aguzando los oídos ha podido oír la conversación, se permite meter baza.

—Yo ya entiendo lo que quiere decir el señorito. ¡Ay, ay, ay!

—Sí, ahora están dando las doce; pues la semana próxima, cuando den las doce serán las trece.

El señor Sistacs no dice nada. La única que se atreve a ilustrar a Emeteria es Salo.

—No, Emeteria, no... Cuando sean las doce, dará la una.

—¡Ah!... Ya lo entiendo. Esta hora de más la darán suelta.

—¡No, no!... No es una hora de más. Son las mismas horas, pero adelantadas. El sábado, al irnos a acostar, correremos la aguja del reloj una hora.

—Ya, ya voy comprendiendo. Así, el domingo por la mañana, cuando den las ocho, yo no tengo que levantarme porque serán las siete.

—Sí, usted tiene que levantarse igual, porque lo haremos todos una hora adelantada.

Emeteria no se ha convencido, pero rezonga:

—Bueno, bueno, como ustedes quieran.

Juanito, que siempre está de chirigota, exclama:

—La única ventaja es que el domingo los trenes llegarán con una hora menos de retraso.

Parece que la cosa ya está solucionada, pero la señora Sistacs, que ha permanecido concentrada en sí misma, vuelve a insistir:

—En los países que viven apartados de la civilización y que no conocen el uso del reloj, ¿cómo hacen para adelantar la hora?

El señor Sistacs no responde. Se limita a lanzar unos bufidos y murmurar frases ininteligibles.

—Pero, mamá—exclama Salo—. En los países a que tú te refieres se guían por el sol.

—Y bien; pero en verano el sol se pone a las ocho y en invierno a las cuatro.

El señor Sistacs no puede más y estalla:

—¡Basta! Cambiemos de conversación. El sábado cada cual ponga el reloj a la hora que quiera. En casa no se notará porque todos venía a cenar a la hora que os da la gana. Si continuáis hablando del cambio de hora, nos haremos tal lío que será difícil saber en qué hora vivimos.

—Bueno, Juan, bueno, no te acalores—dice conciliadora su esposa—. No hablemos más. Yo, como mi reloj de pulsera adelanta cinco minutos cada día...

El señor Sistacs se tapa los oídos con las dos manos y se va a dormir.

NUMEROS SOBRE BARCELONA

POR BARTOLOME AMENGUAL

Tarea que requiere tiempo, cierta dosis de actividad, paciencia y resignación ante las posibilidades de error, es la de reunir datos estadísticos sobre multiplicidad y variedad de materias. Se me han pedido datos que proporcionen en números una idea de lo que es la provincia de Barcelona, y, sin acabar de darme cuenta de ello, y, en realidad, sin quererlo, me he encontrado comprometido a reunirlos y proporcionarlos a la Dirección de esta revista.

No se trata de un trabajo de rigor científico, sino puramente encaminado a proporcionar una idea, aunque sea algo imprecisa, de lo que es numéricamente la provincia de Barcelona en varias de sus actividades, siento algo acallados mis escrúpulos.

Situada al NE. de España, su extensión superficial es de 7.705 kilómetros cuadrados, que corresponde al 1,53 por 100 del total. Su costa es de 122 kilómetros de longitud, y, salvo la zona costera, su suelo es muy montañoso debido principalmente a las estribaciones de la cordillera pirenaica. La más importante cuenca hidrográfica es la del río Llobregat, cuyo aprovechamiento para la obtención de energía eléctrica ya no es posible superar. Aunque no tan aprovechada, debe citarse la del río Ter, que permitirá la instalación de pantanos, con sus correspondientes saltos de pie de presa.

Las únicas llanuras de relativa consideración son las del Llobregat y Besós, cercanas a la costa, y las del Vallés, Bagés y Panadés, en el interior.

Su clima es muy distinto, según las comarcas, y si bien es generalmente templado, durante el invierno no constituyen rareza las heladas en los días crudos, que aumentan a medida que las localidades están más cercanas a los montes pirenaicos.

Según la rectificación del padrón municipal de 1949, la provincia contaba con 2.236.716 habitantes, representando un aumento del 116,1 por 100 sobre el censo de 1900. El número de matrimonios en 1950 fué de 18.157—el 8,12 por 1.000 habitantes—; los nacimientos, 33.746—el 15,08 por 1.000—, y las defunciones, 23.127—el 10,33 por 1.000.

La población de Barcelona-ciudad era en 1950 de 1.301.992 habitantes.

El intenso desarrollo, tanto industrial como agrícola, de sus actividades, y la riqueza de sus minas, han hecho de esta provincia la de mayor concentración de riqueza de nuestra Patria.

Su agricultura da un elevado rendimiento a causa de la explotación intensiva de la tierra, la que da dos y hasta tres cosechas al año. No es posible aumentar la superficie cultivada—211.073 hectáreas—, por cuanto el labriego catalán ha llegado al máximo del aprovechamiento, a pesar de las condiciones difíciles e ingratas, que ha sabido superar. La diversidad del clima y de las condiciones del terreno permiten distintos cultivos, siendo sus principales productos la patata temprana—de la que, además de abastecer el mercado, se exportaban a Inglaterra, Francia, Holanda, Suiza y Bélgica 50.000 toneladas anuales—, verduras y legumbres —unas cien toneladas—, la lechuga "trocadero", de la que se ha exportado un millón de cajas, de 25 unidades cada una; la producción vitivinícola y, en especial, frutas y cereales.

La valoración del rendimiento durante el pasado año agrícola ha sido inferior a la de los años normales, debido ello a las adversas condiciones que han pesado sobre el campo y a la insuficiencia de abonos. A pesar de ello la renta ha sido de:

Tierra de secano:	179.483 Has.,	con un rendimiento de	820.558.500 pts.
" " regadío:	24.690 "	" "	" 507.413.000 "
Frutales:	6.900 "	" "	" 193.200.000 "
	211.073		1.521.171.500 "

Es posible el aumento del rendimiento mediante la transformación del secano en regadío. Se ha proyectado la construcción de siete pantanos —algunos de ellos ya están en construcción—, los cuales, con una capacidad útil aproximada de 178,21 Hm³, transformarán 19.166 Has. de secano en regadío y permitirán la producción, mediante los saltos de pie de presa, de 45.700.000 Kw./hora anuales. Su coste está presupuesto en 251 millones de pesetas, y el aumento en la renta anual de los productos agrícolas que se obtendría sería de 151.000.000 de pesetas.

No existe problema de distribución de la tierra, por cuanto es desconocido así el latifundio como el minifundio, correspondiendo un promedio de 5,53 Has. de tierra productiva por propietario o arrendatario.

GANADERIA

En lo que respecta a esta provincia, se conjuga la capacidad de los que explotan las actividades ganaderas con la facilidad de la venta de los productos que de ellas se obtienen. Su censo normal, cuando se dan las facilidades de importación de piensos necesarios, alcanza los siguientes efectivos:

Ganado caballar, 18.000; ganado mular, 14.000; ganado asnal, 4.000; ganado vacuno, 80.000; ganado lanar, 100.000; ganado porcino, 260.000; ganado cabrío, 55.000; gallinas, 900.000; pavos, 1.500; palomas, 22.000; patos, ocas y gansos, 40.000; conejos, 300.000; colmenas, 6.000. El celo de los ganaderos y su constancia en los cuidados profilácticos ha evitado el desarrollo de las epizootias.

SILVICULTURA

Las continuas talas de que han sido objeto los bosques hacen necesaria la repoblación forestal. En la actualidad, el suelo montuoso comprende:

Montes más o menos cubiertos de arbolado	100 000 Has.
" rasos	339.500 "
	439.500 Has.

Se ha efectuado el estudio para transformar, mediante la repoblación, el estado actual de los bosques.

La situación ideal a que se aspira es la de:

Pinos, 231.000 Has.; frondosos, 55 865 Has.; árboles de ribera, 10.000; matorrales y pastos, 142.635. Total, 439.500 Has.

Y si bien su coste alcanzaría los 176 millones de pesetas, el incremento anual que aquélla proporcionaría sería el de 53 millones.

MINERIA

En lo que respecta a la riqueza minera, ocupa esta provincia el tercer lugar entre todas las de España, siendo sus minas más importantes las de sales potásicas, que permitieron la obtención de 159.800 toneladas de K2O; las de lignito, con una producción de 391.000 toneladas, y las de caliza, para usos industriales, prácticamente inagotables, que han dado lugar al establecimiento de la industria productora de cementos, con una capacidad anual de 313.900 toneladas de cemento natural y de 688.800 toneladas de cementos artificiales.

En menor escala, durante el pasado año se han obtenido: fluorina, 4.250 toneladas; bauxita, 6.712 toneladas; cuarzo-silicio, 5.093 toneladas, y feldespato, 1.660 toneladas. La explotación actual de las minas está integrada por 84 concesiones productivas, que ocupan 12.630 Has. y dan trabajo a 7.249 obreros.

La valoración de los productos obtenidos de las minas es aproximadamente de 572 millones de pesetas.

ELECTRICIDAD

El potencial eléctrico es de 117.171 Kw., de los que 110.335 corresponden a centrales térmicas, que dan una producción de 163.586.213 kilovatios/hora, siendo necesaria la importación de flúido eléctrico desde otras provincias. Durante el pasado año se consumieron:

Producción hidráulica	30.752.775	Kw./h.
" térmica	171.077.090	"
" grupos electrógenos	67.350.171	"
	269.180.036	Kw./h.
Energía procedente de otras provincias ...	1.029.827.118	"
	1.299.007.154	Kw./h.
Cantidad que hubieran consumido en 1.º de enero sin las restricciones	1.380.000.000	"
DÉFICIT	80.992.846	Kw./h.

El porcentaje de la población que no dispone de luz eléctrica no llega al 1 por 100 del total de la provincia y corresponde a casas de campo diseminadas por la montaña.

INDUSTRIAS

Respecto a la industria alimenticia, sus capacidades de producción anuales se elevan a las siguientes cantidades:

Conservas vegetales, 24.000 toneladas; fábricas de harina, 366.120 toneladas; pastas alimenticias, 32.000 toneladas; chacinería, 35.400 toneladas; industrias lácteas, 8.280.000 litros de absorción de leche.

En cuanto a las industrias manufactureras destaca en primer lugar la textil, cuya distribución está concentrada a lo largo de los ríos Llobregat y Ter, y en Barcelona-ciudad y llanos del Vallés y de Vich.

El sector lana dispone de 225.662 husos de estambre, de 122.661 de carda y de 7.700 telares; el de seda, de 5.000 husos para hilados de rayón, de 131.657 husos para torcidos, de 20.042 telares y 6.613 máquinas textiles diversas; el del algodón, de 1.577.553 husos de hilar, de 239.515 husos de torcer y 59.435 telares; el de fibras diversas, 12.027 husos para hilatura y 590 husos para trenza para el trabajo del yute; 17.269 husos para el del cáñamo y 817 husos para el del sisal.

El número de asalariados en estas industrias asciende aproximadamente a 205.000.

En la industria siderometalúrgica la capacidad de producción de acero es aproximadamente de 61.000 toneladas, y su censo es de 70.000 obreros.

Se estima su producción en

57.000	toneladas	de acero.
60.000	"	de perfiles laminados.
13.000	"	de construcciones metálicas
800	"	de forja.

Esta industria construye locomotoras, motores Diesel, material eléctrico de toda clase, motores de aviación, automóviles, camiones, motores marinos y gran parte de la extensa gama de aparatos corrientes y de precisión que son necesarios en la vida moderna.

Durante el pasado año la industria química ha producido abonos (170.000 tons.), productos de la destilación del lignito (117.819 tons), aceites esenciales (2.350 kgs.), esencias destiladas (100.000 kgs.), jabón y detergentes (42.000 tons.), extracción de orujo (105.000 tons.), colas y gelatinas (7.350 tons.), barnices, lacas y resinas (23.000 tons.), estearina (2.000 tons.), anticriptogámicos (25.000 tons.), colorantes y pinturas (toneladas (48.360), celuloide (27.500 tons.), elevadas cantidades de productos farmacéuticos, cuya clasificación no es posible detallar por cuanto su diversidad no lo permite; productos fotográficos (500 tons. de papeles para fotografía, 520.000 metros de película cinematográfica y dos millones de carretes), gases industriales (7.605.000 m³.), carburo de calcio (6.340 tons.), agua oxigenada, 100 vols. (276 tons.), sales y pigmentos electrolíticos (13.986 tons.), etc.

La industria productora del papel y del cartón puede producir las siguientes cantidades anuales:

Papel de fumar y sedas y manilas, 6.000 tons.; papel corriente, 46.000 toneladas; papel de estraza y estracillos, 12.000 tons.; cartoncillo, 26.000 toneladas; cartones, 39.000 tons.; papel hilo, barba y filtro, 3.000 tons. La industria del curtido representa, respecto a la capacidad de la producción nacional, el 49 por 100 de la suela; el 13 por 100 de la guarnicionería, el 7 por 100 en el engrasado y el 47 por 100 en los cueros industriales. Esta industria ocupa cerca de 4.000 obreros.

La industria del vidrio hueco está integrada por 33 empresas, que en 1950 tuvieron una producción de 16.785 tons. En lo que respecta a la industria cerámica se fabricaron 152.500 piezas de loza, 7.879 de refractario, 8.200 de porcelana, 186.106 de tejas y 403.600 de alfarería.

Por lo que atañe a las empresas del ramo de hostelería, la provincia cuenta con 90 hoteles, 600 pensiones, 15 posadas, 2.689 restaurantes, 1.987 cafés y seis balnearios.

VIVIENDA

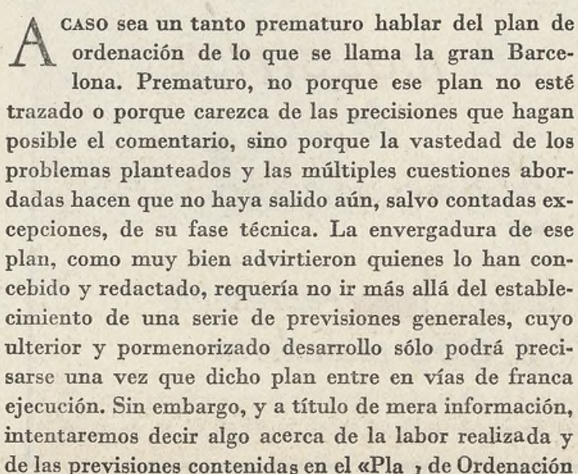
Finalmente, las viviendas en toda la provincia ascienden a más de quinientas veinte mil, y se calcula que existe un déficit de unas treinta mil.

HACIA LA GRAN BARCELONA

Los cálculos realizados sobre estadísticas demográficas demuestran que Barcelona aumenta su población en un veinte por ciento cada diez años. Este aumento, que convertirá a la gran capital mediterránea en una ciudad de cuatro millones de habitantes en el año dos mil, necesitaba un vasto plan de urbanización que le diese la suficiente capacidad receptiva para la instalación de las sucesivas oleadas demográficas. En el presente artículo encontrará el lector los datos y características del plan de urbanización de la gran Barcelona futura. Este proyecto, que ha encontrado su ideación y desarrollo en el Ayuntamiento de Barcelona, y concretamente en la persona de su Alcalde, el Dr. D. Antonio M. Simarro, va siendo ejecutado merced a la dinámica actividad del Teniente de Alcalde de Urbanización y Ensanche, D. Antonio Juliá de Capmany.

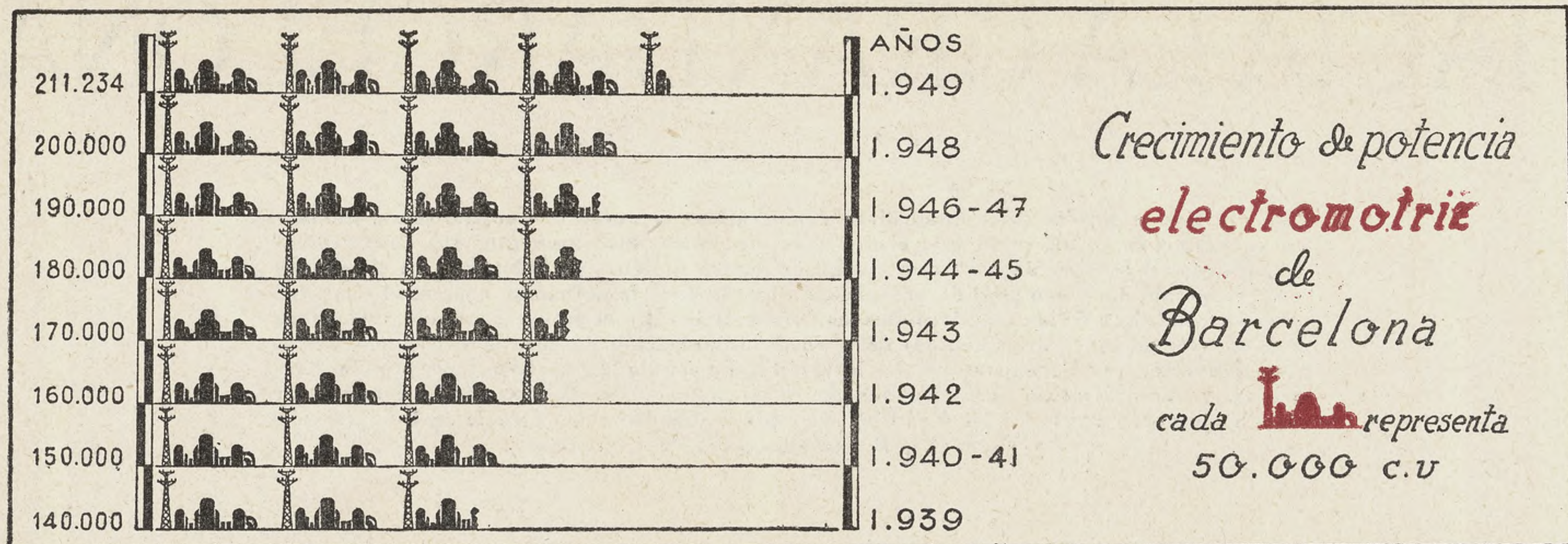
PLAN DE ORDENACION DE BARCELONA Y SU ZONA DE INFLUENCIA

GRAFICO DE CRECIMIENTO DE POBLACION



ACASO sea un tanto prematuro hablar del plan de ordenación de lo que se llama la gran Barcelona. Prematuro, no porque ese plan no esté trazado o porque carezca de las precisiones que hagan posible el comentario, sino porque la vastedad de los problemas planteados y las múltiples cuestiones abordadas hacen que no haya salido aún, salvo contadas excepciones, de su fase técnica. La envergadura de ese plan, como muy bien advirtieron quienes lo han concebido y redactado, requería no ir más allá del establecimiento de una serie de previsiones generales, cuyo ulterior y pormenorizado desarrollo sólo podrá precisarse una vez que dicho plan entre en vías de franca ejecución. Sin embargo, y a título de mera información, intentaremos decir algo acerca de la labor realizada y de las previsiones contenidas en el «Pla , de Ordenación de Barcelona y su zona de influencia», elaborado por la Oficina de Estudios de la Comisión técnica especial de Urbanismo, cuyo arquitecto jefe, don José Soteras Mauri, ha accedido amablemente a suministrarnos los datos y fotografías inéditos que ofrecemos a continuación.

Barcelona, como ciudad antigua, se ha ido formando sin plan previo, modificándose y engrandeciéndose en el transcurso de múltiples vicisitudes históricas. Desde la época romana, en la que su recinto amurallado abarcaba una superficie de poco más de diez hectáreas, hasta finales del siglo pasado, ya en plena industrialización, en que se amplía a más de mil quinientas, la ciudad se fué desarrollando a impulso de oleadas demográficas, sin otra contención al desorden de todo crecimiento espontáneo que la del Plan Cerdá, o del Ensanche—denominación ya de por sí alusiva a la perentoriedad de una descongestión—, que se empezó a poner en práctica durante la segunda mitad del siglo pasado. En contraste con este ir a remolque de los hechos, siempre ocasionado a derribos y rectificaciones de lo ya existente, el actual plan de ordenación se dirije a «encauzar el futuro desarrollo de los núcleos urbanos comprendidos dentro del ámbito geográfico de Barcelona, con una relación armónica de sus intereses urbanísticos y para un plazo no inferior a cincuenta años». En ambos extremos, el del ámbito geográfico y el de ese plazo de medio siglo que se señala, vienen a hallarse los límites en el espacio y en el tiempo de lo que haya de ser definitivamente la gran Barcelona. Es decir, que una vez alcanzados esos límites, con el incremento de la población que dentro de ellos cabe prever, la

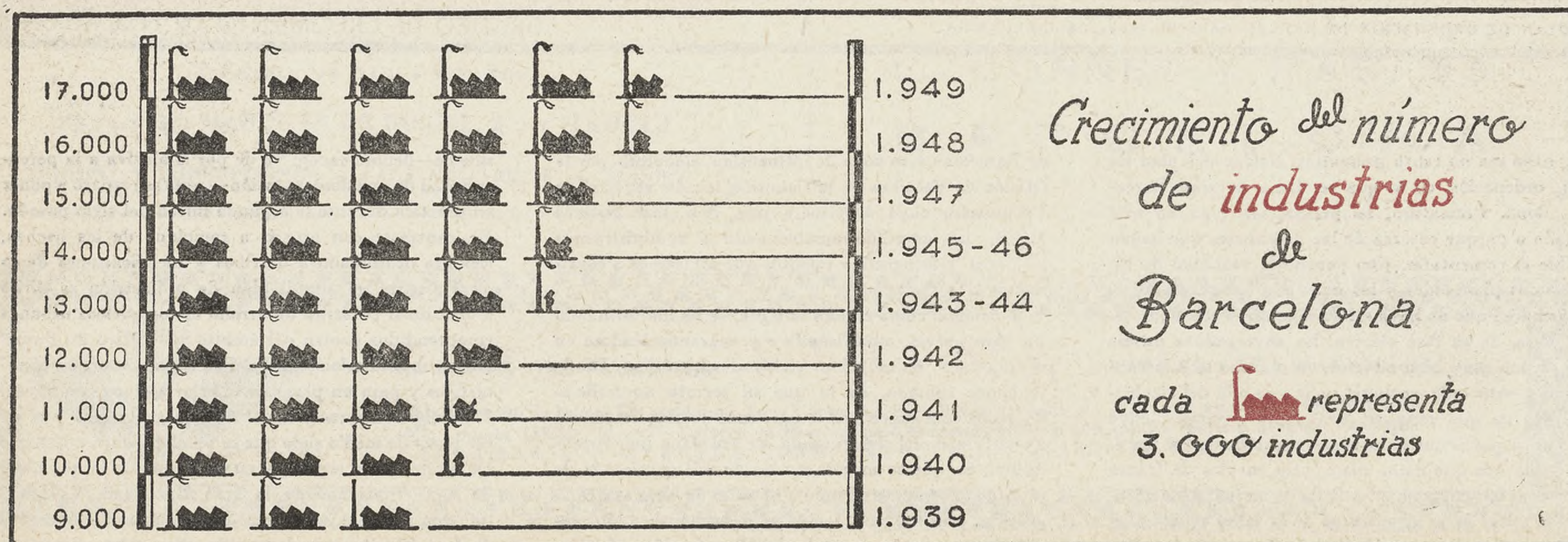


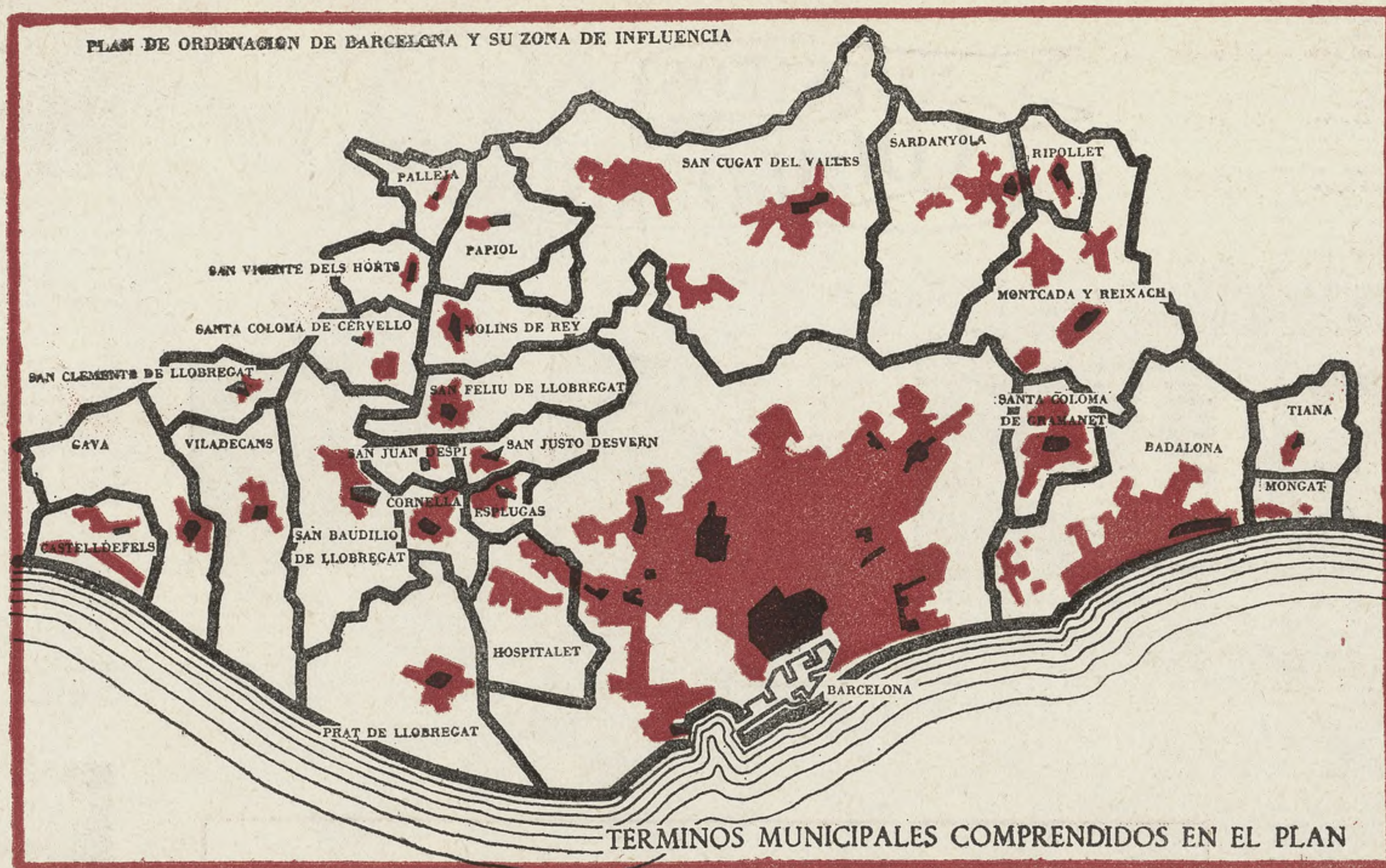
ciudad y su zona de influencia habrán llegado al tope máximo de su despliegue urbanístico.

Por lo que al ámbito geográfico se refiere, la extensión de los veinticinco términos municipales contiguos, mas la del núcleo urbano de Barcelona, comprende un total de 47.870 hectáreas. En cuanto a la población, la de la capital, que en 1900 era de 525.000, pasa a 1.290.000 habitantes en 1949, mientras la de su zona de influencia, comprendidos los veinticinco términos municipales, ha pasado de 62.900, a principios de siglo, a 220.100 en 1940, fecha del último censo. Resulta del cotejo de estas cifras una curva de crecimiento que se toma en cuenta en el plan para prever otra análoga que, al ritmo ascendente del 20 por 100 cada diez años, daría una población de 4.000.000 de habitantes para el año 2.000. Y como en cualquier caso, verifíquese o no esta hipótesis, como límite máximo, en el tiempo que se señala, las previsiones establecidas no pueden en modo alguno ocasionar trastornos irreparables en el desarrollo urbanístico, como en caso contrario sucedería, a esa hipótesis y a la del crecimiento industrial, calculado por manera análoga, se sujeta el plan de ordenación en su punto de partida. En consecuencia de todo ello proyéctase la zonificación apropiada para cada sector urbano, las posibilidades de cada uno de éstos, la separación de las zonas residenciales de las industriales, el modo de distribuir adecuadamente los espacios libres, la conservación de las zonas agrícolas de interés, el reparto de los espacios verdes, etcétera. No podemos, claro está, entrar aquí en el desarrollo técnico que se hace de todas estas cuestiones en el plan mencionado. Por otra parte, preferimos rastrear, entre el cúmulo de datos y cifras, la imagen de esa gran Barcelona futura, tal como se nos muestra idealmente, dentro del espíritu de aquél y de sus previsiones más sugestivas.

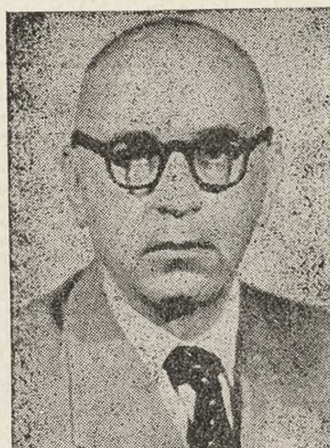
A primera vista, y sin incurrir en graves exageraciones, cabría afirmar, por la configuración de la ciudad que conocemos, que hasta ahora se estuvo haciendo todo lo posible por impedir el mejor aprovechamiento de sus espléndidos recursos naturales y su privilegiada situación. Uno de los primeros pasos en el desarrollo urbanístico que se proyecta será, sin duda, el de poner en juego esos recursos, desenmascarándola, por así decirlo, de cuanto la afea y entorpece. No habrá de tratarse, claro está, de servir a un mero prurito estético. Pero si, como acostumbra a suceder, lo perverso artísticamente coincide con lo farragoso e inútil, también la auténtica belleza, y especialmente cuando de urbanismo se trata, suele estar de acuerdo y en función de la máxima utilidad. En lo que a accesos se refiere, por ejemplo, las amplias rutas del mar que conducen a Barcelona concurren en el puerto, entremezclándose el tráfico de viajeros y el de mercancías, con evidente perjuicio para ambos e impracticabilidad del que podría ser uno de sus más bellos aspectos. En la Barcelona futura se habrá resuelto el problema, ampliando y reformando la estación marítima, haciendo desaparecer dársenas y almacenes, dignificando el muelle y suprimiendo en lo posible el tráfico industrial para que dicho muelle constituya una avenida que desemboque directamente en la zona urbana. Esta avenida arrancará de la plaza que se forme frente al imponente edificio de las Atarazanas—hoy Museo Marítimo—y que ha de constituir la puerta de acceso por vía marítima a Barcelona, comunicando a través de la Avenida del Marqués del Duero con la Plaza de España, y por la calle de Urgel con la de Calvo Sotelo, enlazadas así directamente con el puerto. Al propio tiempo se comunicará con el parque de Montjuich, en cuyos jardines de Miramar se ha previsto la construcción de un hotel de primera categoría.

La dignificación de este acceso por vía marítima a Barcelona coincidirá con la de las comunicaciones por carretera—algunas ya en ejecución—, penetrando radialmente en la ciudad y yendo a converger en la actual Plaza de las Glorias, futuro centro de comunicaciones de gran estilo. Las cuatro carreteras básicas son: 1.ª La de Castelldefels a Barcelona, que comunicará con el aeropuerto transoceánico del Prat y ha de constituir la salida de expansión a las magníficas playas de Viladecans, Gavá y Castelldefels. 2.ª La de acceso a Barcelona por la carretera de Madrid, cuyo trazado actual será sustituído para evitar los densos núcleos urbanos que dificultan su ensanchamiento, y que en alguno de sus tramos tendrá el carácter de autopista, formando en su unión con la actual Avenida del Generalísimo una ligera inflexión en un punto elevado para ofrecer una magnífica panorámica de la ciudad. 3.ª La de acceso a Barcelona de la carretera de Francia, establecido por la carretera de Ribas, cuyo trazado se mejora notablemente modificando y ampliando su anchura, y 4.ª La carretera del litoral, una de las más necesitadas de re-





forma, y que se establece salvando con túnel la población de Mongat, pasando por el norte del casco urbano de Badalona y bifurcándose para penetrar en la ciudad por dos de sus vías principales. Aparte de estas comunicaciones, se prevén otras muchas por las que la ciudad y su zona de influencia vendrá a constituir un organismo vivo de interrelación constante, ordenada y eficaz. Del mismo modo se prevé la prolongación y extensión de los tres ferrocarriles urbanos que existen en la actualidad, a todas luces insuficientes para las necesidades del tráfico. Pero lo que en más alto grado ha de contribuir a modificar y embellecer la actual fisonomía de la ciudad, tan maltratada en este aspecto, es el saneamiento y ordenación de sus enlaces ferroviarios. Aparte de la ampliación de vías y la creación de un tráfico de cercanías rápido e independiente del de distancias, que fuera imposible detallar aquí, uno de los proyectos de mayor alcance es el que prevé la supresión de la actual estación de Francia, sustituyéndola por otra subterránea en la Plaza de las Glorias; proyecto atrevido, pero cuya audacia responde a una concepción perfectamente ajustada a la realidad y, desde luego, al espíritu de la gran Barcelona a que se aspira.



Don Antonio M. Simarro Puig, Alcalde de la ciudad de Barcelona.

Capítulo también de suma importancia en el Plan de Ordenación es el de los espacios verdes, clasificados en jardines de barriada, parques urbanos y suburbanos y parques forestales. Actualmente, la cantidad de los mismos es de 5,13 metros cuadrados por habitante, cantidad a todas luces deficitaria e inferior en el 50 por 100 a la establecida por la legislación española. Tal como se prevén para la Barcelona del futuro, distribuídos en forma orgánica y de acuerdo con las condiciones geográficas y del paisaje, así como con las necesidades de los núcleos y sectores urbanos proyectados, dichos espacios se elevarán a 15 metros cuadrados por habitante.

En íntima conexión con este último aspecto del plan, el cual, naturalmente, no entra en pormenores acerca de los múltiples espacios verdes que hayan de crearse, se encuentran dos previsiones de gran amplitud y que consideramos de las más sugestivas en cuanto a esa configuración futura de la gran Barcelona. Por ellas, el núcleo urbano de ésta y la amplia zona de su influjo vendrán a constituir un conjunto armónico, con dos grandes focos o centros de espacios libres: uno el de Montjuich, con sus jardines ya existentes y la posible creación en él de la Ciudad Universitaria, que sería, por su excepcional situación, en la montaña y frente al mar, una de las más bellas del mundo; y otro, el del gran parque del Tibidabo que, casi en el centro de toda la zona de influencia, vendrá a ser, como ámbito de recreo, expansión y reposo, común a toda ella. A través de la montaña pasará un túnel por el que los términos situados a sus espaldas, como por ejemplo, San Cugat —destinado a magníficas zonas residenciales de viviendas aisladas—se encontraría a distancia horaria reducidísima del centro comercial de la ciudad...

Nuestra sumaria exposición de cuanto se proyecta debe detenerse aquí. Estamos muy lejos, claro está, de haber agotado el tema, al que en realidad sólo hemos podido aludir en sus líneas generales. No faltará, sin duda, a quien le asalte el temor de que se pretende crear una Barcelona excesiva, lindante con lo monstruoso. Pesa mucho aun en el ánimo de todos esa primera fase de la ciencia urbanística que hoy se califica ya de romántica y a la que no cabe negarlo se deben iniciativas luminosas y geniales. Pero en la actualidad, en un mundo bajo el signo de las más graves y urgentes preocupaciones sociales, son los problemas de esta índole los que imponen la adopción de un criterio realista, con elasticidad suficiente para que cualquier posibilidad futura no se malogre de antemano. Este es precisamente el pensamiento directriz de don José Soteras Mauri, arquitecto jefe de la Comisión Especial de Urbanismo de Barcelona, quien nos aclara a tal respecto:

—Nos manifestamos contrarios a las grandes concentraciones urbanas, por entender que la vida es más humana y el contacto con la Naturaleza más perfecto en las aldeas y en las pequeñas poblaciones que en las grandes ciudades. Pero debemos enfrentarnos con la realidad. Nuestro objetivo es evitar el crecimiento desordenado, encauzándolo con un criterio de descentralización, conservando el peculiar carácter de cada núcleo o población satélite, con la debida subordinación entre ellos y el centro representativo de la ciudad. ¿Limitar el crecimiento evitando que se establezcan nuevas industrias, prohibiendo la edificación, negando la iniciativa privada?... En todo caso, si llegara el momento de tomar determinación tan radical como impedir la inmigración, el desarrollo industrial, etc., sería obedeciendo al estudio de un plan nacional y nunca a nuestra particular iniciativa.—R. S. T.



Don Antonio Juliá de Capmany, Teniente de Alcalde de Urbanización.

NUESTROS COLABORADORES



Catalán fronterizo de Port-Bou (n. en 1914) y universitario en Castilla, cofundador de la revista «Lazarillo», en Salamanca, y de «Cobalto», en Barcelona, Rafael Santos Torroella, entregado a la crítica de arte y a la poesía, colabora en infinitas publicaciones, y en parte a su labor corresponde el éxito de España en la Trienal de Milán. Libros: «Breve historia del cartel español», «Turner, su vida y su obra», «Genio y figura del surrealismo», y de poesía, «Ciudad perdida», etcétera.

Manuel Riera Clavillé es director del Instituto de Estudios Europeos, de Barcelona, y ha sido colaborador asiduo de las revistas «Cisneros» y «Criterio», de Madrid. Actualmente, su firma aparece en «El Correo Catalán» de Barcelona, como especialista en temas intelectuales e internacionales. Licenciado en Derecho y graduado en Derecho Internacional, nació en 1918 en Barcelona, y ha publicado un volumen: «Combate de la Inteligencia». Es autor del artículo que aparece en la página 32.



Propulsor de las corrientes modernas de la Arquitectura, el barcelonés Antonio de Moragas Gallissá, ha dedicado parte de sus actividades de arquitecto al estudio de los problemas de la vivienda, y en esta línea ganó, con otros cinco jóvenes arquitectos barceloneses, el primer premio del concurso de soluciones sobre el problema de la vivienda económica, convocado en 1949 por el Colegio de Arquitectos de Cataluña y Baleares. Corresponde a su firma el artículo sobre la arquitectura de Gaudí.



José Fernando Aguirre no es catalán, es madrileño (nacido, en 1918), pero durante cinco años ha sido secretario de redacción de «Solidaridad Nacional», de Barcelona. Antes, en 1942, fué director del diario «Albacete», y de 1943 a 1945, de «Amanecer», de Zaragoza, en que pasó a Madrid como redactor-jefe de «Fotos». Fué vocal de la Unión Española de Periodistas y tiene en preparación tres libros: «Cada día su letra», «El clavo ardiendo» y «Sermón a los hombres del Diluvio».



«No tengo formación académica», nos dice María Girona, quien practicó la ilustración y el grabado, en un principio, alternando con la pintura. Nacida en Barcelona, expuso por vez primera en 1946, en su ciudad, con el grupo de vanguardia «Els vuit», y en 1947, con el escultor Miguel Gusils. Es miembro del «Cercle Maillol», y concurre al «Salón de Octubre» de Barcelona y colabora en trabajos de teatros de cámara. Como Ráfols Casamada, viaja y pinta, por Francia, Bélgica y Holanda.



Arturo Llopis, múltiple como periodista, tiene cien seudónimos: a este barcelonés lo que le importa es escribir, una vez para que el Parque de la Ciudadela no sea cercenado; otra, para que se aceleren las obras del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia. A. Ll. ha ganado varios premios periodísticos, colabora en varias publicaciones catalanas, viaja a veces y es asesor literario de una editorial barcelonesa. A su firma corresponde el artículo titulado «Barcelona es bona», de la pág. 5.



De Julio Coll van a interesarnos aquí sólo sus actividades literarias y periodísticas, y así que se inició como crítico teatral en «Destino», de Barcelona, en cuyas páginas, desde hace años, defiende y define una postura muy personal. Ha publicado una novela, «Siete celdas», y es autor de varios buenos guiones cinematográficos. «Mi mayor ambición es: tener un pino de mi propiedad, escribir a su sombra con entera libertad y crear, a ratos, juguetes para niños.» (N. en Barcelona, 1919.)



Al borde de los sesenta años, ha publicado 5 novelas, 20 cuentos, 15 comedias y 10.000 artículos. Este es Carlos Soldevila, barcelonés con ascendencia vasco-venezolana, por el lado materno. En la última Feria del Libro, lanzó—por si se le creía exhausto—tres obras, entre ellas «Guía de Barcelona», que batió la marca de ventas. Actualmente Carlos Soldevila es crítico literario de «Diario de Barcelona» y colabora con gran asiduidad en «Semana», de Madrid, y «Destino», de su ciudad natal.

A la hora de presentar este número, de más de cien páginas, MVNDO HISPANICO sabe que es imposible recoger en una publicación la vida íntegra, total, de una ciudad como Barcelona, extraordinaria por las tres dimensiones: por la longitud urbana y económica, por su anchura cultural permanente y por su profundidad histórica. Aun limitando inicialmente la exposición de la ciudad a lo que es y a como es en este año de gracia —es decir, a lo actual, y éste ha sido el propósito único de MVNDO HISPANICO—, las fallas pueden ser muchas. En este número habrá, pues, omisiones: temas que debieran estar aquí y no están; ángulos, costumbres y funciones vitales—de la urbe y de sus hombres—que no aparecen... Para todo—para la imposible visión total de la ciudad—hubiesen hecho falta mil páginas y una infalibilidad de que en MVNDO HISPANICO carecemos. No obstante, algo hay que no ha fallado: el propósito de ofrecer una síntesis de Barcelona, para atender a los numerosos lectores hispanoamericanos y españoles que lo habían demandado, y nuestros sentimientos de cariño y de admiración hacia la gran urbe mediterránea. Nuestros lectores, en general, y en particular los barceloneses, sabrán disculpar defectos y ausencias, que en un próximo número dedicado a Cataluña trataremos de subsanar. También aquí, al fin y al cabo, lo que importa es la intención.

La aparición de este número hubiese sido imposible sin la eficaz colaboración de numerosos barceloneses que nos han ayudado entusiásticamente en su planteamiento y su realización. Dándoles las gracias, citemos aquí los nombres de Ramón Viladás y Juan Pujol y Más, que tanto pesaron en la decisión de realizar este extraordinario; a los señores Sedó Peris-Mencheta (don Juan); Farreras Valentí (don Francisco), Costa (don Joaquín), Caralt (don Luis), Juliá de Capmany (don Antonio), Castro Calvo (don José María), Padre Cunill y López Castro (don Juan Francisco), que formaron parte del Consejo editorial del número; Carlos Sentís, eficaz consejero. Don José María Vergés, gentilmente expeditivo; y a los señores Puig (don José) y Blancafort de Rosselló (don Manuel), que han mantenido con entusiasmo y fervor la corresponsalía de «M. H.» durante la realización de este extraordinario.



Redactor de «Solidaridad Nacional» y colaborador de «Radio España» y «Fotogramas», todos de Barcelona, este humorista, periodista y crítico teatral, Luis Marsillach, barcelonés nacido en 1901, ha publicado diversos libros, como «Vida y tragedia de Isabel de Austria», «La mujer y la bicicleta», «La montaña iluminada» (en colaboración con A. Marsá) y «Diccionario humorístico». L. M. ha hecho para MVNDO HISPANICO la antología de textos sobre Barcelona que aparece en la p. 89.



Navarro, de padres castellanos y criado y formado en Barcelona, Angel Zúñiga, gran autoridad en temas cinematográficos, ha hecho crítica de esta materia desde antes de 1936 a hoy, en que rubrica una sección en la revista «Destino». Premio del Círculo de Escritores Cinematográficos, de Madrid (1950), crítico de teatro en «La Vanguardia Española», de Barcelona; premio «Calderón de la Barca» 1950, con una comedia, A. Z. es autor de la gran en obra en dos tomos: «Una historia del Cine».



Andrés Artís es a «Miguel del Puerto» como «MigueldelPuerto» es a «Sempronio». Por lo de «Sempronio» ya sabemos, entonces, que A. A. es asiduo colaborador de la revista «Destino», de Barcelona, en la que se ha especializado en reportajes diversos y principalmente en temas de teatro, desde el comentario a la «interviú». Y al tiempo que «Sempronio» y «Miguel del Puerto» hacen periodismo, A. A. es autor de diversas obras teatrales. Los tres señores colaboran aquí con trabajos diversos.



Catedrático del Seminario de Barcelona y director de la Juventud de Acción Católica de aquella ciudad una vez acabada la guerra española, en la que hizo la campaña como capellán del Ejército, el presbítero Ramón Cunill es hoy director de la Asociación de Hombres, de la misma diócesis. Miembro de la Junta Rectora del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, el Padre Cunill ha publicado «El Apostolado de los seglares en los primeros tiempos de la Iglesia»; firma aquí el art. de la pág. 35.



El pintor Mariano Gaspar Gracián, aragonés de Calatayud (n. en 1914), y varios años residente en Barcelona, en los que trabajó como figurinista y decorador para teatros de cámara principalmente, como el Teatro de Estudios, de Barcelona, es licenciado en Derecho; colaboró en la revista «Destino», de aquella ciudad catalana; ha celebrado algunas exposiciones de cerámicas, y en 1949 expuso sus pinturas en San Sebastián. De él son las ilustraciones sobre teatro de las págs. 73-74.



«Los catalanes en la guerra de España» es uno de los libros de más ruido en la península este año. Su autor es José María Fontana, quien nació en Reus, hace cuarenta años, estudió en Barcelona y vive en Madrid, donde es jefe del Sindicato Nacional Textil. Antes, J. M.ª Fontana fué gobernador civil de Granada y jefe provincial de Tarragona. Especializado en Economía e Historia, ha publicado «El paro agrícola de España», «El espíritu de la ciudad», y «Destino y constitución de España».

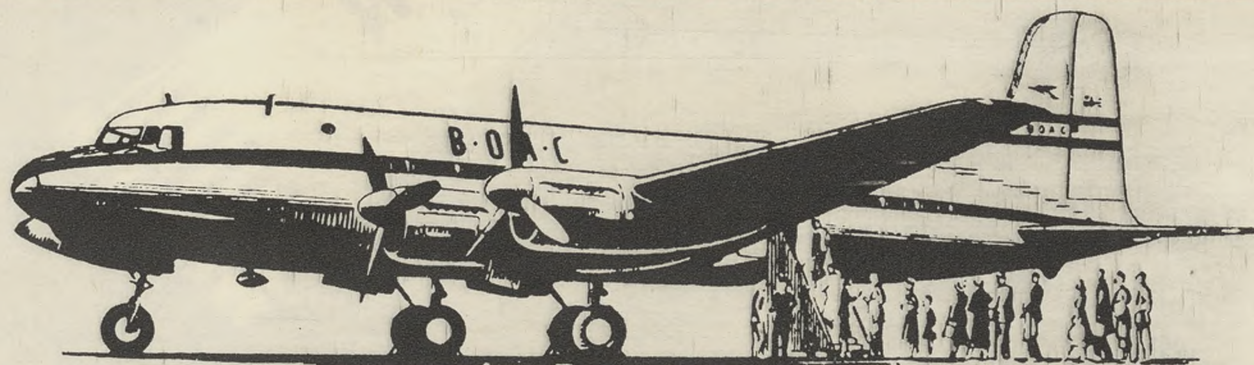


Nacido en 1922 (en Barcelona) y periodista desde 1940, como redactor de «El Noticiero Universal» (procede de la primera promoción de la Escuela O. de Periodismo de Madrid), Jaime Arias, ha ganado varios premios periodísticos, fué corresponsal en Londres y París, y recientemente fué invitado a realizar un viaje a través de todos los Estados Unidos de Norteamérica, viaje del que prepara un libro. Es secretario de la entidad «Peña Rhin» y representante español en el «Guild of Motor Writers».



Néstor Luján es hoy uno de los más jóvenes y ofensivos periodistas barceloneses, y en la línea de la vida municipal o regional es famosa su sección de la revista «Destino». Inquieto y polifacético, su actividad literaria va de la poesía a la crítica taurina—donde ha hecho popular el seudónimo «Puntillero»—o de la glosa literaria al Jurado del Premio Nadal de Novela, en el que es el benjamín. Es autor en este núm. del trabajo titulado «Del Suizo a la Osa Menor», sobre tertulias barcelonesas.




B·O·A·C





EL DENTIFRICO
DE GARANTIA CIENTIFICA

Publicidad ORO